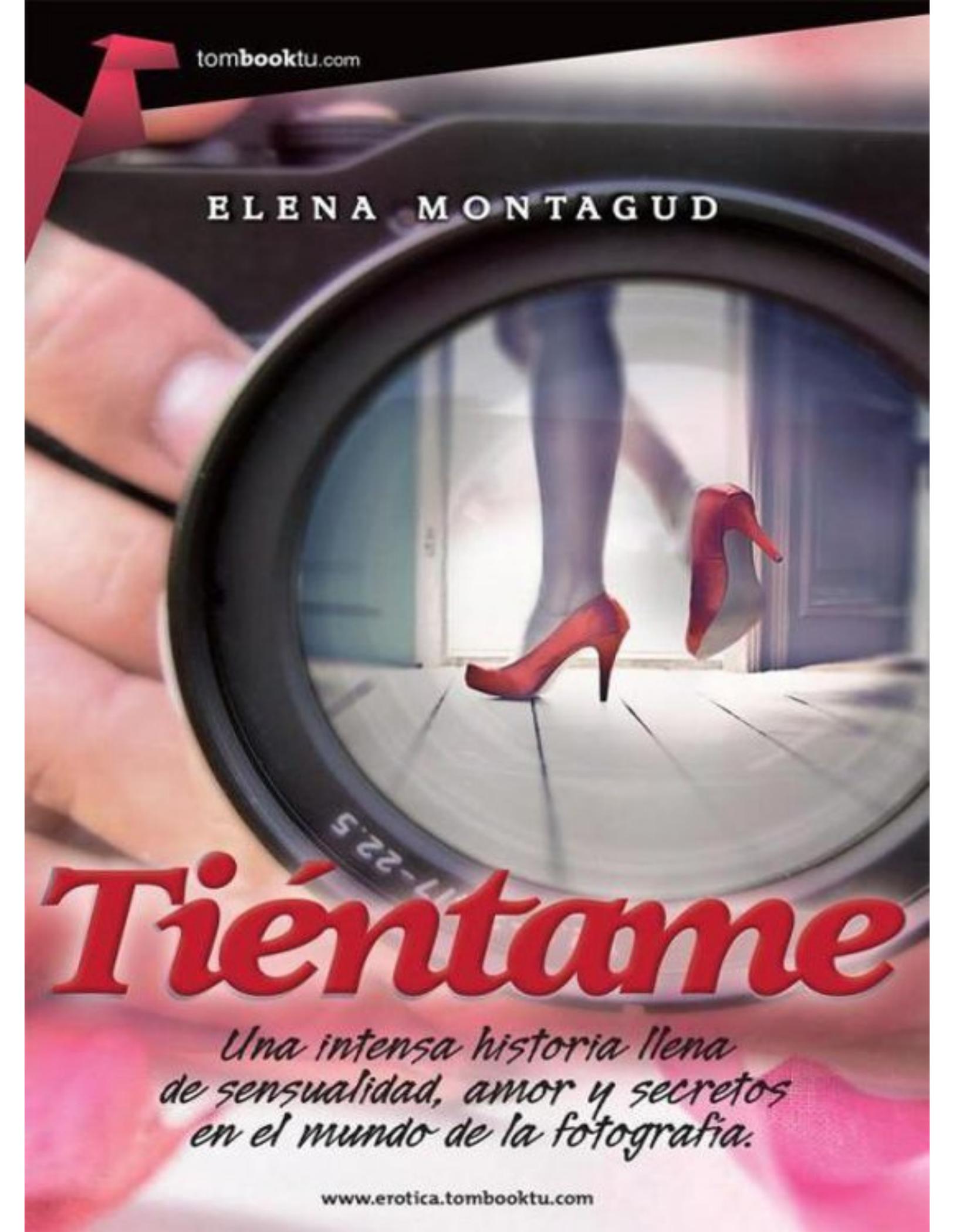


tombooktu.com

ELENA MONTAGUD



# Tiéntame

*Una intensa historia llena  
de sensualidad, amor y secretos  
en el mundo de la fotografía.*

www.erotica.tombooktu.com

## Sinopsis

Un apasionado triángulo erótico, lleno de romanticismo, con citas literarias, música y sexo Sara es una joven universitaria muy responsable, nerviosa y tímida. Solo ha tenido una relación en su vida y no le interesan los hombres en ese momento. Su vida da un giro de 180 grados al conocer a Abel. Abel es un hombre culto, inteligente, sabe escuchar y hablar. Duro, pero también cariñoso. Misterioso, cálido, frío a veces; otras, cariñoso. Pero tiene un gran punto a su favor: cuando ama, lo da todo. Entre ellos crecerá una irrefrenable pasión que les llevará a compartir tórridos encuentros en los que Sara conocerá todos los placeres del sexo. Pero Abel es también un hombre atormentado por el pasado y Sara tendrá que enfrentarse a esos fantasmas y a las mujeres que han compartido cama con el irresistible fotógrafo. Sara se adentrará en el mundo de la moda y descubrirá lo maravilloso y difícil que puede ser al mismo tiempo. ¿Quién dijo que el mundo de la fotografía fuese sencillo? Una novela erótica de estilo ágil y directo, que atrapa al lector desde la primera página y que lo tiene todo: personajes reales y creíbles, historias hermosas, dramáticas y divertidas, llenas de besos, caricias y susurros en las que se intercalan intensas escenas eróticas en un apasionado triángulo erótico-amoroso.

Autor: Montagud, Elena

©2014, Tombooktu

ISBN: 9788499676678

Generado con: QualityEbook v0.75



—VOY a hacerlo —intento que mi voz parezca firme pero tiene un matiz tembloroso.

Cyn, mi compañera de piso, gira sus enormes ojos azules hacia mí y me mira con el ceño arrugado. Sostiene en sus manos una revista de cotilleos y al acercarme veo que ha estado leyendo una entrevista al actor de la aclamada *Cincuenta sombras de Grey*. Pongo los ojos en blanco. Lleva obsesionada con su protagonista masculino desde que leyó la novela por primera vez. Se pasa los días preguntándose si algún día encontrará a un hombre como ese. En ocasiones llega a ser bastante irritante y para molestarla le repito una y otra vez que no, que no existen chicos así y que si lo hicieran, el mundo se iría al traste. Lo cierto es que es muy divertido verla maldecirme por lo bajito cada vez que le doy la funesta noticia.

—¿Estás segura? —me pregunta. Parece preocupada.

En cierto modo, yo también lo estoy, aunque eso es algo tremendamente normal en mí y curiosamente extraño en ella. Al final va a ser cierto lo de que se preocupa por mí. Cyn y yo compartimos piso desde el primer año de universidad y este es el último para las dos. En los dos primeros casi nos tirábamos de los pelos porque somos demasiado distintas. Ella es una de esas chicas que esperan a su príncipe azul y que no saben quedarse un fin de semana sin conocer a un nuevo chico. Esa actitud me molestaba al principio, pero poco a poco fui cogiéndole cariño y ahora no sabría vivir sin sus lloriqueos cuando la dejan. Entonces me convierto en su profesora y en su pañuelo y me siento bien. Siento como que soy imprescindible para alguien.

Esa es una de mis características y, la mayoría de veces, la odio. Siempre quiero salvar a los demás. Es decir, cuando veo a alguien desvalido por cualquier motivo, intento ayudarlo. Alguna que otra vez me he metido en un lío y he acabado yo hecha polvo, pero todavía no he aprendido a solucionarlo. Cyn considera que es algo que me convierte en una persona adorable. Sin embargo, si hay algo por lo que todavía me tiene un poquito de rencor es por mi odio constante hacia la especie masculina. A ver, tampoco es odio. No es que yo sea una monja de clausura. Simplemente es que los estudios me tienen demasiado agobiada porque quiero llegar a ser investigadora en la universidad.

Y esa es la causa por la que Cyn y yo estamos manteniendo esta conversación. Hace una semana el alma se me cayó a los pies cuando me enteré de que me habían denegado la beca de este año. Maldije al gobierno, a la crisis y a mí misma por no haber conseguido aún un empleo estable. No podía pedir el dinero a mis padres porque ellos estaban peor que yo. Revisé mi cuenta bancaria una y otra vez: tan sólo necesitaba doscientos euros para cubrir los gastos de matrícula. Pero, ¿de dónde iba a sacar yo ese dinero en una semana?

Me puse a buscar por Internet ofertas de empleo como una loca. Como era de esperar, ninguna pagaba a la semana y, por otra parte, ¿iba a pedir en mi segundo día de trabajo un adelanto del sueldo? Aun así, continué navegando esa noche sin dormir siquiera y, sin saber cómo, encontré un anuncio en el que se buscaba una chica normal para una sesión de fotografía. Pagaban ciento cincuenta euros. Yo podía conseguir los cincuenta restantes de algún modo. Vale, se requería una chica normal. Y pensé que yo podía entrar dentro de ese parámetro, aunque no entendí muy bien a qué se refería. Cuando se lo comenté a Cyn, puso el grito en el cielo: podía tratarse de un psicópata que buscaba a chicas para violarlas y luego dejarlas en una cuneta con un tiro en la nuca. Tras esto, deseché inmediatamente la idea como consumidora habitual de películas de terror que soy. Pero pasaron dos, tres días y no encontraba nada.

Así que, aquí estamos. Esta mañana he llamado al número que aparecía en el anuncio y me han citado para esta tarde. Me ha parecido bastante repentino, pero no tengo salida. ¡Necesito el dinero! No puedo quedarme un año sin estudiar porque soy la mejor de mi promoción y quiero conseguir, el año que viene, entrar en el departamento de uno de mis tutores.

No voy a hacer caso a Cyn me diga lo que sea. Voy a ir al lugar al que me han citado y si se me antoja peligroso, daré media vuelta y todo solucionado.

—Está bien —dice en ese momento, sacándome de mis pensamientos. Tira la revista a un lado del sofá y se levanta—. Pues te acompaño.

—¿Para qué? —pregunto con mala cara.

—¿Para qué va a ser? —Se dirige a su habitación para cambiarse y continúa hablándome desde allí—. Con tu aspecto, voy a tener que protegerte.

Me echo un vistazo. Vale, no soy una persona que imponga demasiado. Pero sé defenderme yo solita, en serio. Que tenga veinticuatro años y

aparente ser una chiquilla no quiere decir nada. Las chiquillas también pueden pegar una patada en sus partes a un hombre, ¿no?

—Bueno, pero te esperas fuera —respondo, sacando mi pintalabios rojo del bolso.

Me pinto los labios en el espejo de la entrada y miro la imagen que me devuelve una sonrisa desde atrás. Sí, mejor que Cyn se quede fuera. Su cabello largo y moreno, sus grandes ojos azules y su piel tostada pueden ser un obstáculo para mí. Sólo faltaba que la vieran y la prefirieran a ella.

—¿Vamos?

Antes de que pueda contestar ya ha abierto la puerta y está bajando las escaleras como un bólido. Cierro con llave y la sigo con un suspiro. Ya en la calle el aire frío nos azota en el rostro. Estamos casi en marzo, pero este año el invierno no parece querer dejarnos. Miro a Cyn y me pregunto cómo puede ir con esa minifalda y la chaquetita que apenas le cubre hasta la cintura. Yo, en cambio, llevo un abrigo que me llega hasta las rodillas, una bufanda de lana y capas y capas de ropa. No me gusta pasar frío.

—¿Y dónde queda eso?

A medida que caminamos, nos encontramos con hombres que miran de reojo a Cyn o, los más atrevidos, se giran una vez hemos pasado. Yo agacho la cabeza y me siento un poco invisible. Tampoco es que quiera ir despertando pasiones; me da bastante igual que un chico me mire o no, pero es un poco incómodo que sea tu amiga la que se lleva todas las atenciones.

—Tus padres podrían habértelo prestado.

—A ver, ¿no te he dicho ya que no pueden? —Me meto las manos en los bolsillos y camino más rápido para ahuyentar el frío.

—Joder, tía, no debería haberme comprado esos zapatos —Hace un mohín de disgusto con sus bonitos labios—. No vas a querer ser mi amiga más.

—Cyn, ya sé que me lo habrías dejado si pudieses.

Minutos después nos acercamos a un cruce de calles alejadas del centro. Me saco el papelito arrugado donde apunté la dirección y miro el letrero de la pared.

—Pues es esta —digo.

Cyn estira el cuello y se queda mirando con detenimiento la alargada y estrecha calle. No parece estar muy limpia y tampoco los edificios tienen muy buena pinta.

—¿Seguro que es aquí? —Me arranca el papel de las manos y lo lee—.

Vale, ¿te crees ya lo que te dije?

—No me pongas nerviosa —murmuro. Pero no es necesario que diga nada porque ya lo estoy desde que llamé y me dieron cita—. No me va a pasar nada.

Entro en la calle y voy mirando los números. De uno de los edificios salen los gritos de una mujer que parece discutir, quizá con su marido. Cyn me mira de reojo, pero yo la ignoro. Al fin, me detengo ante la finca que pone en mi papel.

—Aquí es.

Por fuera parece muy vieja, pero dentro puede que esté un poco más cuidada. Cojo aire, miro a mi amiga y por fin me decido a llamar al timbre. Nadie contesta, pero segundos después me abren la puerta. El sonido metálico que hace me asusta y doy un brinco.

—¿Subo contigo? —me pregunta Cyn.

Niego con la cabeza. Sí, puede que esté siendo una estúpida, pero es que no quiero que me quite este posible trabajo. Vale que en el anuncio dijeran que querían una chica normal, pero si ven a Cyn me dan un empujón y se olvidan de mí en cuestión de segundos.

—Pues si pasa algo, grita —me dice, dándome un efusivo abrazo como si no me fuera a ver nunca más—. Mira, haz una cosa: cuando estés arriba, si todo va bien, hazme una perdida. Si en diez minutos no me la has hecho, llamaré a la policía.

—Vale —acepto.

Me suelto de su abrazo y me meto en el portal. Es de día pero allí adentro está más oscuro que en la cueva del lobo. Tanteo para buscar la luz y cuando la encuentro y aprieto, no ocurre nada. No, si todo parece estar en mi contra. Y mi cabeza ya se ha puesto a pensar en todas las situaciones terroríficas de las cientos de pelis de terror que he visto. Pero me obligo a subir repitiéndome una y otra vez que necesito la pasta. ¿Estoy equivocándome? ¿Voy a pisar el siguiente escalón y me voy a encontrar con un tipo harapiento que me tapará la boca y me encerrará en un cuartucho?

Alzo la vista y diviso una lucecilla en el siguiente piso. Es ahí. Los nervios han empezado a hacer de las suyas y noto un retortijón en las tripas. Bueno, también lo oigo, como para no hacerlo.

—¿Es usted Sara Fernández? —Una voz me sorprende.

«Mierda, ¿habrá oído cómo me rugía el vientre?», pienso con los labios apretados.

—Sí, sí —contesto de inmediato.

Termino de subir las escaleras hacia la luz, con la vergüenza dibujada en la cara. Cuando llego y lo veo, todavía me siento más abochornada.

Apoyado en el marco de la puerta me espera un hombre joven, de unos veintiocho o treinta años. Tiene el pelo castaño revuelto y una expresión desenfadada en el rostro. Sonríe y se le marcan unos adorables hoyuelos en las mejillas. Todavía no le puedo ver bien los ojos por la penumbra, pero creo que los tiene azules. Lleva un pantalón vaquero ajustado y una sencilla camiseta de manga corta de color blanco. Sostiene entre sus manos una cámara fotográfica.

No puedo evitar darme cuenta de que es excitantemente atractivo.



—SOY ABEL. Hemos hablado esta mañana por teléfono. —Alarga una mano para presentarse.

Pero yo me he quedado plantada allí. No puedo mover ni un sólo músculo. No puedo fijarme en otra cosa más que en su espectacular cuerpo. Espera, ¿soy yo la que está usando expresiones como excitantemente atractivo, adorables hoyuelos y espectacular cuerpo? ¿Desde cuándo actúo como una niña tonta ante un hombre, por muy guapo que sea?

—¿Sara? —Mi nombre en sus labios hace que sienta una extraña palpitación en el pecho.

—Perdón. —Aún no sé cómo he podido articular palabra. Aunque tampoco es que esté diciendo mucho, la verdad.

—¿Entras? —Se aparta de la puerta para dejarme paso.

Continúa sonriendo y esos hoyuelos se marcan cada vez más. Al pasar por su lado, sin querer, roza su torso con mi brazo y se me escapa un suspiro. Está muy fuerte. Y me pasa algo en el cuerpo, pero no sé qué es. Tengo calor. Vale, puede que sí sepa lo que es. Pero no, esto no es normal en mí. Nunca lo ha sido. Yo no me dejo llevar por el físico de un hombre. Hace mucho tiempo que no siento atracción por ninguno, por muy bien que esté. Pero es que con este chico es diferente; tiene algo que no sé descifrar y que hace que me cosquilleen hasta las palmas de las manos.

Me adelanto por un pasillo con paredes llenas de fotos de todo tipo: en ellas aparecen hombres, mujeres, animales, lugares hermosos. Aunque no tengo ni idea de fotografía, me doy cuenta de que son buenas. Pero espera, todavía puede ser un psicópata, ¿no? ¿Y si esas mujeres que salen en sus fotos ahora están tías en algún lugar desconocido?

—Quítate el abrigo.

Me sobresalto al escuchar su voz a mi espalda. Me doy la vuelta y lo veo muy cerca de mí, casi rozándome. Alzo la mirada para encontrarme con la suya. ¿Es que nunca deja de sonreír? Creo que le divierte ver que estoy asustada y nerviosa. Y a todos los psicópatas les excita algo así.

—Dámelo. Yo te lo guardo. —Estira las manos y se pone a desabrochar los botones de mi abrigo.

Me aparto con brusquedad y una expresión interrogativa en el rostro. Él

se encoge de hombros y me mira con sus pupilas burlonas. Ahora que estamos bajo la luz de la bombilla, puedo ver perfectamente sus ojos. Son de un azul intenso y no puedo mirarlos más que unos segundos porque me noto traspasada. Es como si atravesara mi piel con esos ojos de mirada salvaje y se introdujera en mi alma.

—Ya me lo quito yo —digo, con un nudo en la garganta.

Me saco el abrigo con rapidez y lo doblo para sostenerlo entre mis brazos. Cuando me doy cuenta y sin darme tiempo a protestar, él ya me lo ha quitado junto con mi bolso y los lleva hasta la entrada para dejarlos colgados tras la puerta. Cuando levanta los brazos puedo observar su trasero marcado en los vaqueros. No he visto en mi vida un culo tan perfecto.

—¿Pasa algo?

Me pongo roja como un tomate. Mierda, estoy segura de que se ha dado cuenta de dónde se encontraba mi mirada. Pero a él le sigue pareciendo gracioso. Sí, debo de parecer una chica muy simple actuando así, aunque estoy segura de que la mayoría de sus modelos han hecho más de lo mismo. Este chico parece estar tan seguro de sí mismo que cualquiera se sentiría atraída.

—Ven conmigo. —Me apoya una mano en el hombro y me dirige hacia el final del pasillo.

Procuro no mirarle a la cara porque no quiero parecer una tía babosa. Pero lo cierto es que al final acabo cayendo y de reojo observo su atractivo perfil. Tiene también una bonita nariz y una nuez un poco marcada. Me descubro pensando en cómo será besarla. Agito la cabeza para deshacerme de esos pensamientos. ¿Puedes dejar de imaginar tonterías?

Abre la puerta del final y pasamos a una especie de estudio. No es muy grande, pero supongo que le sirve para las fotos de personas que he visto en el pasillo. Está todo pintado de blanco con un fondo curvo y se encuentra perfectamente iluminado. Tan sólo hay una silla negra de gran belleza y con aspecto de ser antigua.

—¿Qué vas a hacerme? —No se me ocurre preguntar otra cosa.

Ahora sí que debo parecerle una estúpida porque se le ha borrado la sonrisa y su expresión es seria y pensativa. Cruza un brazo sobre el pecho y se rasca la barbilla.

—¿Quién te crees que soy? —Su tono es ahora duro. La verdad es que prefería el de antes, pero tengo que reconocer que la culpa es mía.

—Pues... nada, que cómo vamos a hacer las fotos —digo, intentando

resolver de algún modo la metedura de pata.

Parece dudar hasta que, por fin, retorna la sonrisa. Dios mío, qué hoyuelos. Tengo que reconocer que es una de las cosas que más me gustan en un chico. Pero bueno, da igual, no sé qué hago pensando todo el rato en eso si alguien como él no se va a fijar jamás en mí.

—Date una vuelta —me ordena.

Arqueo una ceja pero obedezco. Me siento un poco cutre con mi ropa, aunque en el anuncio se pidiera expresamente una chica normal. Pero supongo que mis *leggings* negros y mi jersey con la cara de un osito en el centro no resultan demasiado cautivadores para la cámara. Mientras doy un par de vueltas él me observa con detenimiento, pasándose un dedo por el labio. Ese gesto resulta demasiado *sexy*.

—De acuerdo —dice.

—¿Me coges para la sesión? —pregunto con los ojos como platos.

—Sí, eres adecuada para lo que busco —responde. ¿Para lo que busca? ¿Y qué es eso?

Va hacia la cámara y empieza a trastear con ella. Yo me quedo plantada allí, sin saber muy bien qué hacer, ni cómo colocarme. No puedo evitar preguntarme qué carajo hago en este sitio. ¡Ni siquiera soy buena posando! Se va a dar cuenta en cuanto me pida que haga alguna postura o ponga alguna cara.

Escucho el timbre. ¡Mierda, se me ha olvidado hacerle la perdida a Cyn! Doy unos saltitos para llamar su atención y decirle que voy a coger el bolso pero no me hace ni caso y sale del estudio. Confundida, hago más de lo mismo y le sigo. Espero encontrarme a mi amiga tras la puerta pero, cuando la abre, aparece un chico más o menos de mi edad, también bastante guapo, aunque es el tipo de belleza que no suele gustarme en un hombre. Demasiado rubio, demasiado pijo y demasiado creído. Lo noto con apenas unos gestos.

Abel le hace pasar y yo les miro intentando decir algo. Me vuelve a coger del hombro y me arrastra por el pasillo. Oh, ¿entonces Cyn tenía razón? ¿Voy a ser ultrajada por estos dos tipos? No importa que sean unos dioses del Olimpo si yo voy a sufrir un escarnio.

—Perdona, pero tengo que llamar a...

—Tengo un poco de prisa. Marcos siempre llega tarde. —Fulmina con la mirada al otro chico que acaba de llegar.

—Tío, si es que siempre hay atascos a estas horas —se disculpa el tal Marcos.

—Pues sal antes de casa.

Volvemos a entrar en el estudio y Abel cierra la puerta tras de sí. Marcos se coloca ante la cámara y yo no sé dónde ponerme.

—Ve con él —Me indica Abel.

Me acerco con la mirada fija en el suelo. Una vez más mi cabeza se pregunta qué hago allí y por qué este hombre me ha elegido para su sesión fotográfica con otro tío que parece sacado de una película de adolescentes que se lucen sin camisa.

—¿Entonces vamos a hacerlo con ella? —pregunta Marcos, que me está mirando con el gesto torcido.

Yo arrugo la nariz y le devuelvo la mirada. No parece que le haga mucha gracia, así que llego a la conclusión de que está acostumbrando a posar con otro tipo de mujeres. Pero mira, Abel puso en su anuncio que quería chicas normales. Normales. Y si este musculitos no entiende esa palabra, que se aguante.

—Marcos, ponte de lado. Tú, Sara, también. Apoyad espalda contra espalda y agarraos de las manos.

Intento hacer lo que Abel me dice pero, en cuanto noto los músculos de Marcos contra mi cuerpo, me pongo tensa. Y a saber la cara que estoy poniendo.

Abel está mirando a través de la lente pero, al cabo de unos segundos, alza la vista. Se está mordiendo el labio inferior y se rasca la barbilla.

—No. Así no funciona —rumia—. Mejor ponte tras ella y tú, Sara, apoyas tu cabeza en su pecho.

—Mmm... —murmuro. No me está haciendo nada de gracia esto. Tengo ganas de salir por patas. Pero joder, ¡que necesito la pasta!

Así que, Sara, déjate de remilgos y posa. Posa por tu madre. Sólo serán unos minutos y después te darán la pasta y todos tan felices. Me sitúo tal y como Abel me ha dicho y vacío la mente para olvidar que tengo el cuerpo fornido del musculitos detrás de mí. Durante unos diez minutos, Abel nos retrata en unas cuantas poses, todas ellas bastante románticas. Y no ha sido tan difícil, aunque todavía no sé cómo he podido controlar el sudor. Entre los focos y mis nervios, me he muerto del calor.

—Vale, ya está —dice Abel.

Sonríó para mis adentros y me felicito por haber aguantado tan bien. Me he portado como una campeona y he ganado ciento cincuenta euros en un rato. Si esto es siempre así, quizá tenga que pensarme el participar en algún

otro proyecto. Aunque seguramente no me quieran para ningún otro. A lo mejor lo que pasa es que Abel es uno de estos tipos raros a los que les gusta hacer obras experimentales y quiere hacer una sesión para contraponer la normalidad con la belleza. A saber qué les pasa por la cabeza a este tipo de gente.

Nos deja solos a Marcos y a mí. Supongo que habrá ido por mi dinero.

—¿Es tu primera vez? —me pregunta Marcos.

Dudo qué contestar. En realidad, no se me da bien mentir y está claro que se ha notado que soy una novata en esto. Si parecía el palo de una escoba los primeros cinco minutos.

—Sí. Necesitaba la pasta —respondo.

Él me mira con un gesto extraño. ¿Y qué esperaba? ¿Que fuese una modelo de pasarela?

—Abel paga bien, ¿eh?

Asiento y me doy la vuelta para observar la nada de la habitación. No me apetece hablar con este estúpido que me mira como a un bicho raro. En ese momento entra Abel con una bolsa colgando del brazo.

—Marcos, siéntate en la silla y ponla en tu regazo. Quiero ver cómo queda.

El otro asiente y me coge del brazo. Me acerca a él y me sienta en sus piernas. Doy un bote como si me hubiese quemado y el tío se encoge de hombros, asustado. Abel chasquea la lengua y se arrima a nosotros. Le hace un gesto a Marcos para que se levante de la silla y ocupa él su lugar.

—¿No puedes ser un poco más seductor y menos rudo? —le pregunta muy serio.

Me agarra de la cintura y en cuestión de segundos me sienta sobre él en una postura que ni yo misma me habría imaginado. Tengo la espalda apoyada en su pecho y puedo escuchar perfectamente cómo le late el corazón. Me pongo más nerviosa cuando noto sus dedos en mi cuello y me echa la cabeza hacia atrás, apoyando mi mejilla en la suya. Le huelo. Es una mezcla de hierbabuena con limón. Es un olor fresco y a la vez salvaje. Se me acelera la respiración cuando sus dedos bajan por mi garganta, acariciándola suavemente. Pasa algo. Lo siento en cada rincón de mi piel. Es una sensación que jamás había tenido. Me sube un ardor desde los pies hasta los muslos.

—Quiero esto. Quiero que la toques así para que se vea en la foto. ¿Lo entiendes?

Su aliento cálido me roza la mejilla y contengo la respiración. Tiene la

otra mano apoyada en mi cintura y me la aprieta con suavidad. Entonces acerca sus labios a mi pómulo y me roza con ellos. Se me escapa un suave gemido.

—Y luego te pones así, como si quisieras besarla —continúa explicándole a Marcos—. La deseas, ¿entiendes? Tienes que transmitirlo.

Miro de reojo al musculitos. Tiene una expresión de concentración. Pobrecillo, en el fondo le entiendo. No le atraigo nada. Pero se supone que se dedica al modelaje así que, que actúe. Aunque supongo que es difícil hacerlo tan bien como lo hace el chico que tengo a mi espalda, sosteniéndome con sus fuertes manos. Casi me parece que me desea de verdad...

Me aparta con un poco de brusquedad y yo trastabillo. Continúo un poco atontada después de lo que ha sucedido. Dejo que el cabello me tape el rostro porque estoy un poco avergonzada. Y... también excitada. Noto que me arden las mejillas.

—A ver, Marcos, prueba tú ahora.

Y otra vez me veo en la misma situación que antes, aunque no es para nada igual. No hay esa vibración que he sentido cuando Abel ha puesto su mano en mi cuello y ha rozado sus labios en mi cara.

—Vale, no está mal —acepta, mirando a través de la lente.

Coge la bolsa y me la entrega. Me quedo mirándole sin entender nada y él me insta a abrirla y sacar lo que hay dentro. Cuando veo lo que es, me atraganto con mi propia saliva y me pongo a toser. Es un minúsculo vestido de colegiala, con su faldita y su corbata y todo.

—¿Qué es esto?

—Póntelo —me dice.

Observo una vez más el mini vestido y niego con la cabeza, devolviéndole la bolsa.

—No.

—¿Cómo que no?

—No estoy dispuesta a hacer ese tipo de fotos —me giro y veo con asombro que Marcos ya se había quitado la camisa y está sentado en la silla en una pose antinatural, como queriendo lucirse.

—¿Qué tipo de fotos?

—Pues... ya sabes. Fotos para hombres.

Abel me mira muy serio y, al fin, suelta una carcajada. Sus ojos azules se han oscurecido y ya no parece tan simpático como antes. Pero, a pesar de la dureza de su mirada, no puedo evitar pensar en el tacto de sus dedos contra

mi piel. Ha sido tan diferente a todo lo vivido anteriormente que con tan sólo recordarlos se me acelera el pulso. Pero no. Tengo un límite. Y no voy a posar con ese vergonzoso atuendo.

—Venga, no seas tonta y ponte la ropa —dice.

Vuelvo a negar. Marcos nos mira con una sonrisa desde la silla. Se lo estará pasando bien con esta escenita. Estaba claro que yo no le gusto como compañera. Pues ale, ya puede quedarse tranquilo que yo me voy de aquí. Le doy la bolsa a Abel y me dirijo a la puerta.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —me pregunta.

—Pues irme. ¿Es que no lo ves?

—Creí que querías hacer esto. ¿Para qué me has llamado entonces? —  
Se cruza de brazos.

—Y lo he hecho. Bueno, hasta cierto punto —digo, abriendo la puerta—. Pero es que no sabía que iba a tratarse de este tipo de fotos.

—Si quieres dedicarte a esto, tienes que estar preparada para cualquier cosa —Se acerca un poco a mí.

—Pues lo siento, pero no quiero dedicarme a esto —Salgo al pasillo—. Sólo necesitaba la pasta, pero da igual.

A mitad del recorrido me agarra del brazo y me impide continuar avanzando. Me giro hacia él y le miro malhumorada.

—Perdona, ¿me puedes soltar?

—¿No puedes dejar tu orgullo de lado y quedarte?

—Ya te he dicho que no.

Me suelta y yo sigo mi camino a la puerta. Agarro el abrigo y me lo pongo. Intento alcanzar el bolso, pero no llego. Noto una presencia a mi espalda. Es él, y está ayudándome a coger mi bolso. Me roza a propósito, estoy segura. Pero me gustaría que no se separase. ¿Qué cojones estoy pensando? ¡Lo que tengo que hacer es largarme de aquí! Será un artista, pero ese tipo de fotos son de uno vulgar.

Me entrega el bolso sin dejar de mirarme y sé que si yo lo hago durante mucho más estaré perdida. Así que escarbo en el bolso y saco el móvil. Mierda, diez llamadas perdidas, todas ellas de Cyn, por supuesto. Las borro, guardo el teléfono e intento sonreír.

—Perdona, en serio. Pero bueno, seguro que tienes a muchas otras modelos.

—Pero te quiero a ti —responde.

Me quedo muda. No puedo creer que haya dicho eso. ¿De verdad este

hombre escultural me está diciendo eso a mí?

—Seguro que hay muchas mejores que yo para eso —respondo con la voz entrecortada.

Él se queda callado durante unos instantes.

—No —niega. El pulso se me acelera hasta que añade a continuación—: Tú no tienes apenas pecho. Tienes cuerpo y cara de niña. Me vienes al pelo para lo que quiero.

Nada más escuchar esas palabras siento que ardo de indignación. ¡Pero será capullo! ¿Ha insinuado acaso lo que creo? ¿Cómo me he dejado cegar por semejante maleducado? Me cuelgo el bolso al hombro y le fulmino con la mirada. Él no parece darse cuenta de ello. Intenta agarrarme una vez más del brazo, pero logro zafarme y abrir la puerta.

Cyn se cae sobre mí. Mi amiga tiene el rostro congestionado y me abraza con fuerza soltando grititos. Parece muy asustada.

—¿Pero estás loca o qué? ¡Te he llamado tropecientos veces! Habíamos quedado en que me harías una perdida si todo andaba bien. ¡Si he llamado hasta a la policía! —me grita, zarandeándome. Pero entonces mira por encima de mí y se queda callada. Vale, ha descubierto a Abel—. ¡La madre que me parió! —la oigo gritar.

—Venga, vamos —le digo—. Luego te contaré.

—Para que me digas que no existe un Christian Grey —me cuchichea al oído—. ¡Si este es mejor y todo!

Le dedica una sonrisa llena de dientes blancos. Oh, vaya, ahora es cuando él caerá rendido a los pies de mi amiga. Le pediré el número de teléfono o algo así. Alzo la vista malhumorada, porque lo único que quiero es marcharme de allí, pero descubro con asombro que no parece estar interesado en Cyn. Continúa mirándome a mí y mis pensamientos vuelan otra vez al mirar sus manos.

—¡Oye! —exclama ella en ese momento, señalándolo—. Pero si tú eres Abel Ruiz, ¿no?

Él asiente sin dejar de mirarme.

—¿Quién? —pregunto.

—¿Cómo que quién? ¿En qué mundo vives, Sara? —Cyn me regaña con la mirada—. Abel es uno de los mejores fotógrafos de su generación. ¡Tía, que les ha hecho fotos hasta a famosos!

Me encojo de hombros. La verdad es que nunca me ha interesado la fotografía, así que no tengo ni idea. Y, de todos modos, me da igual. Será un

fotógrafo estupendo y todo lo que quieran, pero yo no voy a vestirme de colegiala para que otros babeen al mirar las fotos. Así que agarro a Cyn del codo y la saco de allí. Me giro hacia Abel y me disculpo una vez más.

—En serio, lo siento.

Él va a decir algo porque le veo separar los labios, aunque se lo piensa mejor y se mantiene callado. Cyn y yo bajamos las escaleras a trompicones y, cuando por fin estamos abajo, escucho cerrarse la puerta y algo en mi interior se descoloca. ¿Por qué ahora me siento tan mal? Salimos a la calle y mi amiga empieza a parlotear como una loca.

—Joder, nena, en las fotos parecía guapo, ¡pero es que está como un tren en persona! ¿Te has fijado en los ojos que tiene? ¿En esa mirada tan caliente...? ¡Y te miraba a ti!

En realidad no la estoy escuchando porque sólo puedo pensar en el momento en que he estado sentada encima de él, con sus manos sobre mi cuerpo y sus labios tan cerca de mí. Hace más de un año que no estoy con un hombre, pero sé que no ha sido sólo por eso, ya que sé contenerme y tampoco es algo que necesite. Pero ha sido distinto. Ha sido... como una explosión en mi interior.

Cuando giro la cabeza y alzo la vista lo descubro asomado en uno de los balcones. No puedo descifrar su expresión, no sé si está enfadado o defraudado.

En todo caso, ¿qué importa? Jamás voy a volverlo a ver.



NADA más llegar al piso, Cyn se puso a gritar y a hablar consigo misma. Seguramente estaba enfadada porque durante el trayecto de vuelta a casa le dije que no abriera la boca a riesgo de que me mudara de piso.

—¡Pero tienes que contarme lo que ha pasado! —se quejó—. ¿Cuánto te ha pagado?

Y hasta ahí llegó la conversación porque me mantuve callada y, mientras ella despotricaba contra mí, yo me encerré en el baño dispuesta a darme una ducha. Y enjabonándome descubrí que estaba pensando en el maldito fotógrafo, en sus salvajes ojos y en su forma de andar, desenfadada pero al mismo tiempo elegante. Y en sus manos, en sus labios, en su cuerpo, en su culo... ¡Madre de dios! Acabé peor al salir que al entrar en la ducha.

Y, para colmo, toda la noche estuve soñando con él: me sacaba fotos insinuantes y yo sonreía a la cámara y me dejaba hacer. Me desperté sobresaltada unas cuantas veces, empapada en sudor y con unas cosquillas insoportables en el bajo vientre. ¡Maldito seas, fotógrafo!

La consecuencia de todo eso es que me he levantado hecha polvo esta mañana. Ahora estoy intentando ocultar las ojeras, pero no hay manera. En ese momento entra Cyn en el aseo, fresca como una lechuga y, como siempre, con una gran sonrisa en su bonito rostro. Me aparta con un suave golpe de cadera y se empieza a aplicar rímel.

—Qué mala cara, hija —dice.

No contesto. Me limito a pasarme el cepillo por el pelo en un intento de parecer una persona decente. A estas horas es difícil.

—Me debes una explicación —me recuerda.

Suspiro. Sí, no puedo postergarlo más. Aunque yo bajo unas paradas antes que ella, nos espera un trayecto de quince minutos en metro. Cyn estudia Derecho en la universidad privada y yo Filología en la pública. Como veis, el día y la noche.

Caminamos en silencio, tan sólo interrumpido por el molesto taconeo de mi amiga. Me duele la cabeza y me irrita, pero tampoco voy a empezar a regañar a primera hora de la mañana. Por suerte, tenemos una boca de metro muy cerca de casa, y en unos minutos ya nos encontramos bajando las escaleras.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Tienes el dinero? —me pregunta una vez, bajito, mientras esperamos el metro.

—No —Me encojo ante su virulenta mirada.

—¿Cómo? ¿Ese cabrón no te ha pagado? —levanta la voz.

—No es eso —La intento tranquilizar—. Es que me fui antes de que pudiera hacerlo. Ni siquiera pensé en preguntarle por el dinero.

—Pero, ¿por qué? —Se gira y le sonrío a un chico que se ha situado a nuestro lado. Después vuelve su atención a mí—. ¿Intentó sobrepasarse contigo?

—¿Qué dices? —Llega el metro y entramos a trompicones con el resto de personas medio dormidas. Como cada mañana, no hay asientos libres y nos tenemos que quedar de pie, apretujadas entre los trabajadores y estudiantes—. Es que quería hacerme fotos raras —añado.

—¿Te refieres a fotos guarras? —La señora que está de pie a su lado la mira con mala cara.

—¡Chsss! —siseo—. No sé cómo eran las fotos; no me quedé para enterarme —bajo la voz y me acerco—. Quería que me pusiera un vestido de colegiala.

Cyn se echa a reír sobresaltando a los viajeros más cercanos a nosotras. No sé cómo puede tener tanta energía a estas horas de la mañana. Yo me caigo de sueño y parezco una muerta en vida.

—La verdad es que te pega.

—Esa no es la cuestión —respondo irritada.

—¿Y estabas tú sola?

—Había otro chico en la sesión —Recuerdo al musculitos e inmediatamente aumenta mi mal humor matutino.

—¿Y estaba tan bueno como el fotógrafo?

—¿Qué más da eso?

Cyn me mira como si no me entendiera. Al cabo de unos segundos, suelta ante la mirada horrorizada de la señora de pelo cardado:

—Has imaginado que te lo tirabas, ¿verdad?

—¿Puedes bajar la voz? —Miro a la mujer con una inocente sonrisa para disculparme.

—Pero lo has hecho, ¿no?

No respondo. Cyn da una palmada y me abraza emocionada. Está loquísima.

—Si al final no somos tan diferentes —dice con una pícaro sonrisa.

—La diferencia entre las dos es que tú llevarías la fantasía a la práctica —Le doy un golpe bajo.

Ella chasquea la lengua y me da un golpecito en el hombro.

—Entonces reconoces que tienes fantasías —se le ensancha la sonrisa —. Pero oye, que te entiendo. Cualquiera las tendría con un tío como ese.

—No es eso. Es otra cosa —digo mirando la pantallita. Todavía me quedan dos paradas y tengo unas ganas tremendas de salir ya.

—¿Y qué cosita es? —canturrea. Dios, me dan ganas de matarla. Necesito un poco de silencio por las mañanas y ella nunca me lo concede.

—Fue algo extraño —rumio—. Cuando me tocó, me sentí diferente a cuando lo han hecho otros.

—¿Cómo que te tocó? —Ya está alzando la voz otra vez.

Y la señora continúa mirándola con desagrado. Con cada minuto que pasa siento más vergüenza.

—Que no es lo que tú piensas.

—La cuestión es —Se lleva la mano derecha al pelo y se lo arregla mirándose en la oscura ventanilla— que te ha encantado —Me clava su iris azul—. ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con alguien, Sara?

La mujer se remueve incómoda y parece estar a punto de decir algo cuando Cyn le suelta:

—¿Le pasa algo, señora?

Esta se queda con cara de alucinada e intenta alejarse por el atestado pasillo del vagón.

—¡Cyn! —la regaña.

—¿Qué? A ver si no podemos hablar de lo que queramos por culpa de una señora amargada.

Meneo la cabeza y me dispongo a acercarme a la puerta; la próxima es mi parada. Pero Cyn me agarra del brazo.

—Y tal y como él te miraba, tienes posibilidades. Hazme caso, que soy una experta en darme cuenta de esas cosas.

—Hazme un favor: cierra ya la boquita, guapa —Me suelto de su mano.

Cyn se inclina porque es más alta que yo y acerca su mejilla a mis labios. Le planto un beso y le deseo los buenos días.

—Eres una regañona —me dice, divertida.

—Eres tú, que sacas lo peor de mí —me excuso.

Aprieto contra mi pecho los libros que no me caben en la mochila y voy pidiendo a la gente adormilada que me deje pasar. Odio esta hora: todo el

mundo va a estudiar y es un caos para tener que salir y entrar, además de los irritantes empujones que te dan unos y otros. Ya hay un par de chicas que me están empujando para colocarse justo delante de la puerta.

Antes de que el vagón se detenga, Cyn me llama. Me giro para ver qué es lo que quiere ahora. A diferencia mía, ella se las apaña muy bien abriéndose paso en lugares abarrotados. Incluso hay algunos chicos que la están dejando pasar, muy contentos de ofrecerle sus servicios. Cuando llega hasta mí, le pregunto:

—¿Adónde vas?

—Oh, nada, sólo quería decirte una cosa. Ayer no me dejaste.

Levanto las manos como preguntándole qué es eso tan importante que le ha hecho venir hasta mí para decírmelo cara a cara.

—En el Museo de Arte Moderno hay una exposición suya hasta mañana —Le brillan los ojos—. Dicen que es muy buena.

Eres una capulla, Cynthia García.

Parece que el capullismo se contagia. Estoy yendo hacia el museo. No sé para qué, si nunca me ha interesado realmente la fotografía. Pero siento curiosidad por saber de qué se trata la exposición. ¿Serán chicas vestidas de colegialas o enfermeras? No creo que en el Museo de Arte Moderno dejen exhibir algo así, ¿no?

La cuestión es que he estado toda la mañana pensando en lo de ayer. Y por culpa de pensar en eso no he tratado de encontrar una solución para mi falta de dinero. Me queda un maldito día. Uno. Me van a anular la matrícula. Mira que el año pasado leí casos de estudiantes a los que les habían quitado la beca o les reclamaban parte de ella. Pues este año me ha tocado a mí pasarlas canutas. ¿Y qué voy a hacer, ahora, a mitad del curso sin matrícula, después de haber hecho los exámenes del primer cuatrimestre? Y encima con buenas notas. Esto me confirma que unos nacen con estrella y otros estrellados. Yo debo haberme caído con todo el firmamento sobre mi cabeza.

Me detengo ante el vanguardista edificio y lo contemplo con nerviosismo. En la fachada hay dos carteles publicitarios que informan de las exposiciones de este mes. Una de ellas es sobre la brujería a lo largo de la historia y, la otra, es la de Abel. Tiene un título en alemán, así que no me entero de nada de lo que dice. Pero me llama la atención la foto del anuncio: unos ancianos de rostro arrugado que están sentados cara a cara y se miran con intensidad.

Entonces qué hago, ¿entro? ¿No entro? Un par de transeúntes pasan por

mi lado y se me quedan mirando con curiosidad. Es que estoy dando saltitos sobre un pie y otro. Y tengo las manos llenas de libros. Sin pensarlo más, me abalanzo sobre el edificio y traspaso su puerta. Ya estoy aquí. Ahora no me voy a echar atrás. Al fondo de la entrada hay un mostrador y cuando paso por delante, el guardia me llama:

—Perdone, señorita: no se puede entrar con la mochila —Señala el armatoste que llevo colgando de la espalda.

—Oh, lo siento —Apoyo los libros en el mostrador y le doy la mochila. El señor, bajito y rechoncho, la coge y la mete en una taquilla. A continuación hace lo mismo con los libros y me entrega una llave.

—¿Quiere algún folleto?

—Eh... Sí. Uno de la exposición de Abel Ruiz —digo con voz temblorosa. Pero bueno, parezco gilipollas. A este señor le da igual que vaya a ver eso o a resguardarme del frío.

—Aquí tiene. —Me entrega un papel doblado y le doy las gracias.

En el folleto dice que la exposición está en la primera planta, así que me dirijo a las escaleras. No me encuentro con nadie por el camino. Los miércoles salgo antes de clase y no es normal que la gente venga al museo a las doce de la mañana. Por fin llego al primer piso y me encuentro ante una sala repleta de fotografías. Me detengo unos segundos para leer la biografía de Abel. Nació en Madrid, aunque se trasladó a Valencia a los diez años. Tiene veintiocho años y se dedica a la fotografía desde hace diez, aunque desde siempre ha sido su afición. Después pone premios y galardones que ha recibido por su trabajo. Nada más. Bueno, ¿y qué esperaba que pusiera en un folleto informativo? ¿Cuál es su color preferido? ¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Cuántas novias ha tenido?

Me río de mi propia ocurrencia y camino hacia la primera fotografía. Tras echar una ojeada a mi alrededor, me doy cuenta de que todas son en blanco y negro. Ese es un detalle que me gusta. Esta es la de los ancianos que se anunciaba en la fachada. La forma en que se miran hace que sienta un escalofrío. Parece que se adoren, que se amen y deseen, todo en una. ¿Serán matrimonio esos adorables abuelitos? Porque si no, son unos modelos perfectos.

Me dirijo a la siguiente foto y contengo la respiración. Se trata de una mujer de mediana edad, con la cara quemada, que sostiene en brazos a una chiquilla de unos tres años. Posiblemente su hija. Pero lo que me deja sin habla es el modo en que la nena mira a la mujer: veo en sus ojos un amor por

encima de todo. Tiene una manita apoyada en la mejilla de su madre, como si se la estuviera acariciando. Es precioso. Se me han puesto hasta los pelos de punta.

En la siguiente aparecen dos jóvenes, un chico y una chica. Ella es terriblemente hermosa y, sin entender por qué, siento un pinchazo en el estómago. Me molesta un poco que esta muchacha haya posado para Abel. Pero, ¿por qué cojones me tiene que importar a mí eso? Estoy hasta la coronilla de mi actitud de adolescente con las hormonas revolucionadas. Me concentro en la foto una vez más. El chico no tiene piernas, pero sonríe con una gran felicidad. Ella también está riendo, abrazándolo desde atrás. Parecen muy felices.

Durante unos quince minutos me dedico a contemplar las fotos. En algunas me quedo atontada, impresionada por la belleza que me transmiten. Es como si Abel supiera captar lo mejor de todas esas personas que salen en ellas y reflejarlo en su trabajo. No puedo evitar sentirme incómoda. Quizá me equivoqué con él. ¡Pero es que lo que pretendía que me pusiera no tiene nada que ver con esto! Aquí no hay enfermeras ni colegialas *sexys*, sino hombres y mujeres normales, pero que son increíblemente hermosos a través de su lente.

Me quedo en el centro de la sala un rato, echando un vistazo desde lejos a cada una de las fotos. En serio, son increíbles. Es cierto que es muy bueno. A pesar de mis pocos conocimientos, me doy cuenta de ello. Me han transmitido un sinfín de sensaciones y mientras bajo las escaleras pienso en ellas. Quizá vuelva mañana para contemplar las fotos por última vez.

El guardia me da la mochila y los libros y me pregunta si me ha gustado. Asiento con entusiasmo. Me cuelgo la mochila y me despido de él con la cabeza, ya que tengo los brazos ocupados. Me doy la vuelta y entonces lo veo. Está entrando por la puerta acompañado de dos hombres y una mujer. Mierda, mierda. ¿Qué hago? ¡No quiero que me vea aquí! Me giro para correr hacia la otra exposición y esconderme, pero mi torpeza hace que tropiece con la mullida alfombra y que a punto esté de caerme. Un par de libros aterrizan en el suelo. Me agacho de inmediato para recogerlos y entonces, una sombra se cierne sobre mí. Me ayuda a coger el libro que me queda. Yo me mantengo acuclillada mientras alargo la mano para recibirlo. Intento que no me vea la cara.

—¿Sara?

Joder. Me ha reconocido. Y encima se acuerda de mi nombre. Sin más remedio, alzo la barbilla y le sonrío de forma nerviosa desde abajo.

No recordaba lo alto que era.

No recordaba lo atractivo que es.

No me acordaba de lo *sexy* que puede ser un hombre vestido de traje, aunque sea informal.

No había pensado en que a él le pudiera sentar tan bien.



ME levanto tan rápido que Abel se tiene que apartar para que no le dé un golpe en la barbilla. Se me queda observando con extrañeza. Yo lo miro disimuladamente. Lleva el pelo arreglado, con lo que no tiene el aspecto leonino de ayer, pero la elegancia le sienta igual de bien o casi más. Aparto los ojos de su cara para que no piense que le observo demasiado.

—¿Has venido a ver mi exposición? —me pregunta muy serio. Me gustaría que sonriese porque así apenas se le marcan los hoyuelos.

Soy imbécil. Debería de haber pensado que él podría aparecer por allí. Al fin y al cabo, es la exposición de sus trabajos.

—No, no —me apresuro a contestar—. La de las brujas. Qué casualidad, ¿eh? —Suelto una risita.

Él pasea su mirada por mi cuerpo y frunce el ceño.

—¿Entonces por qué llevas un folleto de la mía? —Señala el tríptico que sostengo en mi mano junto con los libros. Mierda, no lo recordaba.

Para disimular, finjo que no me he dado cuenta y le indico con un dedo que espere. Voy hasta el guardia, que se encuentra hablando con los acompañantes de Abel, y le digo:

—Perdone, es que me ha dado información equivocada.

El hombre pone cara de no entender nada. Le guiño un ojo pero, como es de esperar, se queda con la boca abierta totalmente confundido.

—No, pero si antes usted...

—Deme uno de las brujas, por favor —insisto con impaciencia.

Los otros me miran con curiosidad y les dedico una sonrisa. Cuando por fin el guardia me da los papeles, regreso donde me espera Abel. Con nerviosismo me doy cuenta de que no me ha quitado la vista de encima en este pequeño momento en que me he alejado. La notaba clavada en mi espalda. Y ahora continúa ahí, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones negros, y escrutándome con una expresión indescifrable en el rostro.

No, definitivamente esto no es normal. No lo es que me suden tanto las manos y que me esté excitando aquí, en el Museo de Arte Moderno, tan sólo por saberme observada por él.

—¿No vas a ir a la mía? —Parece un poco molesto.

—Es que he quedado dentro de nada —me excuso. Es mentira, claro—. Quizá mañana. —Intento arreglarlo.

Se pasa un dedo por la barbilla y me pregunta:

—¿Te has pensado lo de ayer?

—No hay nada que pensar. Ayer te dije ya que no me gustan ese tipo de fotos.

—No sé qué quieres decir con eso. —Se adelanta un paso y yo doy uno hacia atrás. Parece que vayamos a bailar un tango.

—Claro que lo sabes —¿Se cree que soy tonta?

—Sólo es arte. —Se encoge de hombros y sonrío. Me fijo en sus dientes por primera vez. Vaya, también los tiene muy blancos y de un tamaño ideal. Me está empezando a molestar tanta perfección. Algún fallo tiene que tener por algún lado.

—Para mí son violentas —me atrevo a decir.

Se cruza de brazos y arquea una ceja. Yo me atrevo a sostener su mirada. Oh, no, espera. Es demasiado profunda. No sé qué significa. No entiendo de esto como Cyn. Ya podría estar aquí ayudándome. Me siento muy pequeñita ante la insolente mirada de este hombre.

—No serás como Ana Ozores, ¿no? —Apunta con su dedo el primer libro de la pila.

Arrugo la nariz. No le he entendido. Ana Ozores es la protagonista de *La Regenta*, una mujer joven casada con un hombre mayor que la trata más como a una hija que como a una mujer. En ocasiones a ella le dan ataques a causa de la represión de sus impulsos sexuales, de los cuales piensa que son pecados.

Ah, vale. ¿Era eso a lo que se refería? Pues ya le he encontrado el fallo: es un maleducado. Y no me van para nada ese tipo de tíos. Para maleducada yo. Suelto un bufido y me doy la vuelta.

—¿No ibas a ver la exposición de la brujería? —le oigo preguntar a mis espaldas. Su tono de voz es burlón.

—Ya vendré mañana —contesto de mala manera, dirigiéndome a la salida.

—Tengo algo que me gustaría darte —dice de forma enigmática. Me detengo y me giro para mirarle extrañada. ¿A qué se refiere? ¿Me dejó algo en su casa? Yo creo que cogí el bolso, y la chaqueta... Se acerca y se coloca a tan sólo unos centímetros. Estamos separados únicamente por mis libros. Pasa los dedos por sus lomos, leyendo en susurros los títulos—. Me gustan

las mujeres que leen.

Oh, vaya por Dios. Sólo faltaba eso. Se quiere hacer el interesante. Eso o que Cyn tenía razón y está intentando ligar conmigo. Pero no lo sé. Soy muy torpe para estas cosas y nunca me entero cuando un chico está coqueteando conmigo. A mí lo que me parece es que Abel es un cretino al que le gusta quedarse con las chicas.

—¡Ah! —Es mi única respuesta. Quiero sonar indiferente, pero no sé si se lo habrá tragado porque ese «ah» ha sonado más como un gemido debido a que, al estar inclinado para leer, su pelo me roza la cara. Qué bien le huele, joder. Y qué suave lo tiene. Me dan hasta ganas de acariciárselo y preguntarle el champú que usa.

Alza la barbilla y me mira. Está tan cerca que descubrirá todas mis imperfecciones cutáneas. Pero... ¿tiene también la respiración acelerada o es tan sólo producto de mi imaginación? Sus labios están demasiado próximos; casi puedo rozarlos con los míos.

Basta. Para de comportarte así. Este tío sabe lo que provoca en el sexo femenino y se está burlando. No voy a ser como todas. Respiro hondo y me obligo a apartarme. También me gustaría responderle con alguno de mis comentarios mordaces, pero es que es como si los hubiese perdido todos. De todos modos, tengo una buena razón para dejarle aquí plantado: antes ha insinuado que soy una estrecha. Vamos, que en realidad es un capullo.

Aprieto los labios con fuerza y logro separarme. Todavía noto el temblor de piernas. Él tiene los labios entreabiertos y un poco húmedos. Está muy serio y entrecierra los ojos.

—Recuerda, tengo algo para ti que te gustará —me repite en voz baja cerca del oído.

Me asciende una cosquilla desde las ingles hasta el estómago. Se retira y esboza una sonrisa. Los hoyuelos se asoman a sus mejillas. Quiero preguntarle que a qué se refiere con lo que me ha dicho, pero no soy capaz de articular palabra y, por si fuera poco, uno de los hombres se adelanta para decirle algo.

—Tenemos que organizar los últimos detalles de la presentación de esta tarde —me explica Abel—. ¿Te gustaría venir?

Niego con la cabeza, aterrada.

—Tengo cosas que hacer.

—Termina a las siete y después hay una degustación de vino. Pero yo me iré al estudio en cuanto acabe. —¿Para qué me da toda esa información?

—. Pásate —Es casi una orden. Me toca la nariz con el dedo índice y sonrío de manera socarrona.

Voy a protestar, pero me deja con la palabra en la boca y se marcha dentro con sus acompañantes. ¿De qué va? ¿Qué pretende con esa invitación? ¿Qué pinto yo en su piso? Por nada del mundo voy a ir; sólo faltaba que me tomase por una de esas mujeres que cumplirán todos sus deseos. Si yo fuera una persona que piensa mal, ya le habría soltado un sopapo. Pero me contengo porque, en el fondo, intento creer que está bromeando. No tengo tiempo para ir a su piso como una tonta.

De camino a casa, mi mente retorna a la manera de conseguir el dinero para la matrícula. Sólo se me ocurren ideas descabelladas. Una de ellas me parece que es caer muy bajo, pero es que estoy desesperada. He pensado que quizá podría pedirle el dinero a mi ex. Quedamos como amigos y muchas veces he sido yo la que le ha prestado a él. Aunque hace al menos medio año que no hablamos y tampoco quiero parecer una aprovechada. Ay, Jesús, ¿qué voy a hacer?

Cuando llego a casa me dejo caer inmediatamente en el sofá. Hoy me toca hacer la comida a mí, pero no tengo ganas de nada. Tan sólo quiero acurrucarme y ponerme a llorar, y es lo que hago hasta que pasado el mediodía regresa Cyn y me encuentra en posición fetal y sonándome los mocos.

—¿Qué pasa? —Tira el bolso y corre hacia mí.

Me incorporo con lentitud y la miro por entre las lágrimas.

—Pues que no quiero que me anulen la matrícula. He luchado mucho para llegar hasta aquí —sollozo.

—Oh, cariño —Me abraza y me seca las lágrimas con sus dedos de uñas rosa chicle.

—He pensado en pedírselo a Santi.

—¿Qué dices? —Me zarandea por los hombros—. ¡Ni hablar! No hay que mantener una relación tan estrecha con los ex novios.

—¿Relación estrecha? Ni que le fuese a pedir en matrimonio.

—Se empieza pidiendo dinero y se acaba volviendo. —Cuando dirige sus ojos hacia mí yo le ofrezco una mirada mortífera, pero le da igual—. Con él no tenías futuro. Y tú ahora estás muy bien así solita.

—No pretendo volver con él —me quejo, perdiendo la poca paciencia que me queda—. Sólo quiero un poco de ayuda.

—Puedo pedirle a mi madre un adelanto de la paga —propone Cyn.

Le cojo las manos y se las aprieto con cariño.

—Gracias, Cyn, pero todavía faltarían ciento cincuenta euros.

Se queda pensativa y, de repente, suelta un grito que hace que yo pegue un brinco:

—¿Y por qué no se lo pides al fotógrafo?

—¿A santo de qué?

—¿Estás tonta? Te hizo unas fotos, ¿no? Pues que te las pague.

—No terminé la sesión —le recuerdo de mala gana.

—Pero al menos te tendrá que pagar la mitad, ¿no?

Mi cara la convence de que me parece una mala idea y de que no voy a dar el brazo a torcer. Al cabo de un minuto se levanta para prepararnos algo de comer. Mete una *pizza* en el horno y me doy cuenta de que estoy hambrienta al oler su aroma. Cuando la trae ni me espero a que se enfríe, y como resultado me quemo la lengua.

—¡Ay! —me quejo.

—Oye, ¿y has pensado en ir a la exposición o qué? —Muerde un trozo de *pizza*—. ¿Quieres que te acompañe?

No sé qué contestar. No sé si confesarle que ya he estado allí. Pero como no sé fingir, ella nota algo en mi cara. Eso y que ya me conoce mucho. Qué lata.

—¡Ya has ido! —exclama, dejando su porción en el plato. Se arrima a mí—. Y qué, ¿te ha gustado?

Recuerdo las fotos y sonrío. Cyn me da golpecitos en el brazo.

—La verdad es que me ha sorprendido. —Cojo un trocito de jamón y me lo meto en la boca.

—Te dije que era bueno —Sonríe satisfecha. Da otro mordisco a su *pizza* y me mira sin dejar de masticar. Traga y dice—: Tú me estás ocultando algo.

La miro de reojo y finjo concentrarme en el queso de mi porción. Pero Cyn no deja de observarme y, en serio, al cabo de unos minutos resulta muy incómodo. Es una táctica que utiliza cuando quiere que haga algo o que confiese algún secreto. Y la verdad es que le funciona muy bien.

—Me lo he encontrado allí —suelto al fin.

—¿En serio? ¡Joder, qué bien! Menuda casualidad. ¿Y él te ha visto? ¿Habéis hablado?

Le explico lo ocurrido mientras terminamos de comer. Da un trago a su vaso de agua antes de darme su opinión.

—A ese tío le gustas.

—¿Qué le voy a gustar? Lo que le gustará es jugar con las tías.

—Pues juega con él.

—No me apetece. —Me niego a seguir el rollo a un tío como ese.

—Tienes que ir a su piso —dice Cyn—. Si sus palabras han sido como las que tú me has dicho, está claro que lo que quiere es enseñarte su... —no la dejo terminar.

Me pongo roja y le suelto un sopapo con el cojín. Ella se ríe divertida y me lo devuelve. A punto estamos de tirar los vasos al suelo. Recoge los platos y va hacia la cocina.

—Deja de hacerte la dura —me grita mientras friega—. ¡El fotógrafo te gusta y no lo quieres reconocer!

Durante el resto de la tarde pienso en eso. Puede que me atraiga pero, ¿y qué? Es sólo eso. Atracción y punto. Tampoco es la primera vez que me pasa. Aunque es diferente. Me siento demasiado ansiosa cuando está cerca. Y en estos dos días que nos hemos visto he experimentado más sensaciones que en toda mi vida. Y eso sólo con su presencia. A lo mejor es que tengo las hormonas revolucionadas por el estrés. Sí, debe de ser eso.

Pasamos toda la tarde comiendo dulces y palomitas frente a la tele. A las ocho me levanto del sofá para coger el móvil y llamar a Santi. Definitivamente voy a pedirle la pasta. Cyn aparta la vista del programa que está viendo para dedicarme un gesto de reproche. Pero paso de ella. No tengo otra.

Estoy a punto de marcar el número de mi ex cuando me llega un wasap. Lo abro y tengo un sobresalto al leer el mensaje.

«Estoy ya en el estudio».

¿Para qué se guardó mi número en la agenda? Hago yo lo mismo con el suyo con la intención de cotillearle la foto de perfil. Se trata de uno de sus trabajos: un hermoso atardecer en una playa con un niño de espaldas a la cámara. Sus fotos son todo lo contrario a lo que él aparenta ser.

—¿Quién es? —me pregunta Cyn.

—Nada, una amiga —miento.

Vuelca de nuevo toda su atención en el programa de televisión. Mientras tanto, yo leo el mensaje una y otra vez. Veo que Abel está aún en línea. ¿Estará esperando una respuesta? Pues que lo haga sentado porque no voy a contestar. Se está pasando de atrevido. Apenas nos conocemos, no le he dado permiso para añadirme al WhatsApp y, para colmo, se ve que me ha tomado

por una chica de la que se puede burlar. Como ya me he puesto nerviosa, decido postergar a mañana la llamada a mi ex.

Me voy a dormir temprano y una vez en la cama no puedo conciliar el sueño. Doy vueltas y más vueltas y al fin, desisto. Poco a poco la modorra me va venciendo. Se me están cerrando los ojos cuando oigo el pitido del móvil. ¿Quién será a esas horas? Lo abro y me encuentro con otro mensaje suyo.

«Te he estado esperando. ¿Dónde te has metido? Sigo estando aquí solo».

Inmediatamente mi mente se deja llevar y me imagino una escenita caliente. Contengo la respiración y me avergüenzo de mí misma.

—¡Gilipollas! —Apago el móvil y lo lanzo a los pies de la cama. Es evidente que sólo se refiere a las fotos, pero sabe cómo emplear el doble sentido.

Tras eso, todavía me cuesta más dormirme.



EL día de hoy ha amanecido bastante templado. Imagino que al final tendremos unas buenas fiestas este Marzo. Tampoco es que me haga ilusión; no soy mucho de este tipo de celebración: demasiada gente, demasiado ruido con los petardos y muchísimo agobio. Casi todos los años Santi y yo nos íbamos a pasar unos días fuera, pero este me temo que no va a poder ser, ni siquiera yo sola. No es que le eche de menos, pero sí a la sensación de saberme libre durante un par de días. Este año tendré que quedarme y encontrar un trabajo como sea.

Y eso me recuerda que no tengo la pasta. Es muy probable que mañana ya esté dada de baja en todos mis cursos. Ni siquiera sé por qué he venido hoy a la facultad. Supongo que mi subconsciente me ha traicionado y me ha traído para despedirme. Pero es que es todavía peor. Me siento fatal, y para colmo anoche tampoco dormí casi nada. Cyn me ha intentado animar esta mañana con unas tortitas y yo tenía el estómago cerrado. Ni la ducha caliente ha servido para quitarme el malestar del cuerpo.

Cuando he salido del baño la he encontrado muy contenta. Cierto es que su alegría matutina es conocida por todos, pero es que hoy parecía a punto de dar saltos. Y no ha dejado de lanzarme miraditas mientras me vestía. En el metro ha estado inusualmente callada, aunque la inspección ha continuado hasta que me he bajado del vagón y me ha despedido con un agitar de dedos.

En fin, que no estoy escuchando nada de lo que dice el profesor. Tampoco estoy tomando apuntes porque ya no me van a servir para nada. Cómo voy a echar de menos todo esto. Y lo que más me molesta es el desperdicio que supone. Qué rabia; qué mierda es esto de ser pobre.

En la pausa, mi amiga y compañera de clase, Eva se acerca y me ofrece unas rosquilletas. Las rechazo con una falsa sonrisa.

—Estás más seria que de costumbre —dice, fijándose en mis ojeras.

Si le digo lo que realmente me sucede, se me va a caer el mundo encima. Ella se inclina hacia mí y me acaricia la espalda. Es una de mis mejores amigas y gracias a la universidad nos vemos casi todos los días. Vivimos bastante lejos la una de la otra y entre que yo no tengo coche para ir a visitarla y que ella tampoco tiene mucho dinero para gasolina... ¿Cómo nos íbamos a ver entonces? Sé que no está bien ocultarle lo que me sucede, pero

es que no quiero ponerme a llorar en medio de la clase como una desquiciada.

—Venga, que este finde nos vamos de *birras*, ¿vale?

Eva es una fanática de la cerveza. Puede tragar una tras otra y quedarse como si no hubiera pasado nada.

—No creo que esté de ánimos —respondo cabizbaja.

—Pero si es que precisamente lo que necesitas es salir, nena. —Se tantea los bolsillos de la chupa—. ¿Me acompañas a fumar?

Asiento con la cabeza y me pongo la chaqueta. Caminamos por los pasillos atestados de estudiantes. Lo hacemos en silencio, como casi todos los días. Pero hoy para mí es diferente. Ella me ofrece un cigarrillo y lo rechazo. Estoy intentando dejar de fumar. Antes empalmaba uno tras otro, sobre todo cuando tenía exámenes o trabajos. Mira, una cosa buena de tener que dejar la uni: no sentiré la tentación de fumar.

—Conozco un sitio que está de puta madre —dice Eva de repente—. Las *birras* no son caras y hay de las que te gustan a ti, de trigo. Además, hay un concierto allí este sábado. Yo iba a ir de todas formas, lo que pasa que no te lo había dicho porque como nunca quieres venir...

La verdad es que no me gusta mucho salir de fiesta. Con ella he ido contadas veces y sólo porque me obligaba. Prefiero quedarme en casa leyendo un buen libro o viendo una película. Cuando salía con Santi, al menos tenía compañía; ahora casi siempre estoy sola en el piso porque Cyn todos los sábados sale con su grupo en busca de conquistas.

Llegamos a la planta baja y, antes de darnos cuenta, nos envuelve un barullo enorme. Al acercarnos al *hall* veo un pelotón de gente en la entrada. Todas las mañanas hay bastantes estudiantes charlando o fumando, pero hoy el número de gente se sale fuera de lo normal.

—¿Qué pasa? —pregunta Eva.

Nos acercamos a las puertas con curiosidad. Un grupito de chicas de nuestra clase cuchichea a nuestra derecha. Lanzan grititos de expectación. Me pregunto qué puede ser lo que las hace estar tan emocionadas. Y no sólo a ellas: todos parecen interesadísimos en lo que hay delante. Como yo también quiero saberlo, doy suaves empujones y aparto a unos cuantos para abrirme paso. Eva se cuele por el camino que he logrado hacer y puede ver antes que yo.

—¡Cochazo! —exclama.

Efectivamente. Aparcado ante nuestra facultad hay un cochazo espectacular. Un Porsche descapotable de color plateado. Imagino que los

chicos están alucinando con el carro, pero las chicas lo hacen por otro motivo. Y es que, apoyado en el lateral del coche con los brazos cruzados en el pecho, está Abel. Lleva unos pantalones azules y un suéter de color marrón claro que queda muy bien con su cremoso color de piel. Su pelo está encantadoramente despeinado como el otro día. Lo que más me sorprende es que no se inmuta ante las miradas envidiosas de los chicos ni las de deseo de ellas. ¿Estará acostumbrado a que babeen por él? Supongo que sí, pero aun así es un poco sorprendente. Un par de jóvenes que parecen de primer curso dan vueltas en torno al coche, con cara de estar flipando en colores.

—¡Tías, que es Abel Ruiz! —chilla Patricia, una de las compañeras de clase.

—¿Quién? —pregunta Eva entrecerrando los ojos.

Patricia la mira con disgusto.

—Es uno de los mejores fotógrafos del panorama español —Gira la vista hacia él y sus ojos hacen chiribitas—. Hay una exposición en...

—El Museo de Arte Moderno —termino por ella.

—Está buenísimo, ¿verdad?

Eva le contempla durante unos segundos y responde:

—No está mal.

Ella es como yo. Intenta hacerse la dura y fingir que no le importan los tíos. Y en la mayoría de casos es así. Pero no puedo creerme que Abel le parezca sólo un tío que no está mal. Está claro que la belleza es subjetiva, pero en el caso de este hombre no hay subjetividad ni leches. Es un dios griego, para qué vamos a mentirnos.

—Pero el coche me gusta más. Me encantaría conducirlo —añade, encendiendo el cigarrillo.

El grupo de chicos que está delante de nosotros se aparta y todos se van dentro. Y ahí estoy yo, totalmente descubierta, expuesta como una cervatilla ante su cazador. Cojo a Eva del brazo con brusquedad con tal de meternos en el edificio, con tan mala suerte que le tiro su amado pitillo.

—¿Qué haces, loca?

Vale. Ahora ya no hay escapatoria. Por el rabillo del ojo compruebo con pánico que Abel se está apartando del coche y que viene hacia nosotras. Las chicas de clase se ponen nerviosas ante la proximidad.

—Espera aquí —le digo a Eva, que ya está sacando otro cigarro del paquete. Me mira con cara de póquer.

Corro hacia las escaleras y antes de que él pueda subirlas, yo ya las he

bajado. Me detengo en el primer escalón; ahora soy tan alta como él. Sonríe de forma burlona y a mí me entran ganas de gritarle. Me doy cuenta de que todos los allí presentes nos están mirando, pero en especial las compañeras de clase. Entiendo que les sorprenda que la callada, seria y empollona Sara conozca a alguien tan guay (nótese la ironía, por favor) como Abel, pero en el fondo me molesta un poco.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto entre dientes.

—Oye, oye, el que tendría que estar enfadado soy yo —Oh, ahí aparecen los hoyuelos—. Te estuve esperando y no hice otras cosas por ese motivo.

—En ningún momento insinué que fuera a ir —mascullo. Entonces me quedo pensativa y le pregunto—. ¿Cómo sabes que estudio aquí?

—Me lo dijo tu amiga. —Ahora sus ojos también sonríen socarronamente.

—¿Qué? ¿Ha sido Cyn?

—Te llamé al móvil esta mañana y lo cogió ella.

Entonces comprendo por qué estaba tan contenta y todas las miraditas. La voy a matar. Sí, lo haré de forma lenta y dolorosa.

—Por cierto, muy simpática.

—Sí, sí lo es —respondo hecha una furia. Pero, ¿cómo se le ocurre hacerme esto la muy capulla?

Me giro disimuladamente y veo a Eva y a las otras hablando entre ellas a la vez que nos miran. Cuando se dan cuenta de que estoy observándolas, se detienen y nos dedican una sonrisa.

—¿Ibas a esperar aquí toda la mañana?

—Pues sí. Pero he tenido suerte, ¿eh? —Se saca la mano del bolsillo y me aparta un mechón rebelde que se me va a meter en la boca—. Me gusta tu color de pelo. Quedaría muy bien en unas fotos.

Sus nudillos me rozan la parte trasera del pómulo. Me estremezco ante esa caricia. Uf, creo que se ha dado cuenta. Las otras parlotean como unas gallinas allá atrás. Pero la verdad es que no me importa. Ya casi no las escucho porque sólo puedo perderme en esos ojos azul intenso del hombre que tengo delante. No hay nada ni nadie más en este preciso instante. Sólo él y yo. Me tiene atrapada.

—¡Abel! ¡Abel!

Patricia se acerca a nosotros dando saltitos. Salgo de la burbuja y agacho la cabeza, avergonzada. Él continúa con su mirada posada en mi acalorado rostro.

—¿Me puedes firmar un autógrafo? —Mi compañera le tiende su cuaderno con una enorme sonrisa.

Él lo coge sin apartar la vista de mí y planta en la hoja en blanco su firma. Cuando se lo devuelve, por fin, se gira hacia ella y le dedica una devastadora sonrisa. Me doy cuenta de que Patricia está conteniendo la respiración. Sí, mírala, se está derritiendo. Bueno, tampoco estoy yo como para decir nada si hace un momento me sentía así.

—Gra... gracias —dice entre tartamudeos.

Se aleja dando un pasito tras otro. Cuando llega a los escalones los sube rápido y se une a la conversación de las otras, que parecen estar preguntándole algo. De todos modos, ya se ha terminado lo que haya sucedido antes. Han vuelto los sonidos a mi alrededor y me noto observada por decenas de personas.

—En serio, ¿qué quieres? —Intento poner cara de enfadada. Realmente lo estoy un poco. No me gusta llamar la atención y por su culpa voy a ser el tema del día en la facultad.

—¿Puedes ser un poco más amable, por favor? Deberías estarme agradecida. Voy a sacarte del lío en el que estás metida.

—¿Perdona?

—Te dije que tenía algo que te pertenece. —Otra vez con eso.

Se levanta un poco de viento y me llega su maravilloso perfume. No sé cuál es pero podría tirarme todo el día oliéndolo. La verdad es que me apetece mucho acercar mi rostro a su cuello y aspirar aquel sensual aroma. Vale, ya me estoy yendo otra vez por las ramas. ¡Que está jugando conmigo!

—No quiero tus malditas fotos —digo.

—¿En serio? Pues sales bien —sonríe. Y al final voy a tener que borrar esa sonrisa de creerse superior—. Pero no es eso lo que tengo para ti.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una cartera de piel. Escarba en ella y tira de un fajo de billetes. Todos son de cincuenta y de cien. Se pone a contar un par de los verdes delante de mí. Yo estoy flipando.

—La sesión la pagaba a ciento cincuenta euros, ¿recuerdas? Tú no la completaste.

Le miro con furia. ¿A qué está jugando?

—Pero Cyn me ha explicado lo que te pasa. —Menea los billetes ante mi nariz. Los cuchicheos aumentan por todas partes. ¿Pretende comprarme con su dinero? Pero, ¿para qué?

—No lo quiero —espeto, apartándolo de un manotazo. Y ya estoy

pensando con qué matar a Cyn para hacerla sufrir más.

—Creo que no estás como para hacerte la dura —dice sin borrar esa sonrisa petulante de la cara. Se guarda la cartera.

Voy a darme la vuelta para dejarlo allí plantado pero me coge del brazo y me aprieta contra él. Ay, madre, tengo la boca a unos milímetros de la suya. Tendría que apartarme, pero lo cierto es que me siento tan bien aquí. Es el perfume que usa, que me tiene atolondrada. Bueno, y sus ojos que me están traspasando. Y esos labios carnosos que hacen que me pregunte cómo me sentiré al besarlo.

—Tú necesitas dinero y yo puedo dártelo —me susurra al oído. Me roza el lóbulo con los labios y un escalofrío me recorre la espalda.

No lo mires. No lo hagas. O estarás perdida. Dale un empujón y corre para arriba y métete en una clase. Lo mejor es huir de los tíos como Abel. Se creen todopoderosos y les encanta jugar con las chicas. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

—Suéltame. —Intento apartarlo pero sus manos se clavan en mis brazos y me aprieta más contra él.

—¿Te vas a jugar la carrera por tu orgullo? —Otra vez susurrándome al oído. ¡Ya basta, por favor!

—Me las apañaré yo sola —respondo. Pero es mentira. Es verdad que necesito el dinero. Para mañana. Y tal vez Santi no pueda dejarme en estos momentos esa cantidad. Oh, maldita sea, ¿qué hago?

—¿De verdad?

Me suelta y se encoge de hombros. El corazón me late a una velocidad descontrolada por la situación en la que me encuentro y por la indecisión.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir el dinero?

Parezco una yonqui o una prostituta. Está claro que si me dice de tener sexo mi respuesta va a ser un no rotundo. ¿Pero qué tonterías digo? ¿Cómo me va a pedir eso si tendrá las tías que querrá y totalmente gratis? Bueno, pues quizás quiere que pose para las fotos con el conjunto de colegiala. ¿Lo voy a hacer?

—Ven a comer conmigo —dice.

Abro la boca como una tonta. ¿Va en serio? ¿Me va a dar doscientos euros tan sólo por ir a comer con él? No puede ser cierto. Nadie en su sano juicio haría algo así. Niego con la cabeza y lo miro esperando descubrir en sus ojos la respuesta. Pero su expresión es un interrogante para mí. No puedo adivinar lo que piensa.

—¿Esto es en serio?

—¿Por qué no iba a serlo?

—¿Me vas a pagar por ir a comer contigo? ¿Por qué?

—Me parece divertida —responde—. Y, para ser sinceros, te debo la mitad de la sesión.

Me quedo pensando unos minutos. Qué hago, ¿voy con él? ¿No voy? ¿Y si es un psicópata realmente y me lleva a un campo en su cochazo y me deja allí? No, no puede ser. Se supone que es un fotógrafo bastante famoso. Pero los famosos también pueden estar locos, ¿no? Dicen que los genios lo están.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Aceptas?

Me coge de la barbilla y me alza la cara. ¿Es esta su forma de ligar con las chicas? Bueno, he visto cosas peores.

—¿Y después qué? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

Me pongo colorada. Se va a dar cuenta de que he pensado en algo subidito de tono. Parezco una estúpida. Casi un año sin pensar en esas cosas y ahora este creído lo va a echar todo a perder. Aunque puede tratarse sólo de una comida. Yo no quiero nada más. No me apetece nada más. Iré con él a comer, me pagará las fotos y ya está. Todos nos quedaremos contentos. Lo único que quiere es intentar seducirme, como supongo que hará con muchas otras, pero si le dejo claro que no va a conseguir nada de mí me dejará en paz.

—Vale. Acepto.

Abel sonrío satisfecho. Se encamina hacia el coche con sus andares de felino. Antes de subirse a él, me dice:

—Pasaré por ti a las dos y quiero que estés aquí a esa hora. Ni un minuto más tarde. Y no se te ocurra darme plantón —Me guiña un ojo y se sube al coche.

Pero, ¿será posible? ¿Encima me da órdenes! ¿De verdad quiero ir a comer con un tío mandón? Suelto un bufido rabioso mientras lo veo alejarse con el magnífico coche.

Cuando me giro, todas mis compañeras están observándome con la boca abierta. Creo que se mueren de envidia. Supongo que querrían ser ellas las que estuviesen en mi lugar. Echo a andar y fingen que llegan tarde a clase y se meten en el edificio. Tan sólo Eva me espera, con su inseparable cigarro.

—Nena, me flipa la cabeza. —Es una de sus frases más habituales. Es única.

—No digas ni una palabra —le advierto.

—¿Pero quién era ese tío y por qué te estaba ofreciendo dinero?

—Tranquila que te lo contaré, pero ahora vamos a clase.

—¿Te has metido a prostituta?

—¿Qué dices? ¡Pues claro que no! Me quiere pagar una sesión de fotografía.

—¿Ahora eres modelo? Me tienes que explicar muchas cosas, cabrona.

Mientras subimos las escaleras de camino a clase le revelo lo de la matrícula. Se enfada un poco por no habérselo contado antes, pero enseguida se le pasa. Antes de entrar a clase se detiene y dice:

—La verdad es que el tío está jamelgo.

No puedo evitar sonreír para mis adentros.



NO me he saltado una clase en mis veinticuatro años de vida y hoy, en cambio, he salido quince minutos antes para ser muy puntual. Así que aquí me hallo, en la puerta de la facultad, con la mochila que pesa un quintal auestas, y con el estómago revuelto. Casi todo en el mundo me pone nerviosa: un examen, hablar con un profesor, hablar con un extraño, hablar por teléfono, los viajes, Cyn. Pero los nervios que siento ante todo eso no son nada comparados con los que tengo ahora mismo.

Me repito una y otra vez que sólo estoy haciendo esto porque necesito el dinero. Pero me hace sentir todavía peor. ¿Estoy siendo una aprovechada? A pesar de todo, no debería importarme. Apenas conozco a este tío, y después de la comida no nos volveremos a ver. Aunque eso fue lo que pensé hace dos días al marcharme de su estudio. Y mira dónde me encuentro: esperándolo ansiosa. A lo mejor me deja plantada. Y no sé si me pondré mal por no tener el dinero o porque no vendrá. Lo que quiere decir que tengo ganas de verlo. Esto no debería estar pasándome a mí, y menos en una etapa de mi vida en la que me encontraba feliz sin compañía masculina.

Echo vistazos al reloj una y otra vez, como si así el tiempo fuera a pasar más deprisa. Es una manía que tengo la mar de tonta. Me sobresalto cuando veo aparecer a lo lejos un coche plateado, pero me desilusiono al recordar que el suyo es descapotable. Son las dos menos cinco y aquí no llega nadie. Cada segundo que pasa estoy más segura de que me ha tomado el pelo. Quizá está escondido en algún lugar cerca de aquí, riéndose a carcajadas de la chica con pinta de desquiciada que espera en la puerta de la facultad. ¿Y si tiene novia? ¿Y si ella es una de esas brujas a las que les gusta ver cómo caen las mujeres ante la seducción de su tentador novio? ¡Sí, sí! Seguro que es eso. Estoy haciendo el ridículo. Ahora mismo me marchó de aquí y que se busquen a otra tonta a la que tomar el pelo.

Bajo las escaleras intentando parecer serena, pero lo cierto es que tengo ganas de llorar. Qué sensible estoy últimamente. Le tendría que haber dicho a Eva que viniera conmigo a la puerta. En otra de las pausas me ha advertido que tuviese cuidado y que si notaba algo extraño le mandase un wasap o le hiciese una perdida. Al ver mi cara de terror ha cambiado de idea y me ha animado a pasármelo bien. Sí, vamos, me lo estoy pasando genial. Voy con la

vista clavada en el suelo y el rostro congestionado a causa de la rabia y de la impotencia.

Escucho un bocinazo a mi espalda. Como por aquí siempre hay alguien que aparca mal, ni siquiera me detengo. Pero entonces escucho otro, y otro, y otro más. Menudo desesperado el que lo está tocando. Al final decido girarme y veo que alguien viene hacia mí a grandes zancadas. Es Abel y parece enfadado. Vaya, al final ha acudido.

—¿No te dije que esperaras en la puerta? —Se detiene ante mí con la mandíbula tensa.

—Creí... creí que no ibas a aparecer —digo, encogiéndome ante su altura.

—Yo nunca faltó a mis citas. —Me coge de la mano y empieza a caminar.

Cuando nos acercamos me doy cuenta de que no era un único coche el que hacía sonar su bocina, sino unos cuantos. El motivo es que ha detenido el Porsche en medio de la calle y se está formando una cola increíble. El conductor del vehículo que está justo detrás del de Abel sale muy enfadado y empieza a soltar impertinencias, pero él no le hace ni caso, con lo que el hombre se altera más y más.

—Mira la que has montado —me regaña. Yo me quedo con la boca abierta. ¡Pero si ha sido él quien ha decidido aparcar en medio de la carretera! Abre la puerta del descapotable y me empuja suavemente—. Vamos, entra.

Me quito la mochila y la dejo entre mis pies. Estoy un poco incómoda, pero estoy tan nerviosa que no se me ocurre otra cosa que hacer. Estiro el cuello y veo que Abel está hablando con el hombre, el cual parece un poco más relajado. ¿Qué le estará diciendo? Al cabo de unos segundos, ambos se separan y Abel vuelve al coche, sentándose en el lado del conductor con un resoplido.

—Si te digo que me esperes en la puerta, hazlo —Arranca el coche con una sacudida. Está de muy mal humor. ¿Tanto me he pasado? Me pongo el cinturón con las manos temblorosas y me concentro en mirar al frente.

—A ver, ¿qué querías que hiciese si no venías? —le recrimino, encogida en mi asiento.

Me mira fugazmente y noto que le estoy haciendo enfadar todavía más. No sé por qué, pero eso me hace sentir bien, como si tuviese algo de poder al menos. Que no se crea el rey del mambo y que se dé cuenta de que yo también tengo mi carácter.

—Perdone, señorita, pero he llegado a la hora que tocaba. Ni un minuto más ni uno menos.

Vale. Puede que sea verdad. La última vez que he mirado el reloj eran menos cuatro y ha sido cuando me he puesto a pensar en lo de la posible novia cabrona. Quizá haya sido yo la que se ha equivocado. Pero no voy a disculparme; al fin y al cabo, el que ha situado mal su coche ha sido él.

Al cabo de unos minutos en silencio me doy cuenta de que estamos a punto de salir de la ciudad. ¿Pero es que acaso no vamos a comer aquí? ¿Adónde me va a llevar? ¡Ay madre, que yo tenía razón en lo de que está loco! Y encima le he hecho enfadar, así que seguramente me va a hacer sufrir mucho. Me agacho y busco el móvil en la mochila.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Ah... sólo estoy buscando un pañuelo —miento.

—En la guantera hay.

—Oh. Vale. —Joder. Tengo que conseguir sacar el teléfono de alguna forma. Pero de momento lo que hago es coger un pañuelo. Sin querer tiro el portacédés y se desparraman unos cuantos por el suelo. Él suelta otro bufido. La estoy cagando cada vez más.

—Dame ese —dice, y doy un brinco al escuchar su voz. Le entrego el CD que me pide y lo mete en el reproductor. Inmediatamente The Cranberries y su *Dreams* suenan a todo volumen por los altavoces. ¿Le gusta este grupo? Pero si es uno de mis preferidos y no conozco a ningún tío al que le guste.

Lo miro de reojo y veo que todavía tiene los dientes apretados. Se le marcan los huesos de la mandíbula. Mientras conduce da golpecitos en el volante con los dedos. Por el retrovisor veo que se acerca un coche. Ya sé, voy a pedir ayuda. Haré gestos para que descubran que estoy retenida por un loco. El coche se acerca y yo me remuevo en el asiento para colocarme en posición. Y de repente, Abel acelera, haciendo que acabe empotrada en el asiento. Oh, no, estamos dejando al otro coche muy atrás.

—¡No conduzcas tan rápido! —chillo, intentando hacerme oír entre el ruido del viento. Intento controlar con las manos los mechones de pelo que vuelan de un lado a otro.

—Oh, perdone, su alteza. ¿Se está despeinando? —Un amago de sonrisa.

Frena un poco al tiempo que aprieta un botón. Escucho un sonido de motor en la parte trasera. Al cabo de unos quince segundos la capota empieza

a subir, hasta encerrarnos por completo. Ahora tan sólo se escucha la voz de Dolores O’Riordan, que retumba a través de los altavoces. Abel baja el volumen y esboza una enorme sonrisa.

—¿Mejor así?

Yo estoy pegada al asiento porque he llegado a pensar que iba a morir. Nunca había ido con nadie que condujera tan deprisa, aunque he de reconocer que parecía tenerlo controlado. Aun así, ha sido peligroso y él se ha quedado tan fresco y, por lo que parece, se ha divertido mucho con mi cara de terror.

—¿A dónde vamos? —pregunto, incorporándome un poco y mirando por la ventanilla.

—¿No te acuerdas? A comer —se burla.

—¿Pero dónde? —¿Es un psicópata o no?

Gira una rotonda y se adentra en una zona industrial. La pasamos y nos metemos en una estrecha carretera rodeada de campo. Diez minutos después se dibuja frente a nosotros una enorme mansión. Cuando nos acercamos descubro que se trata de un restaurante, aunque tiene dos pisos. Se llama Le Paradise y está rodeado de numerosas palmeras y otros árboles que no reconozco. Respiro tranquila; no va a matarme, al menos no de momento.

Abel entra en el aparcamiento y detiene el coche en una de las múltiples plazas libres. Aparte del suyo, tan sólo hay dos más. Nunca había venido a este restaurante; ni siquiera había oído hablar de él. Me desabrocho el cinturón y cojo mi mochila, pero cuando me doy cuenta él ya ha rodeado el coche y está delante de mí. La coge y la vuelve a dejar donde estaba.

—¿Para qué la quieres ahí dentro?

Frunzo el ceño y me quedo mirándolo. Él tiene una mano apoyada en el capó y está inclinado sobre mí con su irónica sonrisa. Estoy empezando a pensar que ha sido una mala idea venir.

—Deja al menos que coja el móvil.

Rebusco entre los libros y apuntes y por fin lo encuentro. Me lo meto en el bolsillo de la chaqueta y salgo del coche. Él cierra la puerta y echa a andar hacia el restaurante. Yo dudo unos segundos. Ahora que estoy cerca me parece que se trata de un lugar muy lujoso y yo no llevo un aspecto demasiado elegante. Abel se da la vuelta en la puerta y me mira con impaciencia.

—¿Vienes o qué? Estoy hambriento.

Me armo de valor y echo a correr hacia él. Abre la puerta y apoya su mano en mi espalda para hacerme entrar. Parpadeo un par de veces

totalmente sorprendida. Yo tenía razón: el lugar es exquisito. Se encuentra tenuemente iluminado, con una luz anaranjada que proviene de unas modernas lámparas colgadas del techo. Las sillas son muy elegantes, de color blanco y negro y con unas extravagantes formas. Me pregunto si serán cómodas. Las paredes están cubiertas por unos enormes ventanales que dan a una terraza.

—Buenos días, señor Ruiz. —Un señor con bigote, alto y muy delgado se acerca a nosotros. Por su acento me imagino que es francés.

—Hola, Cécil —saluda Abel, estrechando la mano del hombre.

—¿Mesa para dos donde siempre?

—No. Hoy hace muy buen día. —Se pasa una mano por el pelo, visiblemente alterado. ¿Qué le pasa ahora?—. Mejor comemos en la terraza.

Cécil asiente con la cabeza y nos pide que le sigamos. Pasamos por delante de una pareja, un señor mayor y una chica bastante joven, que se dan de comer el uno al otro una extraña fruta. Les miro con curiosidad; al parecer se lo están pasando muy bien. El hombre abre una de las puertas correderas y salimos a la terraza. Es enorme y hay muchas palmeras. Pero lo mejor es que se puede contemplar el mar. Nos lleva hasta una de las mesas más cercanas a la barandilla. Yo me inclino y observo el horizonte. Debo de tener expresión de atontada, pero es que este sitio es hermoso.

—¿Me permite, señorita? —Cécil tiene una silla entre sus manos y me indica con un gesto que tome asiento. Obedezco y me arrima a la mesa. ¡Oh, guau! Nunca había estado en un lugar en el que me trataran así.

Abel ya está sentado enfrente y tiene los codos apoyados en la mesa y las manos entrecruzadas delante de su rostro. Observa todos mis movimientos con una sonrisa encantadora y yo me sonrojo sin poder evitarlo. Espero que no haya visto *Pretty Woman* porque parezco Julia Roberts emocionada ante cualquier chorradita.

—Ahora mismo viene Dominique para tomarles nota, señor Ruiz —dice Cécil. Inclina la cabeza y añade—: Espero que disfruten de la comida.

Abel asiente y se despide de él. Yo alucino. Parece que viene por aquí a menudo. ¿Con quién? ¿Con las chicas que se liga? Frunzo el ceño ante ese pensamiento. Pero tampoco puedo pretender ser la primera con la que va a comer. Ya por su trabajo debe de conocer a cientos de ellas, y mucho más bonitas e interesantes que yo.

—Buenos días, señor —escucho decir a una voz femenina.

Levanto la cabeza y me encuentro con una preciosa camarera. Va

vestida con un uniforme compuesto por una falda negra y una camisa blanca, ambos muy elegantes. Lleva el cabello recogido en un moño y tiene la piel muy morena, además de unos rasgados ojos verdes. No puedo pasar por alto cómo está mirando a Abel y la sonrisa de dientes blancos que le dedica.

—¿Va a tomar lo mismo de siempre? —pregunta la chica. Por el nombre y su forma de hablar, tiene que ser también francesa.

—Hoy prefiero cambiar —responde Abel—. ¿Puedes traernos la carta, Dominique?

La chica asiente y se va. La sigue con la vista hasta que desaparece por la puerta corredera. ¡Será posible! Estoy yo aquí y él mirando a otra. Bueno, vale, en realidad no soy nadie. No soy nada suyo como para enfadarme. Y de normal no me importa, lo juro. Cuando Santi y yo íbamos por la calle y nos topábamos con una mujer hermosa, yo era la primera en reconocerlo y no me importaba que él la mirase o soltase algún comentario. Pero ahora me ha molestado, y la verdad es que mucho, que Abel lo hiciera.

Va a decirme algo pero la camarera aparece otra vez con sendas cartas forradas de terciopelo. Cuando me la entrega me quedo boquiabierta. Es preciosa y el tacto es muy suave. La abro y leo los platos. No conozco ninguno. Tienen nombres extraños en francés. Levanto la vista de mi carta y me quedo callada. De todos modos, parece que es Abel el que lleva la voz cantante porque en ese momento dice:

—De entrante vamos a tomar la *Salade Versailles*, de plato principal *Huîtres avec une sauce de radis épicé* —Le echa otro vistazo a la carta—. Y para beber a ella le traes un *Vanilla Honey* y a mí un cóctel de jazmín. —Le devuelve la carta.

Yo le doy a la chica también la mía. Se está tomando su tiempo para anotar el pedido. Mientras lo hace, le dedica unas cuantas miraditas a Abel a la vez que le sonrío con sus labios carnosos. Creo que los tiene operados. Y seguro que también las tetas. Son demasiado altas y redondas. ¿Pero qué hago? ¿Desde cuándo soy una envidiosa que va criticando por ahí a las féminas? Es por culpa de este maldito fotógrafo, que saca la parte mala de mí.

—¿Quiere algo más, señor? ¿Postre?

—Después ya lo pedimos si nos apetece —dice él. Alarga su mano y acaricia la de ella—. Gracias por tu atención, Dominique.

La camarera deja caer las pestañas y se va meneando su perfecto trasero. ¿He visto bien? ¿Ha sido real lo de la mano? Estaba claro, yo tenía toda la razón. ¡Más razón que una santa! Este tío liga con todas y por lo que veo las

tiene rendidas a sus pies. Y encima es de esos que tienen la poca vergüenza de coquetear con otras cuando están comiendo ya con una. Que en este caso soy yo. Una que se supone que tan sólo ha quedado con él para recibir un dinero. Así que me voy a relajar, a disfrutar de la comida sea lo que sea lo que ha pedido y a marcharme después con los billetes que me ayudarán a pagar la matrícula.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Yo me dedico a observar el mar ya que si no le soltaré alguna impertinencia. Y sé que no debo hacerlo porque entonces haber venido hasta aquí habrá sido en vano. Por fin vuelve la tal Dominique con una bandeja en la que lleva dos copas. ¿Qué? ¿Me ha pedido alcohol? Espero que no, yo no bebo a estas horas del día.

—Su *Vanilla*. —Pone la bebida ante mí—. Y su cóctel, señor. —Con el suyo se inclina más. ¿Lleva un botón de la camisa más desabrochado o me lo parece a mí?

Cuando se marcha, cojo la copa y me la llevo a la nariz. La olfateo pero no puedo descubrir si lleva algo de alcohol. Tampoco voy a preguntárselo a él, así que la única manera de saberlo es probarlo. Me mojo los labios y enseguida noto un sabor dulce. Le doy un traguito y descubro que lleva miel, además de la vainilla. Y puede que algo de alcohol, pero el sabor es muy ligero. Bah, qué demonios, Eva me ha dicho que disfrute. Por una copita no va a pasar nada y está bastante bueno.

—Así que te gusta leer —Abel me saca de mis pensamientos.

—Pues sí. Mucho. —Bebo otro trago. Tengo la boca seca porque sé que ahora es cuando va a empezar la conversación. Y durará hasta que termine la comida. En tres, dos, uno se me cerrará el estómago y quedaré como una de esas chicas que cuando van a comer con un tío por ahí se piden una ensalada y se comen sólo una hoja.

—¿Qué te gusta? —Pasa un dedo por su copa, en la que hay un líquido dorado.

—Todo.

—Así que todo —Sonríe y bebe un poco.

¿Ya estamos con los dobles sentidos? Si va a ser así durante toda la comida no sé si voy a poderlo aguantar. Me gusta jugar con el lenguaje, pero cuando digo me gusta, quiero decir sólo a mí. No quiero que él lo haga; me hace sentir insegura.

Ahí viene otra vez la camarera. Deja en el centro de la mesa un enorme plato con una ensalada perfectamente elaborada. Lleva una salsa aunque no

sé cuál es, así, a primera vista. Abel coge uno de los tenedores y pincha un poco. Yo busco entre los míos el que tiene la misma forma que el que él ha cogido. Cuando la pruebo, una mezcla de sabores exóticos y fantásticos me llena la boca.

—¡Está buenísima! —exclamo con placer.

—Toda la comida de aquí lo está —dice, con una sonrisa satisfecha.

Continúo atacando la ensalada con emoción. Por suerte no se me ha cerrado el estómago, sino que, al contrario, tengo un hambre canina. Me doy cuenta de que estoy comiendo como si hiciera semanas que no lo hiciera. Me detengo y veo que él está sonriendo sin quitarme los ojos de encima. Agacho la cabeza notando que la cara empieza a arderme.

—Por fin una mujer que disfruta de los placeres de la comida —dice con voz insinuante.

No digo nada. Doy otro trago a mi bebida y veo que ya casi no me queda.

—¿Quieres que te pida otra?

—Eh... No. Bueno, sí —acepto. Me muero de sed, cuanto más bebo más tengo, pero en realidad no me apetece agua sino esta bebida de sabores exquisitos.

Cuando llega Dominique con los platos principales, Abel le pide otro cóctel para mí. Ella asiente con su sonrisa imborrable. Se aleja con sus movimientos de cadera rompedores. ¿Lleva la falda un poco más corta o es mi imaginación?

Miro mi plato y con horror descubro que es langosta. Mierda. Yo no sé cómo se come esto. Hay una especie de tenedor a un lado del plato pero se me antoja un utensilio peligroso. Con un nudo en la garganta lo cojo con la mano derecha y con la izquierda alzo la langosta del plato. Giro la cabeza de un lado a otro.

—¿Te ayudo? —Veo que Abel ya ha partido la suya.

No quiero quedar como una idiota, pero la verdad es que no tengo ni idea y no quiero irme sin comer esto que tiene tan buena pinta. Asiento con la cabeza y le alargó la langosta; sin embargo, él se levanta de su silla y se acerca. Se sitúa a mi espalda y me rodea con los brazos. Desliza sus manos por las mías hasta llegar a mis dedos, los cuales me acaricia con suavidad. Mira, si es la misma táctica que ha empleado antes con la camarera.

—Haces así. —Su cara está pegada a la mía y su cálido aliento me roza la mejilla. Me ayuda a desenroscar las tenazas. Después coge el tenedor

extraño y saca la carne que hay dentro—. Ahora así —¿Por qué el simple hecho de abrir una langosta me parece tan sensual si lo explica él?

No sé si será por la copa que he tomado que sí llevaba alcohol o por la cercanía de Abel, pero me están entrando unos calores tremendos desde la cara hasta el bajo vientre. Hasta me siento un poco mareada. Me remuevo en el asiento, un tanto incómoda. Él continúa enseñándome cómo despedazar la langosta, aunque yo ya no oigo nada. Sólo puedo escuchar los latidos de su corazón en mi omóplato. Son acelerados y me están poniendo cardíaca. Le noto respirar pegado a mi oreja.

Tengo ganas de girar la cara. Si lo hago, ¿me besará? ¿Es eso lo que quiero? ¿En realidad es lo que quería cuando acepté venir a la comida? Dios, dios, me muero de calor. Estoy empezando a sudar. Siento un cosquilleo en mis partes. Me doy cuenta de que estoy poniéndome muy caliente. ¿Pero qué había en la bebida, joder? Porque no me parece normal estar poniéndome así. Agarro la toallita que hay en el plato y me limpio las manos. Le hago gestos para que se aparte. Él deja la langosta en el plato y se sitúa a un lado.

—¿Pasa algo?

Me levanto y me quito la chaqueta. Me acerco a la barandilla e intento tomar aire. Me abanico con las manos y aspiro el aroma del mar. Qué mareada estoy. Me suben unos calambres desde los dedos de los pies hasta los de las manos. Pero no me puedo quejar, en el fondo es agradable. De repente noto la presencia de Abel a mi espalda y yo me sostengo en la barandilla. Él se coloca tras de mí y me acerca a la boca un trozo de langosta.

—Pruébala.

Abro la boca y me la mete en ella. El marisco se deshace en mi lengua. Uhm... Qué sabrosa está. La mastico al tiempo que Abel me acaricia el labio inferior con sus dedos. Luego apoya las manos sobre las mías y le siento apretarse contra mí. Espera, ¿está él realmente...? ¿Eso que estoy notando en mi trasero es...? En otro momento ya me habría girado y le habría plantado una bofetada, pero ahora mismo lo único que deseo es que no se aparte de mí.

—¿Te gusta? —me susurra en el cuello.

Oh, pues claro que sí. Me encanta. Como si no lo supiera. ¿O se refiere a la langosta?

—Sí... —respondo en voz baja.

Me empuja contra la barandilla y le escucho respirar con intensidad. Sus labios me acarician el cuello y yo cierro los ojos. Va subiendo poco a poco. Se roza contra mi trasero y se me escapa un pequeño gemido. ¿Nos estará

viendo alguien? Me gustaría que la camarera nos estuviese observando desde los ventanales con expresión envidiosa. Chúpate esa, Barbie, ¿a quién es a la que está empotrando contra la barandilla?

Asciende hasta llegar al lóbulo de mi oreja y me lo lame y lo muerde. Oh, joder, estoy tan excitada. Incluso me están dando calambres en la parte interna de los muslos. Hacía tanto tiempo que un hombre no me ponía así... Bueno, en realidad nunca un hombre ha logrado excitarme de este modo. Noto su lengua jugar en mi oído. Su respiración entrecortada me pone todavía más.

—Sara... —murmura.

—¿Mmm?

—Sabía que ibas a ser mía.

Abro los ojos de golpe. ¿Perdona? ¿Cómo que lo sabía? ¿Qué demonios estoy haciendo aquí dejándome sobar en medio de la terraza de un restaurante por un tío al que apenas conozco? ¡Desde cuándo soy una fresca! Me remuevo entre sus brazos y como veo que no consigo apartarlo, me echo hacia atrás y, sin querer, le doy un cabezazo en la cara.

—¿Pero qué coño haces? —me grita, alejándose de mí.

—¡Eres un gilipollas engreído! —le suelto—. ¿Cómo que sabías que iba a caer? ¿Pero de qué vas? ¡Yo no soy una cualquiera!

—No parecía molestarte hace unos segundos —me dice mientras se acaricia la nariz.

—Es que... ¡me has echado algo en la bebida! —Suelto la primera tontería que se me ocurre.

—¿Has visto que te echara algo?

—¡Pues se lo habrás pedido a la camarera o algo!

—Sara, lo único que pasa es que este tipo de comida es afrodisiaca —Se aparta las manos de la nariz. Por suerte, no le he hecho sangre—. Pero está claro que tú también has puesto de tu parte —me mira con sus ojos burlones.

Rujo de la rabia y cojo mi chaqueta. Me la pongo en un santiamén y marchó hacia el restaurante para irme de allí. El tío me ha traído a un sitio donde se comen platos afrodisiacos. Debí haberme imaginado alguna de sus estrategias. Sabe que soy una tipa dura, por eso tiene que ingeniárselas. Pero fíjate que conmigo no va a lograr nada.

—¿Te vas tú sola?

Me detengo. Oh, oh. Es verdad. He venido hasta aquí con su coche. Lo oigo acercarse a mí y pasar de largo. Veo que sonrío y sus hoyuelos me

llegan al alma. Son tan seductores. ¿Por qué no está enfadado después del golpe que le he dado? No le entiendo; no puedo imaginarme lo que pasa por su cabeza. Entro al restaurante y lo veo en la caja. Está pagando la cuenta. Encima voy a quedar como una tacaña, pero es que realmente no tengo ni un duro. Me dirijo hacia la puerta de salida procurando pasar desapercibida. Me topo con Dominique, la camarera, y me despido de ella, la cual me sonrío de forma falsa. Claro, como que quiere a Abel para ella solita. Pues nada, maja, puedes quedártelo enterito. Yo paso de juntarme con un tío que cada noche estará con una. Me trago el orgullo y le espero junto al coche. Me hace esperar unos minutos y al fin sale. Se dirige a mí con sus andares, que son tan seductores como él. Se pasa una mano por el pelo y dice:

—¿Qué hacemos contigo?

Le lanzo una mirada mortal y él se echa a reír. Me abre la puerta del coche y yo entro en silencio. Y así nos tiramos durante todo el viaje de vuelta a la ciudad. Mientras él conduce, yo le observo disimuladamente y, al mirarle las manos, recuerdo lo que ha sucedido hace un rato y me pongo nerviosa una vez más. Cuando por fin llegamos a mi casa, detiene el coche y se queda con la vista fija al frente. Yo no sé qué decir, mi orgullo no me deja disculparme, así que lo único que hago es abrir la puerta. Veo que un par de billetes de cien caen en mi regazo. Los recojo con manos temblorosas.

—Recuerda, Sara —me dice cuando estoy saliendo del coche—. Ya eres mía.



LOS viernes Cyn no tiene clase, pero la muy cabezota se ha empeñado en acompañarme hasta la facultad. Resulta que cuando ayer llegué a casa estaba esperándome sentada frente a la puerta con los brazos cruzados. Me chilló que mirara el móvil y vi que tenía una treintena de llamadas suyas. No le había quitado el modo silencio que pongo cuando estoy en clase y ella, al no llegar yo a la hora de comer, se puso como una loca pensando que me había pasado algo. También llamó a Eva y esta le dijo que me había largado con un tío bueno que al parecer era un fotógrafo famoso. Al fin ató cabos, pero continuó con la mosca tras la oreja y muy enfadada por no haberla avisado. Yo pasé de ella y de sus gritos y me encerré en la habitación. No podía dejar de pensar en lo que Abel me había dicho.

Y de camino a la universidad continuó pensando en ello. ¿Cómo se atreve a decir que soy suya? Ninguna persona es propiedad de otra y, en todo caso, si lo fuera, sería porque yo quisiera. Y no, no quiero. No voy a ser de él. Seguro que encima es uno de esos tíos posesivos. Pero lo que más me avergüenza es que caí como una tonta. Me dejé llevar por mi cuerpo y eso no es algo normal en mí. Aunque seguro que la comida tuvo que ver en ello por mucho que él dijera que yo también había puesto de mi parte. Está bien: es cierto que cuando lo noté tan cerca de mí experimenté un deseo demasiado intenso, pero me controlé. O bueno, lo conseguí gracias a que él soltó esa perlita de su boca y me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Qué habría pasado si no hubiese dicho nada? ¿Habría acabado en su casa, acostándome con él?

—Oye, ¿me estás escuchando o qué? —Cyn me zarandea.

Como hoy hay muchos estudiantes que no tienen clase o directamente no van porque anoche salieron, hemos logrado sentarnos. Ladeo el rostro y la miro, aunque no consigo enfocar muy bien su rostro. Estoy en las nubes, tengo que reconocerlo.

—Perdona —me disculpo.

—Te estoy diciendo que si eres tonta o qué.

Ale, ya vamos. Ya me va a dar uno de sus discursos. Siempre los empieza dedicándome algún insulto. Este se debe a que le he contado lo que me ocurrió ayer. Quería omitir algunos detalles, pero me ha sido imposible.

Al final siempre acaba sacándomelo todo. Eso sí, no le he confesado lo predispuesta que yo estaba a dejarme seducir por él.

—A ver, Sara, seamos francas —continúa—. Abel Ruiz te invita a comer. Recordemos que es uno de los mejores fotógrafos actualmente y tú misma pudiste comprobarlo. Si en la cama es tan bueno como con sus fotos... ¡entonces no sabes lo que te has perdido!

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —le recrimino. Que son las nueve menos cuarto de la mañana y ya está con el temita del sexo.

—Si hubiese tenido a un tío como Abel a mi espalda... —acerca su cara a la mía y me dice con una gran sonrisa—: No.

Nos levantamos porque ya llega mi parada. Mientras subimos las escaleras mecánicas Cyn continúa dándome la tabarra. Que le llame y le pida disculpas, que he sido una borde, que encima me ha dado cincuenta euros más de lo acordado aunque ni siquiera modelé bien...

—Si tanto te gusta llámale tú y quedas con él.

Cyn me alcanza ya casi en la salida. Hoy también hace muy buen día y ella ha decidido ponerse un vestidito ligero. Está divina de la muerte. Lleva su cabello negro recogido en una larga coleta. Estoy segura de que si le llamara, tal y como le he dicho, él aceptaría en menos de lo que canta un gallo. Inmediatamente una punzada de envidia me ataca en el estómago. No, por nada del mundo quiero que mi amiga quede con él.

—Si supiera que va a querer quedar conmigo, ten por seguro que lo haría. —Se sujeta la falda de su vestido para subir las escaleras. No sé yo si eso va a funcionar mucho; es demasiado corto—. Pero está interesado en ti. Ya te lo dije el otro día.

—Pues yo no quiero que lo esté alguien que tontea con todas.

Me entretengo unos minutos ante un puesto de libros. Se trata de un matrimonio que se pone en el paseo de las facultades y los venden a un precio increíble. Alguna vez que otra les he comprado un par, pero últimamente no tengo ni para esto. Cuando salga a las doce de clase iré a ingresar el dinero en el banco y así habré pagado mi matrícula. Pero todavía tengo que pensar en encontrar un trabajo. Se va a acabar el mes y tengo que pagar mi parte del alquiler. Otro problema más, ¿es que no van a acabarse nunca?

—¡Mira! —Cojo uno de los libros de tapas un poco usadas. Es *Orgullo y prejuicio*, una de mis obras favoritas de Jane Austen. La historia de amor-odio entre sus protagonistas, Elizabeth y el señor Darcy, es una de las más encantadoras que he leído jamás. Ella siempre se deja llevar por su orgullo y

él a veces la trata de forma poco adecuada debido a su origen social, pero al final ambos se dan cuenta de que el amor que sienten el uno por el otro está por encima del orgullo y los prejuicios, de ahí su título.

—¿Es otro de esos libros tuyos aburridos? —me pregunta Cyn mirando por encima de mi hombro.

—No es aburrido —me quejo. Le doy la vuelta para ver cuánto cuesta. Tan sólo cinco euros, pero mi economía no me lo permite. Lo vuelvo a dejar en la pila con un suspiro y me despido de los vendedores—. Hasta luego.

—Bueno, Sara, espero que durante tus clases reflexiones sobre lo que te he dicho —Cyn se inclina y me da dos besos, uno en cada mejilla.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Me voy a acercar al centro comercial a hacer unas compras. —Se mira las uñas con una perfecta manicura—. Después del disgusto que me has dado, lo necesito.

¡Mira que es tonta! Le doy una palmada en el brazo y me despido de ella. Al acercarme a las escaleras veo que Eva me está esperando con su cigarrillo entre los dedos. Por suerte, está sola. Hoy no me apetece hablar con nadie más de clase. Cuando llego a su lado la saludo con un gruñido.

—Nena, no sabes qué revolución armaste ayer aquí. —Da una calada al cigarro—. En clase no se hablaba de otra cosa.

—Ya me imagino. —Pongo mala cara. Cojo el paquete de tabaco que tiene apoyado en el marco de la puerta y le robo un *piti*. Hoy necesito fumar.

—¿Pero no lo habías dejado? —me pregunta mientras lo enciendo.

—¿Tú crees que después de todo esto puedo haberlo hecho? —Doy un par de caladas ansiosas y me entran ganas de toser. Pero enseguida me acostumbro y lo aspiro con placer—. Además, tengo que estar preparada para hoy.

—Cyn me llamó muy preocupada.

—Ya lo sé, ya. ¿No has visto que me ha acompañado hoy? —asiente con cara divertida—. Se ha empeñado en que le contara todo —Me mira expectante—. No, ahora no, Eva. No tengo ningunas ganas...

A las nueve en punto nos dirigimos a paso lento hacia el aula. Los viernes son el peor día sin duda alguna. Yo ya no puedo con mi cuerpo, y mucho menos después de todo lo que he vivido esta semana, que ha sido demasiado intensa. Necesito tranquilidad en mi vida. Cuando entramos en clase me siento observada por docenas de ojos. Unas cuantas compañeras se dicen algo al oído mientras otras me miran con mala cara. Me obligo a tomar

aire y a dirigirme hacia mi asiento como si no me diera cuenta de nada. Al cabo de un rato compruebo que ya vuelven a hablar de trabajos y exámenes o simplemente de sus cosas. Suspiro con alivio. Entre pausas y cigarros le cuento a Eva lo que ocurrió ayer después de que me marchara.

—Nena, mándalo a tomar por saco —me dice soltando el humo del cigarro.

—Ya lo he hecho. Le pegué un cabezazo en toda la nariz.

—¿En serio? Mira que eres bestia. —Se empieza a reír y al cabo de unos segundos yo me uno a ella y acabamos a carcajadas.

—No me gustan nada los tipos así. Se creen que son los amos del universo.

Menos mal que Eva es todo lo contrario a Cyn. Es la voz de la cordura y de mi conciencia. Y estoy segura de que tengo que hacerle caso a ella. Una vez salió con un chaval que se comportaba de un modo parecido a Abel y acabó con el corazón destrozado. No es que me lo haya confesado nunca, pero se le notaba en la mirada. Yo también sufrí bastante tras la ruptura con Santi aunque fuera de mutuo acuerdo. Por eso, ahora que estoy tranquila, no quiero volver a meterme en esos jaleos.

—En realidad te gusta un poco, ¿no? —Eva me mira con la cara ladeada.

—Claro que no —miento descaradamente.

—A mí no me puedes engañar —se queda callada unos segundos mientras me observa—. A ver, yo tampoco soy quien para decirte lo que tienes que hacer. Ya sabes que soy la menos indicada para ello. Lo único que puedo decirte es que los hombres como Abel sólo buscan una cosa: sexo. Cuando lo consiguen, no se les vuelve a ver el pelo —juguetea con el mechero—. Pero si a ti te apetece y ves que no te vas a quedar pillada...

No abro la boca. Estoy pensando en todo lo que me ha sucedido en menos de una semana. ¿Quiere Abel acostarse conmigo? Es algo que todavía me sorprende. Después de ver las fotos de su piso, de todas esas mujeres bonitas con cuerpos y rostros perfectos, me pregunto qué es lo que ha podido ver en mí. Pero creo que le atraigo. Al menos es lo que me pareció ayer durante la comida. A lo mejor no está jugando conmigo y está ahí la posibilidad de que le guste. Pero la cuestión es que no me agrada el sexo sin compromisos. Algunas personas, entre ellas Cyn, piensan que estoy chapada a la antigua porque sólo me he acostado con los que han sido mis novios. Nunca he tenido un rollo de una noche aunque he tenido alguna que otra

oportunidad. ¿Estaría dispuesta a ser un simple polvo por Abel? No sé si mi orgullo me lo permitiría y no tengo claro si la atracción que siento por él es lo suficientemente fuerte.

Una vez regresamos a clase intento concentrarme en tomar apuntes. Al fin y al cabo voy a poder terminar mi carrera. Y todo gracias a él. ¿Por qué cuando pienso que es tan mono hace o dice algo que lo fastidia? A lo mejor tendría que disculparme por lo de ayer, al menos por el cabezazo. No puedo dejar de pensar en lo que dijo cuando salí del coche pero, de todos modos, no he recibido ningún mensaje de él. Habrá comprendido que no quiero nada y habrá decidido dejar de insistir. Es lo que quería, ¿no? Pero si es así, ¿por qué noto una especie de vacío en el estómago al pensar que tal vez no vaya a saber nada más de él?

A las doce menos dos minutos la gente ya está recogiendo mientras el profesor continúa hablando. Todos tenemos ganas de largarnos ya y de que empiece el fin de semana. Por fin él se calla y nos levantamos de nuestros asientos con alboroto. Yo siempre soy de las más rezagadas porque tengo un montón de papeles y bolígrafos desperdigados por la mesa. Eva ya me está esperando al final de la hilera de mesas.

—Ya voy —le digo.

Al dirigirnos a la puerta vemos que unas cuantas chicas se han quedado paradas ante ella. Oh, no. ¿Ya estamos otra vez? Pero no puede ser. Escucho que alguien está hablando. Es la voz de un hombre, pero no la de Abel. Suspiro con alivio. Quizá es algún profesor anunciando una conferencia o algo por el estilo. Pero entonces un par de compañeras giran su cabeza hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunto confundida.

Me dejan paso y veo ante la puerta de la clase un hombre sosteniendo un gran ramo de rosas azules. Contengo la respiración. Patricia me señala muy emocionada y él se acerca a mí.

—¿Es usted la señorita Sara Fernández?

Estoy a punto de responder que no. Pero todo el mundo tiene la vista fija en mí, incluso el profesor, con una sonrisilla en su cara. Oh, no. No ha pasado ni un día y ya voy a ser una vez más el tema del día.

—Sí... —Alargo las manos para recibir las flores que el hombre me entrega.

—¿Puede firmar aquí? —Pone ante mí una cuartilla. El ramo es enorme y hago malabares con él hasta que Eva me ayuda a sostenerlo y puedo firmar.

—Eh... pues gracias —le digo al hombre. Este asiente con la cabeza y se marcha por el pasillo.

Mis compañeras de clase han formado un círculo entorno a Eva y a mí. Ay madre, parecen vampiras ansiosas por chuparme la sangre. Están deseando descubrir quién me ha enviado este ramo de flores, aunque imagino que ya se hacen una idea y por eso no se marchan. Patricia da un gritito y exclama:

—¿Es de Abel Ruiz?

Eva se adelanta un poco y se cruza de brazos poniendo su mejor cara de malota.

—Pues claro que no. Sara está intentando arreglarlo con su ex. —Mira la tía, miente mejor que yo—. ¿Os vais a quedar aquí todo el día?

Las chicas refunfuñan, pero poco a poco van rompiendo el círculo y se alejan a paso lento. Algunas se giran hacia nosotras como si no se fiaran. Patricia nos mira con expresión de cachorrillo hambriento, pero al final desiste y se marcha también.

—¿Hay alguna nota? —me pregunta Eva dándome el ramo.

Lo cojo y me pongo a rebuscar. Caen una tarjetita al suelo. Eva la recoge y la abre con emoción contenida.

—«Ayer me equivoqué. Te mereces que sea más caballeroso, así que propongo que empecemos de nuevo como amigos. ¿Qué vas a hacer mañana por la noche? Te invito a cenar y prometo que no habrá nada afrodisíaco. A.».

—Lee la tarjeta.

Me quedo blanca. Me imaginaba que había sido él el que enviaba las flores, pero jamás habría pensado que me escribiría algo así. ¿Qué quiere de mí? Me está confundiendo. ¿Cómo quiere que seamos amigos? No puedo serlo de un tío que me pone cardíaca con tan sólo mirarlo a los ojos y mucho menos después de lo de ayer. ¡Dios debe de estar castigándome por algo! Me acerco las rosas a la nariz y aspiro su aroma. Huelen fenomenal y su color es precioso. Me pregunto cómo habrá adivinado que me gustan estas flores. Yo nunca sé de la forma que él va a actuar.

—Hostia tú, nena —dice Eva, releyendo la nota que todavía sostiene entre sus manos—. Que es de él. Y se está disculpando después del cabezazo que le metiste. ¿No me habías dicho que era un cretino?

—¡Y lo es! —Vuelvo a pensar lo mismo. Ningún tío normal enviaría flores a una chica a la facultad. Eso es de creerse superior, por favor—. Sólo está fingiendo que es amable para que caiga.

—A lo mejor no es lo que tú piensas. Nena, que a lo mejor le interesas de verdad.

Rotundamente no. Lo que sucede es que debo de ser la tía más dura con la que se ha topado. Le está costando hacerme caer y eso ha herido su orgullo de macho. ¡Puede que encima mi actitud le ponga más! Hay tíos que son así de raros, que les mola que les insulten y les traten como una mierda. A lo mejor él es así. Le arranco la nota a Eva y la leo. Tiene una letra bonita, de trazos finos y elegantes. Una cena con él. Como amigos. ¿Por qué estoy dudando en aceptar? Debería tener claro que no debo.

—¿Vas a ir a la cena? —me pregunta mi amiga—. Acuérdate de que habíamos quedado para tomar unas *birras*, pero puedes venir después.

Niego con la cabeza. Le hago un gesto para que echemos a andar porque todavía tengo que ir al banco.

—¿Y qué le vas a decir?

—Pues la verdad. Que he quedado con mis amigas.

Subimos las escaleras y ella se queda en la puerta para fumarse otro cigarro.

—Me voy al banco. Nos vemos mañana, ¿vale?

Ella asiente y se apoya en la puerta. Noto que me está mirando de forma rara.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo estaba pensando en que las flores son muy bonitas. —Saca la lengua entre sus dientes de forma divertida.

Bajo las escaleras cabreada. Estoy segura de que no era por eso por lo que me miraba así.

Cyn no para de dar golpes en mi puerta. Echo el último vistazo al reloj. Vale, llevamos un ligero atraso pero, ¿qué más da? Sólo nos está esperando Eva. La oigo meterme prisas desde el otro lado de la madera. Yo sigo mirándome al espejo sin saber qué ponerme. No tengo mucha ropa para salir. Al final, con tal de que mi pesada compañera se calle, cojo una falda vaquera y me la pongo sobre los *leggings* negros. Me meto por la cabeza una camiseta de manga a medio brazo con escote a pico. El pelo es otra de mis pesadillas, nunca sé qué hacer con él. Lo llevo demasiado corto como para hacerme un peinado decente, así que al final opto por dejármelo suelto con un poco de espuma.

—¿Sales ya o qué? —me grita Cyn.

Abre la puerta sin mi permiso y entra en la habitación. Aparta la ropa

que hay tirada en la cama y se sienta en ella. Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Esa camiseta te queda bien. Parece que tengas más tetas y todo. —Sus opiniones siempre son muy sinceras.

—Gracias, Cyn. —Pongo los ojos en blanco. Me echo base en la cara y la restriego con una espumita. La miro desde el espejo—. ¿Sabes que vamos a un concierto de *rock*?

Se ha puesto un vestido corto de tirantes con florecillas que le queda como un guante. Pero así se viste una si va a una cita, no a un concierto de ese estilo. Ella se encoge de hombros y me sonríe. De todos modos, es tan perfecta que será capaz de ligar con los rockeros hasta con esa ropa. Termino de hacerme la raya del ojo y me pongo rímel en las pestañas. Me pongo un poco de brillo de labios rojo y me echo una última mirada en el espejo. Bueno, no está mal.

Corremos a la entrada y nos ponemos nuestras chaquetas. Cojo el bolso y meto en él mi monedero con un poco de dinero. En realidad me lo ha dejado Cyn, qué vergüenza. Pero que conste que ella ha insistido y se lo voy a devolver en cuanto pueda. En el jarrón del mueble de la entrada hemos puesto las rosas. Mi amiga las mira y suelta un suspiro.

—Son preciosas. Ojalá me regalasen unas a mí.

No le he contado que las flores llevaban una tarjetita ni lo que ponía en ella. Me habría obligado a ir a la cena. Le envié un wasap a Abel diciéndole que ya había quedado para ir a un concierto. Estuve esperando su respuesta, pero no llegó. Pues nada, que le den. No voy a estar disponible para él siempre que quiera. Tiro del brazo de mi amiga y salimos de casa. Correteamos por la calle buscando en la oscuridad el coche de Eva.

—¡Ahí está! —Cyn señala el Focus de nuestra amiga y nos dirigimos hacia allí—. Espera, Sara, no corras tanto —claro, si es que lleva unos tacones de vértigo, ¿cómo puede andar? Yo me he puesto mis botas negras que sólo llevan un poco de plataforma.

Por fin nos metemos en el coche y Eva arranca con un rugido del motor. Lleva puesto un CD de algún grupo de *rock* que desconozco. Ella ya va animada. A Cyn no le gusta ese tipo de música pero mientras haya hombres solteros allí, no le importa. Cuando llegamos al *pub* vemos que hay bastante gente en el exterior charlando y fumando. Se escucha desde fuera la vibración de la batería y de los bajos. Entramos y nos dirigimos directamente a la barra. Mientras Eva pide nuestra consumición, yo echo un vistazo alrededor. El

local está abarrotado de gente bailando, cantando y divirtiéndose. Mi amiga me entrega una Paulaner y nos indica que la sigamos. Nos abrimos paso entre la gente y nos colocamos cerca del escenario. El grupo que toca no está mal. No los conozco, pero hacen versiones de canciones que me gustan.

—¡El de la batería no está nada mal! —me grita Cyn al oído.

Miro hacia donde me señala. Sí, es guapete. Es moreno y lleva un *piercing* de aro en la nariz. Tiene muchos tatuajes en el brazo. No me imaginaba que a ella le fuese ese estilo, pero quizá es porque es muy diferente a ella. Al fin y al cabo dicen que los polos opuestos se atraen. Eva empieza a bailar con su *birra* en la mano y Cyn la imita. A mí me da un poco de vergüenza, así que me limito a dar tragos a mi cerveza. Pero tras un par de ellas me siento más animada. Cyn y Eva bailan como locas y lo cierto es que yo también tengo ganas de pasármelo bien. Ha sido una semana muy dura, lo he pasado francamente mal y por fin, he podido pagar mi matrícula. Así que pienso celebrarlo.

Cojo a Cyn y a Eva y nos dirigimos al centro de la pista. Entonces se acaba la canción y las tres hacemos pucheros. ¡Queremos más! De repente, empiezan a sonar los acordes de una que me encanta... ¡*Baby did a bad bad thing* de Chris Isaak! Inmediatamente las tres nos ponemos a cantar y a bailar. A nuestro alrededor la gente anima al grupo y también se menean emocionados. La música es muy *sexy* y la letra es atrevida. Debe de ser la cerveza que me está subiendo, pero me siento totalmente desinhibida. Por eso, muevo las caderas a un lado y a otro de modo insinuante. Echo la cabeza hacia atrás y me olvido de todo. Me concentro en el ritmo de la música y bailo más sensual que nunca. «You ever love someone so much you thought your little heart was gonna break in two?». Tarareo la letra junto con el cantante. No tiene la voz tan seductora como Chris Isaak, pero no lo hace del todo mal.

Cuando me doy cuenta tengo a un chico bailando a mi lado. Es guapo, aunque no tanto como Abel. Se acerca un poco a mí y me pregunta el nombre. Le respondo gritando. Creo que ha dicho que se llama Fran, aunque no le he escuchado muy bien. No importa, tan sólo quiero bailar. Dejo que pose su mano en mi cintura y meneo mi cuerpo junto al suyo. Por las caras que ponen Cyn y Eva debo de estar comportándome de un modo inusual en mí. El tal Fran, si es que se llama así, se arrima un poco más y me atrae hacia él. Me parece que quiere besarme. Qué descarado. Tan sólo estaba bailando y ya se piensa que quiero algo con él. Ni siquiera Abel sería tan atrevido.

Apoyo la mano contra su pecho y niego con la cabeza. Pero el tío está empeñado en ser un empalagoso y vuelve a intentar besarme. Por el rabillo del ojo veo que mis amigas se acercan para quitármelo de encima. Sin embargo, de repente abren mucho la boca y se detienen. Y entonces alguien le da un empujón al tío que intentaba besarme. Ese alguien se pone delante de mí. Una espalda ancha enfundada en una camisa blanca.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le oigo preguntar.

—Eh, tío, tranqui, que no sabía que tenía novio.

La persona que me acaba de quitar a ese plasta de encima se gira y me mira con sus ojazos. Ya tiene otra vez las mandíbulas apretadas. ¿Por qué está enfadado ahora? Me agarra de la cintura y me une a él. Bailamos muy juntos, con su cálida respiración en mi cuello. Se mueve tan bien y está cantándome al oído con su erótica voz. «Baby you did a bad bad thing...». No puedo hacer otra cosa más que aferrarme a su camisa y dejarme mecer en sus fuertes brazos.



ABEL. ESTÁ aquí, bailando conmigo. ¿Cómo me ha localizado? No le dije dónde iba a ir. Siempre me encuentra cuando intento sacarlo de mi cabeza. Noto sus manos bajando por mi espalda hasta detenerse en los riñones. Aprieto con fuerza su camisa entre mis dedos y apoyo la cabeza en su pecho. Enseguida me llega su perfume y empiezo a excitarme. Le suelto la ropa para acariciarle los brazos. Me doy cuenta de que la respiración se le acelera y de que tengo sus labios en mi mandíbula, a punto de llegar a mi boca. Me aparto sobresaltada y él se muestra confundido.

Miro a mi alrededor y con sorpresa descubro que el concierto ya ha terminado y que es un *dj* el que está poniendo música. No veo a Cyn ni a Eva por ningún lado. ¿Dónde se han metido? ¿Cuánto tiempo hemos pasado Abel y yo bailando? Me doy la vuelta ante su estupefacta mirada y me abro camino por entre la gente. Descubro a Eva hablando animadamente con un par de chicas. Me acerco a ella y le digo:

—Voy fuera.

—¿Te encuentras bien? —Quiere saber. Por su mirada sé que está preguntando por él.

No le contesto. Le pido que me dé un cigarrillo y el mechero y me dirijo a la salida empujando a unos y a otros. Ya fuera me alejo un poco de la puerta y lo enciendo. Le doy una enorme calada y noto que me estoy mareando. He bebido más de lo que debería y fumar no ayuda a que me sienta mejor. Escucho unos pasos a mi espalda.

—¿Por qué te has ido de esa forma?

No me giro al oírle, sino que empiezo a andar con el frío de la noche traspasando mi fina camiseta. Enseguida su mano me agarra de un brazo y me da la vuelta. Está arrebatador. Su pelo presenta un aspecto más rebelde que nunca. Además de la camisa blanca, cuyas mangas lleva subidas hasta el codo, se ha puesto unos pantalones negros sueltos que le quedan fantásticos. Paseo mis ojos por su estupendo cuerpo hasta que nuestras miradas se cruzan. Entonces recuerdo por qué estaba enfadada y le suelto:

—¡No necesito a un héroe!

Sus ojos azules se ensombrecen y se acerca un poco más a mí. Me sigue sorprendiendo su altura, a pesar de todo. Puedo notar que está enfadado

porque tiene la mandíbula tensa.

—¿Ah, no? De la forma en la que estabas bailando habrías tenido que quitarte a un buen número de tíos de encima. ¿Ibas a poder tú solita?

—¿Perdona? —¡Sólo faltaba eso! Echo a andar de nuevo, con el cigarro entre los dedos y temblando de frío—. ¿Ahora me vas a decir cómo tengo que bailar?

—Sólo te estoy diciendo que tenías a unas cuantos babosos que no te quitaban los ojos de encima. —Se pone a caminar a mi lado con todo el morro del mundo. ¿Es que no entiende que quiero estar sola?

—No te inventes cosas.

Me detiene ante un callejón y, sin que yo me lo espere, coge el cigarro y lo tira al suelo. Yo me quedo con cara de tonta.

—¿Pero qué haces? —Le doy un empujón.

—No me gusta que fumes. No es sano. —Me sujeta de las muñecas y yo intento liberarme—¡Y a mí no me gusta que me controlen! —Me remuevo en vano. Es fuerte y me tiene bien agarrada—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Fácil. He atado cabos. Me dijiste que ibas a un concierto y me acordé de tu amiga de la chupa de cuero —¿Cómo es posible que recuerde cómo iba vestida Eva el otro día? No se pierde ni un detalle—. Sólo tuve que indagar un poco y di con este lugar. Me arriesgué y gané el premio —Menos mal que no hay nadie por aquí a estas horas, porque estamos dando un espectáculo—. ¿Puedo soltarte o vas a seguir huyendo de mí?

Niego con la cabeza. Él escruta mi rostro unos segundos y al fin, me deja libre. Miro con desilusión el cigarro que está a mis pies. Lo necesito. Continúo temblando y él se da cuenta.

—¿Tienes frío? —Se arrima y yo doy un paso atrás, pero me vuelve a coger de la mano y me atrae hacia él. Dejo de resistirme. Entre sus brazos se está muy bien; es agradable sentir el calor que desprende su cuerpo. Apoya su barbilla en mi cabeza y suspira—. ¿Vas a dejar de comportarte como una niña? —Me pongo tensa, pero me aprieta más contra su pecho y me acaricia el pelo intentando que me relaje—. Con tu actitud sólo demuestras lo contrario a lo que pretendes. —Alzo la cara y lo miro. Está serio, pero aun así, imponente. Observo sus bonitos labios y me dan ganas de tocárselos con los dedos.

—¿Qué estás queriendo decir? —le pregunto, inclinándome un poco hacia atrás.

—Me deseas, Sara. —Apoya su mano en mi nuca y la cubre por completo con ella.

¿Pero cómo se ha dado cuenta? Si he tratado por todos los medios de alejarme de él. Me he comportado como una capulla, le he gritado, dado un golpe en la nariz y he intentado huir.

—Calla —le ordeno, levantando una mano y apoyándola en su pecho. Mi imperativo hace que ponga cara de confusión—. Te estás equivocando. No me conoces para nada.

—Sé lo suficiente. —Me acaricia la barbilla y sonrío. Aparecen sus hoyuelos en todo su esplendor. Tengo el estómago revuelto y el corazón me va a mil por hora, pero noto el suyo contra mí latiendo casi al mismo ritmo—. Te gusta leer y eres preciosa, aunque también bastante cabezota. Y sé que quiero hacer que grites de placer hasta que me supliques que pare, y tú también lo quieres.

Me echo a temblar, aunque esta vez no es del frío, sino del efecto que causan en mí sus palabras. Sé que ya estoy perdida y que lo que me dijo el otro día al salir del coche se va a cumplir. Unas tremendas ganas de llorar se apoderan de mí y agacho la cabeza para que no vea mis lágrimas. Me siento débil, derrotada por este capullo que lo único que quiere es llevarme a la cama. Nunca he caído ante las insinuaciones de un hombre de este modo, pero sé que estoy a punto de hacerlo. Me agarra otra vez de la barbilla para alzarme el rostro y al ver mis lágrimas se queda estupefacto.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —me pregunta. Como si no lo supiera. Desliza un dedo por debajo de mi ojo derecho y me limpia las lágrimas. Luego hace lo mismo con el otro. Parece que se siente un poco mal. Pues bueno, que se aguante, porque es lo que se merece.

—Todo lo que dices y haces me molesta —respondo con un hilo de voz.

—Lo siento. Pero no puedo dejar de pensar en ti desde que apareciste por mi estudio —lo dice muy serio. No, si todavía se creará sus propias mentiras.

Se calla de golpe y dirige su mirada hacia mis labios. Oh, mierda. No quiero que lo haga. Estoy tan débil y mareada por el alcohol que no podré detenerlo como las otras veces. Él escruta mi rostro para encontrar alguna señal que le indique que vaya a dar otro espectáculo. Pero se ve que no halla ningún obstáculo en mí, así que inclina su cara sobre la mía. Entreabre los labios y los acerca a los míos, los cuales mantengo completamente cerrados. El corazón se me va a salir por la boca. ¿Voy a dejar que me bese? Ahí están

sus labios. Apenas me han rozado pero la electricidad que he sentido en mi cuerpo ha hecho que me ponga muy tensa. Me acaricia el pelo mientras intenta abrirse paso en mi boca, pero yo todavía me mantengo firme.

—Vamos, Sara, déjate llevar...

Me sostengo en sus antebrazos y cierro los ojos con fuerza. Estoy temblando aún, pero él también. Mi cuerpo está empezando a reaccionar ante el sonido de su respiración.

—¿Ni siquiera estás un poco excitada? —susurra contra mis labios.

Apoya su frente en la mía y baja sus manos por mi espalda hasta llegar a la cintura. Me abraza contra él casi de forma posesiva. Su lengua juguetea con el lóbulo de mi oreja y luego me lo atrapa entre sus dientes.

—Porque yo lo estoy tanto que podría tirarte al suelo aquí mismo — exhala junto a mi oído. Su aliento hace que me den pinchazos en el bajo vientre y que me entre un calor tremendo.

—Por favor... Dijiste que querías ser mi amigo —jadeo.

—¿Es que los amigos no pueden acostarse juntos? —Me da besitos en el pómulo hasta llegar a mi mandíbula.

Echo un vistazo a la calle. El *pub* se encuentra bastante lejos y por aquí no se ve ni un alma. No puedo aguantar más. Contengo la respiración y le agarro de los bordes de la camisa, apretándolos con fuerza. Expongo mi rostro ante el suyo y él vuelve a posar sus labios en los míos y esta vez no encuentra mi oposición. Abro la boca y su lengua se abre paso por ella buscando la mía. Se la ofrezco y juega hasta que yo me apunto y ambas se entrelazan lenta y suavemente. Ardo entera. No puedo hacer otra cosa más que dejarme llevar como él quería.

Me coge en brazos y sin dejar de besarme me lleva al callejón. Una vez ahí me apoya contra la pared y yo me abrazo a él con intensidad, deslizando mis manos hasta su cuello para acariciárselo. Quiero sentirlo más cerca.

—No quiero que te apartes —le digo cuando él deja de besarme en la boca para mordisquearme en el cuello.

—No lo voy a hacer —jadea con la respiración entrecortada—. Me pones demasiado, Sara.

Sus palabras son como el fuego que prende la llama. Le agarro del cuello y le obligo a besarme de nuevo. Ya he perdido todo el control. De todos modos, no me importa. Sólo quiero que me posea y que todo esto acabe. Cuando por fin me tenga, dejaré de interesarle y ambos podremos vivir en paz, como antes de que nos conociéramos.

Le desabrocho un botón de la camisa y le acaricio el pecho. Me encanta. No es demasiado fuerte... Simplemente es perfecto. Él gime contra mis labios y se aprieta más contra mí, clavándome su erección. Me pilla totalmente desprevenida y dejo escapar un pequeño grito de placer. Joder, Cyn tenía razón. Debí haber hecho esto antes. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. El placer que provoca en mí este hombre no se puede explicar con palabras.

Siento sus manos navegando por mi cuerpo. Me roza la cadera y yo echo la cabeza hacia atrás ante ese simple contacto. Pero es que es notar sus dedos en alguna parte de mi cuerpo y entro en combustión. Me besa la garganta mientras lleva su mano hacia la parte interior de mis muslos. Yo le agarro del pelo y me pongo tensa. Me sube un poco la falda y me acaricia con suavidad la entrepierna. Después me las separa con un poco más de fuerza. Oh, joder, tengo ganas de gritar de placer. Pero entonces escucho unas voces y me doy cuenta de dónde nos encontramos. ¿Qué hago a punto de tener sexo en la calle con un tío al que apenas conozco?

—Abel, para. —Intento apartarle de mí, pero está demasiado concentrado en lamer mi cuello—. Por favor, detente, que se acerca alguien.

Me agarra del trasero con violencia y me golpea otra vez con su erección. Madre mía, está durísima. Gruñe contra mi oído y farfulla algo, aunque no puedo entenderlo. Yo continúo tratando de separarlo.

—En serio, Abel, va a pasar alguien. Estamos en la calle. —Al final logro que se fije en mí, aunque tiene la mirada desenfocada—. No quiero hacerlo aquí.

Le empujo con suavidad y trato de recomponerme. Me bajo la falda y me arreglo la camiseta. Él no aparta los ojos de mí. Su pecho sube y baja de forma acelerada. Bajo la vista y descubro el bulto en su pantalón. Sólo consigo excitarme más, pero debo mantener la cabeza fría al menos por un rato. De repente, las voces se escuchan más cerca y por nuestro lado pasan un grupo de chicos armando jaleo. Se quedan mirándonos muy sonrientes. Supongo que se imaginan lo que estábamos haciendo. Yo me sonrojo e intento sonreír hasta que, por fin, se alejan calle abajo. Abel se adelanta un paso hacia mí, pero le indico que no con un dedo. Se detiene, aunque veo que aprieta los puños. Tiene que estar pasándolo francamente mal, pero lo cierto es que la situación me divierte. Que sufra un poquito.

—Mejor lo dejamos para otro día —le digo, y salgo del callejón en dirección al *pub*. Quiero encontrar a mis amigas. Seguramente están

preocupadas.

Él se abalanza sobre mí y me agarra desde atrás. Me rodea con sus brazos y apoya una mano sobre mi vientre.

—No voy a dejar que te vayas.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué? —Se está empezando a enfadar otra vez y me aprieta con sus manos.

—Tengo que decirles a mis amigas dónde estoy. —Intento calmarlo y me revuelvo para quitármelo de encima.

—Mándales un mensaje o llámalas.

—Tengo el bolso allí dentro —Señalo hacia el *pub*. Hay gente saliendo. Puede que ya estén cerrando y entonces me quedaré sin él.

—Vamos a cogerlo —se quita de mi espalda y se pone delante agarrándome de la mano. Echamos a correr hacia el bar. Está muy serio, con los labios apretados y el azul de sus ojos oscurecido.

—Escucha, que no me voy a perder...

—Ya te lo he dicho: tú no te vas a ningún lado.

—Podemos quedar otro día y...

—No. —Una negación rotunda. Me aprieta la mano y antes de entrar al bar me dice—. Puedes cambiar de idea y yo quiero tu cuerpo ahora.

Me da un empujón y trastabillo en la entrada del *pub*. Entonces me coge de la cintura y caminamos por el local, que ya se encuentra casi vacío. ¿Y si Cyn y Eva se han ido y me han robado el bolso? ¡He sido una inconsciente por salir de esa forma y dejarme seducir como una quinceañera!

—Allí. —Abel me señala una chica morena, alta y esbelta. Sin duda es Cyn. Y es capaz de reconocerla estando de espaldas.

Me acerco a ella y veo que está hablando con el batería del grupo. Cuando me descubre, abre los brazos y me abraza con alegría. Creo que está un poco borracha, pero se las puede apañar.

—¿Dónde está Eva? —le pregunto.

—Creo que se fue con un tío... —Vale, así yo no me sentiré tan mal por desaparecer también—. ¡Ah, me dio esto para ti! —Cyn coge algo que hay en la mesa de al lado y me lo da. Es mi bolso. Inmediatamente Abel me sujeta del brazo y tira de mí.

—Cyn... ¡nos vemos mañana!

—¡Cacho perra! —me grita cuando se da cuenta de quién es el que me arrastra hacia la salida.



CONDUCE a toda velocidad. Leo en su rostro que está embriagado por el deseo. Alguna que otra vez se remueve en su asiento. Yo miro por la ventanilla, pero tan sólo veo calles vacías y cuando pasamos por algún bar unas pocas personas que están a punto de regresar a sus casas. ¿Qué hora será? Saco el móvil del bolso y le echo un vistazo: las tres y media. Es tardísimo. Bueno, al menos para mí lo es. Y este fin de semana quería comenzar un trabajo. Por favor, ¿qué estoy haciendo en el coche de este hombre? Ya no me siento tan segura como antes y ha desaparecido toda la libido que me ha atosigado en el callejón. Ahora estoy un poco asustada. ¿Qué va a suceder? Me lo puedo imaginar: me llevará a su estudio y allí practicaremos sexo un rato, hasta que se canse y apague su fuego, y entonces yo llamaré a un taxi y me iré.

Al cabo de unos quince minutos completamente en silencio me entra un poco de modorra. Se me están cerrando los ojos cuando me percató de que el coche está deteniéndose. Parpadeo y miro a través de la ventanilla. ¿Dónde estamos? Desde luego que no en la calle a la que fui el martes. Sólo veo descampados. ¿Me ha traído a un lugar apartado para hacerlo en el coche? ¡Pero qué cutre! Sin decir ni pío se desabrocha el cinturón y se apea del automóvil. Yo me quedo dentro, un tanto atolondrada. Todavía siento en el cuerpo los efectos del alcohol. La puerta de mi lado se abre y Abel me ayuda a quitarme el cinturón. Sin que me dé tiempo a decir nada, pasa sus manos por debajo de mis piernas y me saca del coche en brazos.

—¿Adónde me llevas? —pregunto, apoyando la cabeza en el hueco de su cuello.

—A mi casa.

Miro a mi alrededor y compruebo aturdida que no se trata de un descampado, sino de una urbanización. Y al parecer, de gente rica. Las casas son de lo más moderno y lujoso que he visto en mi vida, al menos en persona. ¿Cómo es que vive aquí? Pensé que su residencia era el piso donde hace las fotos. ¿Tanto gana en su trabajo para tener en propiedad una casa en este lugar? Por no olvidar el coche en el que me ha traído. Se saca del bolsillo del pantalón un aparatito y, al accionar el botón, se abre la verja de entrada a la que nos acercamos. Me quedo con la boca abierta cuando entramos y al girar

un recodo aparece su casa. Parece de madera y piedra y tiene el tejado de color verde. No sé cuántas habitaciones tendrá, pero desde fuera parece muy grande. Atravesamos el magnífico jardín, iluminados por unas lámparas de pie que se encienden a medida que las pasamos. Al alcanzar un camino de piedra me deja en el suelo y se adelanta para abrir la puerta.

Una vez dentro, alucino. Yo tenía razón: es enorme. Me voy a quitar la chaqueta, pero me doy cuenta de que no la llevo. Mierda, me la he dejado en el bar. Abel me apoya la mano en los omóplatos y me obliga a avanzar, quitándome el bolso. Entonces da un par de palmadas y se enciende la luz. Yo no puedo más que mirar a un lado y a otro. Tras dejar el vestíbulo pasamos a lo que debe de ser el salón-comedor. Todo es muy blanco y elegante: los sofás lo son y también las sillas que rodean una gigantesca mesa de cristal. No quiero acercarme a nada porque me da miedo mancharlo. El suelo es de madera y mis botas hacen un molesto ruido al caminar. Me gustaría quitármelas, pero me da corte hacerlo delante de él. No quiero que piense que soy una maleducada. En el centro de la habitación hay una gran chimenea y sobre ella una estupenda televisión de plasma. ¿Cuánto le habrá costado todo esto?

—Ahora ya no te puedes escapar —bromea a mi espalda.

Me giro y lo descubro apoyado en el enorme sofá blanco. Me doy cuenta de que todavía tiene desabrochado el botón de la camisa.

—No pensaba hacerlo —digo, aunque no es del todo cierto.

—¿Qué te parece todo esto? —Hace ademán de señalar la amplia sala.

—Es fantástico —reconozco un tanto tímida. Nunca he estado en un lugar con tanto lujo. No me habría imaginado en mi vida que él viviría en una casa así.

—No suelo venir aquí porque casi siempre estoy trabajando en el estudio —me informa, acariciando el respaldo del sofá—. Pero quizás a partir de ahora lo haga más a menudo. —Me clava una intensa mirada y yo me sonrojo—. No podía permitir que nuestra primera vez no fuese en un lugar especial.

¿Qué? Como si esto fuera una relación de larga duración. A ver, me ha traído aquí para hacérmelo hasta que se canse y ahora pretende hacerse el romántico. Poso la mirada en la hermosa alfombra de color rojo fuego con un impresionante grabado que se encuentra justo delante de la chimenea. Sin poder evitarlo, me pregunto cuántas chicas habrán estado tumbadas ahí teniendo a Abel encima de ellas.

—¿Quieres tomar algo? —Todavía se mantiene pegado al sofá. ¿Por qué le ha dado ahora por situarse tan lejos?

—No, gracias.

—¿Ni siquiera una copa de vino?

No sé cómo me sentará a estas horas el alcohol después de todas esas cervezas. Pero siento que no estoy tan animada como antes y que necesito algo para ponerme en marcha de nuevo.

—¿Tienes blanco?

Asiente con la cabeza y se marcha dejándome sola en el salón. Le escucho abrir la nevera y, al cabo de unos segundos, descorchar una botella. Como la curiosidad me puede, salgo de la habitación en busca de la cocina. Avanzo por el pasillo y la encuentro a mano derecha. Madre mía, también es enorme. Es un poco más colorida que el salón, pues está compuesta de rojos y blancos y tiene un aspecto más moderno. Cuenta con una isla en el centro, que es algo que siempre he querido para mi futura casa. Me acerco con sigilo y me siento en uno de los taburetes mientras le observo llenar dos copas.

—Estás aquí —dice cuando se da la vuelta y me descubre.

—Perdona, sólo quería ver la cocina. —Voy a bajarme del taburete pero él me detiene y me acerca la copa de vino.

La tomo y no duda en rozarme los dedos con los suyos. Basta ese único contacto para que mi piel reaccione, y lo hace de un modo absoluto. Los calambres en el bajo vientre y las cosquillas en la parte interior del muslo han vuelto.

—Por nosotros —brinda.

Entrechocamos las copas y yo doy un sorbo al vino. Está delicioso. Abel me observa mientras bebe. Puedo sentir las vibraciones en el ambiente. Nuestras miradas y nuestros cuerpos echan chispas. Sé por lo que estoy aquí y creo que voy a aprovecharlo. La vida corre rápido y hay que disfrutarla lo máximo posible. Por una vez en la vida quiero divertirme sin pensar en las consecuencias. Y creo que la mejor forma de hacerlo es con este hombre que me hace sentir tan deseada.

—¿Vamos?

Me ofrece una mano y se la doy mientras doy un saltito desde el taburete. Una vez en el salón, me indica que me siente en el sofá. Lo hago un tanto nerviosa, sin saber muy bien cómo colocarme. Casi tengo el culo fuera. Él se sienta en la otra punta, apoyando la espalda en el respaldo. Zarandea la copa en su mano y me escruta sonriente. Los hoyuelos en su mejilla provocan

que los pinchazos en los muslos suban más hacia arriba. ¿Por qué se ha sentado tan lejos? ¿A qué está esperando ahora? Si él no hace nada, sé que yo no me voy a atrever. Soy demasiado tímida para eso. ¡Por favor, que se arrime un poco! Lo miro de reojo mientras doy otro sorbo a mi vino.

De repente, se levanta y me indica que le acompañe. Yo le sigo aturdida. Qué forma de andar tiene. Es tan atractivo. Está tan seguro de sí mismo. Destila sexualidad por cada poro de su piel.

—¿Cuál es tu libro favorito? —me pregunta.

Frunzo el ceño. No esperaba que fuera a preguntarme eso en este momento, cuando se supone que hemos venido a lo que ya sabemos. Pero para no hacerle el feo, respondo sin dudar:

—*Rayuela*, de...

—Julio Cortázar.

Me quedo estupefacta. ¡Lo conoce! Si lo ha leído, caeré rendida a sus pies. Se detiene ante una de las múltiples puertas de la casa y la abre. Me señala con el brazo que pase yo primero y, cuando lo hago, casi se me cae la copa al suelo. Esta habitación es una biblioteca. ¡Una habitación con cientos de libros! Es maravilloso. Es una preciosidad. He soñado con esto toda mi vida. Me acerco a las estanterías y rozo con mis dedos los coloridos lomos de los libros. Delgados, gruesos, altos, pequeños... Leo los títulos de unos cuantos. Hay algunos que conozco y otros no. ¿Es suya esta biblioteca o quizá de sus padres? En el centro de la estancia hay una mesa con un par de sillas y un sillón. Debe de ser maravilloso sentarse a leer en un lugar como este.

Se dirige al lado opuesto en el que estoy yo y se para ante una de las estanterías. Lo veo rebuscar entre los libros y, al cabo de unos segundos, saca uno. Está forrado con tapas de terciopelo negras, así que no puedo leer desde aquí de cuál se trata. Lo abre y pasa un par de páginas hasta que da con lo que busca. Entonces empieza a leer con su seductora voz.

—«Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera...». —Se trata de mi capítulo preferido de *Rayuela*. Creo que no hay descripción más bella y sensual de un beso. Me derrito ante la lectura de Abel, que se acerca a mí a paso lento a medida que va recitando—. «...Me miras, de cerca me miras, cada vez más cerca y entonces jugamos al cíclope...».

De repente suelta el libro y apoya su cara contra la mía. Sí, veo sus ojos

confundirse en uno sólo y eso me hace reír. Continúa recitando de memoria y yo siento un extraño cosquilleo en el estómago.

—«Los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose los labios...».

Se calla y me mira, esperando encontrarse con mi reacción. Me estoy mordiéndome los labios porque me muero del deseo. Pero no me atrevo a besarlo, porque pienso que quizá no le apetece. Entonces me quita la copa de la mano y la deja cuidadosamente en una de las estanterías bajas. Vuelve a mí y me coge de la cintura con posesión. Ahora somos nosotros esos cíclopes que se miran confundidos y son nuestras bocas las que ansían encontrarse. Se inclina hacia mí y yo separo los labios para recibirlo. Cuando los suyos se ponen sobre los míos un espasmo de placer recorre mi cuerpo.

—Por fin te vas a entregar a mí —murmura mientras recorre mi espalda con sus manos—. Dilo, Sara.

—¿El qué? —pregunto, aturdida.

—Di que quieres que te posea.

—Lo quiero —Apenas reconozco mi voz, preñada de deseo.

Me devora la boca con avidez. Nuestras lenguas chocan entre sí y se funden en un único aliento. Le rodeo el cuello con los brazos y le acaricio el pelo, poniéndome de puntillas para saborearle mejor. Todo mi cuerpo está preparado para que me haga suya. Él sabía desde un principio que iba a ser así, y yo he estado ciega al no darme cuenta de que es lo que deseaba desde que lo vi por primera vez. Le muerdo el labio inferior y él suelta un pequeño gruñido de satisfacción. Llevo mis manos temblorosas a su camisa y se la empiezo a desabotonar al tiempo que le rozo suavemente con los dedos. Cuando logro desabrochar el último botón, me aparto un poco para observarle en todo su esplendor. Madre del amor hermoso, ¿cómo puede ser así? Me atrevo a recorrer con un dedo su torso duro y de color cremoso. Está un poco bronceado y eso es algo que todavía me pone más. Noto su mirada intensa clavada en mí y al instante siento un poco de vergüenza. ¿Estoy siendo demasiado atrevida? Normalmente siempre he dejado que sean ellos los que lleven la voz cantante, pero con Abel lo que más deseo es ir descubriendo yo misma cada una de las partes de su imponente anatomía.

—¿Quieres que te quite la camiseta? —Arquea una ceja y me muestra una encantadora sonrisa.

—Sí, por favor. —Quiero gritarle que me desnude ya, que desgarre mi ropa si es necesario.

Agarra mi camiseta por los bordes y me la sube lentamente hasta sacármela por la cabeza. La tira a un lado y me observa con detenimiento. Instintivamente me llevo las manos al pecho para ocultarlo. Aunque llevo sujetador, me da una vergüenza enorme. Siempre me he sentido un poco acomplejada por su tamaño. Él me coge de las muñecas y me las aparta.

—No, deja que te vea. —Me abraza, pasándome las manos por la espalda y me desabrocha el sujetador. Lo deja caer al suelo, y entonces me coge en volandas para colocarme en la mesa. Está un poco fría y doy un respingo. De nuevo siento el instinto de cubrirme, pero él se adelanta y dice —: Eres preciosa.

Me echa hacia atrás y se inclina para besarme la garganta. Todavía lleva puesta la camisa, así que la deslizo por sus brazos y la tiro al suelo. Me agarro a su ancha espalda, fuerte y seductora, y le rodeo la cintura con mis piernas. Le tengo entre mis muslos y puedo notar de nuevo su expectante excitación. Va bajando desde mi cuello hasta los pechos y se detiene en ellos. Yo arqueo la espalda y aprieto su cabeza contra ellos. Le escucho reír y de repente noto su lengua lamiéndome un pezón. Oh, esto es demasiado. Me duele el sexo de lo excitada que estoy. No había sentido en mi vida las palpitations que lo recorren. Él continúa jugando con mis pechos, lamiéndolos, mordiéndolos y masajeadolos. Dios, le deseo más que a nada, ansío tenerlo dentro de mí, que calme este frenesí que se ha apoderado de mi cuerpo.

—¿Y qué hacemos ahora? —Alza la cabeza y me mira con su sonrisa juguetona.

Yo acerco las manos a sus pantalones y le desabrocho el botón, pero él me las aparta y las deja sobre la mesa. Se inclina hacia mí y muerde mi labio inferior, tirando de él.

—Espera, no seas impaciente —me regaña. ¿Pero cómo es así de cabrón? Lleva poniéndome como una moto todo el rato, ¿es normal que tenga ganas de notar su miembro! Se deshace de mis botas con rapidez y a continuación coge la falda y empieza a bajarla por mis piernas. Yo las estiro para que pueda quitármela con más facilidad. Luego mete los dedos índices por el borde mis *leggings* y juguetea con ellos.

—¿Te los quito?

Asiento con la cabeza conteniendo la respiración. Está yendo demasiado despacio y yo lo necesito ya dentro de mí. Desliza las medias con suavidad por mis piernas, acariciándome a medida que va bajando y al fin las saca por

mis pies y me las quita del todo. Cuando mira mi ropa interior esboza una sonrisa. Yo bajo la vista hacia mis braguitas y descubro que llevo puestas las rositas con un lacito. Mierda, ¡no lo recordaba! Son demasiado infantiles. No estoy acostumbrada a ponerme ropa interior *sexy* porque tampoco tengo con quien usarla.

—Me gustan. —No sé si lo dice para que no me sienta mal o si realmente es así. Sube sus manos por mis muslos, me los aprieta y me masajea la parte interior. Yo le cojo de la nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo con intensidad. Encuentro su lengua y la muerdo suavemente. Él gime en mi boca e inmediatamente noto su dedo acariciándome por encima de las bragas. Mete dos dedos por los bordes y encuentra mi clítoris, que ya está hinchado a causa de la tremenda excitación que me descoloca—. Estás mojadita para mí —murmura con voz trémula. Hunde un dedo dentro de mí y después otro. Me agarro a sus hombros y echo la cabeza hacia atrás, presa de un placer inigualable.

Siempre me ha costado mucho excitarme y, en ocasiones, ni siquiera lubricaba. Sin embargo, puedo notar mis flujos cuando Abel mete y saca sus dedos en mi sexo. Con el pulgar me acaricia el clítoris y estoy a punto de explotar. Suelto un gemido tras otro. No he sentido nada igual nunca, no sé lo que es este temblor que me sacude el vientre.

—Ah... —gimo, aferrada a sus músculos definidos—. No, por favor...

Me parece que voy a morir allí mismo. Siento un calor que me cubre toda la cara y mi vientre y mi sexo palpitan cada vez más. Él agacha la cabeza y empieza a lamer uno de mis pezones erectos. Oh, no, eso no, tiene una forma de chuparlo que hace que la llegada del orgasmo sea inminente. Los músculos de mi vagina se contraen y él alza la cabeza para mirarme.

—Dámelo, pequeña.

Hunde más sus dedos en mí y aumenta la presión en el clítoris. No puedo más, se acerca un terremoto a mi cuerpo. Y entonces exploto y mi mente se queda en blanco. Suelto un grito y me echo hacia atrás en un absoluto descontrol. Pero él me empuja hacia su cuerpo y me coge de la nuca para besarme y ahogar mis gemidos. No puedo dejar de jadear mientras me deshago en sus manos. Los últimos espasmos abandonan mi cuerpo y él saca los dedos de mí y se los lleva a la boca para lamerlos.

—Me encanta cómo sabes. —Me besa en ese momento y noto el ácido sabor de mi propio flujo y eso, a diferencia de lo que pensaba, hace que me excite más.

Yo le acojo entre mis brazos y dejo que mi corazón se tranquilice poco a poco. Esto debería haber llegado a mi vida mucho antes, porque me siento en un estado de relajación maravilloso. A regañadientes dejo que se aparte de mí. Veo que se está desabrochando los pantalones. Se los baja despacio, sin dejar de mirarme con sus ojos azules e intensos.

—¿Quieres que me los quite? —me pregunta, señalándose los calzoncillos. Tiene una erección tremenda y mi vagina empieza a palpar de nuevo.

—Sí —casi estoy suplicando.

—¿O prefieres quitármelos tú? —Se acerca a mí.

Yo deslizo los dedos por dentro de sus *boxers* y los bajo un poco. Se le marcan los huesos de la pelvis y eso me vuelve loca. Paso mis dedos por esa zona y él jadea, posando una mano en el pelo y acariciándomelo. Su estómago se contrae cuando rozo su potente erección con mis dedos.

—Joder... —musita. Alzo la vista y compruebo que tiene los ojos cerrados y que su cara es la viva imagen del placer. Los abre y me mira con lujuria—. Eres fantástica, Sara. Y vas a ser toda mía.

Ni siquiera hago caso de su comentario. No me molesta ya porque estoy perdida en la nave del deseo y he calentado al máximo los motores. Le bajo los *boxers* por la cadera. Oh, madre mía. También se le marcan las ingles; tiene el vientre en forma de V. Voy a derretirme aquí mismo. Tiene un cuerpo perfecto y hace que me vuelva loca. Pero lo que más me sorprende es su miembro, que me parece enorme. De inmediato pienso que todo eso no va a caber en mí. La punta está húmeda y palpita incitándome a que la coja entre mis manos.

—Todo esto es para ti. —Me agarra una mano y la pone sobre su erección—. ¿La deseas?

Se la acaricio suavemente y veo que sus ojos se oscurecen de placer. Me aparta y con rapidez se deshace de los calcetines y de los zapatos y alza un pie y luego el otro para apartar la ropa interior. Vuelve hacia mí y yo le sujeto de las caderas para acercarlo. Pongo mi mano otra vez sobre su miembro y empiezo a moverla hacia arriba y hacia abajo. Él se estremece bajo mis caricias y me detiene.

—No, espera... No quiero correrme así. Quiero hacerlo dentro de ti.

Me quedo mirándolo con cautela. ¿Se refiere a que lo hagamos sin preservativo? Bueno, yo uso métodos anticonceptivos, pero tampoco me hace mucha gracia hacerlo a pelo con alguien al que apenas conozco y que no sé

con cuántas mujeres se ha acostado. Él me agarra del trasero y me coloca en la punta de la mesa. Noto en la entrada de mi sexo la punta del suyo y suelto un gemido de sorpresa.

—No, Abel —digo sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—No quiero hacerlo sin condón.

Se queda mirándome unos segundos muy serio, pero al fin se separa y va hacia sus pantalones. Los coge y saca del bolsillo la cartera. Rebusca en ella y extrae un preservativo. Rompe la funda y lo acerca a su miembro. Me paso la lengua por los labios al ver cómo sus músculos se contraen mientras se lo pone. Cuando termina, regresa a mí y me arrastra más hacia el borde; casi me caigo, pero él me sujeta de los muslos.

—¿Preparada?

Creo que se ha dado cuenta de que antes he mirado con asombro y un poquito de miedo su erección. Pero sí que estoy lista; mi sexo vibra ante la espera. Asiento con la cabeza y apoyo mis manos en sus brazos al tiempo que abro mis piernas para él. Se muerde el labio inferior y me dedica una mirada llena de deseo. Entonces acerca su dispuesta excitación y roza la entrada de mi sexo con ella. Pasea por mi clitoris con su punta y yo no puedo evitar jadear de placer. Meneo las caderas con la intención de sentirlo más.

—¿Quieres que te posea, Sara? —dice con voz temblorosa.

—Sí, sí...

Introduce la punta en mi sexo y me estremezco. Sigue entrando un poco más. Yo clavo las uñas en los músculos de sus brazos. Uf, me duele un poco, aunque también siento placer. Es una mezcla indescriptible. A medida que me va llenando con su erección mi cuerpo se va adaptando a ella y el placer me va envolviendo cada vez más.

—¿Te duele? —me pregunta, apretando con ansiedad mi trasero.

—No... Un poco, pero muévete —le suplico.

Él jadea y se aparta un poco de mí para sacar su miembro de forma muy lenta. A continuación lo introduce un poco más rápido y siento que me va a romper, pero aun así quiero que continúe, que llegue hasta lo más dentro de mí. Empieza a mover las caderas a más velocidad y yo gimo y me uno a sus movimientos.

—¿Quieres más? —Apoya su frente contra la mía y se detiene unos instantes. Yo clavo mis uñas en sus nalgas y zarandeo las caderas deseosa de que reanude sus movimientos—. Dilo. —Me muerde el labio inferior.

—Quiero más —susurro en su boca.

Le oigo gruñir y de repente me levanta agarrándome del trasero y sin sacar su miembro de mi interior me lleva hasta una de las estanterías y me apoya en ella con violencia. Ahora entra y sale de mí a una gran velocidad y con mucha fuerza. Pero ya no me duele; los espasmos de placer recorren mi cuerpo y yo me aferro a su espalda y jadeo al sentirme llena de él. Sus acometidas se hacen más y más violentas y al chocarme contra los picos de los libros siento un ligero dolor, pero no me importa; sólo me excito más y más. La estantería tiembla a mi espalda y unos cuantos libros caen a nuestro alrededor. Suelto una risa y él me busca los labios y me hace callar con un apasionado beso. Su lengua lame mis dientes y se retuerce con la mía. Nuestros cuerpos están tan sudados que resbalo al intentar sujetarme a él con más fuerza.

—No me falta mucho, Sara —susurra a mi oído mientras me penetra tan fuerte y profundo que siento un ligero dolor del vientre.

—Espera... espera un minuto —suspiro mientras se hunde una y otra vez en mí.

Nunca consigo llegar al orgasmo con la penetración, pero me parece que lo que estoy notando venir es eso mismo. Es como lo que me ha ocurrido antes cuando me ha tocado con sus dedos. Sus jadeos se unen a los míos y me suplica con la mirada. Basta eso para que mi cuerpo se tense todo él y para que las paredes de mi sexo se contraigan, encerrando su miembro. Él se da cuenta y me embiste con todas sus energías. Una, dos, tres acometidas. Yo grito de placer y le clavo las uñas en la espalda. Acercó mi boca a su hombro y se lo muerdo para acallar los gemidos que salen de mi garganta.

—¡Diiiiiooooooos! —le oigo exclamar.

Por fin los calambres dejan de atosigar a mi sexo y a mi cuerpo. Él se va deteniendo poco a poco, ralentizando el movimiento de caderas hasta que por fin para y se queda dentro de mí. Yo le sujeto con mis muslos para que no salga. No quiero que me abandone ahora. Él alza la cabeza y me mira dando un suspiro. Sonríe y se le marcan los hoyuelos. Los beso con suavidad y él tiembla.

—Eres fantástica. —Eso ya me lo ha dicho antes, pero está bien. Está muy bien. Yo me siento perfectamente aquí entre sus brazos, teniéndolo aún dentro de mí. A regañadientes se separa y yo siento un vacío en mi interior. Me deposita en el suelo y me planta un beso en la nariz—. Mira cómo lo hemos dejado todo.

Yo miro a mi alrededor y veo unos cuantos libros abiertos por el suelo. Por suerte, no se ha roto ninguno. Experimento una sensación de increíble felicidad al comprender que he hecho el amor con este irresistible hombre en una maravillosa biblioteca. Hemos tenido sexo rodeados de libros. Y ahora, ya todo ha acabado. Por fin nos separaremos y continuaremos con nuestras vidas. Aunque... me siento extraña.

Camino con piernas temblorosas hacia una de las sillas y me siento. He perdido todas las fuerzas con ese violento y magnífico polvo. Abel se pone los calzoncillos y después busca mis bragas. Se acuclilla ante mí y me las mete por las piernas. Yo alzo el trasero para que me las ponga. Me da un suave beso en el pubis por encima de ellas y yo me remuevo en la silla a causa del placer.

Me está entrando un sueño muy agradable. Pero tendría que irme de aquí. Debo llamar a un taxi e irme. De repente siento que me alzan en vilo y me topo con los hermosos ojos de Abel.

—¿Estás cansada?

—¡Mmmm! —murmuro, acomodando mi cabeza en su pecho.

Sé que me está llevando a algún sitio, pero no sé dónde. Los ojos se me cierran y empiezo a mecerme en el rumor de un mar sin olas. Como si estuviera muy lejos, noto que está dejándome en algún lugar mullido y suave.

Me quedo dormida profundamente.



ME desperezo con suavidad antes de abrir los ojos. Me duele un poco la cabeza. Creo que anoche bebí demasiado. Poco a poco separo mis párpados y contemplo el techo. Con estupor percibo que no es el de mi casa. Aquí hay una lámpara de araña gigante y en mi cuarto tan sólo cuelga una bombilla. Me incorporo sobresaltada y miro a mi alrededor. Estoy sola en una cama de matrimonio enorme, con unas sábanas blanquísimas y muy suaves. En el suelo hay desparramados un par de cojines de color verde.

«Mierda, lo he hecho», pienso mientras apoyo una mano en la frente. Me late el corazón a mil por hora y tengo náuseas. «Me he acostado con Abel Ruiz, ¿no?»

De todas formas, no puedo recordar mucho. Me quito las sábanas de encima y veo que al menos tengo las braguitas puestas. Bueno, quizá me emborraché tanto que me quedé dormida antes de que pudiera hacerme nada. Espero que sea eso. Por favor, quiero que sea eso. Pero hay algo en el interior de mi cuerpo que me dice que ha pasado... Y entonces me moriré de la vergüenza. Y por cierto, ¿dónde está él? ¿Tengo una oportunidad de salir corriendo sin que me vea? Vale, parezco una cobarde, pero prefiero salir a hurtadillas antes que mantener una charla con él y con mi resaca matutina.

Echo un vistazo por el dormitorio. Hay un armario ropero que cubre de pared a pared, unas mesitas de diseño a cada lado de la cama, una alfombra de pelo por la que estoy caminando y un escritorio con un ordenador portátil frente a los enormes ventanales. Las blancas cortinas están echadas, así que me acerco a ellas y abro la ventana para que me entre un poco de fresco. Observo el horizonte y compruebo fascinada que, no muy lejos, se encuentra el mar. No tengo ni idea de dónde estoy. ¿Y qué hora será? Tengo que buscar mi teléfono. Estaba en el bolso... ¿Y dónde está este? Doy vueltas sobre mí misma pero no hay ni rastro de él por la habitación. Tengo que salir de aquí. ¡Pero tampoco encuentro mi ropa! ¿Qué hago? Corro hacia el armario ropero y deslizo una de sus puertas. ¡Madre mía, es enorme! Este tío tiene más ropa que Cyn y yo juntas. Trajes, camisas, pantalones... Hay de todos los colores y estilos. Sin pensármelo mucho, cojo una de las camisas y la descuelgo. Me la pongo a una velocidad asombrosa. Me topo con mi imagen en el espejo que hay dentro de la puerta del ropero. Tengo todo el pelo revuelto y se me ha

corrido parte del rímel. Por no hablar de las tremendas ojeras. ¡Tengo que salir huyendo a la de ya!

Voy corriendo hacia una de las puertas de la habitación, pero al abrirla me hallo en el baño. Oh, por dios. ¿Todo en esta casa es tan fantástico? Me duelen hasta los ojos de la perfección. Mi habitación es más pequeña que este aseo. En la pared de la derecha hay una ducha con una mampara de vidrio transparente. Enfrente de mí se alzan dos pilas de color blanco con unos grifos de formas extravagantes. Me reflejo una vez más en el espejo que hay encima, tan grande que ocupa un extremo a otro de la pared. Pero lo más sorprendente es la bañera que se halla a mi izquierda, recogida entre dos pilares que salen de un escalón en el suelo y llegan hasta el techo. La bañera es preciosa, está empotrada en el suelo y tiene un tamaño tan grande que seguro que es como estar nadando en un lago. Alrededor de ella hay un par de plantas exóticas y al fondo una ventana de cortinas de seda que están echadas.

Doy unos pasos hacia ella completamente fascinada. Subo el primer escalón y me doblo hacia delante para verla mejor. Hay hasta unos asientos que parecen muy cómodos. Estoy segura de que también tiene *jacuzzi* integrado o alguna de esas chorraditas para dar masajes de espalda. Me inclino un poco más para leer lo que pone en los botones que hay a un lado.

—¿Me estás provocando?

Doy un salto y a punto estoy de caerme de morros dentro de la bañera. Me doy la vuelta y allí está, con toda su belleza de Adonis. Tan sólo lleva una toalla enrollada alrededor de la cintura y el pelo le cae en mechones húmedos por la frente. Oh. ¿Esto es lo que anoche tuve para mí? No puedo creerlo. No puede ser real. Es tan guapo. Camina hacia mí de forma pausada y dirige su vista hacia mis pechos desnudos. Me los cubro rápidamente con su camisa y me quedo muy tiesa en el escalón, sin saber qué hacer o decir. Me limito a pasear los ojos por su torso desnudo, fuerte e impregnado de las gotitas que se deslizan por él. Tengo una resaca de mil pares de demonios y maldita la gracia que me hace tener ganas de lamerle esas gotas de agua. Se detiene justo ante el primer escalón. Ya volvemos a ser igual de altos. Me atrevo a clavar mis ojos en sus iris azules y creo que me voy a morir de la vergüenza. Luego bajo la mirada hacia sus labios, cuya comisura está curvada hacia arriba. Sé que he besado esos labios y que esos labios me han besado a mí. Puedo recordarlo, aunque no del todo, sino como una sensación vaga.

—Estaba duchándome en el otro baño —dice en voz baja—. No quería

despertarte. —Me acaricia el hombro por encima de la camisa y siento una sacudida en el estómago—. ¿Has dormido bien?

—Sí —asiento. Ya me he quedado sin palabras. Me parece que si quisiera hablar necesitaría una copa. Por eso se ve que anoche dije e hice cosas que no debía. Aunque aún mantengo la esperanza de haberme dormido a tiempo.

—Te queda bien mi camisa. —Coge los bordes y me la sube un poco. Yo me aparto y me doy en el talón con el segundo escalón, lo que hace que suelte un quejido. Él se da cuenta y se apresura a bajarme de allí en sus brazos—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza y me libero de su abrazo. Lo miro con cautela. Intento encontrar en sus ojos y en su rostro una respuesta a lo que sucedió anoche, pero no hallo ninguna señal en ellos, como siempre. Su sonrisa permanece inmutable y me parece como si sus ojos volviesen a burlarse de mí. Voy a preguntar. Tengo que hacerlo. Así saldré de dudas y podré quedarme tranquila. Si se ha cumplido lo que él quería, todo habrá pasado ya.

—Anoche... ¿nosotros...? —Aprieto los bordes de la camisa contra mi cuerpo.

De repente se pone muy serio y le rechinan los dientes. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿No te acuerdas de nada? —me pregunta.

—Eh... Bueno, recuerdo que nos besamos en la calle y que después me trajiste aquí, que bebí un poco de vino...

Se está mordisqueando los labios, un tanto nervioso. Yo agacho la cabeza avergonzada y me encuentro con sus marcados abdominales. Si no fuera porque sería muy descarado, alargaría la mano y se los acariciaría. Deben de estar duros y sensibles a mi tacto.

—Follamos, Sara.

Esa palabra hace que me despierte. No me gusta. No, no me parece bien que me lo diga así. Entonces la cabeza se me aclara un poco y pasan por mi mente imágenes de nuestros cuerpos desnudos, de mi piel contra la suya, sus labios comiendo de los míos y de los libros que caían sobre nosotros. Sí, practicamos sexo en su biblioteca. Oh, no, al final he caído, ha conseguido lo que quería. Pero es lo que ya he pensado antes: su deseo se habrá saciado y cada uno se irá por su camino.

—Me gustaría vestirme —anuncio, y enfrento mi mirada a la suya. Le estoy retando. Quiero que se dé cuenta de que esto me importa tan poco como

a él. ¿Estaré lográndolo?—. Antes he buscado mi ropa, pero no la encuentro.

—Está abajo. —Me escruta unos segundos más antes de darse la vuelta y salir por la puerta.

Yo le sigo, pero me espero en la habitación. Me siento en la cama, arropándome el cuerpo desnudo con la camisa, y me la llevo a la nariz para aspirar su aroma. Huele a limón, a canela y a algo más salvaje, como la hierbabuena. Huele a él y eso hace que mis braguitas se humedezcan. Me digo a mí misma que soy una gilipollas. Pensé que por una vez en mi vida iba a poder comportarme de modo distinto, quizá como lo hace Cyn. Pero yo no soy como ella, no puedo limitarme a disfrutar con un tío y después olvidarlo. Y mucho menos a él. Empiezo a pensar que Abel es para mí como una adicción y que ha sido de muy tonta pensar que podía eliminarlo de mis huesos.

Aparece en la puerta con mi ropa y mi bolso y los echa sobre la cama. Está demasiado serio y no me gusta nada cuando se pone así. ¿Le ha molestado que le dijese que no recordaba lo de anoche? ¿Y qué más le da? ¿Es tan engreído que quiere que lo recuerde como el mejor sexo de mi vida? Meneo la cabeza y saco el móvil del bolso bajo su atenta mirada. Diez llamadas y ciento sesenta wasaps. ¿Pero qué? Lo abro y me encuentro con un grupo creado por Eva y Cyn. Le han puesto como título «Cacho perra». Sí, muy típico de ellas:

«Nena, ¿qué tal ha ido con el jamelgo?», quería saber Eva.

«Eso, guarra, ¡cuéntanos! ¿Te lo has tirado o qué?», Cyn con sus malos modales.

Diez minutos después me enviaron otros mensajes:

«Pero ¿por qué no contestas? ¿No me digas que todavía estás con el buenorro entre las piernas?», insistía Cyn.

«Nena, dinos algo, que nos vas a preocupar», Eva y sus constantes comidas de cabeza.

Continúo leyendo sus mensajes y cuando llego al último les escribo para que se queden tranquilas.

«No os preocupéis. Estoy en su casa. Cyn, volveré a la nuestra en un rato».

Antes de meter el móvil en el bolso ya me ha llegado un wasap, pero hago caso omiso de él. Abel me mira fijamente apoyado en el marco de la puerta. Yo me hago la tonta y agarro el sujetador para ponérmelo.

—¿Puedes salir?

No se mueve ni un centímetro. Vale, no recordaba que es un impertinente que se cree con el control de todo el mundo. Está bien. Pues me vestiré delante de él, total, ya me ha visto desnuda. Me levanto de la cama y me doy la vuelta. Me coloco el sujetador e intento abrochármelo. Siempre me cuesta mucho. Le siento venir a mí y me giro, extendiendo un brazo hacia delante para que no se acerque más.

—Sara —Mi nombre en su boca suena como una melodía celestial—: ¿Eras virgen? —Vale, acaba de perder todo su encanto.

Abro la boca con indignación y agito la cabeza completamente estupefacta. ¿Pero de qué va? ¿A qué se debe esa estúpida pregunta?

—Claro que no, gilipollas. —Se me ha escapado el insulto.

—Lo siento, pero entre que ayer al principio estabas muy cerrada y tu comportamiento de ahora...

—¡A veces me ocurre eso! —No le dejo terminar. Por fin logro abrocharme el sujetador y me empiezo a poner los *leggings* absolutamente cabreada—. Me cuesta un poco excitarme, ¿vale?

—Excitada estabas, pero te dolió cuando empecé a... —Se cruza de brazos con una sonrisa ladeada.

—¡Será que no he tenido a tantos tíos sobre mí como las que tú te tirarás! —exclamo con rabia. Pero pronto aprecio que he sido una maleducada. Veo que está apretando los puños y que le tiemblan.

—No te pases, Sara. —Me indica con un dedo.

Me intento colocar las botas y trastabillo y me caigo de culo en la cama. Él suelta una carcajada y yo me pongo todavía más rabiosa. Me está volviendo el dolor de cabeza. Nunca debí venir aquí, ni hacer caso a mi cuerpo. A partir de ahora lo único que haré es seguir los consejos de mi cabeza.

—Espera, espera, no te enfades. —Me quita la camiseta de las manos. Yo intento cogerla pero él la alza por encima de su cabeza y yo no llego hasta ahí. ¿A que le doy un puñetazo en el estómago? Aunque quizá ni sentirá cosquillas—. Tienes un poco de resaca, ¿verdad?

Miro hacia otro lado y él me coge de la barbilla. Pasa el pulgar por mis labios y a punto estoy de metérmelo en la boca. Cuando lo aparta, me los relamo.

—Tienes los labios secos. —Vuelve a acariciármelos—. Es mucho mejor que antes de irte bebas algo para hidratarte y tomes una ducha.

Todas mis alarmas se ponen en alerta. No, tengo que negarme. Debo

irme de aquí a la de ya. Pero lo cierto es que tengo mucha sed y no me vendría nada mal meterme en ese pedazo de ducha y ponerme bajo el chorro de agua caliente.

—Espera aquí un momento. —Pone su dedo índice sobre mis labios y me obliga a callar. ¡No! Yo quiero protestar. Tengo que ser más dura. ¿Cómo puedo estar permitiendo que se salga con la suya? Me cruzo de brazos y miro a mi alrededor con enfado. Para distraerme, me acerco a la ventana y contemplo el mar al fondo. Se ve precioso y dan ganas de meterse en él ahora mismo. Escucho a Abel trastear en alguna parte de la casa y, al cabo de unos minutos, vuelve con dos vasos de zumo. Por el color, me imagino que son de naranja. Me tiende uno y yo lo cojo con mala cara. Pero cuando me lo llevo a la boca, no puedo detenerme. ¡Uf, está tan fresco y dulce! Era cierto que estaba deshidratada. Él me retira el vaso de la mano y lo deja en una de las mesitas de noche. Todavía no ha probado el suyo.

—Y ahora, ¿por qué no te das una ducha?

Me coge del hombro para casi empujarme al cuarto de baño. Una vez dentro, saca de uno de los cajones del mueble una toalla gigantesca. La deja en la barra de al lado de la ducha. Se está preocupando mucho. ¿Será así con todas? Espero que no, porque uno de los motivos por los que no salgo corriendo es que me siento segura con él. Corre la mampara y me empieza a explicar los botoncitos que hay en la pared. No le estoy prestando atención porque tengo su abdomen contra mi espalda y se traspasa la humedad a través de la camisa.

—Tienes quince minutos para ducharte y vestirte. ¿Crees que serás lo bastante rápida? —me pregunta una vez me lo ha explicado todo.

Asiento. En casa normalmente sólo tardo diez minutos en ducharme. Además, aquí no tengo ni mi champú ni mi acondicionador, así que todavía será más rápido. Él va hacia la puerta y se despide con un leve movimiento de dedos. Yo intento sonreír, pero sólo me sale una mueca. Cuando cierra la puerta, me meto en la ducha. Aprieto el botón que creo que ha dicho que es para que se encienda y empieza a caerme agua. Marco la temperatura que quiero y en cuestión de segundos el vapor emborrona la mampara. Cierro los ojos y me concentro en sentir el agua caliente en mi piel. Alargo la mano y cojo su champú. Un olor a frutas exóticas me llega a la nariz cuando me lavo el pelo. Lo disfruto como nunca. Huele de maravilla. Sin duda, es el olor que sentí cuando su pelo me acarició el rostro. A continuación me enjabono el cuerpo con uno de los muchos geles que decoran los estantes. Tiene un fuerte

aroma, aunque no alcanzo a reconocer qué es. Cuando me aclaro el pelo, observo los botoncitos para averiguar cuál era el del masaje. Creo que el de abajo del todo. Lo aprieto y varios chorros salen de las paredes de la ducha y golpean con suavidad mi espalda. Uhm, es maravilloso. Podría tirarme aquí todo el día.

—¿Terminas ya o qué?

Doy un grito del susto. Mierda, ¿cuánto tiempo llevo aquí? Hasta se me han arrugado un poco los dedos. Y él me ha dicho que tenía quince minutos para ducharme y vestirme. Voy a detener la ducha cuando escucho un sonido contra la mampara. Me doy la vuelta y le descubro con las palmas apoyadas en el cristal. El vaho hace que le vea borroso, pero eso no quita que me dé cuenta de que ya no lleva la toalla. En realidad, no lleva nada. ¿Por qué no se ha vestido y me mete prisas a mí? De repente, corre la mampara y un golpe de aire frío me cala los huesos. Me cubro el cuerpo con las manos. Pero él está ahí, desnudo delante de mí, y tan tranquilo. Ahora que estoy lúcida contemplo perfectamente su cuerpo y se me seca de nuevo la boca. Trago saliva al descubrir su palpitante erección. ¿Qué es lo que pretende? Sin pedirme permiso, se mete en la ducha conmigo y cierra la puerta.

—¡Eh! ¿Pero qué estás haciendo? —protesto.

—¿Tú qué crees?

Su cuerpo choca contra el mío y yo me aprieto contra el cristal de la ducha. El agua está mojando su pelo, su cara y su cuerpo y me mira con lujuria y deseo. No tengo escapatoria. Cuando me coge las nalgas, toda mi piel despierta de su letargo. Recuerdo los calambres que sentí anoche y en cuestión de segundos alcanzan de nuevo mi cuerpo. Apoyo las manos en su pecho y ladeo la cabeza al darme cuenta de que me va a besar. Sus labios se posan en mi mejilla y me da tiernos besitos cubriéndome el ojo.

—¿Por qué te empeñas en esquivarme? —me pregunta al oído, apretándose contra mí. Me hace daño en la cadera con su duro miembro—. ¿Me tienes miedo, Sara?

—No...

—¿Entonces? —Con un rápido movimiento me da la vuelta y tengo que ladear la cara para no chocarme con el cristal. Apoyo la ardiente mejilla en él y cierro los ojos—. ¿Es que no te gusta el sexo conmigo? —Me roza el trasero con la punta y yo intento controlar un gemido de placer. Me abraza desde atrás y jadea en mi oído—. Porque yo creo que sí. —Lleva sus manos hasta mi sexo y acaricia mis labios, luego los separa e introduce lentamente

un dedo—. Esta humedad no se debe sólo a la ducha.

—Para... —hablo más para el cristal que para él.

—¿En serio es lo que quieres? —Noto su miembro abriéndose paso entre mis piernas. Mi cuerpo habla solo y alzo el trasero para aliviar las cosquillas que me inundan. Él lo acoge entre sus manos y lo acaricia y lo estruja—. Tienes un culito que me pone a cien. —Noto que acerca los dedos a mi entrada y yo me sobresalto. Me da un beso en el cuello para tranquilizarme—. Tranquila, de momento vamos a dejarlo tranquilo.

¿Cómo que de momento? No, perdona, lo dejamos tranquilo para siempre. Mi trasero no va a pertenecerle a nadie, por mucho que el que lo desee sea un dios en la tierra. Me niego a que me hagan el amor de esa forma. Voy a protestar en el momento en que me agarra de las caderas y me pone otra vez de cara a él. Me sujeta la cara con las manos e impide que vuelva a ladearla. Ataca mi boca con violencia y me muerde los labios. Al cabo de unos segundos caigo y abro la boca para recibirlo. Su lengua se abre paso y busca por cada recodo. Me engancho a su cuello y le beso con ardor. Estoy otra vez en combustión. El corazón me da unas tremendas acometidas en el pecho y jadeo en sus labios como si fuera el fin del mundo. Acerca las manos a mis pechos y los acaricia con suavidad. Es una sensación que no puedo explicar, nunca ningún hombre me los había tocado de ese modo. Sabe perfectamente cómo hacer que quiera más y es lo que deseo cuando tira de uno de mis pezones.

—Abel... —gimo en su boca.

Deja de besarme y me mira durante unos segundos. Yo la mantengo, y me dedica una increíble sonrisa. Cierro los ojos al notar que sus manos expertas bajan por mi vientre y se detienen en mis caderas. Yo me echo hacia atrás y sin querer aprieto uno de los botones y de repente se escucha una suave melodía. Guau, ¡pero si hasta tiene radio! Y la canción que suena sé cuál es. Cómo no reconocer esa voz: se trata de Marvin Gaye y su *Let's get it on*. Mira, qué justito. Nos viene que ni pintado. ¿Tendrá una recopilación de canciones sensuales para que suenen en la ducha cuando se está tirando a alguna?

—¿Sara? —me pregunta al oído. Se habrá dado cuenta de que estaba en las nubes.

—Me gusta esta canción —digo.

El apoya su nariz en la mía y sonrío. Me balancea suavemente al ritmo de la música. «There's nothing wrong with me loving you and giving

yourself to me can never be wrong», me canta de forma erótica al oído. No, no, no. Que no haga eso, por favor. Va a conseguir lo que no quiero. ¿Por qué está ahora hablando de amor? Bueno, en realidad tan sólo se trata de la letra de la canción, no es que sea él el que está dedicándome esas palabras, ¿no? Pues claro que no. No puede ser. Esto es lo que es y punto: un polvo matutino en una impresionante ducha. Así que voy a pensar sólo en el placer que me va a dar. Estoy harta de que mi mente no deje de pensar de forma negativa una y otra vez.

—Te has portado mal —jadea en mi cuello mientras me lo llena de suaves besos. No sé a qué se refiere—. No te acuerdas de lo de anoche. ¿Ves como no es bueno beber tanto? Aunque voy a hacer que lo recuerdes. —¡Ah, se refiere a eso! Me lame la barbilla y yo echo la cabeza hacia atrás. Me tiene tan empotrada contra el cristal de la ducha que por entre nosotros no puede correr ni el aire. Nuestros cuerpos húmedos por el agua y el sudor resbalan el uno contra el otro. Me aparta el pelo mojado de las mejillas y me las besa—. Tengo mucha prisa, así que va a tener que ser rápido. Pero la próxima vez recorreré cada centímetro de tu piel. No va a quedar ni una parte de tu cuerpo sin ser mía.

¿A la próxima? ¿Es que va a haber una próxima vez? ¿No se trataba sólo de una noche de sexo? Bueno, y de una mañana. Pues no, al parecer quiere más. ¿Me alegra saberlo o es mucho peor? De todos modos no me da tiempo para pensar en ello porque, de súbito, me da otra vez la vuelta y yo acabo con la mejilla pegada al cristal. Me agarra de las caderas con fuerza y busca mi entrada con su impresionante erección. Dejo escapar un gemido cuando noto su punta rozando mi clítoris. Su cuerpo se resbala del mío, pero aun así, me continúa apretando contra él. Yo echo el trasero hacia atrás y hacia arriba para ayudarle y enseguida me penetra. Con una embestida fuerte, sin contemplaciones. Parece que esta mañana le apetece sexo del duro. Bueno, dice que tiene prisa, pero a mí nunca me ha gustado mucho. Aunque he de reconocer que esta mezcla de placer y dolor me está matando. Apoyo mis manos en la mampara para recibir sus embestidas.

—Me estás volviendo loco, pequeña —exhala en mi cuello. Me sujeta fuerte de las caderas y me atrae hacia él para penetrarme hasta el fondo. Oh dios, esto es demasiado fuerte para mí, pero tampoco quiero que pare.

—¡Abel! —grito, descontrolada. Su potencia va a acabar conmigo pero mi sexo se va abriendo cada vez más para recibirle.

Me suelta la cadera derecha y me acaricia el muslo hasta llegar a mi

clítoris. Lo roza con suavidad y gruñe de satisfacción al encontrarlo hinchado y palpitante. Marvin Gaye nos canta desde los altavoces y yo no puedo más que apoyar mi cara contra la mampara y gritar ante los empujones de Abel. Sus dedos se pierden entre mi humedad y los mueve en círculos. Yo aprieto los muslos para sentirlo más. Me voy a morir de placer si sigue haciendo eso.

—Aún no, pequeña —me muerde la nuca.

No puedo aguantar mucho más. Sus dedos expertos en mi sexo y en mi clítoris hacen que un torbellino de placer me recorra todo el cuerpo. Bombea con más fuerza y lo noto llegar a la entrada de mi útero. No voy a poder caminar después, ¿pero qué importa? Sólo estamos él, yo y el placer que me sacude los huesos. No hay nada más. No puedo explicarlo. Es una sensación demasiado maravillosa que traspasa la realidad.

—Dame más —le pido mientras yo misma me muevo contra sus violentas embestidas.

—No quiero hacerte daño, Sara... —jadea a mi espalda.

—¡Más fuerte! —exclamo. Me da igual que me lo haga, ahora necesito que duplique la velocidad y la fuerza de sus sacudidas. Estoy a punto de explotar de placer y quiero que sea el mejor orgasmo de mi vida.

—¡Mierda, Sara! —Obedece y me penetra con violencia, sin dejar de sujetar mis caderas y haciendo círculos con el dedo en mi hinchado clítoris.

Entonces noto que su pene palpita en mi interior y sé que se va a correr. Recuerdo que no se ha puesto condón esta vez, pero ahora no puedo parar. En estos momentos todo me da igual. Mi estómago se encoge una y otra vez ante la inmediatez del orgasmo. Abel jadea a mi espalda al tiempo que se derrama en mi interior. Al notarlo, mi cuerpo se desborda y me sumerjo en un universo de polvo de estrellas. Noto que floto, que vuelo. Grito y palmeo la mampara ante la sorprendente explosión de mi orgasmo. Dios, es magnífico. Quiero esto en mi vida una y otra vez. Abel me envuelve en sus brazos y yo sonrío satisfecha mientras me da suaves besos en los hombros. Nos quedamos un ratito así, con el agua cayendo sobre nuestros cuerpos y él en mi interior, palpitando todavía.

—Tenemos que irnos —dice con voz cansada.

—Hummm... —Estoy tan a gusto aquí, sintiéndome arropada por este imponente hombre.

Separa su cuerpo del mío y me da la vuelta. Nos quedamos mirándonos un rato hasta que deposita un dulce beso en mis labios. Abre la mampara y sale de la ducha. Yo me quedo dentro un poco más, observando cómo se seca

con una toalla.

—Tengo que coger un vuelo en cuarenta minutos —me dice, al ver que no salgo—. ¡Date prisa!

¡Joder, ya podría habérmelo dicho antes! Salgo corriendo de la ducha y me froto con la toalla que me había dejado. Seco lo que puedo mi pelo, aunque se me queda bastante húmedo. Espero no resfriarme por el camino. Él ya se está vistiendo en la habitación y yo hago más de lo mismo. Mientras me meto los *leggings* por las piernas, le observo disimuladamente. Tiene un culo prieto perfecto. Y esos vaqueros le sientan genial, igual que la camisa a cuadros que se ha puesto encima de la interior. Se vuelve hacia mí.

—¿Estás lista?

Me levanto de un brinco de la cama e intento hacer algo con mi pelo ante el espejo, pero desisto. Cojo el bolso y me lo cuelgo del hombro. Asiento con la cabeza. Él me hace un gesto para que salga de la habitación y nos encaminamos hacia el recibidor. Al pasar por la que es la biblioteca, la puerta está abierta y de pasada veo que todavía están los libros en el suelo. En el recibidor hay una maleta junto a la puerta. La coge y yo abro para salir al exterior. El sol próximo a marzo me da en los ojos y los guiño, debido a la molestia. Tras cerrar, caminamos deprisa hacia el coche. Me sabe mal que me tenga que llevar a casa, pero no tengo ni puñetera idea de dónde estoy y además, no tengo transporte. Quiero fijarme en algo que me indique nuestra situación, pero no veo nada, tan sólo el resto de casas y el mar al fondo, así como una zona a lo lejos que parece ser un bosque.

Ya en el coche nos mantenemos en silencio un rato. Él pone la radio y se concentra en conducir. Está otra vez serio y se le dibuja una arruga en el ceño. A medida que nos acercamos a la ciudad, en mi estómago se va formando un nudo. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Se ha acabado esto? Al parecer, se va de viaje. Entra en mi barrio y aparca una calle antes de llegar a mi finca. Supongo que le viene mejor así para salir luego a la carretera que le lleva al aeropuerto. No tengo ganas de despedirme. Me da miedo girar la cara y leer en sus ojos que esto se ha terminado, que no nos vamos a volver a ver. Se supone que es lo que quería en un principio, pero ahora lo que deseo es volver a tenerlo dentro de mí y conocer más de su vida, porque apenas sé nada de él. Seguro que ha sido por la maldita biblioteca, que me ha trastocado.

Me coge del hombro y no tengo más remedio que volverme hacia él. Está sonriendo otra vez y la visión de los hoyuelos en sus mejillas hace que

todavía me sienta más desolada. Me sujeta por la nuca y se inclina hacia mí y me besa con suavidad. Ya no es como antes, ya no noto en él esa necesidad de anoche y de esta mañana en la ducha. A diferencia de mí, él ya se ha saciado.

—Voy a estar unos días en Madrid por motivos de trabajo —dice cuando se aparta—. Pero cuando vuelva, te llamaré.

¡No! ¿Por qué ha dicho eso? Preferiría que me hubiese dicho adiós y así yo me habría quedado tranquila. Pero ahora me pasaré todo el rato pendiente del teléfono, aunque sepa que no va a volver a llamar. Ya ha conseguido lo que quería y no una, sino dos veces. En Madrid quizá conozca a otra chica y se convertirá en una víctima más. Yo pasaré entonces a formar parte de su colección. Me acaricia la barbilla con los dedos y me mira fijamente. Me pierdo en sus ojos azules, podría hacerlo siempre. Rompo. Soy una de esas chicas tontas que se quedan prendadas de un tío del que saben que para él serán sólo un polvo.

—¿Te pasa algo? —me pregunta. Niego con la cabeza y salgo del coche. Él se despide con la mano y arranca. El coche se pierde calle abajo.

La he jodido pero bien.



HA pasado una semana y, como era de esperar, no ha llamado. Tampoco me ha enviado un mensaje.

Pero como dije, soy dura. Es cierto que cuando me traje a casa el domingo me pasé toda la tarde en mi habitación llorando. Quiero aclarar que mis lágrimas se debían más al arrepentimiento y a mi orgullo de mujer que al convencimiento de que no iba a volverlo a ver. Bueno... quizá las dos primeras horas en las que estuve dando golpes a la almohada como una loca sí era por ese final abrupto. Pero a la tercera hora y tras un helado gigante que me trajo Cyn, se me pasó un poco. Y empecé a pensar en que yo soy demasiado buena e interesante para un hombre como él, que estará acostumbrado a tratar con modelos *infantiloides* que sólo sabrán hablar de la zanahoria que se han comido ese día y del nuevo vestido que llevan.

Así que para olvidar lo que he hecho —he convencido a mi mente a través de un mantra de que fue el alcohol, la resaca y los vapores de la ducha los que me bajaron las defensas— me he pasado toda la semana centrada en uno de mis trabajos finales. Lo estoy haciendo sobre Julio Cortázar y su *Rayuela* y me está quedando genial. Lo malo es que cuando me topé con el fragmento que él me había recitado en su magnífica biblioteca sentí un pinchazo en el estómago que desarmó mi perfecto mantra. Así que cerré el libro y lo lancé con furia contra la pared. Después me arrepentí porque se trata de una edición muy buena y lo fui a recoger y estuve abrazándolo durante un buen rato.

Pero me ha pasado algo positivo: ¡He encontrado trabajo! Doy clases de repaso en una academia a niños de primaria y secundaria. No es que paguen muy bien, y encima de momento no tengo contrato, pero es lo más rápido que he encontrado y podré darle a Cyn mi parte del alquiler. Y me está ayudando a regresar a mi estado de mujer que pasa de los tíos. Esto se debe a que tengo un par de alumnos que son de lo peor. Tienen sólo quince años pero se creen con el poder para dominar a todo el mundo. Son creídos y se pasan las tardes intentando ligar con las chicas de la clase. Como me sabe mal por ellas, les he dado unos consejos para evitar a ese tipo de hombres. Cuando terminé la charla me miraban con una mezcla de incredulidad y asco. Total, que al día siguiente me las encontré en el pasillo de la academia morreándose con el par

de futuros Abeles. Les lancé una mortífera mirada y les estuve preguntando la lección a ellos todo el rato. Me molestó que no hicieran caso de mis sabios consejos, pero allá ellas, ya se darán cuenta en un par de años.

Y entre unas cosas y otras estamos otra vez a sábado y estoy en casa sola. Creo que Cyn tenía una cita con el tipo del concierto, aunque como estaba atenta viendo *Cumbres borrascosas* no me he enterado muy bien.

A las nueve y media me levanto del sofá y voy a la cocina para prepararme algo de cenar. Abro la nevera y con horror descubro que tan sólo hay unas cuantas cervezas y yogures bajos en calorías para Cyn. He olvidado por completo que me tocaba a mí hacer la compra. Mi amiga me va a matar porque los domingos le gusta prepararse una sopa especial que su madre le enseñó antes de que se independizara. Para que así la recordara en sus arduos días de estudio. En fin, que ahora no hay ningún supermercado abierto, así que tampoco voy a preocuparme. Tengo en el monedero unos diez euros y sé que no debería gastármelos, pero estoy hambrienta. Quizá pueda pedir chinos y que no me salga demasiado caro.

Cuando voy a buscar el móvil, suena el timbre. Tengo un sobresalto. ¿Quién puede ser a esta hora? ¿Y si es él, que quiere darme una sorpresa? ¡Pero bueno! No seas estúpida. Pues claro que no es él. Las tonterías románticas ya se han acabado. Sólo fueron dos y las tenía bien premeditadas. A pesar de todo, me acerco a la puerta con sigilo, intentando no hacer ruido con las zapatillas de estar por casa. Como esta puerta no tiene mirilla, apoyo la oreja en ella para intentar escuchar algo. Nada. El corazón me empieza a latir con intensidad.

—¿Quién? —pregunto. Silencio. Ahora es cuando empiezo a cagarme del susto.

Ni de coña voy a abrir, a ver si se trata de un ladrón y estoy aquí sola sin posibilidad de defenderme, que nuestros cuchillos no son tan grandes y afilados como los de las películas. Me doy la vuelta y regreso al salón. Y vuelve a sonar el timbre. Me estoy cansando ya.

—¿Quién es?

Ni mu. Poso una vez más mi oreja en la madera de la puerta y escucho unas risitas. Me son familiares... Con más mala leche que una vaca enferma, abro la puerta y me topo con mis queridas amigas.

—¡Sorpreeeesa! —gritan, alzando un montón de bolsas del Burger.

Me llevo las manos a las caderas, aunque no puedo evitar sonreír. Cyn pasa como un bólido y Eva la sigue. Yo voy a cerrar la puerta cuando me

encuentro con un obstáculo. Por el hueco veo un brazo lleno de tatuajes y suelto un grito y empiezo a darle golpes para que se aparte y poder cerrar.

—¡No, Sara! —exclama Cyn, que viene corriendo hacia mí con expresión de pánico.

Me giro y le pregunto con la mirada lo que está sucediendo. Ella me pone un dedo en los labios y, tras un breve forcejeo entre las dos, consigue abrir la puerta otra vez. Cuando descubro quién es el portador de los tatuajes, me llevo las manos a la cara.

—¡Lo siento, lo siento! —Le cojo de la mano y le hago entrar. Se trata del batería de la otra noche. Le miro el brazo preocupada—. ¿Te he hecho daño?

—Mujer, pues si tenemos en cuenta que parecía que querías arrancárselo... —Eva nos mira desde la mesa divertida. Está sacando la comida de la bolsa.

—Pensaba que eras un violador —me disculpo, poniendo cara de cachorrito abandonado.

—No, no te preocupes. Si estoy mazo de fuerte —contesta él, aunque se aleja un poco de mí y mira a Cyn con expresión dubitativa.

Yo le observo durante unos segundos. Pues sí, no me equivoqué el otro día: es bastante guapo. Tiene unos ojazos negros encantadores y el *piercing* le queda muy bien. Aunque lo cierto es que Cyn y él no pegan ni con cola. Me parecería mucho más normal que tuviese una cita con Eva. En fin, que los humanos somos muy raros. Siempre lo he pensado y no cambiaré de idea mientras me encuentre con casos como este.

—Hemos pensado que te apetecería pasar la noche del sábado con nosotras —Cyn me rodea los hombros y deposita un beso en mi mejilla. Entonces mira al tío que ha traído—. Bueno, y con Kurt —le dedica unos cuantos parpadeos que derretirían a cualquiera.

¿Kurt? ¿Pero qué estúpido nombre es ese?

—¿Es tu nombre real? —le pregunto con curiosidad.

—No, tía, pero me lo puse en honor al maestro —dice con un estilo de habla muy pasota. Me parece que este es de los que les gusta fardar, pero luego nada de nada. ¿Será un nuevo reto de mi amiga?

—En honor a Kurt Cobain —especifica ella con una sonrisa.

Como si no lo hubiera adivinado ya. Ahora me va a dar lecciones de música cuando seguramente no sabía quiénes eran Nirvana hasta que conoció a este chico, el cual no hace ni sombra al legendario cantante.

—En realidad se llama Vicente, pero no le gusta.

La verdad es que sí, es mucho mejor que se haga llamar Kurt. No le pega para nada el verdadero, que a mí siempre me hace pensar en camioneros. A él tampoco parece agraderle mucho, porque coge a Cyn de la cintura, la atrae hacia él y la besa con pasión. Ella dobla una de sus piernas hacia atrás, tocándose el trasero con el tacón de veinte centímetros por lo menos. ¿Pero qué es esto? Giro la cabeza y miro a Eva con los ojos muy abiertos. Ella se lleva dos dedos a la boca y hace como si vomitara. Tras un minuto en el que comparten saliva, por fin se apartan. A mí se me ha hecho eterno, pero lo cierto es que era hipnotizador ver cómo se besaban. Cyn encoge los hombros como una chiquilla traviesa y sonrío. Mírala, qué feliz.

—Venga, nenas y nene, o venís o me como yo solita todo esto —Eva ya se ha sentado en una de las sillas y está desenvolviendo su hamburguesa.

Yo tomo asiento a su lado y rebusco entre la comida. Alcanzo unas patatas y un sobre de ketchup. Mientras lo rasgo, les pregunto:

—Bueno, ¿y a qué ha venido esto? —Me llevo una patata a la boca.

—Ay, pero si ya te lo he dicho —Cyn dirige su mirada a Eva, que está atacando su *whopper*—. Estuvimos hablando y pensamos que, como no querrías salir, pues la fiesta vendría a ti.

—Y por ese motivo... ¡Hemos traído todo esto! —Eva saca de una de las bolsas una botella de vodka, una de *whisky*, una cola, naranja y hielo. Lo lleva hasta la cocina y lo mete en el frigorífico. Ah, vale, su plan es que nos emborrachemos en casa. Qué bien.

—Va a ser una noche *dabuti* —dice Vicente. Perdón, Kurt.

¿Pero dónde le han enseñado a hablar? Esas expresiones estaban de moda cuando yo todavía llevaba pañales. Sin embargo, cuando desvió la mirada hacia Cyn, la encuentro toda feliz. Uy, ¿qué le estará pasando? Si por cualquier tontería le da portazo a un tío.

—Sí, sí lo va a ser... —responde Eva de forma irónica. Yo me llevo la mano a la boca para no escupir de la risa.

Ellas no mencionan a Abel en toda la cena. Yo, por supuesto, tampoco. ¿Veis? Si es que ya lo he olvidado. Ni siquiera ha existido para mí. Recojo los restos de la mesa y los tiro a la basura. Eva aparece en ese momento con un cigarrillo encendido. No me gusta que fume en casa, pero nunca me hace caso. Y, de todas formas, esta noche acabaré fumando otra vez. Y no habrá ningún fotógrafo que me diga que es malo para la salud (algo que por cierto, yo ya sabía).

—Nena, me flipa la cabeza Cyn con su nuevo rollete —dice buscando un cenicero.

Yo me inclino y saco el que siempre tengo guardado en el mueble, por si acaso me vuelve a dar por fumar como esta noche. Paseo la vista por el cuerpo de mi amiga. Va vestida *rockera* total. Es mucho más afín a Kurt, aunque tengo claro que no le hace nada de gracia por la forma en que le ha mirado y se ha reído de él a escondidas durante la cena.

—Déjala, está feliz —respondo con una sonrisita en la cara.

Enciendo el gas y me pongo a fregar. Eva apoya su trasero en la encimera a mi lado y se queda pensativa con el cigarro entre los dedos.

—¿Tú crees que le mola de verdad?

—Nunca la había visto así con otro tío. —Me quedo pensando unos segundos por si acaso. Pero no, es la primera vez que está empalagosa como una manzana de caramelo.

—Pero es que a él parece que le falte un poco de aquí —Se lleva un dedo a la sien y se da golpecitos en ella.

—No seas mala —susurro. Me quedo callada unos instantes para ver si nos han oído, aunque es difícil con el chorro de agua.

—¿Y tú...?

No la dejo terminar. La mojo con agua enjabonada y ella deja escapar un grito de sorpresa, aunque después se lanza contra mí para empaparme también. Menos mal que el buen tiempo se ha instalado por fin entre nosotros. Me separo un poco del cuerpo la camiseta que me ha mojado. A ella se le ha apagado el cigarro.

—¡Chicas, venid, corred! —exclama Cyn desde el comedor.

Eva y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Me seco las manos con el trapo y salgo de la cocina seguida por mi amiga. Cyn y Kurt están sentados en el sofá frente al televisor y lo están viendo. Se trata de un programa de cotilleos que televisan los sábados y que a mi amiga a veces le da por ver.

—¿Ya estás con esa basura? —pregunta Eva con la nariz arrugada.

—¡Esperad, callaos! —chilla Cyn.

Me acerco a ellos y apoyo el trasero en el borde del sofá. A ver qué pasa ahora. Lo mismo es que han anunciado el actor que hará de Christian Grey o algo así. Con Cyn, nunca se sabe. Eva se sienta a mi lado y enciende otro cigarrillo, con el cenicero apoyado en las rodillas. En la pantalla una presentadora está hablando de la Fashion Week de Madrid, que ha tenido

lugar durante esta semana. No sé por qué al escuchar esto siento un ligero malestar en el estómago. ¿No había ido Abel a Madrid? Casi como si leyera mi pensamiento, Cyn nos informa:

—Hace un minuto la presentadora ha dicho que iban a entrevistar a uno de los mejores fotógrafos.

Eva se me queda mirando y yo la agarro de la mano. No sé, me parece como que algo anda mal. Pero qué tontería.

—¿Es que ese fotógrafo también lo es de modelos? —pregunta ella sujetándome la mano.

—¡Pues claro que sí! —Cyn nos mira como si fuésemos niñas pequeñas—. Empezó su carrera de ese modo y ha llegado a convertirse en uno de los más solicitados.

De repente, la presentadora desaparece de la pantalla para ofrecernos unas cuantas imágenes de Abel, una en la que se le ve en el aeropuerto arrastrando una maleta, otra haciendo fotos, y una más hablando con otro presentador en un programa distinto. Mientras las imágenes se suceden una tras otra, la chica continúa hablando: «Abel Ruiz, de veintiocho años de edad, es uno de los jóvenes talentos de la fotografía. Aunque empezó colgando fotos en su blog de trabajos con sus amigos, según ha contado, pronto logró abrirse paso en el mundo de la moda y ya es uno de los fotógrafos más solicitados para retratar a las mejores modelos del mundo. Pero Abel Ruiz es ecléctico; sus trabajos abarcan estilos y temas muy diversos como por ejemplo la colección que se ha expuesto en Valencia...»

Ahora que lo vuelvo a ver, aunque sea en la pantalla, comprendo por qué caí. Es guapísimo, pero es que además desprende algo que no sé cómo definirlo. Su seguridad, su temple y su sonrisa son sus puntos fuertes. Es un hombre al que dan ganas de conocer, para qué mentir. Mientras le observo, caigo en la cuenta de que en realidad no me he olvidado de él. O quizá sí y esto ha sido una terrible coincidencia. Cyn debería haber mantenido la boca cerrada y yo habría continuado fregando los platos.

—Las fotos de ese tío molan, eh —Kurt está empezando a parecerme molesto. Le lanzo una mirada fatal para que se calle.

La cámara regresa a la presentadora que se va acercando a la pasarela sin dejar de hablar. En ella están saludando unas cuantas modelos. Todas delgadísimas, altísimas, bellísimas y todos los adjetivos positivos terminados en *ísima* que conozco. Una de ellas destaca por encima del resto. Es castaña con el cabello muy largo cayéndole en cascada, de piel morena, con unos

grandes ojos grises y rasgos exóticos. Lleva un vaporoso vestido semitransparente que no deja mucho a la imaginación.

—Es Nina Riedel. Se la rifan todos los diseñadores —nos informa Cyn. Sí, también le gusta la moda, pero eso es algo fácil de adivinar al ver cómo viste.

Me importa un pepino quién sea esa tía. Pero cambio de opinión en cuanto un hombre vestido de traje sube al escenario y se sitúa entre las súpermodelos. Abro la boca al descubrir que es Abel. La gente le aplaude, las modelos le abrazan y se ríen con él y él lo único que hace es mantener esa sonrisa de prepotencia y superioridad en el rostro y seguirles la corriente. No entiendo nada, de verdad. ¿Es así el mundo de la moda? Pues qué tontería.

—Hosti, nena, pues está guapo, ¿eh? —Eva me aprieta la mano, pero yo apenas la siento. No puedo apartar los ojos de la pantalla.

—Las tías sí que están para darles un buen meneo —nos da su opinión Kurt. Pero las tres giramos el rostro hacia él con cara de perros y se encoge en su parte del sofá y se calla.

Cuando vuelvo la vista a la pantalla, la boca se me abre más, tanto que creo que me va a rozar el suelo. Con estupor observo a la tal Nina separarse del resto de chicas, acercarse a Abel y cogerlo del brazo como si se conociesen de toda la vida. Se contonea ante él y lo mira con sus ojazos y con una sonrisa de oreja a oreja. Él le devuelve la mirada con otra enorme sonrisa. ¿Pero qué es esto?

—No pasa nada, es muy normal que entre los fotógrafos y sus modelos haya buen rollo... —Sé que Cyn está intentando tranquilizarme pero me pongo más nerviosa.

La modelo se aprieta contra él, apoyando la cabeza en su pecho. ¡En ese pecho en el que la posé yo también el otro día! No me lo puedo creer, los ojos se me van a salir de las órbitas. En un abrir y cerrar de ojos la presentadora se abre paso entre los muchos otros que alzan sus micrófonos ante la parejita y les llama:

—¡Abel! ¡Nina!

Ellos giran al mismo tiempo sus sonrisas hacia ella y ladean la cabeza instándole a que pregunte:

—¿Cómo están vuestros corazones en este momento?

Nina se lleva una mano al pecho y se ríe como una tonta. Sí, esa es la palabra, como una tonta. Creo que no le llegará el cociente intelectual ni a cuarenta. Se inclina hacia delante y le dice al micro:

—Estamos muy felices.

Y como quien no quiere la cosa, se vuelve a Abel, le apoya una mano en la mejilla y le planta un beso en todos los morros. ¡En los morros que yo besé el otro día! Veo por el rabillo del ojo que Cyn y Eva están escrutándome con cara de nervios.

Pero me limito a fijar la vista en el televisor. Por suerte, ya se han separado. Ya se están yendo. Abel rodeado de las modelos y con la tontísima colgándose de su brazo. Siento que me viene una ira homicida difícil de controlar. Aprieto los puños y me doy cuenta de que estoy temblando de la rabia. Ahora entiendo por qué no me ha llamado. Se lo estaba pasando muy bien en Madrid. Pues se va a enterar, que yo también me sé divertir. Bueno, seguramente no se entere, pero no importa. Me levanto como movida por un resorte y voy a la cocina. Cyn y Eva me siguen sin decir nada, pero sé que están preocupadas. Saco las botellas y el hielo del congelador y abro la de vodka. Me echo una buena cantidad de alcohol y poca de naranja.

—Tía, que a lo mejor no es lo que piensas... —De inmediato, Cyn cierra la boca al ver mi cara.

¡Pero si está todo claro! Si ha faltado que se pusieran a revolcarse en medio de la pasarela. Pero lo que más rabia me da es que, por lo que ha dado a entender ella, llevan juntos tiempo. Y teniendo novia se ha acostado conmigo. Me he convertido en una de esas mujeres sin escrúpulos. Pero yo no lo sabía, todavía tengo esa carta a mi favor.

—¿Tú lo sabías? —me dirijo a Cyn. Me tiemblan las manos y el hielo choca con los laterales del vaso.

—A ver, había escuchado rumores, pero hacía tiempo que no decían nada... —Se está poniendo blanca.

Suelto un rugido de frustración y salgo de la cocina. Kurt está encogido en el sofá sin saber qué decir o qué hacer. Yo lo miro de reojo y, al fin, me giro hacia él y le grito:

—¡Como hagas algo parecido a mi amiga te corto los...!

—¡Sara! —gritan Cyn y Eva al unísono.

Me siento en el sofá de golpe y bebo otro buen trago de mi vodka. Uf, me lo he cargado demasiado, pero estoy que echo chispas. Pero... ¡Será cabrón! Sabía que no era trigo limpio. Los tíos como él nunca lo son. No debí fiarme. Tampoco sé por qué estoy tan enfadada si en realidad la cornuda es su novia. Nina. Tiene nombre de zorra. ¡No, espera! Ahora la zorra que se acuesta con los novios de otras soy yo. Me llevo una mano a la frente y suelto

un gemido lastimero. Eva se sienta junto a mí y me masajea los hombros.

—Nena, que no es tu culpa.

—De todos es sabido que los fotógrafos de moda tienen mala fama. Ya sabes: drogas, sexo...

Levanto la cabeza y la miro con los ojos muy abiertos y supongo que expresión de psicópata, porque enseguida se calla y cambia de opinión:

—Pero oye, eso no está demostrado. ¡Seguro que es mentira!

—Lo estás arreglando, ¿eh? —Eva le da un manotazo en el antebrazo.

Cyn chasquea la lengua y se pone a retorcerse el pelo entre los dedos. Es una manía que tiene cuando está nerviosa. Pues sí, que lo esté, porque en parte todo esto ha sido por su culpa. Ay, mira lo que estoy diciendo, sólo tonterías, culpando a mi amiga de algo que he hecho yo solita.

—A ver, amorcito, piensa en positivo —Eva me coge de las manos y me obliga a mirarla a la cara. Yo le dedico una mirada lastimera—. Has disfrutado de un buen polvo, ¿no? Pues ya está.

—¡De dos! —exclama Cyn.

Eva y yo le lanzamos rayos por los ojos y ella se lleva los dedos a la boca y simula que se la cose. Me abrazo a mi amiga y me quedo así durante un rato. Siempre me siento bien entre sus brazos, pero esta noche ni siquiera lo consigo. ¿Cómo ha podido Abel hacerme algo así? ¡Ocultó que tenía novia! Me persiguió como un animal en celo sin detenerse hasta conseguir lo que quería. ¿Habrá engañado a Nina con otras? Seguro que sí, con muchas. Yo seré la número mil en la lista o algo así. Y encima el muy cabrón tiene la cara de despedirme diciendo que me llamará. ¡Y una mierda! Juro que tengo ganas de romper cosas, entre ellas, su cara de prepotente.

—Chicas, vamos a animarnos un poco. —De reojo veo a Cyn yendo hacia su portátil. Lo enciende y espera unos segundos—. Voy a poner música y vamos a hacer como que esto no ha pasado.

—Eso, Sara, no hemos visto nada. —Eva me dedica una cariñosa sonrisa y yo intento devolvérsela, pero estoy segura de que ahora mismo me parezco a Hannibal Lecter. Ella estira el cuello y se dirige a Kurt—. ¿A que no?

—Hombre, yo he visto que el fotógrafo ese ha...

Cyn acude corriendo y le pasa las manos por delante de la cara para taparle la boca. Gracias, Cyn, pero tu rollete es estúpido, me digo a mí misma. Cuando está segura de que ha comprendido lo que sucede, retira las manos.

—No, tronca, ¿de qué hablamos? —Coge el mando de la tele y la apaga con una sonrisa bobalicona.

Pego otro trago de mi vodka. Vale, mañana continuaré acordándome de esto, pero al menos que esta noche no sea terrible. Siento que todo ha sido un cachondeo para él. ¡Y nadie se burla de Sara Fernández! Estoy más que indignada y si fuera como otras, me plantaría un día en su estudio y le cantarí las cuarenta, pero es mejor dejarlo pasar. Me repetiré a mí misma que todo fue un sueño. Puedo hacerlo.

Cyn abre el Spotify y busca una canción. No sé cuál es ni me importa. De momento voy a beber, que es lo que me apetece. Eva no se aparta de mi lado más que para ponerse un *whisky*. Al cabo de un par de minutos Cyn y Kurt se ponen a bailar. Ella de forma muy sensual y él un poco asustado. Si es que, con lo tontito que parece, se lo va a comer. Eva me da unos golpecitos en el dorso de la mano y cuando capta mi atención, les señala con la barbilla.

—Míralos, Olivia Newton John y John Travolta.

Me saca una sonrisa y al poco estamos riéndonos a carcajadas. Ya está empezando a hacerme efecto el alcohol.

—Nena, vamos a bailar y que le den a todo —me dice, agarrándome de la mano para levantarme del sofá.

Bailamos una canción tras otra hasta que nos ponemos a sudar. Cyn y su amigo se enrollan unas cuantas veces ante nosotras y Eva me gira en todas ellas para que no les observe. Le dará miedo que les vaya a decir alguna burrada. Pero que conste que, aunque estoy bastante borracha, mantengo mis modales.

—No va a tener en su vida una igual que yo —murmuro con la voz pastosa por el alcohol.

—Venga, Sara... Olvídalo ya... —Eva me menea las caderas al ritmo de la música pero yo me deshago de ella.

—Deberías enviarle un mensaje y dejarle las cosas claras —Cyn no ha bebido apenas, pero desde luego que suelta perlitas.

—¿Perdona? —Me acerco a ella con el cuerpo desmadejado. Se aparta con las manos en alto, como pidiendo disculpas.

—Eh, tías, os voy a poner una canción buena de la hostia. —Kurt parece que quiere distender el ambiente. Se acerca a trompicones al ordenador y busca durante unos minutos eternos. Yo creo que le bailan las letras porque estamos todos bien contentos.

—¡Uhhhh! —grita animada Eva cuando por los altavoces empiezan a

sonar los acordes de *About a girl* de Nirvana. Me alza una mano y da saltos —. ¡Venga, nena, canta conmigo! —Me uno a sus botes.

Kurt intenta imitar al verdadero Kurt, pero lo que parece es que estén matando a un gato. Sin embargo, Cyn lo mira con cara de atontada. ¿Pero qué le pasa a esta mujer? ¡Cada día se le va más la cabeza!

—*I need an easy friend...* —canta a grito pelado nuestro querido imitador de Cobain.

—*You hang me out to dry...* —se le une Eva toda emocionada.

—*But I can't see you every night, free...* —canto yo junto a ellos.

Pero mientras continúan agitando sus melenas y fingiendo que tocan el bajo, me percató de lo que en realidad significa la letra de la canción. Y todo el alcohol me baja de golpe. Me da un mareo y me entran unas ganas de vomitar increíbles. Me llevo la mano a la boca y aparto a esta gente para correr al baño.

—¡Sara! ¿Estás bien? —me preguntan Cyn y Eva.

Me encierro en el servicio y casi ni llego a subir la tapa del inodoro. Echo toda la cena que he metido en el cuerpo y parte del alcohol. Cuando por fin me parece que las náuseas han desaparecido, tiro de la cadena y me levanto con cuidado. Me duele todo el cuerpo. Pero hay algo más que me duele y lo odio. Abro el grifo y me echo agua en la nuca y en las sienes. Oigo a mis amigas llamar a la puerta.

—¡Sara! ¿Va todo bien? —pregunta Eva.

—Sí... ahora salgo —respondo con voz entrecortada.

Me sostengo en la pila y contemplo con frustración la imagen de mí que me devuelve el espejo. Tengo los labios hinchados y los ojos rojos. Maldita sea, ¿cómo he llegado a este estado? De repente, noto una vibración en el bolsillo. Saco mi móvil y entrecierro los ojos para ver bien de quién se trata. Cuando leo su nombre, el corazón choca contra mi caja torácica. ¡Pero será hijo de...! Dejo que vibre y vibre, hasta que por fin se detiene. Pero a los segundos me está volviendo a llamar. ¿Qué es lo que quiere? ¿No se ha cansado aún de pasárselo bien a mi costa? Corto la llamada y me siento encima de la tapa del inodoro con la cabeza agachada y sosteniendo el móvil.

Una vibración más. Esta vez se trata de un wasap. No quiero abrirlo, pero al final la curiosidad me vence.

«¿Por qué no me lo coges? He estado pensando en ti... y en todo tu cuerpo. Ya estoy en Valencia. A.».

¡Me cago en todo lo que se menea! Me parece que ya lo entiendo todo:

como su novia estará en Madrid o en alguna otra parte por las pasarelas, él se tiene que desahogar de algún modo y se ha creído que soy yo la que le ayudará. ¡Va a ver lo que es bueno! Es el alcohol que todavía queda por mis venas y la rabia furibunda que me recorre el cuerpo de la cabeza a los pies lo que me inspira a responderle. Escribo como una loca, apretando las teclas con tanta fuerza que me hago daño en los dedos. Termino de escribir y le envío el mensaje.

«¿Pero quién te piensas que eres, gilipollas? ¡Te vas a tomar por culo a burlarte de otra!».

Apago el móvil y salgo del cuarto de baño. Fuera me esperan los tres con cara de circunstancias.

—¿Sucede algo? —pregunta Eva con cautela.

—Me voy a dormir —respondo.

Les doy un beso a cada una y a Kurt una palmadita en los hombros y me retiro a mi habitación agotada. En la cama todo me da vueltas pero al fin, me logro dormir y tengo un montón de pesadillas. En ellas sueño que le corto sus partes al cabrón de Abel.



¡UGH! ME encuentro fatal. El sabor amargo que siento en la boca es horrible. Además del peso que me atenaza el estómago. Menudo resacón. Alguien debería haberme parado los pies anoche, aunque entiendo que mis amigas no se atrevieran. Era un basilisco andante.

Me tapo los ojos con el antebrazo para impedir que me llegue la luz del sol. No obstante, anoche no bajé la persiana y los rayos entran por la ventana haciéndome saber que no voy a poder dormir de nuevo. Así que lo mejor va a ser levantarme, beberme un enorme vaso de agua y tomarme un ibuprofeno. Consigo arrastrarme fuera de la cama y me acerco al espejo de la cómoda. Dios mío. Soy un zombi. O peor: soy un zombi resacoso. Ni siquiera me desvestí y me acabo de dar cuenta de que tengo un poco de vómito en la camiseta. Inmediatamente corro a la cama para averiguar si también devolví en ella, pero todo parece en orden. Me cambio y me pongo la camisa del pijama para estar más cómoda.

Encogida y con mil tambores en la cabeza, abro la puerta de la habitación y me asomo al pasillo. Todo está en silencio. De puntillas me encamino al comedor y cuando llego, me tapo la boca con la mano. En el sofá están Cyn y Kurt en un lío de piernas y brazos. Él está con el torso desnudo y mi amiga lleva la falda subida casi hasta la cintura. Por tu bien, Cynthia, espero que no te lo hayas tirado en nuestro sofá. Creo que ahora me duele más el estómago. Me doy prisa en llegar a la cocina y cojo un vaso, mi querida medicina y la botella de agua.

Cuando me lo estoy tomando, alguien me coge de la cintura por atrás y doy un brinco. Al girarme me encuentro con Eva, que tiene casi la misma mala cara que yo. Eso sí, la tía ya viene con un cigarro en la mano. Apunta con el dedo a sus espaldas, en dirección al comedor. Yo asiento con la cabeza.

—¿Cuánto te apuestas a que le ha desvirgado? —Se ríe con su propia ocurrencia, pero enseguida se detiene y esboza un gesto de dolor—. Mi cabeza.

Saco otro ibuprofeno de la caja y se lo tiendo. Ella lo coge con rapidez y se lo toma de un trago. A continuación se sitúa delante del fregadero y, mientras observa los vasos que hay en él, me pregunta:

—Amorcito, ¿cuánto bebimos ayer?

—No lo tengo claro, pero creo que mucho —contesto, apoyada en la encimera y con los ojos cerrados. Por favor, que haga ya efecto el puto medicamento.

—Tengo la mente un poco embotada.

Cuando se gira hacia mí, observo sus ojeras y su pálido rostro. Lleva los ojos tan manchados de *khol* que parece un panda. Me siento fatal, pero no puedo evitar sonreír. De todos modos, pronto se me borra porque yo sí recuerdo todo lo de anoche. ¿Por qué en otras ocasiones, cuando me ha ocurrido algo bueno, mi mente ha tenido que olvidarlo y esta vez no? Tengo que hacer algo para echar de una patada esta pelota que rebota una y otra vez en mi estómago. Porque sé que no se debe únicamente a la resaca.

—¿Qué hora es? —Eva se arrima en ese momento al microondas—. Uy, pensaba que sería más tarde.

Me giro y la miro yo también. Las doce. Me da tiempo a pegarme una buena ducha y a irme al pueblo a casa de mi madre. Hoy necesito su comida, sus abrazos, sus besos y su forma de tratarme como si fuese la mejor del mundo. Nadie como ella me va a hacer sentir tan bien.

—Voy a ir a pasar el día a casa de mis padres.

Eva se enciende el cigarro y me escruta durante unos segundos. Creo que se está debatiendo entre decir algo sobre lo de anoche o quedarse callada. Al final, opta por lo segundo y tan sólo asiente con la cabeza. Echa la ceniza por el fregadero.

—Yo no tardaré en irme tampoco. Mis padres me esperan para comer.

Me separo de la encimera y le doy un abrazo. Ella sabe por qué se lo doy. No suelo ser muy cariñosa, pero es que me alegro muchísimo de que no sea una bocazas. El silencio, hoy, lo es todo para mí. Y por eso, quiero largarme antes de que Cyn se despierte. Sé que no lo hace a malas, pero ella no puede mantener la boca cerrada.

—Voy a ducharme, ¿vale? —le digo. Eva asiente con la cabeza—. Desayuna o haz lo que quieras.

Me asomo al comedor para asegurarme de que los tortolitos están durmiendo todavía. Tengo que confesar que me dan un poco de envidia. Se les ve muy bien juntos, a pesar de ser tan diferentes. Cojo las toallas, la ropa y el móvil y marchó al cuarto de baño. Una vez allí, me siento en la taza y lo observo. Me da un poco de miedo encenderlo porque no sé lo que me voy a encontrar, pero la cuestión es que tengo que llamar a mi madre para avisarla.

Después de un par de minutos en los que mis piernas se han puesto a danzar al ritmo del baile de San Vito, decido enchufarlo. Lo que tenga que ser, será. Y no puedo hacer nada.

Marco el pin y la melodía de inicio retuena en mis oídos. Todo parece ir a cámara lenta. El balón del estómago bota y bota cada vez a más velocidad y la garganta se me ha quedado de nuevo seca. Por favor, que no haya nada, que no... Mierda, pues sí que lo hay. Y no se trata de una perdida o dos, sino de quince. No me lo puedo creer. Aunque quizás no sean todas de él. A lo mejor no lo es ninguna. Entro al registro y trago saliva, muy confundida. Pues sí, sí son de él. Las quince. Casi todas muy seguidas. Una a las dos, otra a las dos y cuarto, a las dos y media, a las tres menos veinte... La penúltima es a las cinco y la última a las siete. ¿Pero qué es esto? ¿Una forma de intimidarme o qué?

Inmediatamente, empieza a sonar el pitido del whatsApp. Uno, dos, tres, cinco, siete... Joder, joder. Esto es una locura. No debería abrirlo. Y si lo hago, pues borro su conversación y ya está. Pero sé que no voy a poder contenerme, así que hago de tripas corazón y me meto en el programa para leer sus mensajes. Porque está claro que van a ser de él. Cuando leo lo que yo le puse, siento vergüenza de mí misma. Cuando lo estaba escribiendo me parecía que todo estaba muy correcto, pero ahora descubro que está fatal redactado, aunque el mensaje se entiende al completo. En el mismo minuto en el que yo se lo envié, llegó su respuesta:

«¿¿?? ¿Qué te pasa? ¿De qué hablas? No estarás borracha otra vez, ¿verdad?».

A los cinco minutos me escribió otro:

«Oye, te estoy llamando y me sale como apagado... Espero que sea que no tienes cobertura».

Y a los dos minutos después de este, el siguiente:

«Sara, ¿se puede saber qué estás haciendo? ¿Qué coño te pasa? ¿Por qué me hablas así?».

Después se detuvo durante una media hora, aunque bueno, estuvo llamándome.

«Estoy empezando a enfadarme. Nadie me trata así, ¿entiendes? Enciende el teléfono y llámame o cógelo cuando yo lo haga».

Tras este vienen unos cuantos más en los que casi dice lo mismo, aunque se nota que está más enfadado. El último ha sido esta mañana a las seis y media, antes de la llamada definitiva:

«¿Es esto lo que quieres? ¿Pasar de mí? ¡Perfecto, entonces! Pero que sepas que te estás equivocando».

¿Yo? Va a ser que no, guapo. No lo estoy haciendo para nada. No sé cómo puede tener la poca vergüenza de actuar como si no hubiese pasado nada. Bueno, realmente él no sabe que yo sé que tiene novia. Pero tampoco se lo voy a decir, faltaba más. Que se quede con la duda y que aprenda a que no todas las mujeres van a ir detrás de él como perritos falderos. ¡Se lo tiene bien merecido por cabrón! A saber a cuántas habrá engañado, además de a su novia y a mí. Este tipo de tíos deberían borrarse de la faz de la tierra.

Me pregunto si habrá estado toda la noche despierto por mi culpa. No, qué tontería. No soy tan importante como para eso. Lo más posible es que estuviese de fiesta, esperaría que le dijese de quedar y acostarnos y se le fastidió el plan. Pues ale, ¡que le jodan! Estoy cabreadísima y nada en este mundo me va a hacer cambiar de opinión. Tras sus mensajes se me ha pasado un poco la bola de tristeza del estómago y ha sido sustituida por un balón de rabia. Y cuando Sara Fernández se enfada, ¡que tiemblen todos!

Con un bufido, elimino la conversación y después le bloqueo. No quiero que me acose con más mensajes, porque eso es lo que ha sido: ¡un acoso! No va a saber de mí en su vida, y la ciudad es tan grande que no nos volveremos a encontrar. Creo que es la única forma en la que le quedará claro.

Apoyo la espalda en el inodoro y doy un fuerte suspiro. Me parece que me he quitado uno bueno de encima. Por su culpa estaba empezando a comportarme de un modo inusual en mí. Ahora toca centrarse en los estudios y a disfrutar de mi juventud con las amigas. Miro el móvil y frunzo el ceño. No me siento tan tranquila y tan bien como esperaba, pero supongo que es normal y que en un par de días se me pasará. No puedo eliminarlo de mi organismo con tan sólo un bloqueo. Espero que no le dé por llamarme una vez se dé cuenta de que ya no lo tengo en el WhatsApp.

Busco el número de mi madre en la agenda y lo marco. No sé si hoy le tocará turno de mañana en la residencia. Si es así, no habrá hecho comida, pero a pesar de todo iré al pueblo. Cuatro tonos de llamada después, escucho que lo descuelga y grita a mi oído con su potente voz:

—¡Cariño! Por fin llamas. Yo he estado conteniéndome para que no digas que soy una pesada, pero tenía unas ganas de llamarte...

—Ya, mamá. Es que tengo mucha faena con la uni, el trabajo y todo.

—¿Has encontrado algo entonces?

—En una academia.

—Bueno, bien, ¿no?

—Pues sí. Al menos tengo algo y podré seguir pagando el piso —me quedo callada unos segundos y le pregunto—: ¿Estás trabajando?

—Hoy me toca turno de noche.

—¿Entonces puedo ir a comer y a pasar la tarde allí?

—Hija, eso no se pregunta. ¿Cómo no vas a poder?

—Pues en una hora o así estaré allí.

—Estoy haciendo una paellita. ¿Te apetece?

—Claro que sí, mamá.

Me despido de ella y cuelgo. Sé que le hace una ilusión tremenda que vaya a visitarles. Para ella, soy todavía su niña. Para mi padre, no lo sé. En realidad, él y yo no tenemos una buena relación. Me acuerdo de la adoración que yo sentía por él cuando era una niña. Era el padre más cariñoso del mundo y yo me creía su princesita. Pero cuando llegué a la adolescencia, comprendí que la vida no era tan fácil y que él ocultaba muchas cosas a mi madre, como por ejemplo su afición a la bebida. Cuando cambió de trabajo lo pasó mal, pero al final se hizo muy amigo de unos compañeros y empezó a salir con ellos. Eran hombres que bebían también bastante y que se pasaban las noches de bar en bar. No sé por qué, supongo que porque no era muy feliz en su vida, mi padre se fue hundiendo poco a poco. Recuerdo muchísimas peleas en casa, los portazos, el olor a tabaco y a ron en las noches, los llantos de mi madre y los gritos de mi padre. Una noche en la que volvía a casa con el coche bastante borracho tuvo un accidente. Por suerte, no le ocurrió nada demasiado grave, pero bastó eso para que abriera los ojos. Buscó ayuda y fue saliendo del pozo en el que se había metido. Se supone que no ha vuelto a beber, aunque al no estar yo en casa no lo puedo saber a ciencia cierta. Y, a pesar de todo, no recuperamos nuestra estrecha relación. Apenas hablamos. Supongo que se debe a que la imagen que yo tenía de él se esfumó, ya que yo pensaba que era incorruptible. Sé que todos merecen una segunda oportunidad y yo tengo claro que es mi padre, pero me cuesta horrores actuar de forma normal cuando estoy ante él.

Por eso, apenas bebo. Y por culpa del gilipollas de Abel estos días lo he hecho demasiado. Está claro: es una mala influencia en mi vida, pero por fin se ha largado. Vuelve la antigua Sara, la Sara seria y responsable que no falta a clase por encontrarse con un chico y que no se emborracha para ahogar las penas.

Dejo el móvil en el lavabo y me empiezo a quitar la ropa. En ese

momento llaman a la puerta con insistencia. Sin darme tiempo a colocarme de nuevo la parte de arriba, entra Kurt con los ojos desorbitados y se lanza contra el inodoro. Yo me tapo y lanzo un grito. Me pongo la camiseta y lo miro con cara de asco. Odio ver a la gente vomitar, así que mejor será que salga de aquí, pero es que el pobre parece estar pasándolo fatal.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunto.

Él asiente con la cabeza pero continúa con ella metida casi por completo en el inodoro. De puntillas salgo del cuarto de baño. En el comedor está Eva zampándose un yogur de los de Cyn —Ah, sí, le he dicho que desayunara pero no me acordaba de que no hay nada en la nevera más que eso— y la otra tumbada en el sofá tapándose la cara y sollozando.

—¿Pero qué pasa? —Me acerco un tanto asustada.

—Pues nada, que le duele la cabeza horrores —me informa Eva con la boca llena de yogur.

—¡Me voy a morir! —grita Cyn.

—Qué va. Lo que tienes es una resaca de la leche. —Voy a la cocina a buscar otro san ibuprofeno. Lleno un vaso de agua y vuelvo al comedor con él y la pastilla.

Cyn la recoge con manos temblorosas y me mira con cara lastimera. Menudos chorretones de rímel. Ja, ja, está peor que Eva y yo juntas. Cuando se toma la pastilla se vuelve a tirar en el sofá y se revuelve en él como una niña pequeña. Eva y yo actuamos con indiferencia; es lo mejor, porque si no, se tira todo el día así, pidiendo mimos y queriendo ser el centro de atención. Y sólo por una resaca, coño. Al cabo de unos minutos, se queda quieta y mira el techo con sus ojos azules. Hace un mohín y pregunta:

—¿Dónde está Kurt?

—En el baño. Está muriendo por la boca —le digo.

—¿En serio? —Se incorpora de inmediato, con una mano en el pecho—. Pobrecito, si es que ya me dijo ayer que no le sienta bien beber.

—Tal y como estamos, creo que no nos sienta bien a ninguno —Eva deja el vasito del yogur en la mesa y se recuesta en el sofá con las manos en el estómago—. Nenas, ya podríais tener más comida en casa. ¿Así cómo leches se nos va a quitar esta mierda?

—Yo me voy a tirar un tiempo sin beber nada —Cyn se lleva una mano en la boca y contiene una arcada. Cuando se le pasa, nos mira a Eva y a mí haciendo pucheros—. Es la peor resaca de mi vida, y todo por vuestra culpa.

—Ni que te obligáramos a beber —Eva pone cara de fastidio.

—¡Me deprimí por Sara!

Oh, no. Ya va. Por favor, espero que sea lo suficientemente inteligente como para que se dé cuenta de que si hablamos de lo de anoche, voy a derrumbarme. Pero no estoy muy segura de que el dolor de cabeza la deje pensar con claridad. Por suerte, Kurt sale en ese momento del baño y viene hasta nosotros con paso tambaleante. Se sienta al lado de Cyn y esta le abraza como si fuese un peluche. Él se deja querer y a mí me retornan los pinchazos en el pecho.

—¿Estás mejor? —le pregunto.

—Creí que se me salía el estómago por la boca, pero sí, tía, ya me siento mucho mejor.

Cyn no le quita el ojo de encima. Eva me mira con la ceja arqueada y yo me encojo de hombros. En el fondo me parece genial que esté aquí porque así Cyn se distraerá y no mencionará nada que la pueda meter en un lío. Sí, en un lío, porque no responderé de mis actos.

Me levanto de un salto y ellos se me quedan mirando. Les anuncio que estaba intentando ducharme antes de que Kurt entrara agonizando en el cuarto de baño. Me encierro y me despojo de la ropa en un santiamén. Me muero por una ducha caliente que haga que mi cuerpo se revitalice. Por fin me meto bajo el chorro de agua y suelto un gemido de placer cuando las gotas calientes resbalan por mi piel. No sé por qué gel decidirme hoy. Hubo un tiempo en que cogí la manía de hacerme con todos los jabones que me gustaban. Por eso tengo en mi repisa una docena de geles de baño de todos los olores: naranja, fresa, melocotón, coco, vainilla, flor de azahar... Todos huelen magnífico y me dejan la piel muy suave. Depende de cómo me sienta escojo uno u otro, lo que sucede es que hoy no quiero pararme a pensar en cómo me encuentro. Así que al final cojo uno al azar: Té verde de China. Perfecto, este huele muy bien y es muy refrescante. Mojo la esponja y le echo un chorrito del gel. Notarlo en mi cuerpo es una delicia. Froto con fuerza en las piernas, en el vientre, en el pecho, en la espalda... Y con sorpresa me doy cuenta de que estoy llorando. Mi mente ha sumado una y una y la solución final ha sido un nombre, unos ojos y una sonrisa. Le odio. ¡Le odio con todas mis fuerzas!

¿Alguien me puede explicar por qué, después de todo, echo en falta su presencia junto a mí? ¿Por qué anhelo escuchar su voz y notar su cálido aliento en mi cuello? ¿Por qué la bola de rabia de mi estómago se está encogiéndose? No puedo ser tan imbécil. No me voy a permitir serlo. No voy a

dejar que mi cabeza cree una historia alternativa para lo ocurrido porque todo está bien claro. Las fantasías son lo que son y no debo perderme en ellas. Mi madre siempre me ha dicho que lo que tengo que hacer es mantener los pies en la tierra y una madre nunca se equivoca.

Me enjuago el pelo con rapidez y salgo de la ducha. Mientras me lo seco, me obligo a pensar en otras cosas. Por ejemplo, en la paella que me voy a comer. En el paseo que daré por el pueblo con mi madre. En el reencuentro con Fred, mi perro. Son todos pensamientos maravillosos y, aun así, me noto gris y solemne, como si me dirigiera a un entierro. ¿Qué esperaba? ¿Estar este fin de semana en los brazos de Abel otra vez? ¡Yo misma me convencí de que no iba a llamarme!

Me visto con brusquedad, maldiciéndome una y otra vez y salgo del baño como una loca. Mis amigas y Kurt todavía se encuentran en el comedor charlando. Cuando me ven aparecer con la chaqueta, Cyn me pregunta:

—¿Dónde vas?

—Me apetece pasar el día con mis padres —Me coloco el bolso y me echo un vistazo en el espejo de la entrada.

—Kurt y yo íbamos a pedir chino —dice con un matiz pesaroso en la voz.

—Pues guardadme un poco para la cena.

Me arrimo a ellos y me despido de todos con un beso. Cyn no aparta sus ojos de los míos y me empiezan a temblar las manos. Cuando salgo por la puerta, grito interiormente de alegría. Sí, lo he conseguido. Nadie ha dicho nada sobre el programa de anoche. Bajo las escaleras dando brincos y de repente escucho que se abre una puerta. Me quedo helada al escuchar a mi amiga llamándome. Hago caso omiso y salto el último escalón, precipitándome a la puerta de la calle.

—¡Sara! ¿Has hablado con él? ¿Y si está realmente interesado en ti?

Con el corazón a mil por hora, abro la puerta de la calle. Lo último que escucho es a Eva soltándole unos cuantos improperios a nuestra querida Cyn.



NADA más subir en el Cercanías, me pongo a pensar una vez más en él. Saco el móvil del bolso y me meto en Google. ¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Alguna pista para descubrir la verdad? Sólo ellos dos la saben, aunque a mí me ha parecido demasiado claro. Bastaba con fijarse en sus rostros... Estaban radiantes de alegría. Tecleo en el buscador sus nombres y me salen unas pocas noticias en revistas del corazón y de cotilleos. Pues sí, en la mayor parte de imágenes salen los dos agarrados de la mano o al menos, en actitud muy cariñosa. Entro en un blog de moda en el que le dedican una entrevista a Nina y en una de las preguntas le interrogan sobre Abel. Ella contesta que han pasado por un bache, pero que ya todo está bien. Busco la fecha de publicación: es de septiembre y estamos en marzo. Bueno, pues nada, *c'est la vie*. Que sean muy felices juntos, creo que son la parejita ideal.

A continuación introduzco solo el nombre de Abel e inmediatamente, aparecen en la pantalla muchísimas más páginas que antes. Hay fotos en las que sale en fiestas, en galas, en celebraciones y con otras mujeres que no son Nina, pero con las que también se le ve muy cariñoso. Es un mujeriego, está clarísimo. Además, se rodea durante casi todo el tiempo de mujeres preciosas, ¿cómo no lo va a ser? Imagino que si yo fuera hombre también aprovecharía la situación. Aunque, por otra parte, intentaría ser fiel y no liarme con varias a la vez. Es un abusón.

La primera página que me sale en el buscador es su espacio personal. Pues voy a entrar a cotillear un poco que, total, el daño ya está hecho. Quizá sea un poco masoquista, pero no puedo evitar estar haciendo esto. Es una página sencilla, con el fondo blanco, con su nombre y su profesión en la parte de arriba, a la izquierda de la pantalla. Debajo hay unos cuantos enlaces divididos por tipos de trabajo, además de uno para contactar con él y su bio. A la derecha, aunque tirando un poco hacia el centro, hay una foto de una mujer posando con ropa extravagante. Pero me gusta. Es distinta a las chicas de la pasarela del otro día, tiene una belleza particular.

Clicleo en el enlace en el que se habla de su vida, con la esperanza de encontrar... ¿verdades? Pero como era de esperar, tan sólo aparece información sobre su residencia, las revistas en las que han aparecido sus fotos, su estilo y los trabajos en los que ha participado, los cuales son muy

variados: desde líneas de accesorios para el cabello hasta *promos* de series de televisión. Vaya, no tenía ni idea. Me acerco más el teléfono a la cara para observarle en la foto que ha colgado al lado de su biografía. Creo que es de hace un par de años, porque lo veo un poco más joven y un estilo diferente. Está realmente guapo con la gabardina que lleva en la imagen. Y encima sabe posar como si también fuese modelo.

Dejo escapar un suspiro y me dirijo a la sección de «Moda». En cuanto las fotos van cargándose en la página, contengo la respiración. Son... son fascinantes. Nunca he visto algo así. Es hermosura y pasión en estado puro. Los estilos de ropa, de peinado y de maquillaje que llevan las modelos son atrevidos e hipnotizadores. ¿Será él quien elige todo eso? No sé por qué, imagino que sí. Le pega. Hay algunas fotos y chicas que parecen sacadas de otra época y, en cambio, otras tienen una temática y una ambientación futurista. Hay mujeres de todas las razas y de todas las formas. Tal y como comprobé en el museo, ha sacado lo mejor de todas ellas, ha convertido algo que pensamos estático en un conglomerado de sentimientos y sensaciones.

Pincho en la foto de medio cuerpo de una chica cuyo cabello es rojo y asemeja flotar en largas ondas alrededor de su cabeza, confundiéndose casi con el fondo, también de un rojo intenso. Me parece casi mística y me transmite tranquilidad. Doy al botón de volver y rebusco entre las fotos hasta dar con una mujer que supongo que es africana por sus rasgos y su color de piel. Parece una estatua de ébano. Lleva el cabello recogido en una corona de ramas y las hojas se deslizan por su cuerpo como si ella misma fuese un árbol. Está de espaldas pero mira directamente a la cara por encima de su hombro y me baño en esa mirada sensual y salvaje, que me transporta a tierras vírgenes con árboles que ascienden hasta el cielo. Busco más y me topo con la foto de una niña que se encuentra en una especie de jardín antiguo, sentada en el borde de una fuente de lo más barroca. A sus pies hay todo un rastro de flores, en concreto rosas azules. El contraste entre el fondo apagado y la intensidad de las rosas y del vestido de la niña, también azul, me obliga a abrir la boca totalmente sorprendida y fascinada. ¿Cómo sabía él que el uso de ese contraste lograría semejante reacción? Debe de tener mucha imaginación para saber y comprender lo que puede fascinar a los observadores. Sí, definitivamente eso es lo que considero que define su trabajo: el contraste y la limpieza. Pero hay algo más, algo en sus trabajos que me provoca inquietud...

Y no quiero mirar más fotografías. Me están trastocando porque hacen

que me sienta más cerca de él, que pueda introducirme un poco más en su mente y, a pesar de todo, continuar siendo un enigma para mí. Por sus trabajos creo adivinar que es demasiado perfeccionista y que lucha hasta que consigue lo que su mente ha ideado. Y por lo que parece, en sus relaciones con las mujeres es igual. Pero, ¿y qué más? ¿Cómo es con sus amigos? ¿Y con su familia? ¿Qué es lo que le gusta hacer después de una dura jornada de trabajo? Nada. No sé nada sobre él y tampoco hay nada que me indique que se trata de un hombre normal y corriente.

Salgo de Internet y bloqueo el móvil. A continuación me pongo a mirar el paisaje por la ventana y con una sensación de intranquilidad en el estómago, me quedo dormida.

—¡Hija! —Nada más abrirme la puerta, mi madre se echa a mis brazos y me da un apretón con el que me falta la respiración. No obstante, enseguida se lo devuelvo. Es tan cálida. Puedo notar su amor tan fácilmente.

—¿Cómo estás? —le pregunto, cerrando la puerta a mi espalda y acompañándola por el pasillo. Me llega el olor al arroz y me doy cuenta de que estoy hambrienta. ¡Ya era hora de comer un poco más sano!

—Un poco cansada. Esta semana estoy haciendo horas extra y tengo los riñones fatal. —Se mete en la cocina y se inclina ante el paellero para observar el caldo hirviendo. Coge una cuchara y la mete en la paella y a continuación me la acerca—. ¿Quieres probar para ver cómo está de sal?

Asiento con la cabeza y me llevo la cuchara a la boca. ¡Uhm, qué buena está! Sé que lo ha hecho porque de pequeña yo siempre quería comprobar si había echado la cantidad suficiente de sal. Me pasaba en la cocina todo el rato que tardaba la paella en hacerse, observando detenidamente los pasos que seguía mi madre, su cara de concentración, su sonrisa disimulada y sus mejillas sonrosadas. ¡Qué tiempos aquellos!

—¿Dónde está el papá? —pregunto asomándome al pasillo. La tele está apagada y no escucho a mi perro, así que imagino que lo habrá bajado a pasear.

—Ha ido a por un refresco a la gasolinera y, de paso, a pasear a Fred —me informa mi madre mientras echa un poco más de azafrán a la paella.

Me siento en una de las sillas de la cocina y doy un suspiro. Por suerte, entre la ducha de antes y el ibuprofeno, ya me encuentro muchísimo mejor. Y la paella hará el resto. Al final no va a ser un día tan malo.

—¿Cómo os va? —Al final siempre acabo preguntándolo, aunque sé la respuesta de mi madre de antemano.

—Esta semana tu padre está un poco más gruñón que de costumbre. —  
Se gira hacia mí con los ojos muy serios, aunque de inmediato cambia el  
gesto y sonrío una vez más—. ¿Y tú qué?

—¿Cómo que yo qué?

—No estarás saliendo con ningún chico, ¿verdad?

Me echo a reír y niego con la cabeza. Desde que terminamos Santi y yo,  
ella no quiere que salga con nadie porque sabe que sufro bastante. Siempre  
que me llama o que vengo a verla me repite que lo que tengo que hacer es  
disfrutar y olvidarme de los chicos. Y yo hasta hace poco había seguido su  
consejo. Qué rabia que Abel haya tirado por la borda todos mis esfuerzos.  
Vale, reconozco que dos no se acuestan si los dos no quieren.

—No estoy con nadie, mamá. Sabes que no tengo ganas de meterme en  
más relaciones.

—Pues eso es lo que tienes que hacer, que eres muy joven —Apaga el  
fuego del paellero y se gira hacia mí con los brazos en jarras. Uy, uy, esa  
postura me la conozco. Significa que quiere contarme algo que a ella le  
parece muy importante—. ¿Sabes a quién me encontré el otro día?

Me levanto y me acerco a la paella dispuesta a probar cómo le ha  
quedado. Lleno la cuchara de arroz y lo huelo. Um, seguro que está  
deliciosa. Estoy metiéndome en la boca la cuchara cuando ella suelta:

—A Santi.

Me atraganto con el arroz y me pongo a toser. Mi madre me grita que  
beba agua, pero al final se me pasa y lo único que hago es mirarla en  
completo en silencio. Nos mantenemos así durante unos segundos en los que  
ella parece nerviosa.

—¿Y? —pregunto al fin.

—Pues nada... Le pregunté por sus padres y sus hermanos.

—¿Y...? —Me estoy alterando. Sé que hay más, porque ella no se calla  
ni una y muchas veces mete la pata aunque no lo haga con mala intención.

—Le dije que si tenía una novia nueva.

—¡Pero mamá! ¿Para qué le preguntas eso?

—Sólo tenía curiosidad...

—Lo que querías era descubrir si ya había sustituido a tu hijita —me  
echo a reír.

Tira los utensilios que ha utilizado en el fregadero y se arremanga para  
fregar. Se está haciendo la interesante. Y en realidad sabe que yo quiero  
conocer la respuesta. Quizá sea en parte por orgullo y en parte porque él y yo

hemos compartidos muchos momentos.

—¿Y bien? —Me acerco a ella por detrás y le hago cosquillas en la cintura. Da un bote y sonrío de forma pícaro.

—Pues no, no está con nadie.

Suspiro de alivio en silencio. Ya sé que no debería ser así, porque no hay ningún compromiso y yo me he acostado con Abel, pero pensar que Santi puede besar o acariciar a otra chica que no sea yo me pone nerviosa.

—¿Por qué no vas luego a verlo?

—¿Pero tú no eres la que dice que me olvide de los hombres?

—Sólo estoy diciendo que ya que estás aquí... Os quisisteis mucho...

En realidad tiene razón, pero me incomoda. Fui yo la que puso más distancia entre los dos. Él quiso ser mi amigo, pero yo sufría mucho cada vez que me llamaba —que cada vez era más a menudo. Siempre me decía que se conformaba con escuchar mi voz. Y el problema —al menos uno de ellos— era precisamente ese: que se conformaba con poco en nuestra relación. Puede que eso no parezca negativo, pero yo sentía que necesitaba más, ciertas cosas que él no me podía dar. En el fondo, sé que Santi también era infeliz debido a mi forma de actuar, siempre a la defensiva y anhelando que se convirtiera en alguien que realmente no podía ser. Así que cada uno por su lado estamos mucho mejor y por eso, no sé si es muy adecuado visitarlo después de medio año. Eso sí, reconozco que siento mucha curiosidad y ciertas ganas de verlo.

Mi madre va a decir algo más cuando escuchamos abrirse la puerta de la calle y, en cuestión de segundos, Fred entra como un bólido y se lanza contra mí. Me acuclillo y mi querido perro me llena de besos y lametones y yo siento que me acerco a un estado de serena felicidad al tener su cuerpecillo tembloroso entre mis brazos. Amo a Fred, pero en el piso compartido no nos dejan tener animales, así que tuvo que quedarse con mis padres. Y lo cierto es que muchas noches echo de menos sentirlo a los pies de la cama.

Mi padre se asoma a la cocina y saluda con un seco «hola». Me doy cuenta de que mi cuerpo se ha puesto rígido en el momento en que he ido a darle dos besos. Le pregunto cómo se encuentra y la conversación no dura más de dos minutos hasta que nos sumimos en un silencio incómodo. Por suerte, mi madre lo interrumpe para pedirnos con alegría que pongamos la mesa.

Una hora después me hallo acomodada en el sofá con la tripa llena, el corazón un poquito más tranquilo y con Fred en mi regazo. La independencia está bien, por supuesto, pero en ocasiones una necesita a su familia, aunque

esta no sea la más perfecta.

Como de costumbre, mi padre se ha quedado dormido en el sofá y mi madre está empezando a pegar cabezadas. Le doy unos golpecitos en el hombro y le aviso de que voy a salir un rato, pero que volveré a recoger mi bolso y a despedirme. Ella sonríe con un brillo en los ojos y yo chasqueo la lengua como si me fastidiara, aunque me hace bastante gracia su actitud de niña traviesa.

Nada más salir a la calle tengo que quitarme la chaqueta porque hace calor. A estas horas no se ve a nadie por las calles y yo contemplo el pueblo en silencio y sin apenas nostalgia. Nunca me ha gustado y no pienso regresar a vivir aquí. Me ahogaba en este lugar, siempre viendo los mismos rostros y paseando por los mismos lugares. Conozco cada uno de ellos como la palma de mi mano, aquellos en los que jugué de niña, la escuela y el instituto donde estudié, los bancos del parque donde besé por primera vez a Santi. Y sin apenas darme cuenta, llego a su finca y me altero. Tengo el estómago encogido porque no sé cómo actuar, qué decir o hacer. ¿He perdido toda la confianza que tenía con él? Espero que no, lo que me gustaría es que mantuviéramos la capacidad para charlar como viejos amigos.

Aprieto la chaqueta entre mis dedos y cojo aire. Venga, es Santi, lo conozco de casi toda la vida y estuvimos juntos cinco años. Sé que él no me va a mirar mal ni me guardará rencor; al menos espero que continúe siendo el chico comprensivo al que dejé de hablar hace seis meses. Aprieto el timbre y espero. ¿Y si me contesta su madre? Qué vergüenza; en este momento no puedo hablar con ella, pero debería haber pensado antes que es una posibilidad. Por suerte, responde él. Ahí está su voz grave. Cuando le digo que soy yo, puedo notar a través del telefonillo su respiración nerviosa. Me pide cinco minutos y yo le cito en la plaza, pues está a dos pasos.

Camino hacia allí y al llegar decido sentarme en uno de los desgastados bancos. Al menos no se dará cuenta de que me tiemblan las piernas. Saco el móvil y jugueteo con él entre mis manos. Conecto los datos para ver si me ha llegado algún mensaje, pero Cyn y Eva deben estar KO todavía. Sonrío al pensar en que Abel no ha dado señales de vida aunque ya debe de haber descubierto que le he bloqueado en el WhatsApp.

Al cabo de un par de minutos, escucho unos pasos y al alzar la mirada me encuentro con los ojos azules de Santi. Pero no son de un azul tan intenso como los de Abel, ni tampoco desprenden misterio, sino amabilidad y cariño. ¿Por qué les estoy comparando? Menuda tontería. Se acerca a paso lento con

una sonrisa ladeada y yo aprovecho para observarle. Ha cambiado un poco: está más delgado y en mejor forma, así que supongo que ha cumplido sus planes de ir al gimnasio. Lleva el pelo castaño oscuro bastante corto y la ropa que tanto le ha gustado siempre: vaqueros, camisa y un jersey encima. Está bastante guapo, aunque evidentemente no es tan atractivo como Abel. Mierda, otra vez. Me dan ganas de darme una bofetada para espabilarme. Cuando llega a mí, se inclina y me da dos suaves besos. Se me queda mirando con su abierta sonrisa.

—Te veo muy bien —dice al fin.

—Yo a ti también —respondo.

Nos quedamos en silencio. Vaya, parecemos dos tontos. ¿No va a ser sencillo al final? ¿Nos hemos convertido en esos ex novios que, una vez separados, no son capaces de tratarse como personas adultas? En todo caso, será culpa mía por haberme comportado como una arpía. Él me pregunta con un gesto si puede sentarse a mi lado y asiento con la cabeza.

—¿Te apetece ir a tomar algo? —propone.

—¿Crees que habrá algo abierto?

—Supongo que a estas horas el Food & Beer sí lo estará.

Nos levantamos y nos encaminamos hacia el bar. Cuando llegamos descubrimos con pesar que está cerrado. Con café todo podría ir mejor, pero tendré que hacer de tripas corazón y esforzarme por aparentar naturalidad.

—¿Y a qué debo este honor? —Si no fuera él, esta frase parecería irónica y borde, pero sé que lo dice con todo su cariño.

—En realidad ha sido idea de mi madre —decido confesarle la verdad.

—Pues entonces tendré que agradecerérselo cuando la vea —Me guiña un ojo.

Damos un paseo por el pueblo en dirección al parque. Poco a poco voy sintiéndome más tranquila y la tensión desaparece con cada palabra que decimos. Hablamos sobre los viejos tiempos y nos reímos con las anécdotas. Santi me recuerda aquel viaje a Asturias en que ambos nos pusimos enfermos y nos tiramos todo el fin de semana compartiendo el baño. Yo no puedo dejar de reírme ni siquiera cuando me entran agujetas. Me encanta que ahora podamos ser amigos y poder estar a su lado sabiendo que sólo somos amigos. Siento mucho cariño hacia él y es una persona que no debe desaparecer de mi vida. Un par de horas después me acompaña a casa y me agradece la visita.

—Oye, Sara, el viernes que viene tengo que ir a Valencia por unos asuntos. ¿Te apetece que comamos juntos?

Acepto y me despido de él con un gran abrazo. ¡Al final el día ha sido perfecto!



DESPUÉS de una semana agotadora, llena de trabajos y de clases estresantes porque los profesores ven que apenas quedan dos meses de clase antes de los exámenes, por fin es viernes. He sido puntual toda la semana y hoy voy a llegar tarde y, para colmo, tengo una exposición. Eva me va a matar porque la hago con ella. Ya me ha enviado un par de mensajes preguntándome si está todo preparado. Tengo mi USB, mis notas en papel para no perderme y mis nervios en el estómago. ¡Pues sí, todo preparado!

Menos yo. Porque mi querida compañera Cyn ha decidido madrugar otro viernes para ir a buscar a Kurt a su facultad. La cuestión es que el chico termina sus clases a las doce. ¡Joder, y son sólo las ocho y cuarto! ¿Para qué necesita levantarse cuatro horas antes? En serio, esta chica me vuelve loca. Llevo un cuarto de ahora aporreando la puerta del cuarto de baño y no sale. No escucho la ducha, ni el grifo del agua ni nada de nada. ¿Estará maquillándose?

—¡Como llegue tarde, te mato! —grito a la madera.

Encima me estoy meando un montón. Doy golpes en la puerta una vez más. Me estoy haciendo daño en la palma de la mano. Un minuto después, sale Cyn toda arreglada, con un pantalón pitillo negro y una blusa blanca. Está tecleando en el móvil y ni alza la cabeza para mirarme.

—Cálmate, Sara —Le echa un vistazo a la hora en la pantalla de su teléfono—. Si todavía tienes cuarenta minutos.

—¿No entiendes que me quería duchar y todo? —Chasqueo los dedos ante su nariz y al fin consigo que me atienda. Señalo su móvil—. ¿Te has pasado todo el rato wasapeando?

Pone cara de niña buena y me va a dar un beso para disculparse, pero me aparto y le intento coger el teléfono. Ella lo levanta por encima de su cabeza.

—¡Sólo le quiero decir a Kurt que no te mande tantos mensajes! —Doy un par de brincos para cogerlo.

Ella parece un poco alterada y hace todo lo posible por evitarlo, incluso me da un suave empujón para apartarme y poder salir del baño. Frunzo el ceño y apoyo los nudillos en las caderas. Ella me está mirando por el rabillo del ojo.

—No me digas que ya estás tonteando con otro...

No me responde y se va a la cocina a prepararse algo de desayunar. La oigo trastear mientras se sirve un café. Yo tuerzo los labios y me meto en el baño. Pues vaya, ahora le da vergüenza, como si antes no hubiese tonteado con dos chicos —e incluso más— a la vez. Pero claro, supongo que es porque Eva y yo pensábamos que Kurt le había pegado fuerte. En fin, yo ya me esperaba que pronto se le pasaría el acaramelamiento.

Mientras me doy una ducha rápida recuerdo que hoy he quedado con Santi para comer. La verdad es que tengo muchas ganas de continuar hablando como hicimos el domingo pasado. Cuando regresé a casa de mis padres, mi madre me esperaba lista para saber qué tal me había ido. Tampoco le conté mucho porque no quiero que piense que tengo intención de volver con él. Si es que esta mujer no se aclara: ¿quiere que esté soltera o no? Me imagino que le tiene demasiado cariño a Santi; al fin y al cabo, él siempre la consideró como una segunda madre.

Salgo del baño a toda prisa y alargo el cuello para ver qué hace Cyn. Ahí sigue tecleando en el móvil tan de buena mañana. ¿Quién está despierto ahora aparte de los pringados que tenemos clase en la facultad un viernes? Le grito que no ligue tanto y ella suelta un gruñido que me dibuja una sonrisa en el rostro. Me visto al ritmo de Cyndi Lauper, que me alegra muchas mañanas:

—«Oh, daddy, dear, you know you're still number one... —Me subo los vaqueros y a continuación me abrocho la camisa sin dejar de bailar y cantar—. But girls, they wanna have fun...».

Bueno, a mí de momento no me apetece más fiesta. Este fin de semana creo que lo pasaré mejor leyendo un libro y viendo alguna película. Cyn no me va a arrastrar a algún bar o discoteca a bailar y a beber. ¡Me niego! Sólo me voy a estirar en el sofá con mi pijama más suave.

Termino de vestirme y salgo corriendo de la habitación, aún con el pelo un poco húmedo. Compruebo que en mi bolso —hoy no voy a llevar mochila porque me molestará para comer— está todo lo necesario para pasar el día y me pongo la chaqueta.

—¡Cyn, me voy! —grito.

Ella no contesta. Pongo los ojos en blanco y me lanzo escaleras abajo. ¡Madre mía, que son menos veinte y el metro tarda quince minutos! Voy a necesitar un milagro para llegar a tiempo. Todavía tengo la esperanza de que el profesor decida que sea otro grupo el que exponga primero. Corro como una loca al metro y me digo que hoy he empezado con buen pie al llegar justo a tiempo para coger el de y cuarenta y tres. Si no se para mucho, aún puedo

llegar, ya que los profesores no suelen empezar las clases en punto.

Con alegría localizo un asiento junto a un señor mayor y me dejo caer en él con el bolso en las rodillas. Enfrente de mí hay un chico bastante guapo y me ruborizo al comprobar que no me quita ojo. Hoy me siento bella, no sé por qué. Debe de ser la tranquilidad de haberme librado de un elemento como Abel. Es verdad que he pensado unas cuantas veces en él, pero para maldecirle o criticarle, como a su querida Nina. En fin, que estoy muy bien.

Sonríó al chico de enfrente y recibo la suya con regocijo. Qué lástima que no me interese ligar con nadie. Pero no hay nada de malo en coquetear un poquito que, después de todo, me lo merezco. Para no ser tan descarada, saco el móvil del bolso y conecto los datos con la intención de enviar un mensaje a Eva. Seguro que está fumándose un cigarro tras otro y acordándose de toda mi familia. El familiar pitido me avisa de que ya tengo mensajes. De inmediato abro el de Eva:

«¿Dónde mierda estás, maldita hija de Satanás?».

Le escribo un escueto «ya voy» y paso al siguiente mensaje. Se trata de Santi y esbozo una sonrisa al leerlo.

«Te voy a llevar a un sitio que siempre te ha gustado mucho».

Me imagino dónde será, pero fingiré sorpresa porque está claro que le hace ilusión. A continuación salgo a la pantalla de inicio de mensajes y me encuentro con uno de un número que no tengo guardado y que no me suena de nada. Un cosquilleo me atrapa el estómago y me noto los labios secos. Entro en él y me quedo con la boca abierta al leerlo:

«He estado meditando en el gran placer que pueden proporcionar unos ojos hermosos en el rostro de una mujer bella».

Se trata de una frase que dice el señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*. Después hay un mensaje más en el que pone que no se puede olvidar de los míos. Me tiembla el móvil entre las manos. Es él. Me ha enviado un wasap desde otro número. No me lo puedo creer: ha decidido no desistir y ahora se piensa que con citas literarias voy a caer. ¡Pues lo lleva claro! Me pregunto por qué ha elegido ese libro y a ese personaje. Me parece demasiada casualidad. ¿Le hablé de mis aficiones literarias estando bebida? Recuerdo haberle dicho que mi libro favorito es *Rayuela*, pero nada más, aunque no estoy segura.

Ya me ha fastidiado el día que había empezado tan bien. Cuando levanto la vista de la pantalla el chico ya no me parece tan majo ni tan simpático. Es más, su sonrisa me molesta y se lo hago saber con una mueca. ¡Ya me ha

vuelto el odio hacia los hombres! Él pone cara de confusión y gira la cara. He sido demasiado antipática, pero es que estoy que echo chispas. ¿No me va a dejar nunca en paz? ¡Es penoso que me envíe mensajes con otro número! Me levanto del asiento porque la próxima es mi parada. Ahora lo que tengo que hacer es centrarme en la exposición para hacerla muy bien y conseguir una buena nota. En cuanto se abren las puertas del vagón me lanzo a la carrera. Son las nueve en punto, pero la facultad está a apenas cuatro minutos corriendo, así que no habrá ningún problema.

Hoy no me detengo en el puesto de libros, aunque saludo a los dueños con la mano y ellos me corresponden con una gran sonrisa. Ya puedo ver el pelo rubio y desordenado de Eva y su chupa de cuerpo. No para de taconear en el suelo y de dar una calada tras otra.

—¡Hombre, ya era hora! —exclama cuando me descubre.

—Las culpas a Cyn, que se ha tirado una hora en el baño.

Apaga el cigarro y nos dirigimos corriendo al aula. Por suerte, aún no está el profesor. Eva ya tiene la llave para abrir el armario donde guardan el ordenador de la clase. Unas cuantas compañeras nos saludan cuando pasamos por su lado. Patricia ya está sentada en la primera fila, con sus folios ordenaditos y sus manuales sobre la mesa. Me ve y se le ilumina la cara. ¿Qué le pasa ahora? Me indica con un gesto que me acerque y yo me giro hacia Eva y esta encoge los hombros.

—Ve enchufando el ordenador y el proyector —le pido, entregándole mi USB.

Patricia se inclina hacia delante en el momento en que me sitúo ante su mesa. Finge que está apenada y yo pongo cara de no entender nada.

—¿Pasa algo?

—¿Cómo es que Abel Ruiz no ha vuelto por aquí? —Se inclina un poco más, rozándome con las puntas de su melena—. ¿Ya no sois amigos?

—Nunca lo hemos sido —espeto con sequedad. ¿Qué hace esta ahora preguntándome por él?

—¿Ah, no? Como vino a verte pensé que...

—Sólo hice un trabajo para él.

Ella se echa hacia atrás sin borrar la sonrisa de la cara. Es un poco prepotente, siempre se cree superior a los demás, por eso no tiene apenas amigos en clase.

—Entonces mejor, ¿no? —La sonrisa se le ensancha y yo me quedo hipnotizada con una mancha negra que tiene en uno de sus dientes—. Creo

que tiene novia... Qué pena, ¿eh? Aunque es normal, con lo guapo que es, y famoso...

Me dan ganas de soltarle una bofetada. No, en realidad lo que quiero es pegarle un puñetazo en toda la boca. Porque se lo ha ganado. ¿Cómo se atreve a soltarme eso? Es una envidiosa. Está claro que no sabe lo que ha sucedido entre Abel y yo, pero se habrá montado una historia y quiere ver cómo reacciono. Pues se va a quedar con las ganas, no voy a rebajarme ni a decirle nada. Por suerte, Eva acude a mi rescate en ese momento.

—Nena, ven a ver esto que no me aclaro —me dice desde la tarima.

Me voy a dar la vuelta para subir cuando Patricia me da unos golpecitos en el antebrazo. ¿Y ahora qué quiere?

—Pero bueno, aunque no seáis amigos ni nada... ¿No tendrás por casualidad su teléfono?

—¡No!

Yo alucino con esta pilingui. Va lista si piensa que le voy a entregar así porque sí el número de otra persona. ¡Y mucho menos el de Abel! Aunque él y yo no tengamos nada ni yo vuelva a querer a saber de él... Pero, a pesar de cómo es, se merece algo mejor que esta chica que sólo le busca por el dinero y la fama. Y ni siquiera es guapa. Se queda mirándome con mala cara y yo me doy la vuelta muy enfadada. ¡Entre todos están consiguiendo fastidiarme el día que pensaba que sería maravilloso!

—¿Pero qué quiere? —me pregunta Eva cuando me pongo a su lado y busco el trabajo entre los archivos de mi USB.

—Que le diera el móvil de Abel. —A ella no puedo mentirle. Forma una o con la boca y después menea la cabeza, pero no dice nada. Mucho mejor. Sí, es estupendo tener a alguien lo suficientemente inteligente como para entender que el tema se zanja en este momento.

Segundos después el profesor entra por la puerta con una gran sonrisa en la cara. Este hombre siempre viene feliz, no me lo explico. Le quedan tres horas de clase por delante y una hora y media en la que tendrá que escuchar aburridas exposiciones sobre neologismos. Eva ya está poniéndose nerviosa, lo noto. Imagino que soltará algunos de sus tacos durante la presentación y soltará alguna risilla. A mí quizá se me caigan los papeles o me tiemble la voz. Menudas dos estamos hechas. Pero al final nos sale mucho mejor de lo que esperábamos y todos nos aplauden al finalizar. La verdad es que yo me he centrado en pensar en Patricia: superarla a toda costa. Que alguien destaque en los estudios más que ella es algo que le fastidia mucho. Pues que

se prepare, que puede que nos pongan matrícula a Eva y a mí.

En la pausa, mientras yo me como mi bocadillo y Eva se toma un café, decido enseñarle el mensaje que Abel me ha enviado. Ella arruga la nariz cuando lo lee y me mira fijamente como pidiéndome una explicación.

—Es de él —digo señalando el móvil con nerviosismo.

—¿De quién? —Se sube las gafas y pone cara de sorpresa.

—Pues de Abel, ¿de quién si no?

Ella lo relee y hace un gesto de duda con los labios.

—¿Seguro? Aquí no ha firmado con la A ni es el tipo de mensajes que te envió la otra vez.

—Guapa, que yo no tengo admiradores secretos por ahí —me burlo—. Esto es una cita de *Orgullo y prejuicio*.

—¿En serio? —Le da la risa tonta, pero enseguida se disculpa con la mano al ver mi cara de perro—. Joder, es que me parece el típico tío que intenta ligar sin haber leído un libro en su vida.

—Pues recuerda que él tenía una enorme biblioteca en su casa.

—Sí, de adorno. —Tira el cigarrillo y lo apaga con el pie.

—Creo que le gusta leer —respondo pensativa. Nos metemos de nuevo en el edificio. Una hora más y seré libre. Me iré a comer con Santi y todo estará bien.

—No irás a contestarle, ¿verdad?

—Claro que no. —Me molesta que haya pensado eso de mí. El resto de la clase intento evitar que mi mente vuele hacia el mensaje o que recuerde el rostro y el cuerpo de Abel. Madre mía, esto es como desintoxicarse. Bueno, nunca lo he tenido que hacer, pero me lo imagino.

Mientras Patricia realiza su exposición, Eva y yo cuchicheamos y le confieso que he quedado con Santi. Se ríe burlona porque seguro que piensa que voy a liarme con él o algo parecido. Le explico que somos amigos y que podemos llevarlo bien, pero por su expresión no parece creerme. Al final de las clases me despido de ella con un abrazo y me pide que le envíe algún mensaje para contarle qué tal me ha ido. Yo corro hacia el metro porque he quedado a las doce y media enfrente de la estación de tren. Cuando venía a Valencia a visitarme, siempre solíamos comer en el centro.

Veinte minutos después estoy subiendo las escaleras mecánicas mientras lo busco con la mirada. Los viernes hay mucha gente que come por aquí: trabajadores que tienen una pausa, estudiantes que han salido del instituto, chicas que disfrutan de un día de compras... Y ex novios que quedan como

amigos. Lo veo apoyado en la pared de una tienda y agito la mano con júbilo cuando se gira y me descubre entre la gente. Decidimos ir a dar una vuelta antes de comer, ya que todavía es muy pronto. Me explica que le va muy bien en el trabajo y que posiblemente el año que viene retome los estudios. Me alegro mucho por él y a continuación charlamos sobre cómo me va a mí en la universidad. A la una y media nos dirigimos al Vips y nos ponemos a hacer cola. Cuando él está hablando con el camarero, noto que el móvil me vibra y descubro que tengo un nuevo mensaje. ¡Mierda! Otra vez el mismo número. Se me ha olvidado bloquearlo.

«En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. Permítame usted que le manifieste cuan ardientemente la admiro».

¡Será estúpido! Otra frase más de *Orgullo y prejuicio*. Me está empezando a cansar, así que directamente bloqueo el número y borro el mensaje. Alzo la mirada y me doy cuenta de que Santi está tratando de decirme algo.

—¿Estás aquí conmigo? —bromea con una sonrisa.

—Sí, sí, perdona —me disculpo, guardando el móvil. Espero que no tenga más teléfonos para atosigarme con sus mensajes.

Al principio comemos en silencio, aunque al cabo de un rato Santi me pregunta si estoy con alguien. Niego con la cabeza y le informo que de momento quiero centrarme en los estudios. No sé si ha sido imaginación mía, pero me ha parecido ver un brillo especial en sus ojos cuando le he dicho eso. Cuando terminamos de comer me propone ir al cine. Acepto encantada porque el séptimo arte es otra de mis aficiones. Él sabe que me gustan mucho las películas de terror, así que acepta cuando elijo una sobre una casa encantada. En las dos horas de película noto algo extraño en el ambiente. A veces miro por el rabillo del ojo a Santi y me parece que está nervioso. Mueve la pierna mucho y no para de revolverse en su asiento. Lo peor es que me está contagiando su inquietud y estoy empezando a imaginar algo que no debería.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me pregunta una vez salimos del cine.

No sé si debería, pero al final acepto. Durante el paseo cae la noche y caminamos con un silencio incómodo que se ha establecido entre nosotros desde que comenzó la película. Yo me muerdo el carrillo derecho a causa de los nervios. Es una manía que siempre he tenido y que no me gusta nada

porque es un tanto dolorosa. Cuando estamos a una calle de mi casa, él me coge del brazo y me detiene. Tiene la cabeza agachada y las manos metidas en los bolsillos. Parece debatirse entre hablar o mantenerse callado, pero al fin opta por lo primero.

—Escucha, Sara, antes me has dicho que no estás saliendo con nadie...

Oh, no. No. No. No. Eso no. Lo último que querría oír es lo que me imagino que me va a decir. No quiero que esto se fastidie, me gusta tenerle como amigo. Le sonrío y comienzo a andar para hacerle comprender que no es el momento adecuado. Él se queda atrás, pero enseguida me alcanza sin apartar su mirada de mi rostro.

—El otro día y hoy me he sentido muy bien contigo y he pensado que quizá...

¡Por favor, que se calle! Que no me ponga las cosas tan difíciles, por favor. Porque sé lo que dirá: que quiere cambiar y será como yo quiera. Pero en realidad no quiero que lo haga, él está bien tal y como es y necesita una chica acorde a sus preferencias e inquietudes. Así que continúo andando, con la mirada fija en el frente. Ya casi estoy en casa, puedo ver desde aquí el oscuro portal. Me despediré con mucha rapidez y me meteré dentro, a salvo. Saco las llaves del bolso como quien no quiere la cosa, pero otra vez Santi me coge del brazo, y esta vez viene acompañado de un tirón.

—En serio, creo que podríamos intentarlo otra vez.

¡Noooo! Con lo bien que estábamos... Sin esperar mi respuesta, se inclina hacia mí y me besa. Al principio me muestro rígida pero, poco a poco, voy reconociendo su tacto y su sabor. Me es todo demasiado familiar y, en el fondo, no está tan mal. Creía que iba a sentirme peor, pero es cálido y agradable. ¿Y si nos equivocamos...?

Abro los ojos porque el beso se está alargando más de lo previsto y por el rabillo descubro una silueta que se mueve cerca del portal. Intento apartarme porque no me gusta que nadie me vea besándome en la calle. Pero entonces, escucho:

—¿Sara, qué estás haciendo?



SOBRESALTADA, le doy un suave empujón a Santi para apartarlo de mí y, aunque al principio se resiste un poco, al fin logro quitármelo de encima. Pero el dueño de la voz se cierne sobre mí y mi estúpido corazón se echa a latir como un poseso. Estoy segura de que lo va a escuchar.

Como tengo la cabeza agachada, lo primero que veo son sus náuticos azules, a continuación los vaqueros desgastados, la camisa a rayas, remangada hasta el codo como ya parece habitual en él, su marcada nuez, la barba incipiente y esos labios tan sugerentes que besan a todas. Y por fin, me topo con sus penetrantes ojos. Me está mirando con suspicacia y, a pesar de tener una media sonrisa dibujada en el rostro, no parece contento.

—¿Por qué estás besando a este tío?

Vale. Podría haber empezado la conversación de otro modo pero no, ha tenido que dárselas de amante ofendido, fingiendo que realmente yo le intereso. Puede que sea verdad que esté molesto, ya que imagino que lo que le gusta es que todas se lancen a sus pies.

—Este tío tiene nombre —interrumpe Santi. Oh, no, y encima ahora mi ex se pone a la defensiva.

Ambos se estudian con gravedad. Por mi cabeza danzan escenas en las que dos hombres hermosos se pelean por una mujer y ella tiene que interponerse para que todo acabe bien. Yo no sé si podré hacerlo; me tiemblan las piernas porque temo la reacción de Abel. Sin embargo, para mi sorpresa, alarga una mano y se presenta:

—Soy Abel. ¿Y tú?

—Santi —Se estrechan las manos y yo suspiro con alivio. Mi ex le observa con los ojos entrecerrados y le pregunta—: ¿Y eres...? —Oh, oh. Esto no ha terminado.

—Un buen amigo de Sara —responde con una sonrisita burlona. Santi se vuelve hacia mí y me interroga con la mirada, ya que él ha conocido a todos mis amigos. Yo finjo que no me doy cuenta y mi estómago se encoge cuando Abel le interroga—. ¿Y tú quién eres? ¿Su novio? —sus ojos se oscurecen.

¿No me digas que está celoso de verdad? Esta sí que es buena. Él tiene la libertad de ir dando morreos a diestro y siniestro, pero los demás debemos

colocarnos un cinturón de castidad. Cuánta hipocresía hay repartida por el mundo.

—Lo fue —me adelanto a Santi.

—Me sorprende la buena relación que tenéis —Nada, que no borra la sonrisa, aunque cada vez se aproxima más a la de un lunático.

Le pido con la mano que espere un momento y me llevo a Santi a un lado. Tampoco parece muy contento y además, yo lo que quiero es evitar que pasen más tiempo juntos, así que le pregunto en un susurro:

—¿Podemos vernos otro día?

—¿Quién es ese gilipollas?

—Tú lo has dicho: un gilipollas —coincido. Le agarro una mano y le suplico con los ojos—. Por favor, necesito solucionar un asunto con él.

Me aprieta los dedos y dirige su atención a Abel, y después a mí, y así un par de veces. Al fin suspira y dice:

—Vale. ¿Pero estarás bien?

—Claro que sí. El portal está al lado y hoy es viernes, hay más gente por ahí —sonrío.

Me da un beso en la mejilla que se prolonga más de lo deseado. Lo está haciendo a propósito para molestar a Abel. Cuando nos despedimos yo noto que mis nervios están a flor de piel. Ahora tengo que enfrentarme a él. Pero oye, que es él el mentiroso y el picaflor. ¡Yo no tengo nada de lo que arrepentirme!

—¿Acostumbras a besarte tan apasionadamente con tus ex? —me pregunta en cuanto me doy la vuelta.

—Tú no eres el más indicado para hablar —le suelto con voz avinagrada.

Nos quedamos unos minutos en silencio, observándonos con cautela. Estoy rabiosa con él y, sin embargo, no puedo apartar la vista de sus labios, que me recuerdan cómo me hicieron sentir cuando me besó. El de Santi no ha sido nada comparado con los suyos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Es que no te dejé claro que no quería saber nada de ti? —Tengo que mostrarle que no se va a salir con la suya y hacerle comprender que no puede ir acosando a los demás para conseguir sus propósitos. Eso está muy mal.

—No entiendo tu reacción. Creo que me debes una explicación.

—¡Me la debes tú a mí! —alzo la voz sin querer. Él se ríe burlón y yo trato de tranquilizarme porque no quiero perder el control. ¡Pero es que me

casa de mis casillas!

—¿No lo pasamos bien? —Se acerca y yo doy un paso atrás.

—Exacto: pasamos. Pretérito indefinido. Una vez y no se va a volver a repetir. —Empiezo a andar hacia el portal, pero me alcanza y se pone delante de mí, bloqueándome el paso. Yo dejo escapar un suspiro de impaciencia y me cruzo las manos en el pecho—. ¿Me puedes dejar pasar, por favor?

—Sara, nunca he ido detrás de ninguna mujer. —Va a cogerme de la mano, pero la aparto con brusquedad. Me mira con expresión dolida—. ¿Se puede saber qué te he hecho?

No debería estar hablando con él, ya que los resultados van a ser los mismos de antes. Si me toca, caeré, y no es lo que debo hacer aunque todo mi cuerpo lo anhele. Él es nocivo para mí, pertenece a un lugar distinto al mío y tiene una personalidad demasiado arrolladora. Así que le tengo que decir adiós, no hay otra. Quizá si yo no hubiese visto lo de la televisión, habría continuado cayendo en sus brazos, pero en el fondo me alegro de no ser una ciega tonta.

—Nada. No has hecho nada —respondo, con la cabeza gacha e intentando pasar—. Sólo quiero que me dejes ir a casa.

Me doy cuenta de que está intentando controlarse para no tocarme y que su cuerpo está en completa tensión. Cuando pienso que va a agarrarme y apretarme contra él como otras veces, me sorprende haciéndose a un lado. El corazón casi se me sale por la boca porque creía que iba a insistir más y yo tendría que luchar por escapar de sus brazos. Es como si yo misma lo quisiese: mi cuerpo actúa de forma totalmente contraria a mi mente.

—Gracias —digo en un murmullo. Evito cruzar mi mirada con la de él. No puedo soportarlo. Al final me va a dejar marchar así, como si nada. Yo tenía razón.

Intento abrir pero me tiemblan tanto las manos que no atino y se me cae el llavero al suelo. Me agacho para recogerlo, pero él ya lo ha hecho y al levantarnos al mismo tiempo, nuestras frentes chocan y nos damos un buen golpe.

—¡Maldita sea, Sara! —se queja, llevándose una mano a la cabeza.

—¡Ha sido culpa tuya! —exclamo yo, tanteando para ver si me he hecho un chichón.

Cuando aparto la mano me doy cuenta de que estamos muy cerca. Aprecio el agitar de su pecho y la respiración que sale de sus labios entreabiertos. Cuando aspiro me azota su perfume mezclado con el aroma de

su piel y me parece que estoy a punto de enloquecer. Mi corazón está celebrando su fiesta particular en el pecho. *Pum, pum, pumpumpum*. Dios mío, pero por qué me siento así. ¿Cómo puede hacerme perder la cabeza de este modo? De repente, coge mi mano y se la lleva al pecho. Su corazón vibra tanto o casi más que el mío.

—¿Lo sientes o soy solo yo?

No sé a qué se refiere, así que me quedo callada, con la mano apoyada en su fuerte pecho, notando el calor que emana de él. Me acaricia allá donde me he golpeado y yo me obligo a intentar apartar los ojos de los suyos, pero no puedo. No puedo. Quiero mojarme en ese mar de tentación. Sus dedos electrizan mi piel, me dan calambres en todas las partes del cuerpo. Siento que es un imán que me atrae más y más. Él es la manzana que deseo morder una y otra vez.

—Hay algo entre nosotros. Cada vez que nos miramos. Que nos tocamos. Que estamos cerca —El aliento le huele a vainilla y no puedo evitar lamirme los labios al recordar sus besos—. Lo sabes, ¿no?

Asiento con la cabeza. Se me ha quedado la boca seca y sé que voy a caer. Ya me he perdido en las aguas de sus ojos. Estoy nadando por ellas y dejándome llevar por el placer que me provocan las olas. No entiendo cómo puedo ser tan boba... si apenas hace dos días la rabia me carcomía. Y ahora me tiene presa en sus manos y no voy a poder escaparme.

—Te dije que ibas a ser mía... —Desliza los dedos de mi frente a mi mejilla y me la roza con suavidad. Pero y él, ¿él podría ser mío algún día? ¿Me dejaría penetrar en su alma como él lo está haciendo en la mía?

Contengo la respiración cuando baja su rostro hacia el mío y no puedo evitar cerrar los ojos y entreabrir los labios. Aparto a un lado mi cerebro en alerta y escucho a mi cuerpo en combustión. Me va a hacer explotar, lo sé, pero es un fuego en el que quiero quemarme. En el que me gustaría arder durante toda la eternidad. Me sujeta la barbilla con una mano y yo abro más la boca. Vamos, hazlo, bésame, por favor.

Y entonces, se abre el portal y la electricidad que reinaba en el ambiente se desintegra en una fracción de segundo. Me aparto de él con brusquedad y al girarme me topo con el rostro desencajado de Cyn. ¡Qué oportuna! Y la verdad es que no sé si alegrarme o enfadarme por haber interrumpido lo que estaba a punto de pasar.

—¡Vaya, pero si aún estás aquí! —exclama, dirigiéndose a Abel.

La cojo del brazo pidiéndole una explicación. Ella se encoge de

hombros y se muerde los labios con expresión de culpabilidad. Abel se adelanta y dice:

—Llamé al timbre para ver si estabas y Cyn me ofreció esperarte arriba, pero preferí quedarme aquí.

¿Pero qué confianzas son estas? ¿Hay algo de lo que yo no me he enterado? Porque me parece que estoy perdiéndome muchas cosas... ¿Cómo ha podido decirle que subiera? ¿Si sabe lo mal que lo he pasado por su culpa! Debería haberle mandado a la mierda en cuanto le escuchó por el telefonillo.

—Chicos, lo siento, pero voy a llegar tarde. —Me da un abrazo y se despide de Abel con un beso en la mejilla.

¿Pero qué? ¿Es que ahora son amigos? ¿Pero desde cuándo? Me voy a volver loca. Y encima lo que quiere es escaquearse. La miro con el ceño fruncido y con una expresión que ella conoce muy bien: cuando vuelva la mataré. Sí, es exactamente eso lo que he querido decirle. Bueno, primero habrá bastantes torturas para que suelte todo. Porque hay muchas cosas que se me escapan. La veo desaparecer por la esquina cuando Abel me rodea la cintura con los brazos y me atrae a él.

—¿Por dónde íbamos?

—Eh... Quieto. —Apoyo las manos en sus antebrazos y me echo hacia atrás. Retorna a su rostro la expresión dolorida y finge que hace pucheros como un niño.

Me suelta y menea ante mis ojos una pequeña bolsa. Anda, ni me había dado cuenta de que la llevaba. Claro, sólo tenía ojos para cualquier parte de su cuerpo. Me pregunto qué es lo que habrá en su interior. Con una sonrisa me la entrega y yo me quedo como una tonta sosteniéndola entre mis manos. La abro y atisbo en su interior: hay algo envuelto en papel de regalo rojo. Y me parece que se trata de un libro por el tacto y el aspecto. Alzo la vista y lo miro extrañada. ¿Para qué me ha traído un regalo? No entiendo nada.

—¿No lo vas a abrir?

En realidad no lo sé. ¿Debo hacerlo? ¿No debo? Lo mejor sería meterme en el portal ahora que estoy a tiempo y olvidarme ya de él. No caer en esta oscura telaraña... ¡Y hace apenas unos segundos he estado a punto de trastabillar! Me habría dado un golpe enorme... ¿Qué hago? En el fondo me sabe mal no abrir el regalo porque, al fin y al cabo, se ha acordado. Así que lo saco de la bolsa y con tiento despego el celo y voy desenvolviéndolo. Entonces aparece ante mí una edición especial de *Orgullo y prejuicio* en el idioma original, con unas tapas hermosas pero ajadas, al igual que las páginas

de su interior, amarillentas por el paso del tiempo. Me lo llevo a la nariz y aspiro el delicioso aroma. Es algo que adoro: sentir el transcurrir de la vida en el olor de los libros. Cuando se me pasa la emoción, caigo en la cuenta de quién me lo ha regalado y empiezo a establecer conexiones. Tan sólo Eva y Cyn saben lo mucho que me gusta esta obra, pero Eva no sería tan cabrona y la que me escuchó suspirar por ella en el puesto de libros fue mi queridísima Cyn... ¡Definitivamente la voy a matar!

—¿Te ha dicho Cyn que podías comprarme con esto? —No puedo evitar ponerme a la defensiva. Con este comentario debo parecerle una bruja, pero no importa.

—Claro que no. —Se le borra la sonrisa y una arruga de preocupación hace gala de presencia en su ceño—. Sólo le pregunté qué libro te gustaría tener y me dijo que este. Y da la casualidad de que yo tenía esta edición, heredada de mi madre, en la biblioteca.

Me quedo muda. Recuerdo su maravillosa biblioteca, sí. Y lo que hicimos en ella... ¡No, no! Me tengo que olvidar de eso. La cuestión es que no sé si está jugando conmigo para hacerme caer o es cierto lo de que este libro fue de su madre... Desde luego que es antiguo, pero ha podido comprarlo en alguna librería de segunda mano. Me ha mentido una vez, ¿cómo puedo fiarme?

—Te lo agradezco, pero si es de tu madre deberías devolvérselo — Aunque con pesar, acabo metiéndolo en la bolsa y se la tiendo.

—Mi madre está muerta, Sara.

Ups, he metido la pata hasta el fondo. Ya no creo que me esté mintiendo en algo tan serio. El corazón se me pone en marcha una vez más. ¿Me está regalando de verdad una edición antigua de una de las mejores obras de Jane Austen y que, encima, perteneció a su madre muerta? No sé por qué, pero si esa biblioteca la heredó de ella, me imagino que fue una mujer espectacular. Siento un poco de pena por él, es muy joven y ya ha perdido a su madre. ¿Cuándo sucedió? ¿Hace poco? ¿Cuando era un niño? Me gustaría preguntárselo pero no tengo tanta confianza y, por otra parte, es la primera vez que se abre a mí contándome algo tan importante.

—Lo siento —me disculpo, agachando la cabeza. Sé que me he puesto roja y me han entrado hasta ganas de llorar.

—Tranquila, no lo sabías. —Intenta sonreír, pero le veo afectado.

¿Y ahora qué digo? Verdaderamente será mejor que me meta en el portal y me escape de su vida para siempre. En el fondo, me parece demasiado

sorprendente que me haga este regalo a mí. ¿Por qué no a Nina, que es su novia? Vale... Quizá no le guste leer.

—Si era de tu madre, debe estar en esa biblioteca. —Estiro el brazo una vez más, pero él se niega a cogerlo.

—Quiero que lo tengas tú. Sé que en tus manos estará muy bien. —Se apoya en la pared del portal con las manos en los bolsillos. Me dan unas ganas tremendas de acunarle entre mis brazos porque ahora parece un Abel distinto... Alguien desolado. ¿Es este el auténtico Abel y el de antes es tan sólo una máscara?—: Si mi madre te hubiera conocido, habría opinado lo mismo. Lo sé. —Sus palabras me emocionan y no puedo contener por más tiempo las lágrimas. Él se apresura a cogerme de los hombros y me obliga a mirarle—. ¿Estás bien? ¿He dicho algo malo?

—Ya te dije una vez que todo lo que decías lo era... —Él se ríe y se me contagia, pero enseguida me pongo seria. No puedo continuar fingiendo que todo está bien, porque no lo está. Yo no lo estoy.

—Te lo digo en serio, Sara —me aprieta los hombros con cada palabra—. Tú y yo. Entre nosotros hay algo especial.

¿El qué? ¿Qué hay? Me está confundiendo. No debería hablar así porque sus palabras tan sólo consiguen que yo me derrita. Son frases que diría alguien que está enamorado de otra persona. Lo malo es que sé perfectamente que él no lo está, que lo que considera especial es una atracción sexual increíble, mágica y maravillosa. Pero que al final siempre acaba terminándose. Para mí, el término especial incluye otros aspectos y sentimientos que no creo que él pueda llegar a sentir por mí. No al menos el Abel que me ha mostrado días antes. Quizá el que se ha dejado ver unos minutos ahora podría... Pero estoy segura de que no es quien quiere ser. Supongo que ha decidido crearse un personaje para disfrutar de la vida y ha llegado a tomárselo demasiado en serio.

—Estás equivocado. —Meto la llave en la cerradura y esta vez consigo abrir a la primera.

—¿Por qué te mientes a ti misma? —Me agarra de la mano, aunque no tira de mí hacia él. Simplemente nos quedamos así, yo dentro del portal y él fuera, con mi brazo estirado cuan largo es.

—Porque tú me has mentado a mí —le suelto de repente. No quería, pero no lo puedo aguantar más. No soporto que esté intentando seducirme de nuevo sin confesarme que tiene una relación con otra mujer.

—No sé a qué te refieres. —Lleva mi mano a sus labios y me la roza

apenas con ellos mientras me traspasa con su intensa mirada—. Mañana. Tú y yo. Cenamos juntos. Pasaré a por ti a las nueve. Estaré esperando aquí abajo. Si no apareces, me rendiré.



NO he matado a Cyn, pero a punto he estado. La esperé en el sofá hasta que llegó, bien entrada la madrugada. Mantuve la luz apagada y cuando me descubrió, dio semejante grito que tuve que contener la risa para no restarle gravedad al asunto. Resultó que el rato en el que estuvo encerrada por la mañana en el baño, se debió a que estaba hablando con otro tío que no era Kurt, aunque no estaba tonteando... Porque ese otro tío no era otro que Abel. Habían intercambiado mensajes con anterioridad. La muy perra se guardó su número durante uno de esos lapsus en los que se me olvida llevarme el móvil al baño. En fin, que a partir de ahora siempre recordaré guardarlo en un bolsillo.

La cuestión es que ella le saludó un día por el WhatsApp; sin embargo, no recibió ninguna respuesta hasta que se produjo aquella discusión entre él y yo. Vale, no hubo ninguna pelea: fui yo la que le envió un mensaje faltándole el respeto. Pero que conste que él lo había hecho antes. Bueno... pues a Abel no se le ocurrió otra idea más que comunicarse con mi amiga, al no poder hacerlo conmigo. Le pidió explicaciones acerca de mi actitud y ella le dijo que lo único que sucedía es que yo necesitaba un poco más de atención. Sí, perfecto, no le ha confesado la auténtica causa de mi enfado... ¡Sólo ocurre que ahora él pensará que soy una de esas mujeres faltas de cariño que necesitan un hombre las veinticuatro horas del día! Así que, por eso, me envió mensajes con citas del señor Darcy y me ha regalado el libro que, por cierto, he decidido quedarme.

No he dormido nada entre esperar a Cyn y pensar sobre lo que voy a hacer. Mi cerebro me avisa con lucecitas rojas que parpadean: no debes ir, no debes ir. Según él, si yo no acudo no volverá a insistir, y esta vez parecía decirlo en serio. No obstante, mi cuerpo se empeña en desobedecer a la cabeza: mi piel desea tocarle, aunque sea por última vez, y mis ojos se mueren por contemplar una vez más su perfecta sonrisa. ¿Quééé? ¿Qué hago? ¡Me voy a volver loca! Creo que si acudo lo mejor será mantenerme lejos de él todo lo que pueda, no mantener contacto visual en ningún momento y no dejarme camelar. Por supuesto, también le cantaré las cuarenta, ya que si voy a la cena será por ese motivo: soltarle todo lo que pienso y asegurarme de que se entere de que a mí nadie me engaña. Estoy bastante herida en mi orgullo y

no voy a permitir que lo pisotee más.

Todavía me queda tiempo por delante, pues son las cinco. Necesito una siesta para recuperarme. Me ha parecido escuchar que Cyn decía que se marchaba con Kurt de compras, así que nadie me va a molestar. Me recuesto en el sofá y acomodo el cojín bajo mi cabeza. En cuestión de segundos una agradable somnolencia se apodera de mí. Y sueño con Abel. Estamos desnudos, sudorosos y jadeantes. Nuestros cuerpos se reconocen y las manos palpan cada uno de los rincones de nuestro ser. Hacemos el amor salvajemente, en cualquier parte de la casa, que por casualidad es la mía. Sus labios y su lengua me besan por todo el cuerpo y mi piel responde ante todas esas caricias húmedas. Me muero de placer y no puedo evitar cerrar los ojos al sentirme totalmente deseada. Él me penetra una y otra vez sin darme tregua y yo lo único que hago es gritar. Los espasmos de placer invaden mi cuerpo sin piedad y entonces abro los ojos para mirarle y me echo a gritar de nuevo: Nina se halla tumbada junto a mí mirándome con satisfacción, acariciando a Abel mientras él me penetra.

Me despierto con el grito en la garganta y la ropa empapada en sudor. A pesar del extraño final del sueño, descubro que estoy excitada: mi sexo palpita bajo la ropa y unas agradables cosquillas ascienden hacia el estómago. Tengo ganas de tocarme mientras pienso en él... Deslizo mi mano por el vientre, la acerco hasta el pubis y me acaricio por encima de la ropa. Le deseo tanto a pesar de todo... Tiene razón, ¿por qué me engaño? Introduzco la mano en los pantalones y arqueo la espalda al pasarme los dedos por el sexo. Estoy muy húmeda... Ojalá fuese Abel el que estuviese acariciándome. Suelto un gemido al imaginarlo sobre mí y...

¡Suena el maldito timbre! Saco la mano y voy corriendo a la cocina para limpiármela. Echo un vistazo en el reloj por si acaso, pero tan sólo son las seis y media, así que espero que no sea él. De todos modos, se supone que no va a llamar. Me acerco a la puerta un tanto aturdida, con el corazón a mil por hora a causa de haberme quedado a medias.

—¿Quién? —pregunto con voz ronca.

—¿Sara?

¡Mierda, es Santi! ¿Qué hago ahora? No puedo fingir que no estoy en casa si le acabo de contestar. ¿Pero qué leches está haciendo aquí? Le dije que quedaríamos algún día, ¡pero no hoy! Si me pregunta por mis planes me va a descubrir aunque le mienta, ya que me conoce demasiado bien. Vuelve a interpelarme por el interfono y al final decido abrirle. No tengo ninguna

excusa que ofrecerle para que no suba. Intento pensar lo que voy a decir para quitármelo de encima, pero como siempre, me pierdo en las nubes y cuando me quiero dar cuenta ya ha subido y está golpeando la puerta con los nudillos. Abro y le muestro una sonrisa radiante... O eso quiero pensar.

—¿Cómo estás, cariño? —Me agarra de la cintura y me da dos besos. Espera... ¿He escuchado bien? ¿Cariño?

—Eh... Pues bien... —Me aparto a un lado cuando veo que tiene la intención de pasar. Mierda, ¡pero que yo no quiero que se quede!

Va directamente al sofá y se tira en él con un suspiro. Abre los brazos, los apoya en el respaldo y estira las piernas. Me dan ganas de preguntarle si está cómodo, pero tampoco quiero sonar antipática ahora que estábamos empezando a retomar la amistad... Bueno, ya no me parece que esto sea una amistad...

—Estoy cansadísimo. Pensaba que hoy no se iba a acabar el trabajo.

Santi trabaja en una gestoría y recuerdo que en ocasiones se quedaba hasta muy tarde, otras veces lo único que hacía era hablar de su trabajo y casi siempre estaba estresado y preocupado. Ese era otro de los problemas de la relación, al menos para mí.

Me acerco al sofá y me quedo de pie, como intentando hacerle ver que me incomoda un poquito su presencia. Sin embargo, no parece o no quiere darse cuenta. Se gira para mirarme y dibuja una ancha sonrisa. Me da un poquito de pena porque quizá lo que me dijo el otro día es cierto y quiere retomar la relación. Pero y yo, ¿es lo que quiero? Creo que no...

—¿Pudiste solucionar lo de aquel tío?

—Sí, sí —asiento de inmediato. Me empiezo a retorcer las manos como cuando me pongo nerviosa. Vale, lo estoy.

—¿Por qué no te sientas? —Da unas palmaditas a su lado.

—Verás, es que...

—He pensado que podríamos pasar la noche del sábado como a ti te gusta: pedimos *pizza* o chino y vemos una película de terror...

Oh, mierda. Eso podría parecer un plan de amigos, pero sé perfectamente que no lo es. Porque es lo que le pedí más de una vez. No le apetecía casi nunca quedarse en casa y sé que era todo un mundo para él. Así que es extraordinario que hoy quiera hacerlo, pero entiendo lo que quiere conseguir.

—Bueno, no creo que podamos...

—¿Y eso? ¿Ya has quedado con alguien? —Se incorpora en el sofá con

cara de fastidio.

—¡Sí, sí! —exclamo con demasiado ímpetu.

—Quería darte una sorpresa y la he fastidiado —esboza una tímida sonrisa que me recuerda a los momentos más felices de nuestra relación—.

Y... ¿podría ir contigo?

¡Sí, hombre! Llevo a Santi a mi cita con Abel y me parece que acaban revolcándose en el suelo entre puñetazos y patadas.

—Pues no —respondo, retorciéndome cada vez más las manos. Parezco una histérica.

—¿Y por qué no?

—Eh... —intento pensar lo más rápido posible... ¿Por qué? ¿Por qué motivo no podría salir un sábado un chico con su ex novia y actual amiga...? ¡Vale, usaré la excusa que siempre pone Cyn! —. ¡Es una noche de chicas!

—Ah... —Santi se levanta del sofá y me mira con curiosidad—. Pues qué pena, en serio. Me apetecía mucho estar contigo hoy, pero supongo que tendré que aguantarme.

—Otra vez será —Parpadeo con inocencia.

—¿Y a qué hora has quedado?

—A las nueve.

—¿Me puedo quedar hasta que te vayas?

¡Joder, pero qué pesado es! Otro de los motivos por los que el amor se fue al garete. Quería estar todo el día pegado a mí y, en el fondo, me cansaba bastante. Además de que cuando él quería se tomaba todo el tiempo del mundo con sus amigos. Era un poco estresante, la verdad. Yo no me veía pasando el resto de mi vida limpiando la casa mientras él disfrutaba del fútbol con una cerveza en la mano y con las risas de sus amigotes de fondo.

—¡No! —exclamo.

Frunce el ceño y se echa a reír. Se me arrima un poco más y yo alzo la cabeza para mirarlo. Ni siquiera al principio de la relación con él sentí las explosiones que me ha provocado Abel. Cuando Santi y yo nos mirábamos a los ojos había un montón de cariño y serenidad en ellos, pero nada más. En cambio, con Abel hay intensidad, pasión y lujuria, y quizá es por eso que no puedo dejar de compararlos aunque sé que está mal.

—Estás hoy muy rara. —Se pasa una mano por el pelo y noto que mi nerviosismo e incomodidad se le están pegando—. Oye, no quiero parecer un pesado. Si he actuado mal, dímelo y...

—¡No, no es eso! —Apoyo la mano en su brazo fingiendo que estoy

muy dolida—. Lo que pasa es que me tengo que arreglar mucho y bueno, ya sabes cómo somos las mujeres con esas cosas.

—No, no lo sé porque tú nunca has sido así. Te ponías cualquier trapito y te maquillabas poco.

Me pongo seria y lo miro con mala cara. Será posible. Pues es verdad, cuando estaba con él tampoco es que yo fuera la reina de la belleza, pero es que no me interesaba. Es mi estilo y sé que a Santi le habría gustado que fuese más femenina, pero la vida es así. Y que conste que cuando he quedado con Abel tampoco me he arreglado como si fuese a una boda.

—Hoy es diferente. Cyn y yo queremos estar guapas porque es su último día de soltería.

—¿Qué? —Santi sonríe confundido. Mira a su alrededor y me pregunta—. ¿Y dónde está?

—Ha ido a comprarse una falda nueva —Joder, estoy soltando una mentira tras otra. ¿De verdad se lo está tragando? Antes me pillaba a la primera. A lo mejor se me ha pegado de Abel esto de ser buena fingiendo...

—Me parece que no te apetece mucho verme —Sonríe, pero sé que está un poco apenado. Me conozco esa sonrisa nerviosa. Me siento fatal, pero lo cierto es que, después de tantas dudas, necesito acudir a la cita con Abel y poner punto y final a lo que haya existido entre nosotros.

—Santi, si quieres quedamos otro día, en serio. Pero deja que te llame yo. No puedes presentarte aquí pensando que no voy a tener ningún plan.

—He sido un poco tonto. —Empieza a andar hacia la puerta. No, si ahora encima se enfadará. ¡Me ha pillado por sorpresa! ¿Qué esperaba, que cancelara por él lo que ya tuviese pensado?

—Yo te llamaré, ¿vale? —Le acompaño e intento abrazarlo, aunque él me esquiva. Pues sí, se ha ofendido. Qué bien.

—Sara, creo que tenemos que hablar en serio sobre lo que te dije el otro día.

Ya, ya... Lo de intentarlo. Pues va a ser que no. No quiero hablar y no quiero volver. No estamos hechos el uno para el otro. ¿Es que no se dio cuenta en cinco años de relación? Hay que ver cómo son a veces los hombres: testarudos y muy ciegos.

—Está bien —miento, para que se vaya ya. Todavía tengo que prepararme, tanto física como mentalmente, para la cena con Abel—. Pero yo te llamo, ¿sí?

—No será esto como en las pelis en las que nunca llaman, ¿verdad? —

Otra sonrisa, esta vez de nerviosismo y enfado. No sé a qué viene esta actitud cuando él estuvo igual o casi más de acuerdo en cortar. Imagino que está más enfadado porque ha conducido desde el pueblo para irse con las manos vacías.

—¿No confías en mí? ¿Alguna vez no he cumplido lo que te he prometido?

Niega con la cabeza y esta vez es él el que me envuelve en sus brazos. Yo se lo devuelvo y nos quedamos así un rato, hasta que siento que se está apretando demasiado y mi cuerpo me pide que lo aparte de mí. Cuando está saliendo por la puerta, se gira y me pregunta muy serio:

—Ese tío del otro día... El tal Abel... ¿habéis tenido algo?

Ay, ay, ay. Que ahora va a darse cuenta de que le miento. Seguro que ya me ha cambiado la cara y me estoy poniendo como un tomate. Tranquila, tranquila. Y de todos modos, no tienes que darle explicaciones porque ya no sois nada. Eso sí, recuerda que tú misma has reconocido que te molestaría que Santi se besase con otra, así que tienes que entender que él también se sienta irritado.

—No. Únicamente tenemos una relación profesional.

No sé si he sido lo suficientemente convincente, ya que yo misma he escuchado que me temblaba la voz. Y ahí estoy retorciéndome otra vez las manos. Pero Santi asiente con la cabeza y enciende la luz de la escalera.

—Esperaré tu llamada. —Alza una mano y se despide.

—Descuida.

Me espero unos segundos mientras baja la escalera. Tengo que fingir que no estoy impaciente por cerrar la puerta. En cuanto escucho sus pasos en el portal, doy un portazo y apoyo la espalda en la madera. Madre mía, creía que no se iba a ir y que cuando bajase acompañada de él y Abel lo viese, ambos me mandarían a la mierda o cualquier cosa peor. Jamás en la vida he tenido a dos chicos detrás y mira ahora. Aunque he de reconocer que casi da risa mi situación: uno de ellos es mi ex novio y el otro es un don Juan que se va ligando a todas. Tampoco me puedo creer especial; es un poco triste.

Cuando noto mi corazón asentado, voy a la habitación para decidir lo que ponerme. No sé por qué, pero me apetece estar guapa para que se dé cuenta de lo que se va a perder. Hoy estoy un poco traviesa. Quiero ser mala porque no estoy dispuesta a que me tome el pelo. De todos modos, no tengo muy claro cómo puedo estar lo suficientemente atractiva. En mi armario sólo hay *leggings*, camisetas con dibujos infantiles, sudaderas anchas, vaqueros y

un par de faldas muy normalitas. Tampoco tengo zapatos de tacón, únicamente botas y zapatillas planas. Lo único que se me ocurre es enviarle un mensaje a Cyn pidiéndole ayuda. Al cabo de unos minutos ella me responde aconsejándome que vaya a su cuarto y elija uno de sus vestidos porque todos son *sexys*. Ah, perfecto, pero no sé cómo me quedarán porque ella es más alta y tiene más curvas que yo. Se lo recuerdo y ella me dice que tiene un vestido de hace un par de años que se le ha quedado pequeño. Me lo describe y yo rebusco en su cuarto. Tiene un montón de ropa y muy desordenada. Tiro encima de la cama faldas, *shorts* y vestidos de lo más provocativos hasta que doy con el que ella me ha dicho: es de color rosa palo, con una falda alta de vuelo y con un cuello de color negro. Es precioso, pero también un poco infantil. Imagino que en el cuerpo de Cyn no lo era tanto.

Ya tengo lo del vestido solucionado, pero aún me quedan los zapatos. No puedo usar los de Cyn porque ella tiene una talla más y además, sus tacones alcanzan los quince centímetros en la mayoría de los casos. Creo que sólo tiene un par de bailarinas y casi nunca las usa. Echo un vistazo a mi zapatero y después de mucho meditarlo decido quedarme con unos zapatitos negros que tienen un pequeño tacón y llevan una cinta con un lazo a la derecha.

Como aún tengo una hora larga por delante, dedico un buen tiempo en la ducha para obtener una relajación que me dure durante toda la cena. No lo consigo y cuando salgo me doy cuenta de que estoy mucho más nerviosa que cuando he entrado. Mientras me seco el pelo me convengo de que puedo hacerlo, de que soy capaz de sobreponerme y no caer a sus encantos. Soy una mujer madura que sabe lo que quiere y, desde luego, no es acostarse con un hombre que tiene novia.

Me maquillo lo mejor que sé y puedo gracias a un tutorial que he buscado en Youtube. Es un maquillaje sencillo y bastante natural, pero creo que me queda muy bien y combina con mi color de pelo. Cuando me pongo el vestido descubro con alegría que Cyn tenía razón: ¡me queda fenomenal! Me otorga un aspecto inocente, pero a la vez me encuentro más atractiva de lo normal. Termino de acicalarme y salgo del cuarto de baño a menos cinco. No sé si debería bajar ya, en punto, o retrasarme un poco. ¿Y si piensa que no voy a acudir y se marcha? Nada, será mejor que baje ya. Me pongo una chaqueta, ya que el vestido no tiene mangas, y tras cerrar la puerta con llave me lanzo a la carrera escaleras abajo. Al abrir el portal me lo encuentro apoyado fuera de su coche. Al principio no parece reconocerme y cuando por

fin se da cuenta de que soy yo, parpadea con confusión.  
Creo que le he sorprendido. Lo he conseguido.



ME recorre todo el cuerpo con los ojos. Si no recuerdo mal, es la primera vez que me mira de este modo: con deseo, pero también con respeto. ¿Me estaré equivocando con él y quizá Cyn tenga razón? Cuando me doy cuenta ya ha despegado el trasero del coche y está adelantando el brazo para tenderme la mano. Yo la recibo con aparente tranquilidad, aunque por dentro tengo la fiesta montada. Ahora no sé si realmente ha sido una buena idea ponerme esta ropa, ya que puede que le lleve a malentendidos.

Me hace dar una vuelta sin apartar la vista ni un segundo de mí. Se está poniendo nervioso y todavía no entiendo los motivos. ¿Acaso no está siempre tan seguro de sí mismo? ¿Qué ha cambiado en mí para que consiga imponerle?

—Mírate... Estás... —Ni siquiera puede articular palabra, cuando siempre tiene una a punto.

—¿Guapa? —le intento ayudar con una tímida sonrisa.

—No... —responde confundido. Inmediatamente intenta aclarar su negación al ver mi rostro enfurruñado—. Me refiero a que estás mucho más que guapa.

—Vaya, ¿he dejado sin palabras al pretencioso Abel Ruiz? —pregunto con sarcasmo.

Se echa a reír y deposita un leve beso en el dorso de mi mano, como si yo fuese una auténtica dama. Me parece que ahora mismo, aunque me desea, no está pensando en lanzarme contra el coche y hacérmelo como un animal, sino que me imagina en cualquier otro lugar no relacionado con el sexo. ¡Lo he conseguido! ¡Le he desarmado! Ahora soy yo la que tiene el control en este juego que ha sido tan injusto para mí desde el principio.

—En realidad me lo ha prestado Cyn —aclaro señalándome el vestido. Él me está abriendo la puerta del copiloto y yo tomo asiento y le observo desde abajo. Se ha vestido muy elegante, con un pantalón gris de estilo plisado y un bonito cinturón. En la parte de arriba se ha puesto una camisa blanca con un chaleco por encima también de color gris y una corbata.

—Pues déjame decirte que tiene muy buen gusto —dice cuando se mete en el coche.

—Sí, tiene muchas cualidades, aunque la lealtad no figura entre ellas —

Ya he empezado con las pullitas. Es la primera de la noche y va a haber muchas más. No obstante, parece que no lo ha entendido porque me observa confundido. Me encojo de hombros y le indico con gestos que arranque el coche.

—Menos mal que el lugar adonde te voy a llevar está a tu altura. — Conduce con una enorme sonrisa en la cara. Claro, pensará que esta noche lo tiene todo hecho tal y como siempre. ¡Qué equivocado está!

—¿Vamos otra vez al restaurante aquel de comida exótica? ¿Cómo se llamaba? —pregunto sin abandonar el tono sarcástico. Me acaricio la barbilla pensativa y doy una palma cuando lo recuerdo—. ¡Ah! Le Paradise, ¿no?

Se le borra por completo la sonrisa y se pone tenso. Está apretando el volante con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos. La nuez baja y sube con rapidez en su garganta. ¿Pero qué le ocurre ahora?

—No, esta vez no —contesta al cabo de un rato.

—Pensaba que te gustaban esos lugares. —Echo un vistazo por la ventanilla para saber dónde estamos y después dirijo la mirada hacia él.

Vaya, pero si parece que le va a dar un pequeño ataque. Se va a romper los dientes si los rechina con tanta fuerza. Me está empezando a asustar.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunta sin apartar los ojos de la carretera.

No entiendo nada. ¿Ahora quiere hacerse el buenecito? Pero si fue él el que me llevó hasta allí y me hizo comer langosta y beber un extraño cóctel que me revolucionó todas las hormonas.

—Venga, no te hagas el tonto. —Le toco el brazo y da un brinco. Aparto la mano con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Es que no has llevado allí a otras para intentar ligártelas como a mí con toda esa comida afrodisíaca?

Enseguida aprecio que se relaja un poco. ¿Ves? Estas reacciones son las que no me gustan de él, porque no las entiendo, y aunque en las novelas sean muy interesantes, en la vida real me inquietan los misterios.

Durante un buen rato reina el silencio en el coche. Le noto bastante incómodo y no entiendo los motivos. Habíamos empezado muy bien. Yo había comenzado perfectamente con mi aparición estelar. Pues no quiero que me lo fastidie, tengo que conseguir que se relaje para hacerle creer lo que después no será. Le pregunto si puedo poner música y tan sólo asiente con la cabeza, muy serio. Ah, qué tío más raro. ¿Por qué me gusta tanto? Rebusco entre los CD's y me decido por uno cuyo título reza «rock». Lo introduzco y me pongo a menear los hombros en cuanto escucho la canción de los Knack...

*My Sharona*. Me encanta esta canción. No esperaba que a Abel le llamara la atención este tipo de música.

—*Never gonna stop, give it up. Such a dirty mind...* —canto bajito. Seguro que le gusta porque se siente identificado con la letra.

A medida que avanza la canción yo tarareo más alto, no lo puedo evitar. Soy de esas personas a las que les encanta cantar a grito pelado en la ducha y en los coches. Me imagino en un escenario como una auténtica cantante. Por el rabillo del ojo aprecio que Abel también está meneándose un poquito y sigue el ritmo de la música en el volante con los dedos.

—*Come a little closer...*

—*Close enough to look in my eyes, Sharona* —se une a mí por fin.

Cantamos juntos y hasta me parece que formamos un buen dúo. No puedo evitar sonreír.

—*Is it just a matter of time, Sharona? Is it just destiny, destiny? Or is it just a game in my mind, Sharona?* —Gira la cabeza para mirarme mientras canta esta parte.

Pues no lo sé, ¿a mí qué me dice? Me parece que el que empezó el juego —y encima de forma sucia— fue él. Le dedico una sonrisa llena de intenciones y él se vuelve a mirar la carretera con otra sonrisa. Sí, eso es lo que quiere, ¿eh? Pues jugaremos, pero a mi manera. Esta vez voy a ser yo la que mande aquí.

Llegamos al centro y se mete en un aparcamiento público. Por suerte cobré el dinero de los días de febrero que he trabajado en la academia, así que podré compartir los gastos esta noche, aunque me preocupa que me vuelva a llevar a un lugar tan lujoso como Le Paradise, ya que los precios deben de ser altísimos. Saco mi monedero y hurgo en el interior, pero él lo agarra y me lo mete en el bolsito. Intento quejarme en vano, porque ya está pagando la tarifa. Apaga el reproductor de música para aparcar y una vez salimos del coche, el silencio se instala una vez más entre nosotros. Caminamos así por las callejuelas del casco antiguo. Uf, está más callado que de costumbre y yo tampoco sé de lo que hablar. ¿Es que sólo tiene tema de conversación cuando se trata de sexo? Lo miro disimuladamente, aunque se da cuenta y me ruborizo como una tonta. He pensado en las dos veces que lo hicimos. No me puedo creer que yo me acostase con él sin apenas conocerlo. ¡Dios, ya vuelvo a estar tan nerviosa como una colegiala en su primera cita!

Nos adentramos en un callejón que desemboca en una hermosa plaza con una pequeña fuente. No he venido nunca por aquí, así que me encuentro

un poco perdida. Señala con el dedo índice uno de los edificios más pintorescos, cuya planta baja es un restaurante italiano. La Dolce Vita. Venga, que cada día me va a llevar a degustar la comida de un país diferente. Eso sí, espero que no sea como el anterior, aunque no me consta que la comida italiana tenga efectos afrodisiacos. Al menos nunca me he puesto a tono comiendo una *pizza* o unos macarrones por muy buenos que estuviesen. Menudas tonterías pienso, menos mal que no se puede meter en mi cabeza porque si no pensaría que estoy chiflada.

Cuando entramos, un señor orondo corre hacia nosotros como mejor le deja la tripa. Suda como si estuviese en una caldera y las gotas se le deslizan por la frente y el rostro. Mientras se las seca con un pañuelo, estrecha con su manaza la de Abel y le da unas palmaditas en la espalda. Pienso que le molestará, pero se muestra tan contento. Ya estamos otra vez: seguro que viene mucho por aquí...

—*Buona sera, Maestro Abel! Come stai?* —le saluda el hombre con su atronadora voz. He entendido algo, esto es fácil.

—*Va bene, grazie* —responde Abel. Bueno, yo eso también sé decirlo. Pero a continuación se pone a hablar con una dicción perfecta—. *Enrico, voglio il tavolo migliore per godere di un pasto con questa donna meravigliosa* —Me señala y yo pongo gesto de estupefacción. Me he perdido, he entendido el nombre del señor y lo de mujer maravillosa, pero nada más.

El tal Enrico gira su rostro completamente sonrosado y abre su bocota enorme para esbozar una sonrisa. Me coge de las manos y me las aprieta con exagerada efusividad.

—*Per favore! Questa signora è bellissima! Molto, sissignore...* —grita casi en mi cara. Yo intento sonreír pero estoy demasiado conmocionada. Sin soltarme las manos le dice a Abel—: *Sei fortunato signore!*

Abel asiente muy complacido y se queda mirando a Enrico fijamente, hasta que este comprende lo que quiere. Me suelta sin dejar de sonreír y nos indica que le acompañemos. Mientras recorremos el restaurante yo me dedico a observarlo todo. En realidad no es muy grande, pero sí bonito. Está decorado de forma coqueta, con luz débil en el techo y velitas en todas las mesas, de forma que le otorga un ambiente íntimo. A pesar de estar bastante escondido, casi todas las mesas están ocupadas. En la mayoría de ellas hay parejitas cogidas de la mano, compartiendo una *pizza* o pasta. ¡Hum! No quiero recordar la escena de *La Dama y el Vagabundo* con Abel. Me niego. Pero en el fondo sabía que me llevaría a algún lugar que le favoreciese

a él. A la próxima decido yo y vamos al Burger King. Espera, ¿he dicho a la próxima? ¡No, por dios, pero si se supone que he venido a despedirme para siempre!

Enrico nos lleva a una de las mesas más apartadas. Es la más grande y la mejor decorada, pues además de las velitas hay un jarroncito con una rosa en el centro. Una vez sentados, deposita unas cartas en la mesa. ¿Nos va a tomar él el pedido? ¡Qué maravilla que no haya camareras mosconas! Aunque de todos modos, me acabo de dar cuenta de que muchas de las chicas y mujeres que están en el restaurante han girado sus cabezas para mirar a Abel mientras sus parejas o futuros maridos ponen mala cara.

—*Enrico, per favore, prenderemo il miglior vino che hai a disposizione. Quale ci consigli?* —continúa con su italiano de nivel C2, por lo menos. Yo lo miro con la boca abierta.

—*Una signorina tanto bella e un signore tanto elegante devono scegliere senza dubbio il Brunello di Montalcino* —contesta Enrico sin perder la sonrisa.

Abel asiente y abre la carta para echarle un vistazo. El hombre se ha marchado en busca del vino y yo aprovecho para decirle:

—Hablas italiano como un nativo.

Me mira por encima de la carta y me guiña un ojo, lo que me produce un cosquilleo en el estómago. Eh, eh, Sara, recuerda a lo que has venido.

—Mi padre y yo vivimos en Italia durante diez años. Allí él conoció a Enrico —me explica, retomando su lectura del menú — y se hicieron buenos amigos.

¡Oh! Entonces ahora entiendo que me haya traído aquí. Es un lugar totalmente diferente a Le Paradise, mucho más modesto y con personas más amables. Vale, lo que quiero decir es que no hay camareras con las faldas subidas. ¿Seré la única a la que ha traído aquí? No quiero hacerme vanas ilusiones, no es esa mi intención y debo tenerlo claro.

Enrico se acerca con el vino en la cubitera y lo sitúa ante nuestra mesa. A continuación lo descorcha y sirve un poco en la copa de Abel, el cual la coge y le da un trago. Observo con atención cómo lo saborea y asiente con la cabeza.

—*Bravo, Enrico!* —le felicita.

El hombre está eufórico. Le sirve un poco más y luego hace más de lo mismo en la mía. Ambos se me quedan mirando con expectación. Ah, quieren que ahora lo pruebe yo. De acuerdo... Me lo acerco a la nariz como

he visto hacer en las películas y lo huelo. Uhm, está bien, creo que debe ser afrutado. Doy un traguito y lo saboreo en mi paladar. Vaya, sí está bueno, aunque es bastante intenso. Observo con curiosidad la brillantez de su color granate. Esto se me va a subir a la cabeza muy pronto, así que tengo que ir con cuidado.

—*Ti piace?* —me pregunta el hombre.

—Que si te gusta —traduce Abel.

Asiento con la cabeza y Enrico se cruza las manos en la enorme barriga y suelta una estridente carcajada. Qué hombre más curioso, al principio me ha chocado su apariencia, pero cada vez me cae mejor. Parece una persona muy familiar, afable y espontánea. Me doy cuenta de que Abel está estudiando la carta otra vez y yo me dispongo a hacer lo mismo cuando le dice a Enrico:

—*Voglio un vassoio di formaggi... Fa pecorino?*

¿Eh? ¿Pero qué está diciendo? No me entero de nada, sólo de algo sobre queso. ¿Estará pidiendo una *pizza*?

—*E in secondo luogo, bistecca alla fiorentina* —continúa. ¿Tanto va a comer?

—*Ottima scelta* —El hombre debe de tener muy buena memoria, porque ni siquiera ha tomado nota del pedido.

Veo que se va a marchar, así que le llamo:

—Perdone, pero yo no he pedido aún.

Enrico me mira confundido y luego se gira hacia Abel. Este está negando con la cabeza con una expresión divertida en el rostro.

—Lo he hecho yo por ti, Sara.

¡Ya estamos como la otra vez! ¿Pero qué se ha creído, que es mi amo y señor? ¡Yo dispongo de libre albedrío y no quiero que nadie elija por mí, y mucho menos él, que lo hace para dárselas de hombre interesante!

—¿Podrías dejar que decida yo lo que me apetece? —le espeto, muy seria. Él se encoge de hombros con una expresión de fastidio.

Abro la carta que tengo en la mesa y le echo un vistazo. Pero será posible... ¿No me va a llevar nunca a un restaurante en el que esté la traducción? ¡Otra vez hay un montón de nombres raros que no entiendo, y sólo quiero una *pizza* cuatro quesos! Suelto la carta un poco avergonzada y le digo a Enrico que me traiga la *pizza*. El hombre asiente sin saber muy bien qué hacer, pero Abel alza una mano para detenerle y a continuación me pregunta:

—¿De verdad vas a comerte sólo eso? La esposa y la hija de Enrico son

las mejores cocineras de su región. No les hagas ese feo.

—Pero... —intento quejarme porque ya habíamos quedado en que hoy iba a ser un poco tocapelotas.

—Creo que deberías probar la auténtica cocina italiana para saborear este fantástico vino —Da unos golpecitos en la copa con el dedo índice.

Yo me encojo en la silla porque en realidad tiene bastante razón. Si en este restaurante la especialidad no es la *pizza*, entonces debería probar otra cosa. Suelto un suspiro y asiento con la cabeza como para decirle que estoy de acuerdo con lo que él haya pedido. Enrico sonrío con toda la cara iluminada y antes de irse le da unas palmaditas en la espalda como a nuestra llegada.

—Espero que la comida no sea como la del otro restaurante... —Entrecierro los ojos y finjo que estoy muy molesta.

Él suelta una risita y se echa hacia delante. Me atrae con los dedos y yo, como tonta que soy, le hago caso y acudo a su llamada, inclinándome también sobre la mesa. ¿Qué me quiere decir ahora? ¿Acaso me va a confesar lo de la tal Nina...? Me clava esa mirada penetrante que tiene... Sus ojos son un mar embravecido, repleto de olas que me arrastrarían al peor de los destinos. ¡Ay, por favor, qué guapo está con la luz de estas velas reflejadas en el rostro!

—Lo cierto es que es verdad —susurra con voz seductora. ¡Oh, sí, sí, ahí va a confesarlo! Entonces sabe muy bien por qué estoy enfadada... ¡Es un caradura!—. Jugué sucio aquella vez, pero tú estabas muy dispuesta a dejarte seducir. —Me toca la nariz y vuelve a la posición de antes, con la espalda apoyada en el respaldo. Me mira mientras da un sorbo al vino.

¡Será gilipollas! No, la gilipollas soy yo que pensaba que iba a ser sincero. Y lo único que me suelta es esa tontería... Eso sí, con una voz que me ha dejado completamente excitada. Me lo llega a susurrar al oído y ahora mismo habría caído. Tengo que recordar las reglas que me he establecido: lejanía, no contacto visual y ser muy antipática. Tengo que lograrlo. ¡Sé que puedo!

—No es cierto, fue el cóctel que se me subió a la cabeza —me apresuro a contestar.

—Y se te bajó a otro sitio. —Se pasa la lengua por los labios sin quitar la sonrisa de capullo engréido.

—Si vuelves a hablarme así, me levanto y me voy —digo, haciéndome la digna.

Él se rasca la barbilla con la ceja arqueada y me señala con la barbilla la copa de vino. Yo la cojo y le doy otro sorbito pequeño. Este me quiere emborrachar, lo tengo bien claro. Pues va a ser que hoy no... No puedo permitir que la lucidez me abandone.

—¿No tienes nada que contarme? —Voy a ir dándole alguna pista porque está claro que si es por él nos tiramos aquí toda la noche sin que suelte prenda.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta con una sonrisa divertida. Oh, ya han aparecido esos hoyuelos en todo su esplendor. Cuánto los he echado de menos...

Aparto la vista y mi pierna se empieza a mover con la misma rapidez que un cohete a propulsión. Mierda, que va a darse cuenta de que estoy nerviosa. Veo unos pies familiares acercándose y levanto la cabeza con emoción. ¡Sí, ya viene Enrico con la comida! Me va a salvar. Lo miro con adoración y agradecimiento cuando deposita sobre la mesa una bandeja repleta de quesos de todo tipo. ¡Vaya, no me esperaba esto! Me encanta el queso y estos tienen una pinta estupenda. Nos dice algo, supongo que será un aproveche o algo por el estilo, y se vuelve para atender a una pareja que acaba de entrar.

—Espero que te guste.

Asiento muy feliz y doy vueltas con el dedo sobre la bandeja porque no sé por cuál decidirme. Creo que no conozco ninguno así de buenas a primeras, hay algunos que me parecen iguales que los que yo me compro en el supermercado, y otros que tienen diferente aspecto.

—Prueba este —Coge un pedacito de uno que a mi parecer es muy normal—. Es de oveja. Tiene un sabor estupendo.

Voy a cogerlo cuando él aparta la mano. Me quedo mirándolo sin entender nada, y entonces me arrima el queso a la boca. No, me niego. He dicho que quería quedarme alejada de él, y si permito que me meta el trozo seguramente me rozará y ya la habré fastidiado. Me remuevo en el asiento y me muerdo los labios. Él no desiste, cada vez me acerca más el pedazo. Miro por el rabillo del ojo a mi derecha y descubro a un par de parejas mirándonos con curiosidad. Joder, encima estaremos haciendo el ridículo y voy a parecer una sosa. Está bien, dejaré que me dé de comer, pero sólo una vez. Abro la boca todo lo que puedo para que no me roce nada. Creo que parezco algo rara, pero me da igual. Me lo introduce un poco y me hace un gesto para que la cierre, pero no quiero porque sus dedos están ahí y me imagino que no los

va a apartar. No puedo aguantar más, debo ser la tía más estúpida con la que se ha topado en su vida... Pero entonces se me ocurre que puedo provocarle, seguir con la estrategia que había pensado. Si me puedo controlar, no pasará nada.

Así que cierro mis dientes entorno al queso y a sus dedos, los cuales rozo suavemente con los dientes y la lengua. Él los saca y yo me dedico a masticar el pedazo de queso con lentitud, tratando de parecer lo más *sexy* posible. No sé si lo estoy consiguiendo o parezco tonta. Supongo que lo primero porque se le han oscurecido los ojos como cuando se empieza a excitar.

—Bebe vino —me ordena con voz grave.

Trago lo que me queda y bebo un sorbo, este vez un poco más largo que el anterior. Oh, está exquisito después del queso. Me limpio los labios con una servilleta y observo su reacción. Sé que se le ha olvidado lo que ha sentido al verme salir del portal y que está convirtiéndose en el Abel salvaje que conocí. Alarga una mano por encima de la mesa y atrapa la mía, aunque he intentado retirarla. Mierda, mierda, no, el tacto no. Bajo la vista al mantel rojo y lo estudio como si me fuese la vida en ello.

—Mírame. —Otra orden.

No debo hacerlo, pero me voy a morir si no alzo el rostro y me pierdo en sus ojos. Así que es lo que hago y un espasmo de placer me recorre el cuerpo cuando me veo reflejada en ellos. El corazón se me dispara y escucho el retumbar de mis propios latidos. Basta el roce de sus suaves dedos en la palma de mi mano para que todo mi ser despierte de su letargo. Se inclina hacia adelante y yo lo imito casi al mismo tiempo. ¿Por qué soy como una marioneta en sus manos? Dejo que coloque su boca cerca de mi oído porque ansío notar su aliento en mi piel.

—Sara... —sus labios me rozan el lóbulo de la oreja y no puedo evitar estremecerme. Madre mía, ha conseguido que me excite con tan sólo eso. ¿Qué va a pasar después? Por favor, ¡que alguien me ayude a apartarme de este maldito seductor!— No te puedes ni imaginar lo que te voy a hacer esta noche. ¿Crees que podrás controlar tus gritos de placer? —Noto un matiz travieso en su voz.

Eh... ¡No, no! Esta noche nadie va a gritar. No al menos de placer como dice él. Si lo hago será porque le estoy cantando las cuarenta como me propuse. Intento apartarme pero aprecio que sus dientes se disponen a mordisquearme el lóbulo... ¡Por nada del mundo voy a permitirlo! Me echo

hacia atrás de golpe y, sin quererlo, tumbo mi copa de vino, el cual se derrama por encima de la mesa. Abel se levanta maldiciendo y me lanza una mirada furibunda. Bueno, no se puede quejar porque tiene buenos reflejos y no se ha manchado la ropa. Enrico viene corriendo, preguntando a voz en grito lo que ha sucedido, y yo aprovecho para escaquearme con la excusa de que necesito ir al baño a limpiarme. No sé si se ha dado cuenta de que no me he manchado, pero da igual. La cuestión es escapar de este ambiente infectado de hormonas. Porque estoy excitadísima y al final no voy a poder ocultarlo.

Me escapo de las curiosas miradas de la gente y entro en el baño. No era esto a lo que venía, ¿por qué no estoy actuando correctamente? He sido una ilusa; jamás podría huir con esos ojos alterando todos mis sentidos. Tengo la piel ardiendo, así que abro el grifo y me mojo la nuca y las muñecas para que me baje la calentura. Me inclino sobre el lavabo para lavarme la cara. Cierro los ojos y dejo que el agua fría apague el fuego de mi piel. La puerta se abre. Joder, qué inoportunas somos las mujeres. Pero entonces noto una fuerte mano cogiéndome de la cadera y la otra subiéndome la parte trasera del vestido. Una enorme erección se aprieta contra mi culo.

—Me has dejado en ridículo ahí fuera y voy a darte tu castigo —Oh... Mierda.



EN cuanto lo noto detrás de mí, todo mi cuerpo se despierta. He venido porque necesitaba alejarme de él y tranquilizarme, pero está visto que no hay manera. Lo deseo y es un sentimiento demasiado profundo que no puedo apartar. Todavía estoy inclinada cuando él se refriega contra mi trasero. Su dura erección se clava en mi coxis, provocando en mí unas olas de placer que jamás había pensado que pudiesen existir. Por un momento mi mente racional recuerda que estamos en los baños de un restaurante italiano y que yo ahora mismo tengo el vestido subido hasta la cintura con Abel detrás de mí. Pero entonces, mi lado fantasioso aparece y aprecio, sorprendida, que la situación me excita. Es morbosa.

—Lo que has hecho allí me ha incitado, Sara. Me pone un montón cuando te comportas como una chica dura —me susurra al oído.

Le permito que me baje las medias. Es más, ¡lo estoy deseando! Cuando me coge del sexo a través de las braguitas se me escapa un gemido de placer. Esto es demasiado bueno como para ser real. Es como si mi cuerpo fuese un dispositivo que sólo reaccionase a su voz, su mirada y su tacto. Abandona mi pubis y se dirige una vez más a mi trasero, el cual me acaricia con suavidad y acaba estrujándomelo. Tanto su respiración como la mía se aceleran y las cosquillas comienzan a ascender desde la planta de mis pies.

—Siempre te comportas como una niña mala —dice, y me da un suave cachete en el culo. ¡Será posible! Hasta el golpecito me ha puesto a mil.

Me incorpora y aprieta su pecho contra mi espalda. Lo noto subiendo y bajando y los latidos de su corazón me avisan de que está tremendamente excitado. Creo que va a ser muy difícil escaparme de aquí cuando ya se ha convertido en una fiera y, de todas formas, no quiero. Deseo quedarme aquí, que me suba contra el lavabo y me posea toda entera. Dejo que me recorra con las manos el cuerpo, que me acaricie el vientre y se detenga en mis pechos, los cuales masajea por encima de la tela. No llevo sujetador, así que los pezones han despertado y ahora apuntan erectos bajo sus dedos. Me los pellizca con suavidad y yo dejo escapar otro gemido de placer. Sin apenas darme cuenta de lo que estoy haciendo, refriego el trasero contra su expectante excitación. Él suelta un gruñido y me sujeta con fuerza de las caderas.

—Te voy a follar hasta que pierdas el sentido —me susurra en el cuello con voz temblorosa—. Vas a tener que morderte la lengua para no gritar.

Su voz me enloquece y empiezo a olvidar para lo que había venido. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en el hueco de su cuello, apreciando el palpar de su pulso acelerado. Oh, hasta eso me pone, no lo puedo negar. Él abandona mis pechos y asciende hasta las clavículas, las cuales me roza despacio, deteniéndose en ellas y dibujándolas con sus dedos. A continuación sube hasta mi cuello y me lo sujeta con fuerza, cubriéndomelo con su mano, para después ladearme la cara. Me tiene a su merced. Deseo que haga todo lo que quiera conmigo. Cierro los ojos cuando su nariz se desliza por mi mejilla... Sus labios se acercan a los míos con lentitud y yo los abro dispuesta a recibirlo. Su aliento se confunde con el mío a escasos milímetros de mi boca.

—Bésame —me dice, moviendo sus labios carnosos contra mi boca.

Cumplo su orden y cubro sus labios, deseosa de fundirme en él. Le muerdo el inferior y gime contra mi boca. Alzo el brazo derecho y le acaricio el pelo, embriagada por completo de deseo. Se aprieta más contra mí y hace círculos con la cadera, paseándome toda su erección por el trasero. Me muero de ganas por bajar la mano y tocársela. No sé cómo se debe sentir eso entre mis manos, pero debe de ser maravilloso. Sin embargo, él me aparta la que tengo en su pelo y me la pone tras la espalda, al tiempo que hace lo mismo con la otra, con lo que acabo como una mujer arrestada, sólo que sin esposas. Me sujeta de las muñecas tan sólo con una mano, pero no necesita más porque es muy fuerte y yo ahora mismo soy demasiado débil. Tira de ellas con delicadeza y mi cuerpo se arquea hacia atrás. Cierro los ojos disfrutando de la sensación; sin embargo, él me pide que los abra y me obliga a mirarme en el espejo.

—Mírate —murmura junto a mi oreja. Mi sexo palpita frenético, casi al mismo compás que los latidos de mi atormentado corazón—. Eres tremendamente *sexy*. Todo tu cuerpo está abriéndose para mí.

Tras decir esto, desliza la mano izquierda por debajo del vestido y presiona en el centro de mis braguitas con su dedo.

—Ah... —suelto un pequeño gemido que él inmediatamente corta con su boca.

Me la devora con pasión y dominio, casi con fiereza. Entrelaza su tibia lengua con la mía y jugamos con ellas durante un buen rato, escarbando en nuestras bocas, reconociéndonos en el sabor. Me voy humedeciendo poco a

poco con cada latigazo de su lengua.

—Ya estás lista para mí —me dice con su voz áspera y salvaje. Oh, Dios mío, por supuesto que lo estoy. Nada más entró en el baño y sentí sus manos en mis caderas lo estaba. Echa mis braguitas a un lado y pasea su dedo por mis labios, acariciándolos con suavidad. Me tensó cuando palpa mi humedad, muy cerca de la entrada. Se lleva un dedo a la boca y lo chupa—. Qué bien sabes. Lástima que ahora no tenga tiempo para comerte entera. —Me baja las bragas hasta la mitad de los muslos.

Me contoneo en su erección de manera juguetona. Escucho que se desabrocha el botón del pantalón, y a continuación el cierre de la cremallera. Segundos después noto en mis nalgas su miembro, húmedo y durísimo. Me atrevo a mirarle en el espejo y él me dedica una sonrisa. Puedo leer en sus ojos cuánto ansía hacerme suya y estoy segura de que sabe que yo siento más de lo mismo. Se apretuja contra mí y se coloca en posición. No puedo evitar soltar un gritito en cuanto percibo la punta de su erección en mi entrada. Me suelta la cadera y me tapa la boca con la mano.

—Debes estar muy calladita.

Juguetea un ratito más, restregándose contra mis labios húmedos e hinchados. Como siga así, me corro ahora mismo sin necesidad de que se introduzca en mí. Empujo el trasero contra él, haciéndole comprender que me muero de ganas por sentirlo llenándome.

—Pequeña, estás ardiendo —me dice, echándome hacia delante, sin soltarme las manos.

Me excita demasiado esta situación. Me va a follar como a él le parezca mejor y no puedo hacer nada por evitarlo. Nunca me había sentido de esta forma, con todos estos calambres que me sacuden el cuerpo una y otra vez. Se me pone la piel de gallina cuando su punta se desliza en mi interior. ¡No voy a poder aguantar mucho más!

—Joder, cómo te abres para mí... —su voz cada vez es más grave debido a la excitación. Me recorre con un dedo la columna vertebral a medida que se va introduciendo poco a poco...

Pero algo capta mi atención en ese momento.

¡Alguien está hablando fuera! Estaba tan cegada por el deseo que no me había dado ni cuenta. Lanzo un vistazo a la puerta y me doy cuenta de que el cerrojo no está echado y van a entrar en cualquier momento. La excitación se me corta de golpe y me sobrevienen unas tremendas náuseas. ¡Por dios, tendría que haber recordado dónde nos encontrábamos! Este hombre saca lo

peor de mí. Se inclina sobre mi espalda impidiendo que me mueva, pero yo me revuelvo bajo su peso como una loca. Como no me deje salir, le doy otro cabezazo. Las voces se escuchan más cercanas y yo suelto un grito rabioso.

—¡Chsss! Calla. Nos oirán —me susurra.

—¡Ni hablar! —exclamo.

Intento echarme hacia atrás como la otra vez, pero él es más rápido y se aparta a tiempo. En ese momento de confusión aprovecho para librarme de sus manos y me giro como una posesa. Está abrochándose el pantalón y como estoy furiosa no se me ocurre otra cosa que propinarle una patada en sus partes. Suelta un gemido de dolor y se inclina hacia delante agarrándose. Yo me subo las bragas y me bajo el vestido, temblando de arriba abajo. Me intenta agarrar de una pierna cuando paso por su lado, pero me zafa de él. Le lanzo una rápida mirada y descubro su expresión de dolor. Bueno, no le he dado tan fuerte, lo que sucede es que debe de haber sido doloroso a causa de la erección. ¡Pero no podía permitir que nos descubrieran aquí! Y además, siento que se ha estado aprovechando otra vez de mis bajas defensas.

Abro la puerta del lavabo con vigor y me topo con dos muchachas que están a punto de entrar. Me quedo estupefacta al igual que ellas, que se han dado cuenta de que detrás de mí hay un hombre muy atractivo protegiéndose sus partes. Bajo la mirada y les pido perdón cuando me abro paso para salir de allí. Estoy segura de que se ve en mi cara lo que hemos estado haciendo ahí dentro. ¡Qué vergüenza! Me dirijo a toda prisa a la mesa en la que estábamos y recojo mi bolsito y mi chaqueta para largarme de allí. Cuando he atravesado medio restaurante escucho a Abel gritando mi nombre. Me giro sin detenerme y descubro que ha salido del baño y que se acerca a mí con paso inseguro a causa del dolor. Entonces empiezo a andar más deprisa y al volver la cara me choco contra alguien. Me caigo al suelo a causa del impacto y enseguida me doy cuenta de que he rebotado contra una tripa enorme: la de Enrico. Al mirarme me entran unas ganas tremendas de llorar: estoy despatarrada en el suelo con el vestido de Cyn lleno de salsa de tomate.

—*Mi scusi, signorina, lascia che ti aiuti!* —El hombre me ayuda a levantarme mientras yo observo a mi alrededor con los ojos llenos de lágrimas. Todos me están mirando: algunas cuchichean y otros se están riendo con disimulo.

No me he sentido más abochornada en toda mi vida, así que me disculpo ante Enrico y reanudo la carrera hacia la salida. Abel continúa llamándome, pero hago caso omiso. Lo único que quiero es marcharme, llegar a casa,

quitarme el vestido y tirarme toda la noche llorando. He sido una estúpida: he vuelto a caer en su telaraña. Pensaba que esta vez el cazador iba a ser el cazado, pero ha resultado ser como siempre. Esquivo a dos chicos que se cruzan conmigo y se me quedan mirando con curiosidad. Las lágrimas apenas me dejan ver, así que me tropiezo con una protuberancia de la calle y me tuerzo el pie. ¡Joder, qué dolor! Llora con más fuerza, como una niña pequeña, y me acerco a la fuente para sentarme en ella.

—¡Sara! Espera, joder —escucho. Giro la cabeza y descubro a Abel saliendo del restaurante. Intenta correr hacia mí, aunque no se encuentra en la mejor forma física. ¿Le dolerá todavía? Quizá me he pasado. Me siento fatal por lo que he hecho y sollozo con la cabeza hacia atrás, sujetándome el tobillo.

—¡Vete! —le chillo fuera de mí misma. Quisiera seguir corriendo, pero el dolor no me lo permite y, de todas formas, él ya está delante de mí con un gesto de preocupación—. ¡No te atrevas a tocarme! —Levanta las manos y da un paso hacia atrás—. ¡Eres un cabrón! Desde que te conozco me siento como una mierda, ¿sabes? Hago cosas que nunca habría hecho antes, como permitir que casi me folles en los baños de un restaurante. ¿Pero estás loco o qué? ¡Por poco nos pillan! ¿Es que no piensas antes de actuar? ¡No, claro, porque seguro que sólo lo haces con tu jodida polla!

—Sara, escucha, no era esa mi intención...

—¡Me tratas como a un simple trozo de carne! —continúo gritando, sin hacer caso de lo que él ha dicho—. Apareces en mi vida cuando te da la gana, me la pones patas arriba, te haces amigo de Cyn y la muy tonta me traiciona, intentas comprarme con regalos... —Alzo la cabeza y le lanzo una mirada furibunda—. ¿Estás orgulloso de verme así? ¿Es esto lo que querías? ¿Que llorase por ti? ¡Pues ya lo has conseguido, eres el vencedor de este maldito juego!

—Cálmate, por favor —Se acuclilla ante mí e intenta tocarme, pero yo le doy unos manotazos completamente cabreada. Se le oscurecen los ojos, se pone muy serio y me agarra con fuerza de las muñecas, obligándome a estar quieta—. ¡Basta ya, joder! Soy yo el que debería estar cabreado contigo: una vez me pegas en toda la nariz y ahora me sueltas una patada en los huevos y me insultas como una loca. ¿Qué coño te pasa, Sara?

Trato de liberarme de sus manos con todas mis fuerzas, pero lo único que consigo es hacerme más daño en el pie. Gimo de dolor y él se da cuenta y me suelta una mano para tocarme el tobillo, a lo que reacciono dando un

respingo.

—¿Te duele? —me pregunta.

—¿No ves que sí? Me he torcido el tobillo —le suelto con las lágrimas rodando por mis mejillas.

Me estudia el pie durante unos segundos, me lo mueve y yo vuelvo a gemir, me dice que me levante y trate de andar. ¡Joooooder, cómo me duele!

—Te llevaré al médico. Será un esguince.

—¡No! Ya iré yo sola. Llamaré a un taxi. —Abro mi bolso para sacar el móvil pero él se adelanta y me coge en brazos.

Yo vuelvo a chillar y a pegarle puñetazos en el pecho, aunque cada vez más débiles, y termino llorando sobre su pecho y mojándole la corbata, el chaleco y la camisa. Me lleva en silencio hasta el aparcamiento y cuando llegamos a su coche, abre la puerta y me deposita con cuidado en el asiento. Yo estoy hipando, con la mirada perdida y todo el pelo enmarañado cayéndome por delante del rostro. Ni yo misma entiendo por qué me pongo así. En parte yo tengo la culpa de todo lo que ha sucedido: tendría que haberme negado a acudir a la cita. Si lo que quería era hablar con él, era tan fácil como haberlo hecho por teléfono y punto. Vale, supongo que me he echado a llorar como una loca precisamente porque me he dado cuenta de que he estado luchando en vano contra lo que siento por él.

Salimos del aparcamiento en silencio; me mira un par de veces y parece que va a decir algo, pero se mantiene callado. Le noto enfadado, pero también un poco preocupado. De acuerdo, no es esto lo que pretendía conseguir, aunque en parte me parece bien que sienta algo de remordimientos. Una vez llegamos al hospital me saca del coche aún en brazos y no me permite tocar suelo hasta que le pide a una enfermera una silla de ruedas. Aprecio que ella se siente un poco cohibida ante él, pero enseguida me trae una y Abel me sienta en ella. Explico en triaje lo que me ha ocurrido y me dicen que voy a tener que esperar un ratito. Le digo que puede marcharse a casa, pero insiste en quedarse conmigo. La sala está muy llena, aunque por suerte quedan un par de asientos libres y me conduce hacia ellos. Me deja en la silla de ruedas y se marcha unos minutos para volver con un café y una botella de agua. Me tiende lo segundo y se me queda mirando. Yo me siento un poco avergonzada y no puedo evitar agachar la mirada. Joder, ahora creo que he actuado como una novia despechada cuando en realidad no somos nada. Pero... es precisamente saber eso lo que me causa este peso en el estómago y estas ganas irrefrenables de llorar. Da un sorbo al café mientras me seca las

lágrimas.

—¿No vamos a poder disfrutar de una cita normal? —Esboza una sonrisa y se le marcan los hoyuelos.

Ante eso me vuelvo a echar a llorar y él meneaba la cabeza, totalmente confundido. ¿Una cita? Para mí no son citas lo que hemos tenido, sino sesiones de sexo desenfrenado o intentos de ello. Lo que yo quiero es ir a cenar y al cine sin que trate de meterme mano al cabo de diez minutos. Básicamente me utiliza para desfogarse porque Nina está lejos. ¿Cómo he podido permitirlo?

—¿Qué te ha pasado en el restaurante, Sara? —Se termina el café y juguetea con el vasito de papel entre sus manos. Observo sus finos y largos dedos y me pregunto cómo la tocará a ella. ¿Igual que a mí o con más pasión? —. Puede que tengas razón y me haya pasado —Se inclina hacia mí—, pero es que no me puedo controlar cuando estoy contigo —dice bajando la voz, aunque la persona que está más cerca de nosotros se halla dormitando—. Pensaba que tú sentías lo mismo.

Es evidente que está en lo cierto, pero justamente es ese problema. No quiero sentirme de esa forma de ningún modo. Cada vez que nos vemos mi cuerpo responde a él sin preguntarme a mí. Necesito tenerlo todo bajo control y con Abel no lo consigo, así que la situación está empezando a superarme. Me coge de la mano con cautela, pero esta vez no la aparto. Estoy muy cansada y me duele demasiado el pie.

—Tú me encantas, pequeña —me dice, agarrándome de la barbilla y obligándome a mirarlo. No, por favor... No soporto más todo esto. Siento unos molestos pinchazos en el corazón—. Puedo tener a todas las mujeres que quiera, pero...

—No hace falta que lo digas —respondo malhumorada ante su ausencia de modestia.

—¿Ves? Hay algo que te molesta y me lo estás ocultando. ¿Vas a decírmelo de una vez?

Clavo mis ojos en los suyos y me muerdo los labios. Dudo de si es el momento adecuado para hablar de ello, pero supongo que después de irnos del hospital ya no volveremos a vernos.

—El problema es ese: que tienes todas las mujeres para ti.

—¿Y qué? ¿Realmente te parece un problema? —Me acaricia la mano con suavidad y yo siento un escalofrío en la parte baja de la espalda. ¿Cómo no va a parecérmelo? ¿Le van las relaciones abiertas o qué? ¿Porque a mí no!

—. No debería serlo porque sólo tengo ojos para ti.

Pero... pero... ¡qué caradura! Está visto que no va a confesarlo. Me dan ganas de estrangularlo aquí mismo. Me suelto de su mano con brusquedad y me sujeto en los brazos de la silla de ruedas completamente cabreada.

—¿Ah, sí? ¿Sólo para mí? ¿Y no tiene tu novia ningún problema con eso? —Ale, ya lo he soltado. Doy un suspiro y me doy cuenta de que me he quedado muy a gusto, que me he quitado un peso de encima. He esperado demasiado para decirle que lo sabía.

—¿Mi novia? ¿De qué hablas? —Arquea una ceja y ladea la boca como si de verdad estuviese muy confundido. Me estudia durante unos segundos que se me hacen eternos y, al fin, parece caer en la cuenta y dice—: ¿Te refieres a Nina Riedel?

¡Pues claro que sí! ¿A quién si no? ¿Es que hay más por ahí distribuidas en ciudades, a las que se tira cada vez que visita una? Asiento con la cabeza y después la giro a un lado, aguantando la respiración, para dejarle claro lo enfadada que estoy.

—Es una amiga —Me coge una vez más de la barbilla, pero yo me resisto todo lo posible a que me gire la cara. No quiero mirarlo. Encima tiene la desfachatez de continuar mintiendo.

—¿Perdón? ¿Una amiga? —Aparto su mano y por fin me decido a enfrentarme a su mirada. La tiene más oscurecida que nunca y descubro algo más en ella... ¿Inseguridad? ¿Miedo, quizá? Claro, porque le he pillado y ya no va a tener en mí una amante a la que manejar a su antojo—. Os vi por la tele. Te metió la lengua hasta la campanilla.

Esboza una extraña sonrisa y menea la cabeza. Parece un poco defraudado. ¿Eh? Menudo actorazo, debería dejarse de fotos y meterse en la industria del cine. Escucho mi nombre a través de los altavoces y antes de que pueda discutir, ya me está llevando a traumatología. Espera fuera mientras me hacen una radiografía. Cuando salgo, estoy todavía más enfadada porque mientras estaba en la sala de Rayos X he estado sopesando todas sus palabras. Es un mentiroso y un cabrón. Se puede ir yendo a la mierda pero a la de ya.

—En serio, te has formado tu propia opinión. Y es errónea —continúa mientras me lleva otra vez a la sala de espera.

—¿Cómo puede ser errónea? —Me vuelvo hacia él echando chispas por los ojos—. Ella dijo que estabais muy bien... ¡y después os besasteis!

—No, Sara, ella me besó —rectifica él. ¡Sí, venga! ¡Pues dos no se

besan si uno no quiere! Y él parecía muy contento de ser morreado por esa pilingui.

—Me parece muy bien si otras quieren seguir engañadas —digo en voz baja, mirándome el tobillo hinchado—. Pero conmigo se ha acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Es la última vez que nos vemos. Esta vez lo digo en serio, Abel. —No quiero mirarlo porque sé que lloraré, y ya lo he hecho bastante esta noche. El corazón me late a mil por hora mientras hago pedacitos el pañuelo que tengo entre los dedos.

—¿No vas a dejar que me explique? —me pregunta con voz grave. Le noto enfadado. ¡En serio, yo flipo! Ahora recuerdo por qué pasaba últimamente de los hombres... ¡Son todos unos engreídos que sólo piensan en ellos mismos!

—Eso es lo que tendrías que haber hecho desde un principio. —Cuando intenta agarrarme de la mano, la escondo tras mi espalda—. Abel, ¡me mentiste sólo para meterte entre mis piernas!

—Eso no es cierto —niega muy serio. El pecho asciende y desciende bajo su camisa. ¡Ajá, se está poniendo nervioso! Pues bien, eso lo único que me muestra es que al menos tiene un poco de vergüenza—. Yo nunca te he mentido.

—¿Ah, no? ¿Prefieres que diga que omitiste la verdad? ¡Pues de acuerdo! —chillo, un tanto burlona. Me ruega silencio y echa un vistazo a su alrededor. Un par de personas han alzado las caras para mirarnos, pero la mayoría están demasiado ocupados en sus enfermedades.

—Escúchame, Sara —me suplica. Yo niego con la cabeza y me da golpecitos en las rodillas para captar la atención—. Por favor, mírame —posa sus manos en mis mejillas y me gira la cara hacia la suya. Ya estamos otra vez muy cerca y, sin embargo, ahora no siento nada. Sólo un profundo vacío. ¿Se ha acabado esto por fin? Eso espero, no podría aguantar mucho más—. Ella no es mi novia —pronuncia cada palabra muy despacio, como si yo fuese una niña pequeña y no lo fuese a entender—. Reconozco que alguna vez tuvimos algo, pero hace ya tiempo de eso —clava sus ojos azules en mí y el estómago se me revuelve. ¿Cómo le voy a creer?

—¿Y a qué venía aquel beso? —le pregunto, alzando la barbilla con orgullo.

—Nina es un poco... —se queda pensando unos segundos y al final dice —: especial. Le gusta la fama y todo lo que hay alrededor de ella. Cuando

empezamos a salir, la prensa se volcó en nosotros: todos coincidían en que hacíamos una pareja estupenda. Nos llovían las ofertas para trabajos de todo tipo porque decían que nuestro amor y pasión se reflejaba en las fotos. Pero te juro que lo que tuvimos se terminó hace tiempo, sólo que ella se ha empeñado en que de cara al público debemos guardar las apariencias y continuar fingiendo que estamos bien.

Me sorprende todo lo que me dice. ¿Es verdad? No tengo ninguna prueba para creerle; en cambio, sí la tengo para desconfiar. Me parece un poco descabellado lo que me cuenta, aunque en cierto modo yo no conozco el lado oculto de la fama, no sé cómo funciona la vida en ese mundo.

—Pero Sara, te prometo que con ella jamás he sentido lo que experimento cada vez que te veo...

—¿De verdad te gusto? —le pregunto.

—¿No es evidente que sí? —Se ríe despacito.

—¿Lo suficiente como para dejar de fingir con Nina? —Ahí va. Está claro que no tenemos una relación, pero ya que me quiere follar, supongo que al menos tengo unos pocos derechos.

—¿Qué? —Se echa hacia atrás y apoya la espalda en el respaldo de la silla. Se pasa una mano por el pelo mientras se lame los labios—. Conozco muy bien a Nina y sé que se enfadaría.

—¡Pero es tu vida! ¿Acaso tienes que dejar que ella la controle?

—No lo entiendes, Sara —niega con un gesto triste—. Ella ahora tiene muchos contactos y es muy influyente. Si se enfadara, quizá ya no querría que trabajásemos juntos y yo perdería muchos trabajos. Ella es... Le gusta que todos bailen a su ritmo.

Vale. Está claro. En el fondo, todo está dicho porque tampoco le puedo pedir que haga eso por mí. No tenemos una relación y no la tendremos nunca. Su trabajo es importante para él y yo lo entiendo, pero no podría aguantar verlo en revistas y en la televisión abrazándose y besándose con ella. Y mucho menos si luego me recibiera en sus brazos.

—¿Y qué pasará cuando te enamores de alguien?

Me mira confundido, con los ojos muy abiertos. Esa pregunta le ha pillado desprevenido, pero me ha salido del alma. ¿Cómo será la vida de la chica que decida compartirla con él? ¿Tendrá que aguantar también los arrumacos de ellos dos? Espero que sea lo suficientemente valiente como para terminar la mentira cuando encuentre una chica a la que ame.

El médico vuelve a llamarme y le digo que quiero ir sola. Me ayudo con

las manos para conducir la silla de ruedas. Ya en la consulta me dicen lo que ya suponía: me he hecho un esguince leve. Me vendan el pie hasta la mitad de la pierna y me recetan ibuprofeno para el dolor. Mientras me deslizo silenciosa por el pasillo de vuelta a la sala de espera, ruego para que no esté. Pero no, todavía me espera e insiste en llevarme a casa. Yo me niego una y otra vez y por fin accede a pedirme un taxi. Lo esperamos en el exterior en completo silencio. Yo me dedico a observar la hermosa luna llena que brilla en el cielo.

—Sara... —me habla muy despacito. Al girarme hacia él descubro algo diferente en sus ojos. Es el Abel que conocí la noche en que me regaló el libro de su madre. Tan vulnerable... Tan melancólico... —. No quiero perder lo que tenemos —quiero protestar pero no me deja—. Es demasiado bueno. Tú misma dijiste que lo sentías también. —Un taxi se recorta a lo lejos y él se apresura a hablar—. Podemos disfrutar mucho. Si tú quisieses...

—No sé si quiero, Abel —contesto, levantándome de la silla—. En realidad no sé si puedo.

—¿No te basta con saber que ella no es nada mío? —Me suplica con la mirada.

No lo sé. ¿Realmente puedo aguantarlo? ¿Ser una amante en secreto? Tampoco sé todavía si creerle; quizá sí son pareja pero intenta convencerme de que no para tenerme aquí, en Valencia, cuando le apetezca.

El taxi se detiene ante nosotros y yo me encamino hacia él. Dejo que me ayude porque me está volviendo el dolor del tobillo y me cuesta caminar. Mantiene la puerta abierta mientras yo me meto en el coche. Se inclina hacia delante y me acaricia la mejilla con aire nostálgico. Mierda, me están viniendo las ganas de llorar otra vez.

—Voy a dejarte pensar unos días —dice de repente—. El día dieciséis me voy a Barcelona. Voy a realizar una campaña para una marca —se queda callado unos instantes y coge aire antes de continuar—. Nina estará allí. En realidad, ella es la modelo —espera a ver mi reacción, pero yo me mantengo impasible. Es escuchar el nombre de esa mujer y quedarme helada—. Te propongo acompañarme. Por supuesto, con todos los gastos pagados. Es la única forma de que lo veas por ti misma y descubras la verdad.

Cierra la puerta del coche y aunque no quiero hacerlo, me giro para observarlo a través de la ventanilla trasera. Está muy serio, y parece tan desvalido...



SEGÚN entro por la puerta cojeando, Cyn corre hacia mí con los ojos desorbitados.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te ha hecho algo ese cabrón? —Me ayuda a alcanzar el sofá.

Niego con la cabeza porque tengo un nudo en la garganta que no me permite hablar. Las lágrimas me siguen cayendo a mares sin que pueda impedirlo.

—¿Y por qué estás así? —Me seca con los dedos los ojos y me da un fuerte abrazo—. Tú no sueles llorar por los tíos. ¡Y encima vienes herida! —Me señala con un gesto de horror el pie y el vestido manchado.

—Me lo he torcido yo solita y esto es salsa de tomate —le aclaro, quitándome sus brazos de encima. En realidad estoy muy enfadada con ella, ya que ha logrado que Abel continuara persiguiéndome. La miro con los ojos muy abiertos y me doy cuenta de que se encoge de hombros como preparándose para la que se le avecina—. Eres una mala amiga —le suelto con toda la rabia que puedo.

—¡Pero Sara! —exclama ofendida, llevándose una mano al pecho—. Sólo quería ayudarte.

—Pues ya ves que no lo has hecho —Le señalo el pie y las lágrimas. Al intentar acomodarme en el sofá, el dolor del tobillo se me dispara de nuevo.

Cyn acerca una silla con un cojín encima y me estira la pierna para colocarme el pie en ella. A continuación se marcha a la cocina y me deja sola unos minutos. La escucho trastear de un lado para otro y al cabo de un rato vuelve con dos chocolates calientes y me tiende uno de ellos. Le indico con un gesto que lo deje en la mesa. Después, arqueo una ceja y me la quedo mirando. No es lista ni nada. Quiere que la perdone, ¡pero se ha pasado mucho! Sé que no lo hacía con mala intención, pero podría haberse estado quietecita.

—Sara, de verdad, lo siento mucho. Me tienes que perdonar —me ruega, cogiéndome de las manos y mirándome como el gato de *Shrek*. ¡Jolines, que así al final me va a convencer! Últimamente soy demasiado comprensiva con la gente.

—Me habéis jodido pero bien —Me inclino para coger la taza, pero no

llego. Cyn me la alcanza con rapidez y me la entrega con una gran sonrisa en el rostro. Yo continúo con mi cara de *bulldog* para que se sienta mal. Le doy un pequeño sorbo al chocolate. ¡Uhm, qué reconfortante! Inmediatamente me vienen a la mente recuerdos de las noches que pasábamos Santi y yo y llego a la conclusión de que me tendría que haber quedado con él en casa, ya que todo habría ido mucho mejor que en la cena con Abel.

—¿Pero qué ha ocurrido? ¿Habéis discutido?

—Podría decirse que sí —Por nada del mundo le voy a contar lo del baño. Me da demasiada vergüenza. Para que no descubra mis mejillas encendidas, meto la nariz casi en el chocolate.

—¿Te ha confesado lo de...?

Asiento con la cabeza y otro pinchazo en el corazón me ataca de forma despiadada. Pensar en Abel y Nina juntos me pone de muy mala leche y me entristece al mismo tiempo.

—¿Entonces qué? —insiste ella meneando la cucharilla.

—Dice que no son novios.

—¿Ves? —Se levanta de un salto y da una vuelta sobre sí misma, pero entonces ve mi cara de lechuga y se vuelve a sentar muy seria—. ¿Pero por qué habéis discutido?

—No sé si creerle —confieso.

—¡Pero si te lo ha dicho él!

—Ah, y por eso tengo que creerle, ¿no? Cyn, ¿quién es él, acaso? Un completo desconocido —Chupo los restos de chocolate de la cuchara y le doy la taza para que la deje en la mesa—. Además, la cuestión no es esa. En el caso de que le creyera, hay otro problema.

—¿Cuál?

—Pues que dice que fingen que son pareja porque así les va bien en el trabajo. Y, por supuesto, él no está dispuesto a renunciar a ello.

—¡Será calzonazos! —protesta Cyn con su cara de enfado, que siempre es bastante graciosa. Pero hoy no me puedo reír.

—¿Ahora me entiendes?

—Pues tía, ya lo siento, en parte porque ha sido culpa mía...

—Hay algo más —la interrumpo. Ella parpadea con gracia y me indica con un gesto que continúe—. Me ha invitado a ir a Barcelona durante las Fallas.

—¿Y eso? —pregunta con un chillido.

—Tiene que hacer un reportaje fotográfico a Nina —le explico,

pronunciando el nombre con rabia— y quiere que compruebe por mí misma lo que me ha dicho.

—¡Pero tía, eso es fantástico! —exclama Cyn como una loca.

—¿Qué? —Me la quedo mirando con mala cara.

—Pues claro que sí. —Planta su mano derecha ante mi cara con el dedo índice extendido hacia arriba y el resto bajados—: Uno, te aprovechas y que te pague todo. —Me hace callar cuando voy a protestar—. Dos, te echas en sus brazos cada vez que la Nina esa esté delante y que se ponga celosa y tres —alza el tercer dedo—, le pones cachondo y le dejas a medias.

Me quedo unos segundos en silencio cuando termina y, a continuación, doy unas cuantas palmadas, como si me entusiasmasen sus ideas. Ella sonrío completamente orgullosa de sí misma, pero se asusta cuando la cojo del brazo y le doy un doloroso pellizco.

—¡Ay!

—¿Tú estás tonta o qué? No voy a hacer nada de eso —le grito a la cara. Se echa hacia atrás con una expresión de fastidio—. Primero, sabes que no me gusta que me lo paguen todo, y mucho menos un tío al que no conozco apenas. Segundo, si Nina se pone celosa puede que haga algo contra Abel y no soy tan mala como para eso. Y tercero, ¡no soy una calientapollas!

Ambas nos quedamos en silencio durante un buen rato. Cyn estudiando su perfecta manicura y yo mordiéndome las uñas. Al final, le pido que me disculpe. Vale, sé que ella no dice nada de eso con mala intención, pero es que en ocasiones se me acaba la paciencia y esta ha sido una de ellas, pero más que nada porque me duele horrores el tobillo y echo de menos a Abel. Tremenda gilipollas que soy. ¿Cómo puedo querer estar con él después de todo lo ocurrido?

—Cyn, no te ofendas, pero es que todas las otras veces te he hecho caso y mira cómo he terminado. —Me encojo a su lado y ella me pasa los brazos por la espalda y me la acaricia. Ay, pero si es una amiga genial, sólo que no piensa antes de hablar o actuar.

—Sara, es que a mí me pareció ver algo —dice sobre mi cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Alzo la cara para mirarla.

Clava sus enormes ojazos en los míos y me da un besazo en la frente. Yo me aprieto más contra ella, intentando controlarme para no llorar una vez más. Qué sensible estoy.

—Pues cada vez que te mira, veo algo en sus ojos. —Se queda pensativa y, a continuación, añade—: Y para nada es lo mismo que cuando estaba

mirando a Nina en la tele.

—Yo no me he dado cuenta de nada de eso —respondo.

—¿De verdad que no? Pues saltan chispas. Un poco más y provocáis un cortocircuito.

Le doy un cachete cariñoso en el brazo. Ella se echa a reír y me achucha.

—Pues eso, chispas... Atracción, y ya está.

Me coge de la barbilla y me vuelve a alzar el rostro para mirarme. Me escruta en los ojos durante unos segundos y acaba chasqueando la lengua. Ya, sé lo que está pensando... Pero yo no puedo fingir más.

—Te gusta mucho, ¿eh?

—Demasiado.

—Puede que él sienta lo mismo. —Se atreve a opinar.

—Creo que no es el tipo de hombre que se enamora con tanta facilidad —respondo con un deje de tristeza en la voz. Bueno, yo tampoco es que esté enamorada, pero... sé que algo está apareciendo en mi interior. Siento algo por él que no sabría cómo definir. Me tiene atrapada y ahora ya no puedo soltarme.

—Yo no voy a decirte nada más, Sara. Ahora decide tú lo que te parezca más conveniente —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. ¿Quieres ir a dormir ya?

Asiento con la cabeza. La verdad es que me está entrando un agradable sueño porque estoy agotada. Cyn me ayuda a levantarme del sofá y me lleva hasta la habitación. Incluso me echa una mano para meterme el pantalón del pijama y me arroja en la cama.

—¿Quieres que hoy durmamos juntas? —me pregunta, con una cariñosa sonrisa.

—Vale —acepto con un suspiro somnoliento.

Sí. Necesito a alguien a mi lado. Echo demasiado de menos el calor del cuerpo de Abel.

Tras tres días en casa haciendo reposo y adelantando trabajos, el aburrimiento me mata. Por suerte, en la academia me han permitido una semana libre, aunque no recibiré el dinero correspondiente, de modo que pienso que mañana me reincorporaré.

Me dispongo a prepararme algo de comer cuando suena el pitido del WhatsApp. Me imagino que será Cyn para preguntarme lo que hay de comer. En efecto: lo abro y me encuentro con diferentes emoticonos de comidas.

«J J Espero que hoy hayas preparado algo realmente bueno, porque me

muerdo de hambre».

Paso de contestarle. Prepararé algo de pasta y punto. Haberme tirado setenta y dos horas en el sofá me ha convertido en una vaga. Salgo de la conversación y me doy cuenta de que tengo otro mensaje. ¡Oh, no, se trata del número desconocido con el que Abel contactó conmigo! Como es costumbre últimamente, al abrirlo me tiemblan las manos.

«Todavía no me has desbloqueado. Imagino que sigues enfadada, pero el otro día olvidé decirte que si al final decides acompañarme a Barcelona, deberás estar a las ocho de la mañana en mi casa. A.».

¡Mierda! ¿Por qué me lo tiene que recordar? Dijo que me iba a dejar tiempo para pensar, pero continúa agobiándome. ¡Y yo estaba intentando fingir que no existía! Definitivamente voy a pasar de él por completo porque no gano para disgustos. Esta vez le bloqueo y borro el número. Bien... Por fin ha salido de mi vida. Bueno, no del todo. Todavía tengo el libro que me regaló y que debería tirar para no acordarme de él cuando lo mire. Pero es que se trata de *Orgullo y prejuicio*... ¡y para más inri en una edición tan antigua! Y, de todos modos, fue un detalle verdaderamente bonito porque seguro que era muy apreciado por su madre.

Me acerco a la habitación cojeando y observo la estantería con cautela. Minutos después estoy sentada en la cama con el libro en mi regazo. Es tan hermoso... Y huele tan bien, incluso me parece que quedan restos de su perfume entre las páginas, y quizá también del de su madre. Me habría gustado que me contara tantas cosas sobre ella... Siempre he pensado que yo era una persona capaz de romper los muros de los demás, pero en este caso me he equivocado y he acabado herida.

Ojeo el libro, deteniéndome en aquellas páginas más ajadas, hasta que descubro en una de ellas una frase subrayada.

«Aborrezco fingir, y no me avergüenzo de mis sentimientos. Eran naturales y justos».

La leo unas cuantas veces hasta que las palabras se me emborronan. ¿Fue su madre la que destacó esta cita o quizás él, esperando que yo la encontrara? De cualquier forma, confieso que descubrir cualquier rastro de los otros en un libro siempre se me antoja algo demasiado íntimo y especial, como una estela de la personalidad de esa persona.

Sin pensarlo más, paso una página tras otra en busca de más huellas. Unas cuantas hojas después me topo con otra frase subrayada y una anotación al margen que se ha medio borrado, por lo que no puedo entender lo que dice.

«Somos pocos los que tenemos suficiente valentía para enamorarnos del todo si la otra parte no nos anima».

Sí, parece como si hubiese sido él el que ha hecho esto, como si me estuviese dirigiendo por un tortuoso camino. ¡No estoy segura de nada! Sólo sé que me han venido unas ganas de llorar increíbles... ¡El maldito Abel me ha convertido en una de esas protagonistas de telenovelas cutres que se pasan los días lloriqueando por sus hombres!

Continúo con la búsqueda y me detengo al encontrar un papel diminuto cuidadosamente doblado. ¿Me ha dejado una nota? El corazón empieza a palpar de tal forma que pienso que me va a dar un ataque y me tiemblan tanto las manos que apenas puedo desdoblarlo. Pero cuando descubro un par de trazos, aprecio que no es su caligrafía, así que supongo que perteneció a su madre. Termino de abrirla y la leo con el estómago encogido:

Algún día encontrarás a tu señorita Bennet.

Cuida mucho de papá.

Te quiere,

M.

Inmediatamente se apodera de mí una gran tristeza. Me siento como una intrusa escarbando en estas páginas, así que doblo de nuevo la nota y la dejo donde estaba. ¿Por qué no se la ha quedado él? ¿Acaso la ha olvidado? No puedo evitar preguntarme si estaba muy unido a su madre, pero imagino que sufrió mucho tras su muerte. Si él fuese de otra forma y hubiéramos empezado la relación de un modo más sencillo, quizá algún día me lo habría contado. Y yo le habría acunado entre mis brazos y... ¡Joder, ya estoy llorando! Odio en lo que me ha convertido.

Como he dejado la puerta de la habitación abierta, escucho la llave de Cyn en la cerradura. Me apresuro a limpiarme las lágrimas y oculto el libro entre las sábanas.

—¡Sara! Mira quién ha venido a verte... —grita desde la puerta.

Me incorporo de la cama de un brinco. No me digas que... ¿Soy capaz de encontrarme cara a cara con él después de lo del sábado? ¿Ha venido para decirme que se queda conmigo en lugar de con Nina? Me echo un fugaz vistazo en el espejo de la cómoda y pongo cara seria para que piense que estoy enfadada, aunque una tonta sonrisa amenaza con estropear mi plan.

—¿Quién? —pregunto, asomando la cabeza por el resquicio de la puerta.

Cuando descubro a Santi al lado de Cyn se me cae el mundo a los pies.

¡Qué estúpida he sido! Pues claro que no es él... Puede que me haya venido a buscar otras veces, pero he sido lo suficientemente antipática como para que no quiera volver a intentarlo.

—Hola, Sara —me saluda Santi con timidez.

—Se ha empeñado en subir —dice Cyn, toqueteándose el pelo y arrugando los morros.

Mi ex la mira de reojo con mala cara. Yo me intento disculpar cuando ella no se da cuenta. Él alza una bolsa que lleva en la mano y me la enseña.

—Entro a trabajar a las cuatro y media, pero creo que nos da tiempo comer juntos —lo dice con mucha cautela. Imagino que tiene miedo de que le eche de casa o algo así porque se ha presentado una vez más sin avisar.

Pero hoy no tengo fuerzas para negarme y, en el fondo, tampoco tengo motivos. Quizá —y sé que puede parecer rastrero, pero es que no puedo más — Santi sea el adecuado para hacerme olvidar a Abel.

—Me parece estupendo —le contesto.

Cyn abre unos ojos como platos y yo, en cierto modo, me alegro.

—¿En serio? —Mi ex sonrío de oreja a oreja y deja la bolsa en la mesa.

—Pero ya tenemos comida, ¿verdad, Sara? —Se apresura a la cocina y la oigo soltar un bufido. Cuando vuelve, echa chispas por los ojos—. ¿No has preparado nada de comer? ¿Entonces yo qué?

—Se me ha pasado, lo siento —respondo con vergüenza.

—Aquí hay suficiente para los tres. —Santi saca los envases de comida para llevar y los distribuye por la mesa.

Hago gestos con los brazos a Cyn para suplicarle que se quede. Me parece bien que él coma aquí, pero de momento no puedo lograrlo sola. Sé que a Cyn no le hace ninguna gracia, pero para mi alivio acaba aceptando con un suspiro. Durante la comida tiemblo cada vez que ella abre la boca porque temo que diga algo inadecuado. Sin embargo, todo transcurre con absoluta normalidad y a las tres y media Santi me pregunta si quiero acompañarle hasta el coche.

—¿No ves que tiene mal el pie? —Cyn le mira como si fuese tonto.

—No me acordaba. Perdón —se disculpa de inmediato.

—No, si estoy bien. De todos modos, estoy harta de estar en el sofá. Tengo el culo plano.

Cuando estoy saliendo por la puerta le dedico a Cyn una sonrisita burlona y ella suelta un resoplido. ¡Me encanta hacerla enfadar, y lo cierto es que esta vez se lo tiene bien merecido! Durante unos minutos Santi y yo

caminamos en silencio hasta que él se decide a romperlo.

—¿Te acuerdas de aquella vez que empezó a llover de repente y tuvimos que cruzar corriendo la Plaza del Ayuntamiento? —me pregunta con una sonrisa.

—Claro que sí —respondo, echándome a reír—. Recuerdo que no parábamos de gritar y la gente se nos quedaba mirando como si estuviésemos locos.

Los cinco minutos restantes en los que tardamos en llegar al coche, los pasamos rememorando viejos tiempos. Durante estos momentos no puedo evitar pensar que, aunque no me hacía sentir completa, en cambio me otorgaba tranquilidad, y puede que sea eso lo que necesite en mi vida. ¿Por qué tengo que buscarme complicaciones? ¿Y si es el hombre de mi vida y lo dejo pasar sólo porque se me revolucionan las hormonas ante Abel? Le observo durante unos segundos para disfrutar de la calidez de sus ojos y me roza la mejilla con los dedos.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta, deteniéndonos en el coche.

Asiento con la cabeza y me atrevo a darle un abrazo. Noto que existe todavía algo de él en mi interior. Quizá aún tengamos la oportunidad de ser felices, aunque digan que segundas partes nunca fueron buenas. En el caso de Abel, no lo ha sido ni a la primera. Aprecio que Santi se sorprende ante mi abrazo, pero segundos después me rodea con sus brazos y yo aspiro su colonia, que me recuerda a la de Nenuco y me inspira inocencia, todo lo contrario que la de Abel. Me aparto de él, aunque me engancho a sus manos y se las aprieto en un gesto cariñoso.

—El viernes me quitan las vendas —le informo—. Podríamos ir al cine —¿Estoy haciendo bien?

—Podemos ver una de terror —propone. Sé que no le gusta, pero se está esforzando por ofrecerme aquello que antes no tuve y, en cierto modo, me parece un gesto bonito.

—Miraré a ver si hay alguna interesante.

Por el rabillo del ojo observo que se acerca alguien por la calle y giro la cabeza simplemente por instinto para ver de quién se trata. Pero eso es lo peor que podría haber hecho ya que veo acercarse a aquel chico que hizo la sesión de fotos conmigo en casa de Abel. ¿Cómo se llamaba? ¿Mateo? ¿Manolo? ¡Marcos! ¿Y si es su amigo? Presa del pánico, me intento tapar con el pelo, aunque la mala suerte me acompaña porque creo que me ha visto.

—¡Eh, eres tú! —Mierda, y encima me ha reconocido.



ME giro hacia él y me topo con su sonrisa. La que a mí me sale es muy forzada, aunque quizá como no parece tener muchas neuronas, no se dé cuenta. Está mucho más bronceado que la vez anterior, creo que incluso se ha pasado un poquito. Me doy cuenta de que todavía estoy agarrada a Santi, de modo que le suelto de inmediato. Marcos me da dos besos como si me conociera de toda la vida, a pesar de que en la sesión me trató como si fuese basurilla. Noto que se queda observando a Santi, así que reacciono y les presento.

—¿Qué casualidad! ¿Vives por aquí? —le pregunto, intentando aparentar normalidad, aunque sé que estoy alzando la voz más de lo normal.

Él niega con la cabeza y señala la tintorería que está en la esquina de la calle. He ido a ella unas cuantas veces porque sus dueños son personas muy amables y realizan un trabajo estupendo.

—Voy a hacerle un recado a Abel.

Abro la boca como una tonta. ¿Es que es su secretario o qué? ¿Es que acaso está tratando de espiarme y ha enviado a este tipo como topo? No, no puedo ser tan paranoica. Simplemente es una maldita coincidencia y, en el fondo, no es tan raro porque la tintorería es una de las mejores de la ciudad.

—¿Te pasarás algún día a hacer otra sesión? —me pregunta.

¿Por qué trata de hacerse el simpático? Recorro su cuerpo lleno de músculos y me estremezco, pero de repeluzno, porque me acuerdo de la vergüenza que pasé.

—Qué va, eso no es lo mío.

—¿Sesión? —pregunta Santi. Ay, es verdad, que todavía está aquí.

—Nada, unas fotos que me sacaron —le resto importancia.

—No lo hiciste nada mal —opina Marcos.

Mentiroso. ¿De qué va? ¡Si en esos momentos me miraba como si fuese una cucaracha! Le dedico una sonrisa, aunque está repleta de rabia y odio. Miro por el rabillo del ojo a Santi y me doy cuenta de que está muy serio y pensativo. Estará preguntándose por qué últimamente me encuentro con tantos hombres extraños. Me balanceo hacia delante y hacia atrás esperando que Marcos se marche, pero lo único que hace es mirarnos a Santi y a mí alternativamente.

—Perdona, es que Santi y yo estábamos hablando —acabo diciendo, harta de tantas miraditas y del incómodo silencio.

—Vale —asiente Marcos con una sonrisa. ¡Pero será tonto! No ha entendido lo que quería decirle. Carraspeo y arqueo una ceja hasta que, por fin, abre la boca y asiente como si hubiese descubierto América—. Ah, tú y él... —nos señala.

—Que te vaya muy bien —me inclino para darle dos besos porque no quiero contestar. Él los recibe con cara de estupor.

—¿Ya estás mejor de tu esguince? —continúa, señalándome el pie.

Pongo los ojos en blanco y asiento con la cabeza. Me estoy empezando a cansar. Últimamente tengo la paciencia de una santa, y eso que con los tíos como este musculitos la suelo perder muy pronto.

—Me alegro —se lleva la mano al mentón y se lo rasca, quedándose pensativo. Al cabo de unos segundos, suelta—: Le diré a mi hermano que estás bien.

Me quedo estupefacta. No entiendo lo que quiere decir. ¿Su... hermano? ¿De quién habla?

—¿Perdona?

—A Abel. Le diré que ya estás mejor —me dice, mirándome con el ceño fruncido—. Estaba bastante preocupado.

Esboza una sonrisa abierta llena de dientes impecablemente blancos. Y yo estoy aquí tiesa, tanto que al final las palomas se posarán en mí pensando que soy una estatua. Le sigo con la mirada cuando se va hacia la tintorería. ¡No me lo puedo creer! ¿Abel y el musculitos son hermanos? ¡Pero si no se parecen en nada! ¿Y por qué no me lo había dicho? ¡Ahora más que nunca me atrevo a pensar que realmente me quiere espiar y ha enviado al medio cerebro! Esto ya es pasarse de castaño oscuro. ¡Lo que tiene que aguantar una!

—¿Sara?

Santi tironea de mi manga y por fin salgo de mi sorpresa, aunque lo miro confundida durante unos segundos. Él me aparta un mechón de la cara y estudia mi rostro con detenimiento. ¿Habrá recordado que el tío al que le presenté la otra noche bajo mi portal se llama Abel? Espero que no, porque si empieza a bombardearme a preguntas me moriré aquí mismo. Lo único que deseo es que continuemos como hasta hace cinco minutos antes de que nos encontráramos con Marcos.

—Tengo que irme, se me hace tarde. —Me da un beso en la mejilla y yo

suspiro con alivio—. Te tomo la palabra para el viernes, ¿eh?

Asiento con una tímida sonrisa y me espero hasta que pone en marcha el coche y se pierde entre el tráfico. Cuando paso por la tintorería, veo a Marcos esperando a que le toque el turno. Acelero el paso por si acaso me descubre sola y decide salir a decirme alguna otra cosa. Durante el camino de regreso a casa, a pesar de lo corto que es, no puedo parar de pensar en Abel.

—Todavía no me puedo creer lo que estás haciendo —me dice Cyn mientras se lima las perfectas uñas. Las lleva pintadas muy rojas, a conjunto con el vestido que lleva.

—Bueno, al final he caído. —Sonrío al verme reflejada en el espejo. Últimamente me siento más guapa. He elegido unos pantalones color crema y una blusa blanca muy elegante para la ocasión. Creo que a él le gustará que me vista de este modo.

Cyn se sopla las uñas y a continuación me mira a través del espejo de arriba abajo. Al final asiente con la cabeza, como dándome su aprobación. Se levanta de mi cama y me arregla el cuello de la blusa. Después se acerca al tocador y busca un colgante y unos pendientes.

—Estos quedan bien —me dice mientras me los pone.

—Gracias por todo. —Le doy un beso.

Ella pone los ojos en blanco y asiente, restándole importancia. Miro la hora en el móvil y me echo las manos a la cabeza. ¡Por dios, que voy a llegar tarde! Salgo de la habitación subida en unos tacones bajos —aunque ya no tengo la venda y el esguince era pequeño, no quiero arriesgarme— que me ha dejado mi amiga y que, sorprendentemente, son de mi tamaño. Me pongo la chaquetita y me reviso en el espejo.

—Estás muy guapa. —Cyn está apoyada en el marco de la puerta de mi habitación.

—¿Tú qué vas a hacer hoy? —le pregunto, pintándome los labios.

—Iremos a cenar, a dar una vuelta... Y después no sé.

Me despido de ella con una sonrisa y bajo las escaleras a toda prisa. Incluso me siento un poco nerviosa, a pesar de que soy yo misma la que ha elegido este camino. Seguro que él ya me está esperando bajo, con una sonrisa y con el mejor traje que haya encontrado en el armario. Abro la puerta del portal y estiro el cuello con la intención de buscar su coche.

—¡Eh, Sara! —me llama.

Me apresuro a alcanzar el automóvil, pero con los tacones de Cyn, a pesar de ser bajitos, se me hace difícil. Cuando llego, me mira con una

enorme sonrisa y me da un suave beso en los labios.

—Estás preciosa.

Santi me abre la puerta del coche y yo entro en él. Nos dirigimos al Teatro Central para ver una versión moderna de *El retrato de Dorian Gray*. Todavía no sé cómo ha conseguido las entradas, porque la verdad es que se agotaron muy pronto. Hoy, quince de marzo, es el estreno, y me hace especial ilusión. Mientras conduce le echo un vistazo y sonrío al comprobar que se ha puesto muy guapo. Lleva un traje muy elegante y una bonita corbata. Le brillan los ojos de un modo especial. Sé que está contento de que lo estemos intentando una segunda vez y, en cierto modo, yo también lo estoy. A Cyn no le hace tanta gracia, pero lo ha acabado aceptando, a pesar de que se ha pasado una semana entera diciéndome que si no voy a Barcelona es que estoy loca.

Cuando llegamos al teatro ya hay un montón de gente en la entrada. Nos ponemos en la cola y cuando pasamos al interior, me sorprende que el acomodador nos lleve a las butacas de la segunda fila. ¡Esto es maravilloso! Santi se habrá gastado mucho dinero. Cuando nos sentamos apoyo una mano sobre la suya y se lo agradezco con la mirada. Él tan sólo asiente y esboza dos palabras silenciosas que, sin embargo, puedo leer en sus labios: «Te quiero».

Yo giro la vista porque no me atrevo a decírselo todavía. Es demasiado pronto. Llevamos intentándolo tan sólo una semana y media y no quiero ir demasiado rápido. Se me dispara la mente y me paso un rato divagando hasta que rebajan las luces y empieza la obra. Durante hora y media suelto exclamaciones, me asusto, me enfado y al final, lloro. La obra de Oscar Wilde siempre ha sido una de mis preferidas y lo cierto es que esta versión ha sido muy buena.

—Santi, ¿puedes esperar? Me gustaría conseguir un autógrafo del actor principal —le digo, cuando nos levantamos para salir.

Sigo a aquellas personas que se dirigen al vestíbulo con la intención de hacer preguntas a los actores, todos ellos futuras promesas. Creo que no sólo se lo pediré al que interpretaba a Dorian, sino también a la chica que ha hecho el papel de Sybil. Me ha parecido una actuación conmovedora. Me abro paso a empellones y logro acercarme un poquito más, pero aún hay mucha gente delante de mí. Además de devotos del teatro, también ha acudido la prensa para cubrir el evento. Los flashes de las cámaras iluminan a los actores que saludan con una gran sonrisa en el rostro. Yo intento acercarme un poco más.

Pero entonces el corazón se me para.

No puedo respirar. Me voy a ahogar en cualquier momento.

Él está allí, con su Canon en las manos y su sonrisa de suficiencia en el rostro. Está hablando muy animado con la actriz principal. Ella se atreve a apoyar una mano en su hombro. Sin duda, están coqueteando.

Le odio porque está guapo a rabiar. Incluso con ese aspecto de fotógrafo despreocupado —una camisa blanca, unos vaqueros y el pelo revuelto— es el más atractivo del lugar. Todas las mujeres lo notan en sus carnes. Todos los hombres se ven amenazados por él.

No puede verme. No quiero. Si se atreve a acercarse, me desmayaré aquí mismo. Intento que el corazón recupere sus latidos habituales, pero es como si se hubiese borrado de mi pecho. Camino hacia atrás sin apartar la mirada. Odio cómo se inclina a la chica para decirle algo al oído. Detesto cómo ella se echa a reír. ¿Me ha olvidado tan fácilmente? Bueno, en realidad la que debería quejarse es su novia. Sin embargo, yo me siento como una mierda ahora mismo. Salgo del batiburrillo de gente y busco desesperada a Santi. Le encuentro fuera fumando y yo aspiro con fuerza para recuperar aire.

—¡Sara! ¿Qué te ocurre? —me pregunta, al verme boquear.

—Nada... Sólo había demasiada gente —digo entre jadeos cuando por fin puedo hablar.

Le pido que nos vayamos de allí. Quiero alejarme lo más rápido posible. No puedo estar cerca de él porque mis sentidos pierden la cordura. Sí, vuelvo a estar loca. No, en realidad siempre lo he estado. Por él. No le he olvidado. De todos modos, era demasiado rápido hacerlo en tan sólo una semana. Pero no pensé que sería así cuando lo viera de nuevo: los pinchazos del corazón me duelen demasiado. Me limito a asentir con la cabeza a las preguntas que Santi me hace cuando regresamos a casa en su coche.

—¿Puedes subir? Cyn se ha ido —le digo cuando se detiene ante la puerta.

Se queda parado, como si le hubiese pillado de improviso mi propuesta. Al cabo de unos minutos encuentra una plaza libre y aparca el coche. Yo me he apeado en cuanto ha frenado porque el nudo en el estómago me aprieta demasiado. Le cojo de la mano y corro al portal, el cual han dejado abierto. Supongo que Santi se va a pensar lo que no es, porque lo único que quiero es que se quede conmigo esta noche para no estar sola. Pero, ¿cómo decírselo? En cuanto pongo la llave en la cerradura él ya me está abrazando por detrás y dándome pequeños besitos en la nuca. Me estremezco por las cosquillas y me

dejo hacer.

—Te he echado mucho de menos —me susurra mientras nos dirigimos a la habitación.

Una vez allí me tumba en la cama y me empieza a besar por el cuello. Cuando sus labios rozan los míos, intento vaciar la mente. Trato de disfrutar de sus caricias y de su cariño. Sin embargo, al cerrar los ojos la cara de Abel se dibuja en mi cabeza. Por más que trato de luchar contra él, no lo consigo. Santi me acaricia la cintura, asciende por mi vientre y se detiene en mis pechos. Pero no es igual. ¿Dónde están los fuegos artificiales que siento con Abel? Con esto sólo voy a conseguir hacerle daño. Y no se lo merece. Santi es una de las personas más buenas que conozco. No puedo mentirle. No debo continuar engañándome.

—Santi, no... —Intento apartarlo de mí, pero él se aferra a mis caderas y trata de besarme de nuevo en los labios. Yo giro la cara y niego—. No puedo.

Lo intenta un par de veces más hasta que se da cuenta de que voy en serio. Se hace a un lado de la cama y me observa con confusión. No puedo mantenerle la mirada porque me siento avergonzada. ¿Qué he hecho? He intentado vivir una mentira con tal de no sufrir riesgos, y lo único que he hecho ha sido darle ilusiones. Lo miro de reojo con cautela; sin embargo, no encuentro en su rostro señal alguna de enfado.

—¿Hay otra persona? —me pregunta muy serio.

Asiento con la cabeza y me echo a llorar. Santi se levanta de la cama y viene a mi lado. Me mira desde las alturas y yo no puedo dejar de sollozar.

—Lo... lo he... intentado... De... verdad... —digo entre hipidos.

Me acaricia el pelo y suelta un suspiro. Yo alzo la cabeza y me topo con su mirada.

—Es ese tal Abel, ¿verdad? No has resuelto el asunto con él. —Esboza una triste sonrisa.

—Lo siento...

—Sabes que estaré aquí si me necesitas —Se acuclilla y me coge de las manos, dándome un beso en el dorso de cada una—. Pero esta noche es mejor que me vaya, ¿no?

Murmuro un débil sí y me dispongo a acompañarlo a la puerta, pero se empeña en que me quede en la cama. Me da un beso en la coronilla y antes de salir del cuarto, se gira y me dice:

—Espero que por su bien te trate como te mereces.

Yo me tapo el rostro con las manos y me echo a llorar con más fuerza.

Al cabo de unos segundos escucho cerrarse la puerta. Me siento sola y vacía, además de tonta y mala persona. He querido probar en mi piel aquel dicho de que un clavo saca a otro y, por desgracia, no ha funcionado. Abel está demasiado estacado en mi piel y no sé cómo sacarlo.

Unos quince minutos después intento dormir porque el cansancio me inunda el cuerpo, pero no lo logro. Cada vez que cierro los ojos pienso en él: escucho su voz, veo sus ojos, noto sus dedos recorriendo mi piel. ¿Pero qué me ha hecho? Me voy a volver loca. Doy vueltas y vueltas en la cama durante una hora hasta que decido conectarme un rato para ver alguna serie. Como es habitual en mí, abro el Facebook de paso. Eva me ha enviado un mensaje privado con una canción de las que le gustan y me han invitado a unas cuantas páginas. Pero además, tengo una solicitud de amistad.

Y el corazón se me vuelve a parar. Esta noche voy a morir.

¿Quiero confirmar la solicitud de Abel Ruiz? No había pensado que podía tener Facebook y me buscara en él. No debería... Omitir, omitir... Pero mi dedo se guía por lo que le grita el resto del cuerpo y acepto. Movida por un presentimiento, enciendo el chat.

Está conectado. Pero no le voy a hablar...

Entonces me abre él una ventana y las manos me empiezan a sudar.

—¿Estás con él? —El corazón se me dispara en la cavidad torácica. ¿Qué? ¿Cómo sabe...? —contesta, Sara. ¿Está él ahí contigo?

—No. —Tecleo rápidamente y se lo envío.

—¿Por qué has ido al teatro con él?

—Me ha invitado —respondo.

—¿Estás saliendo con él?

No sé qué responderle porque en realidad no estoy con Santi, aunque haya intentado retomar la relación. No suelo mentir ni siquiera por internet, pero ahora no me apetece darle ninguna explicación:

—No. Hemos ido juntos porque somos buenos amigos.

—Las relaciones con los exnovios no suelen terminar bien.

Me cabreo un poco. ¿A qué viene ahora todo esto cuando él es quien tiene novia y, sin embargo, va tonteando con otras? Con el estómago encogido veo que está escribiendo un nuevo mensaje.

—¿Dónde estás? —pregunta ahora.

—En casa.

Su respuesta me llega inmediatamente y me sacude todo el cuerpo. Una excitante cosquilla aparece en mi estómago.

—¿Quieres que vaya? Di tan sólo que sí y estaré allí en diez minutos.

¡No! Ahora estoy demasiado susceptible. Si viene, habré caído de nuevo en sus garras. Nos acostaremos y después él volverá con Nina y actuarán como una pareja mientras yo me arrastro a mi cubil oscuro. Tengo que demostrarle que soy independiente, que tengo amor propio y que no puede tenerme siempre que le dé la gana.

—Voy a dormir. Estoy muy cansada.

Espero su respuesta, pero no llega. Pasa un minuto, dos, tres, así hasta cinco, y continúa sin contestar. Pues no voy a pasarme todo el rato plantada como una tonta ante la pantalla esperando que diga algo. Abro otra ventana y me pongo a buscar alguna película para olvidarme de todo por un rato. Cuando estoy a punto de ponerme la peli, el pitido del Facebook me avisa de que tengo mensaje.

—OK. Entonces te veré mañana ;)

—No voy a ir. Lo siento.

Y desconecto el chat. El corazón me vuelve a latir a mil por hora, pero es lo que debía hacer. Ahora sé que en realidad piensa en mí y que no se ha ido a la cama con la actriz del teatro... Aunque quién sabe si tendrá su teléfono y la llamará ahora que le he dado calabazas. Con el corazón en un puño me pongo a ver la película y a la mitad, bien entrada la madrugada, me quedo dormida. Duermo intranquila, dando vueltas en la cama y sudando a mares. Sé que tengo pesadillas y en un momento dado escucho la risa de Cyn, aunque no sé si es alguna alucinación a causa de la fiebre que debo estar sufriendo. Cuando dan las cinco me levanto y me encamino a su cuarto porque me está dominando el pánico. Ni siquiera enciendo la luz, pero a través del reflejo de las farolas que se filtra por la ventana me doy cuenta de que hay dos bultos en la cama.

—¿Sara...? —pregunta Cyn con voz somnolienta.

—Lo siento, no sabía que estabas acompañada —susurro.

—Ven aquí. —Se echa a un lado, arrimándose más a Kurt, y me deja un pequeño hueco al borde de la cama, que en realidad es bastante grande.

Como los tres somos delgados, cabemos, a pesar de que es un poco incómodo. Pero esta noche no me importa tener el cuello medio torcido. Cyn me abraza y me pregunta qué sucede. Le cuento lo sucedido y ella me acaricia el pelo mientras yo vuelvo a descargar el torrente de lágrimas. A su lado, Kurt ronca ajeno a nuestra conversación.

—Si no lo intentas, te quedarás siempre con la duda —murmura a mi

oído cuando yo ya estoy medio dormida.

Algo me despierta al cabo de un rato. O al menos eso me parece... porque me duele todo el cuerpo. Giro la cabeza y veo que Cyn y Kurt todavía duermen. Lo que me ha hecho abrir los ojos es la *despertà*, cómo no... Ya están los falleros molestando de buena mañana. No entiendo cómo estos dos no escuchan nada. Me duele la cabeza como si tuviese resaca... ¿Qué hora será? Miro el reloj de mesita de Cyn... Las siete y media. Y entonces recuerdo los mensajes de anoche y me levanto de un salto de la cama. Me tropiezo con los zapatos de mi amiga y por poco me caigo al suelo.

—¡Eh! ¿Pasa algo? —Ella se incorpora con los ojos medio cerrados.

—¡Me voy! —exclamo corriendo hacia a mi habitación.

Saco los libros de la mochila y empiezo a meter ropa dentro sin detenerme muy bien a ver de qué se trata. A continuación me quito el pijama y me pongo ropa cómoda, porque voy a tener que correr bastante. Cuando me estoy calzando las deportivas, Cyn entra en la habitación rascándose los ojos. Tiene la cara hinchada y el maquillaje corrido.

—¿A dónde vas?

—¡A Barcelona! —grito, presa del pánico porque pasan de menos veinte.

—¿En serio, tía? —Ella también grita y se pone a menear las caderas. Kurt aparece preguntando entre gruñidos lo que sucede. Cyn se gira y le dice, toda emocionada—: ¡Sara se va a Barcelona con Abel!

La aparto de un empujón y corro al baño. Pareceré una guarra, pero no me da tiempo a ducharme. Me lavo la cara con vigor para despertarme por completo y me cepillo el pelo con rapidez. Meto el peine en el neceser, junto con el maquillaje, toallitas y todo lo necesario para el viaje. Cyn me espera en el comedor con la mochila.

—¿A qué hora tienes que estar?

—¡A las ocho!

—¡Joder, pues entonces ya puedes poner la primera!

Le doy un abrazo y ella me aprieta contra su pecho. Cuando me separo, está a punto de echarse a llorar. ¡Pero qué tonta es! Kurt y ella me despiden con la mano cuando salgo por la puerta y me lanzo escaleras abajo.

—¡No le digas a Eva nada! —le aviso desde el primer piso.

—¡Tranquila, tú sólo disfruta!

Cuando salgo a la calle son menos diez. ¡Joder, no recuerdo a cuántos minutos estaba su piso! O... espera: ¿se supone que es allí adonde debo ir o a

aquella casa a la que me llevó y no descubrí dónde estaba? ¡Mierda, no sé qué hacer, pero igualmente el único sitio al que sé ir es el estudio! Maldita sea la hora en la que borré sus números, porque ni siquiera le puedo llamar para confirmar el lugar.

Corro calle abajo con la mochila a cuestas, entre falleros que caminan con el rastro de la fiesta de la noche anterior en sus caras. Tengo que esquivar a unos cuantos y pedir a otros que por favor me dejen pasar. Cruzo los pasos de cebra sin ni siquiera mirar si vienen coches. La gente me mira como si estuviese loca, y puede que lo esté, porque es la decisión más precipitada que he tomado en mi vida. Aunque no sé si en mi subconsciente la idea de acudir a la cita ha estado presente desde el primer momento en que me lo propuso.

A las ocho y dos minutos me encuentro en la calle paralela a la de su estudio. Acelero con el corazón golpeándome en la garganta. Me duele el costado y me falta la respiración, pero no puedo parar. Miro a mi izquierda por si descubro su coche, pero no lo veo aparcado por ningún lado. Quizá lo tiene en un garaje. Giro la esquina y corro hacia su finca, mirando hacia el balcón por si está asomado esperándome, pero me encuentro con que la ventana está cerrada. Por favor, no puede haberse marchado... No cuando he decidido venir. Llamo al timbre. Espero treinta segundos, un minuto, dos. Vuelvo a llamar, pero nadie contesta. Desesperada lo aprieto una y otra vez sin resultados.

Me echo a llorar porque imagino que esta era mi última oportunidad.



¿QUÉ voy a hacer ahora? Inmediatamente pienso en Cyn, ya que ella tiene su número. Saco el móvil y marco las teclas, equivocándome un par de veces. Al fin acierto y me lo llevo a la oreja esperando que mi amiga conteste, pero la muy cabrona debe de estar durmiendo o practicando sexo con Kurt, y me inclino más por lo segundo. ¡Mierda! Ha sido la decisión más arriesgada que he tomado en mi vida y me ha salido mal. ¿Por qué no le dije anoche que le acompañaría? Ha sido una estupidez querer hacerme la dura.

Escucho que alguien me está abriendo la puerta. La empujo con el pulso acelerado y me meto a trompicones en el patio, lanzándome escaleras arriba como una posesa. El corazón se me va a salir por la garganta al pensar que me ha esperado. Me muero de ganas por verle, por saber cómo va vestido, por aspirar su aroma matutino. Sin embargo, cuando alzo la vista me topo con un Marcos somnoliento. Tiene la cara hinchada y se queda estupefacto al verme subir las escaleras de ese modo.

—¿Sara? —pregunta como un tonto.

—¿No ves que sí? —Me detengo ante él sin apenas poder respirar—. ¿Dónde está Abel?

—Pues... ha salido hará unos diez minutos. Se va a Barcelona.

—¡Eso ya lo sé! —exclamo con los puños apretados.

—¿Habías quedado con él? —Se lleva una mano a la boca para contener un bostezo.

Muevo la cabeza con desilusión. No sé qué cojones hago hablando con este tonto que no me va a aclarar nada. Pero entonces, se me enciende una bombilla en la cabeza.

—¡Por favor, llámalo! —Estiro las manos para agarrarlo, pero me detengo con un gesto de asco al ver que va sin camisa. Ni me había fijado. Ugh, demasiados músculos para mí.

—Está bien —murmura él, metiéndose en el piso. Yo le sigo pegada a su trasero y observo todos sus movimientos con los nervios a flor de piel—. ¿Qué le digo?

—¡Que estoy aquí! ¡He venido para irme con él! —Ya estoy empezando a perder la paciencia como cada vez que me encuentro con este chico.

Él trastea en el móvil durante unos segundos que se me antojan eternos.

¡Dios! ¿Por qué es tan lento? A punto estoy de arrebatarse el teléfono y llamar yo misma, pero me contengo porque no quiero parecer una desesperada. Le escruto mientras se lo lleva a la oreja y da un par de pasos de un lado a otro mirándome con curiosidad. Al fin, cuelga.

—Pues no lo coge —me informa, encogiéndose de hombros.

—¡Llámalo otra vez! —grito.

Me mira con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto en la cara. Vale, seguro que piensa que estoy loca, pero en estos momentos eso no es algo que me importe. No puedo dejar de mordermelas uñas mientras él llama un par de veces más a Abel. Niega con la cabeza tras la tercera.

—Debe de estar conduciendo —dice, dejando el móvil en el mueble de la entrada.

—¡Joder! ¿Y no lo escucha? —Me llevo las manos al pelo y me retuerzo un mechón.

Marcos se queda unos segundos mirándome y al fin, me dice:

—Lo suele llevar en silencio cuando va en el coche. Pero quizá todavía esté en el garaje. ¿Por qué no vas y lo compruebas?

Un nuevo atisbo de esperanza me ilumina el corazón. Me lanzo contra él y le doy un efusivo abrazo. Se queda muy rígido y echa un par de vistazos a una puerta abierta. Me la señala con un gesto y llego a la conclusión de que estará con alguna conquista.

—Lo siento —susurro. Me giro dispuesta a salir pero, cuando voy a cerrar la puerta, me detengo como una tonta y le pregunto—: Esto... ¿Y dónde está ese garaje?

—Al final de la calle —Coge unas llaves que están en el mueble y me las tiende—. Toma, las necesitarás para abrir la puerta —me guiña un ojo—. Pero en cuanto le encuentres, devuélvemelas.

Asiento con una sonrisa y corro escaleras abajo una vez más. Me está empezando a entrar flato, pero apenas me doy cuenta de ello. Siento que esta vez es mi oportunidad y que Abel tiene que estar todavía en el garaje. Porque si no, me moriré. Me arrepentiré toda la vida y el remordimiento no es un buen sentimiento con el que vivir. Nada más salir a la calle, el tobillo se me resiente. Sabía que no debía correr, pero no tengo alternativa. Medio cojeando, acabo llegando a la puerta del garaje. Está cerrada, pero no tiene por qué significar que se ha marchado de allí. Lucho con el cerrojo y al fin, consigo abrirla. Está muy oscuro cuando entro, por lo que no puedo distinguir los coches hasta que no pasa un ratito.

—¿Abel? —pregunto en voz bajita. ¿Pero cómo me va a escuchar así?—  
¡Abel! —le llamo, alzándola.

No obtengo respuesta, y tampoco escucho a nadie allí dentro. Aunque, a decir verdad, es un garaje bastante grande, pues tiene una segunda planta. Quizá su plaza esté arriba. Camino por entre los coches, todos ellos magníficos. Supongo que se trata de automóviles de gente adinerada. Ahora entiendo por qué Abel guarda el suyo aquí, ya que en cualquier otro lugar sería un poco peligroso. Al cabo de unos minutos y tras haber recorrido todo el garaje, me doy cuenta con pesar de que no está. En fin, que se ha marchado. Los encuentros inesperados les suceden a las protagonistas de las comedias románticas, pero no a mí. No soy una Bridget Jones ni una Carrie Bradshad, tan sólo soy la estúpida Sara.

Con el estómago encogido, salgo del garaje y cierro la puerta con lentitud. Camino unos cuantos pasos con la cabeza gacha. El tobillo me está dando pinchazos, así que me derrumbo en el borde de la acera y escondo la cabeza entre las manos. No me lo puedo creer. ¡No concibo que me sienta de este modo! Por mi cabeza pasan las peores imágenes: Abel acostándose con Nina en Barcelona, Abel acostándose con modelos en Barcelona, Abel acostándose con cualquier mujer en Barcelona. Sollozo como una chiquilla al comprender que nunca más me va a besar a mí y llego a la conclusión de que jamás en mi vida voy a sentir lo que con él. En toda mi existencia no había creído a esas mujeres que hablan de sensaciones mágicas, de sentimientos a punto de hacerles explotar el cuerpo, de almas gemelas... ¡Y ahora soy yo una de ellas!

Unos zapatos se plantan ante mí. Están un poco viejos y son bastante feos. Vaya, algún transeúnte que se ha fijado en mí y desea hacer su buena acción diaria. Alzo un poco los ojos y me topo con un pañuelo de papel. No me apetece nada explicar lo que me sucede, así que espero que le baste con que acepte el pañuelo. Lo cojo con manos temblorosas, sin levantar la cabeza porque me siento totalmente ridícula, aquí tirada en la acera con semejante disgusto. A lo mejor piensa que soy una de esas falleras borrachas a las que el alcohol les ha sentado mal. Me sueno la nariz con un ruido tremendo, esperando que mi acompañante se marche de allí, pero sus pies continúan sin moverse.

—Siempre te encuentro llorando —dice una voz familiar.

Alzo la cabeza como movida por un resorte y nuestras miradas se encuentran. La suya, un tanto burlona; la mía, preñada de ilusión. Ahora sí

que no me lo creo. No puedo ser tan afortunada. Él se acuclilla ante mí y me aparta de la cara los mechones mojados. Tengo ganas de gritarle por hacerme sufrir de este modo, pero también deseo abrazarlo. Su iris azul se clava en el mío y algo se retuerce en mi interior.

—Vi las llamadas de mi hermano al ir a poner gasolina —me explica, en voz baja. Incluso tan sólo diciendo eso, tiene un matiz sugerente—. Le llamé y me contó que habías acudido buscándome como una loca.

—¡No es cierto! —me quejo, apretujando el pañuelo entre las manos.

Él arquea una ceja y se me queda mirando. Vale, no debo de tener muy buen aspecto, así que esta vez no llevo la razón. Acabo asintiendo y esbozo una sonrisa. Me la devuelve y segundos después estamos riéndonos a carcajadas.

—Mi pequeña histérica —murmura, con sus labios muy cerca de mí. Aspiro el aroma de su aliento, que esta vez huele a café. Me muero por besarle, pero no me atrevo hasta que lo haga él—. ¿Entonces has decidido acompañarme a Barcelona?

—Sí —digo en un susurro, navegando por las aguas de sus ojos.

—No sabes lo que me alegra —Me acaricia la mejilla y posa sus labios sobre ella. Son tan cálidos y suaves—. Estoy seguro de que no te arrepentirás —frota su nariz contra mi piel y yo no puedo evitar sentir una oleada de placer.

Me ayuda a levantarme y se queda mirando mi mochila con un gesto de incredulidad, aunque no dice nada. Ya, imagino que llevo muy poco equipaje, pero tenía demasiada prisa. Y ahora mismo me estoy arrepintiéndome, ya que no sé si voy a necesitar más ropa o si él tenía planeado llevarme a algún lugar bonito, de esos a los que estará tan acostumbrado a visitar y a los que tienes que acudir con ropa elegante.

—Voy a llevarle las llaves a Marcos, ¿vale? —Alarga la mano para que se las dé. Cuando nuestros dedos se rozan, un sinfín de cosquillas me altera el cuerpo. ¡Dios, y tan sólo son las ocho y pico de la mañana! ¿Cómo van a ser unos cuantos días enteros con él? Aunque tampoco estoy segura de cuántos son en realidad porque no lo ha mencionado—. Vuelvo enseguida. —Me besa la punta de la nariz y me deja allí como una tonta.

Observo sus estilosos andares de felino. Me vuelve loca cuando lleva esos vaqueros negros ceñidos, que le dibujan a la perfección su trasero. Y tiene una espalda tan perfecta con esa camisa arremangada... No es demasiado ancha, tiene el tamaño adecuado para mi gusto. Uf, es una espalda

que me gustaría recorrer a besos, arañar con mis uñas, besar, morder, aferrarme a ella mientras me hace el amor... ¡Guau, cómo me he puesto en cuestión de segundos! Mi imaginación se ha vuelto una perversa por su culpa. Pero no lo puedo evitar, desde la última vez en los baños del restaurante tengo unas ganas locas de estar en la cama con él.

Un par de chicas con cara de cansancio se me quedan mirando sonrientes cuando pasan por mi lado. Supongo que les parezco graciosa porque no paro de moverme de un lado a otro. Es que estoy tan emocionada... ¡Aún me parece increíble que me vaya de viaje con él! Bueno, no vamos a estar los dos solos, pero no importa. Cuando me mira con sus salvajes ojos me da igual el resto del mundo. En ese momento escucho la puerta del portal y al girarme, veo que me hace un gesto con la mano para que vaya hacia allí. Me coloco bien la mochila y me apresuro a alcanzarlo. Cuando estoy a unos metros, adelanta su mano y me sonrío. Puedo ver su dentadura perfecta y sé que quiero pasar la lengua por ella. Al llegar junto a él, me coge de la mano y yo suelto una risita de tonta. Joder, es que me siento como si fuese su novia y estas fuesen nuestras primeras vacaciones juntos. Me da otro beso en la mejilla y yo no puedo evitarlo: alzo los brazos y me aferro a su cuello, anhelando notar su calor corporal en mi piel. Me aprieto contra él y aprecio que se pone tenso.

—¿Pasa algo? —le pregunto cuando me aparta con suavidad.

—Nos tenemos que ir ya —responde sin borrar la sonrisa de la cara. Pero no sé por qué, le noto diferente.

Pienso que me va a dar la mano otra vez cuando echamos a andar, pero lo que hace es metérselas en los bolsillos. ¿Hay algo aquí que no marcha bien o me lo parece a mí? ¿Acaso se ha desilusionado de mí? ¿No siente ya aquella pasión de la que me ha hablado varias veces? Porque yo sí; demasiada. Y me da miedo imaginar que a él ya se le ha pasado el calentón. Joder, ahora me estoy empezando a arrepentir de haber venido. Creía que se iba a mostrar más entusiasmado. A mí, en cambio, me ha faltado babear y dar unas cuantas vueltas delante de él moviendo el trasero. ¿Qué hago? ¿Me vuelvo a casa y me dejo estar de tonterías?

Pero no me da tiempo a pensar más porque llegamos a la esquina de la calle y descubro su coche aparcado en doble fila. Y en él hay dos personas: un chico y una chica. Ella está sentada en la parte trasera y él en el asiento del copiloto. Uhm, vale, sabía que no íbamos a estar solos, pero pensaba que al menos haríamos el viaje en coche como unos tortolitos.

—¡Hola! —exclama la chica, alzando una mano cuando nos acercamos.

La observo durante unos segundos. Es realmente guapa y tiene un aspecto muy moderno. Lleva el pelo corto y de color rosa, y un maquillaje perfecto. La verdad es que me encanta su estilo.

—Soy Judith.

Se apea del coche y me doy cuenta de que es muy bajita, pero parece un terremoto. En cuestión de segundos aprecio que tiene un montón de energía. Se pone de puntillas y me da dos besos. Yo le sonrío un poco nerviosa, porque conocer gente no se me da demasiado bien. Aunque luego me suelte, soy un poco tímida al principio.

—Yo soy Sara.

¿Les habrá hablado de mí? Le noto a mi espalda, aunque bastante alejado. Entonces se pone a mi lado y le veo apoyar una mano en el hombro de la chica. No obstante, en este caso no descubro ningún signo de coqueteo entre ellos. Qué extraño, con lo don Juan que es, pensé que todas le gustaban, y mucho más si son mujeres bonitas. También me parece inusual que Judith no lo mire embobada, como hacemos todas las demás. Me da un poco de envidia. Yo era antes igual de dura que ella.

—Judith forma parte de mi equipo —me informa Abel—. Es una de las mejores maquilladoras.

Asiento con la cabeza. Vale, ahora entiendo que vayamos acompañados. No sé nada acerca de fotografía, así que no sabía que los fotógrafos disponían de un equipo profesional. Todo esto es nuevo para mí y debo de parecer un poco tonta. Por el rabillo del ojo observo un movimiento: se trata del chico que está sentado delante. También ha bajado del coche y se acaba de situar al lado de la chica.

—Así que vamos a tener compañía —dice, con una voz grave—. Y por lo que veo bastante buena.

Yo agacho la cabeza porque me siento incómoda cuando me dicen algún piropo, así que sólo le puedo ver los zapatos de piel. Son bonitos y están muy relucientes. Cuando alzo el rostro, descubro que el chico está tendiéndome la mano.

—Soy Eric, su asistente —Levanta la barbilla en dirección a Abel.

Por fin le miro a la cara. La verdad es que es bastante guapo. En realidad, es muy atractivo. Podría decirse que casi tanto como Abel, aunque de forma distinta. Tiene el pelo rubio oscuro y corto y unos ojos de color avellana muy bonitos. Está un poco serio, así que puedo apreciar su

mandíbula y pómulos muy marcados que le dan un aire a chico malo, aunque por otra parte hay algo en él que transmite confianza.

—Si Abel me hubiese dicho que iba a acompañarnos una chica tan guapa, me habría puesto mis mejores galas —dice con su voz ronca, y esboza una sonrisa que le suaviza los rasgos. Me recuerda un poco a James Dean en sus años mozos.

Ante tantos halagos, no puedo evitar ponerme roja. Noto que las mejillas me arden. Y por lo que parece, Abel también se ha dado cuenta porque siento su mirada clavada en mí. Y creo que no está demasiado contento. Pues oye, la culpa es suya, que le pare los pies a su asistente, que yo no lo conozco de nada. Pero de todos modos, la actitud de este chico no es la misma que la suya: a pesar de sus piropos, me parece que no está intentado coquetear conmigo, sólo trata de ser simpático. Y, como he dicho antes, su sonrisa hace que me sienta bien.

—No le hagas caso —interrumpe en ese momento Judith—. Eric siempre está igual. Ya te irás dando cuenta.

—¡Qué voy a hacer si me encantan las mujeres! —Se encoge de hombros de forma divertida.

—Lástima que con nosotras no puedas —Judith se dirige a mí y me guiña un ojo—. ¿Verdad que no, Sara?

Niego con la cabeza dibujando una sonrisa. Ya me siento un poco más tranquila. Ella es la clase de chica con la que sé que puedo llevarme bien. A diferencia de Nina. Pero bueno, no quiero pensar en ella en estos momentos porque ahora soy yo la que tiene a Abel justo al lado, aunque no haya sonreído ni un sólo momento desde que hemos llegado al coche.

—¿Nos vamos? —pregunta, caminando hacia su lado.

Judith asiente con la cabeza y vuelve a su asiento. Eric se me queda mirando antes de subir, y yo le dedico una sonrisa nerviosa.

—¿Quieres dejar la mochila en el maletero? —me pregunta, señalando el bulto de mi espalda—. Seguro que cabe.

Asiento y cuando se la voy a dar, aparece Abel y me la arranca de la mano con violencia. Yo me quedo estupefacta. Cuando se va hacia el maletero y nos deja solos, Eric se echa a reír y me dice en voz baja:

—Me encanta hacerle rabiar. Es muy fácil.

Abel vuelve y nos mira con la ceja arqueada. A continuación me coge del brazo con fuerza y me sienta en la parte delantera del coche. ¿Pero no iba aquí Eric?

—Espero que no te importe que ella ocupe tu lugar —le dice.

—Por supuesto que no. —Eric esboza una sonrisa y añade—: Pasaré el viaje muy bien acompañado —Gira la cabeza hacia Judith, y esta pone los ojos en blanco con una gran sonrisa.

Cuando todos nos encontramos en nuestros asientos con los cinturones abrochados, Abel arranca y pone la primera. En cuestión de segundos nos sumergimos en el tráfico de la mañana. Como es normal estos días, casi todas las calles están cortadas debido a las Fallas, así que tenemos que dar unos buenos rodeos. Cuando conseguimos alcanzar la autopista, casi han pasado cuarenta y cinco minutos. Judith se ha pasado casi todo el rato despotricando contra las Fallas y los falleros. El viento es demasiado fuerte y le pido a Abel que baje la capota.

—¡Perfecto, así podremos hablar! —exclama Judith, dando palmas. Me recuerda un poco a Cyn, aunque tan sólo por lo alegre que es.

—¿Graciella y Damián van directos? —pregunta Eric.

Abel asiente con la cabeza y me informa de que esos dos son la peluquera y el estilista.

—Damián es muy gay —explica Judith—. Le vas a reconocer enseguida.

Yo me echo a reír y decido que definitivamente esta chica y yo nos vamos a llevar muy bien. Quizá necesite a una amiga durante este viaje, porque no sé cómo va a ser debido a que Nina va a estar allí. Aunque... ¿Y si son amigas? No sé si comentar algo sobre ella para tantear el camino. ¿Se molestará Abel si lo hago? Pero como parece que hoy la suerte me sonrío, Eric me libra de la tarea preguntando:

—¿Creéis que Nina estará más agradable esta vez?

—No hagas preguntas tontas —le dice Judith—. Nina es la persona más antipática del universo.

Entonces no son amigas. Y por lo que parece, saben que Abel y ella no son novios y que es todo una farsa, porque si no, no hablarían de ella así. Sin embargo, cuando le miro de reajo, me doy cuenta de que está muy serio. ¿Acaso le molesta que hablen mal de ella? Imagino que si en el pasado fueron pareja, todavía sentirá cariño, pero pensar en ello es algo que me provoca una gran inquietud.

—Se le ha subido la fama a la cabeza —continúa Eric—. Antes no era así.

—Porque necesitaba conseguir algo, pero como ahora ya lo tiene... —

Judith se echa hacia adelante y se apoya en mi respaldo. Yo ladeo el rostro en su dirección porque imagino que quiere decirme algo—. Te aconsejo que no te acerques mucho a ella. Es de esas personas que siempre te miran por encima del hombro —suelta un suspiro antes de proseguir—. Cada vez que la maquillo se queja por todo. Me dan ganas de pintarle una cara de payaso y que haga el ridículo ante las cámaras.

Yo sonrío un poco porque me alegra saber que Nina no es una magnífica persona. Vamos, que como imaginaba, la belleza la tiene sólo por fuera. Sin embargo, me pongo serio en cuanto me doy cuenta de que Abel me mira con mala cara. Bueno, ¿y qué esperaba? ¿Que me pusiera a quejarme de que está muy feo hablar mal de otras personas? Para disimular, decido cambiar de tema:

—¿Y cuánto tiempo lleváis trabajando juntos?

—Yo dos años —dice Judith, todavía inclinada junto a mi asiento—. Pero estos dos llevan casi desde el principio.

—Estudiamos juntos —añade Eric, echándose también hacia delante para que le escuche mejor, ya que está la radio puesta—. Pero Abel siempre fue el que tenía verdadero talento —se echa a reír—. Y decidí ser su asistente para aprender del mejor.

—No soy el mejor —niega Abel en ese momento. Vaya, por fin se ha decidido a hablar. Yo ya pensaba que se había quedado mudo.

—Actualmente eres uno de los mejores —afirma Judith, que parece muy orgullosa. Imagino que es difícil también para los maquilladores hacerse un hueco—. No entiendo por qué le molesta que se lo digamos, si luego es un engreído ante todos —me dice al oído. Yo suelto una risita porque en parte tiene razón. Al menos en la cuestión de seducir a una chica...

A mitad de viaje paramos en una gasolinera porque ella necesita ir al aseo. Abel nos pregunta si queremos algo para beber. Eric pide un refresco y yo le digo que tan sólo quiero agua. Voy a sacar mi monedero cuando él vuelve a rechazarlo. Esa actitud me molesta. Vale, sé que tan sólo es un euro, pero me gusta pagar mis cosas. Bastante tengo ya con pensar que he venido de gorra a este viaje. Pero cuando lleguemos y nos quedemos a solas, le dejaré claro que en cuanto tenga suficiente dinero se lo voy a devolver.

—Es la primera vez que trae a una de sus conquistas consigo —me dice Eric mientras esperamos que vuelvan.

Vaya. Así que soy una de sus conquistas. Una más. Imagino que eso es lo que quiere decir. Supongo que no lo ha dicho con mala intención, pero me

ha molestado un poco, así que tan sólo me quedo callada ya que ni siquiera sé lo que decir. Parece que se da cuenta porque se apresura a añadir:

—Te puedo asegurar que eso es muy raro en él —se calla, esperando mi respuesta, pero yo continúo muda. Me apoya una mano en el hombro y me confiesa—: Tampoco eres el tipo de chicas con las que va. Por supuesto, lo digo de forma positiva.

—¿Te ha hablado de mí? —pregunto, sin poder contenerme más. Me giro con la intención de comprobar que es sincero.

—Sí lo ha hecho —asiente él, con el rostro muy cerca de mí. Vaya, también huele muy bien. Sin embargo, puedo mantenerme en esta posición tranquilamente porque no me inspira nada—. Y la verdad es que muy bien.

—¿En serio? —No puede ser. ¡Le ha hablado de mí y bien! ¿Qué quiere decir eso? ¿Le ha contado que nos hemos acostado y que fue una experiencia sublime? Bueno, no sería tan extraño porque es lo que suelen hacer los hombres, pero en cierto modo me molestaría—. ¿Vosotros sois amigos o sólo tenéis una relación profesional?

—Cuando estudiábamos apenas nos podíamos ver, pero ahora creo que somos buenos amigos —Se separa un poco y sonrío—. Así que le conozco bastante bien y te puedo asegurar que le noto diferente. Parece más ilusionado que en otras ocasiones.

Yo me recuesto en el asiento y cierro los ojos conteniendo el grito de júbilo que acude a mi garganta. ¡Le gusto! Le gusto más que otras. Quizá con ellas fue sexo y nada más. Él mismo me confesó que había algo entre nosotros. Y es algo que no se puede explicar con palabras: es sexo maravilloso, es pasión, es intensidad... Pero hay algo que me ata no sólo a su cuerpo, sino también a su mente. Y creo que él también lo siente.

—Te digo esto porque pareces una tía inteligente —continúa Eric, dándome un apretón amable en el hombro.

—Pues gracias —contesto, dedicándole una enorme sonrisa.

—La otra persona con la que se ilusionó es muy distinta a ti.

Vale, ya me imagino de quién habla. De la estupendísima Nina. ¿Entonces se enamoró de ella? Él me dijo que habían salido juntos, pero que había sido distinto a lo nuestro... ¿Me ha mentado? Echo un vistazo por la ventana para comprobar si ya vienen. Al cabo de unos segundos Abel sale de la gasolinera con una bolsa.

—Verás... —Eric se arrima de nuevo a mí y yo me giro para escucharle—. No quiero asustarte, porque es una chorrada —se queda callado unos

instantes, observando cómo se acerca Abel—, pero espero que sepas defenderte.

Me quedo mirándolo con el ceño fruncido. No sé a qué se refiere. Abel ya casi ha llegado al coche, así que se apresura a decir:

—Nina es de esas a las que no les gusta que toquen lo que es suyo.

—Pero ellos no están juntos, ¿no? —Espero no meter la pata.

—¿Crees que a ella le importa eso? —Eric se encoge de hombros y se echa hacia atrás.

Yo me quedo callada porque en ese momento Abel entra al coche y nos entrega las bebidas.

No puedo evitar ponerme nerviosa. Yo no soy una gata que pelee por su macho.

Y me imagino que Nina es la reina del corral.



EL resto del viaje lo pasamos charlando tranquilamente. Abel se une a la conversación y parece más relajado que antes; yo, sin embargo, siento que me crece la inquietud por momentos. ¿Cómo va a ser encontrarse con Nina? ¿Me va a servir de algo descubrir que no son pareja si en realidad no le confiesa que tiene algo conmigo?

Eric y Judith me caen cada vez mejor y me hacen sentir cómoda. Son muy abiertos y charlan de todo. En una hora sé más sobre estas dos personas que he conocido hoy que sobre Abel. ¿Por qué él no dice nada acerca de su vida? De todos modos, no me atrevo a preguntarle con sus compañeros delante. Quizá cuando estemos sólo durante estos días pueda sonsacarle algo.

Llegamos a Barcelona antes del mediodía. La verdad es que estoy bastante emocionada porque me encanta viajar. Hace un tiempo estuve en la ciudad, pero tan sólo un fin de semana y no pude ver mucho. Aunque imagino que esta vez tampoco vamos a disponer de mucho tiempo para visitar la Sagrada Familia. ¿Tendrá Abel una horita libre para que paseemos juntos por el Parque Güell? Madre mía, parezco una ñoña. A este paso me veo escribiéndole cartitas de amor. ¡Por favor, Sara, basta ya!

Damos unas vueltas con el coche y me quedo embobada mirando las calles y a sus gentes recorriéndolas. Me encanta el ambiente barcelonés y por lo menos me voy a librar del ajetreo y el ruido infernal de las Fallas. Minutos después entramos al Paseo de Gracia y veo un imponente edificio... Se trata del Hotel Majestic y vamos directos hacia él... ¿No me digas que es ahí donde nos vamos a alojar? ¡Pero si es un hotel de cinco estrellas! ¿Cómo voy a pagarle los gastos a Abel? ¡Pensé que nos quedaríamos en un lugar más normalito!

—Alucinante, ¿eh, Sara? —Judith tiene que haberme visto con la boca abierta. Quizá se ha dado cuenta de mi preocupación—. A esta gente le va lo bueno —le da un cachete a Abel en el hombro—. Pero vamos, que es todo gracias a este.

—Y en parte a Nina, que quiere a todo su séquito detrás de ella, por si acaso —comenta Eric.

—Pero... ¿Y yo qué? —pregunto un tanto asustada. Porque vaya, ¡yo no

formo parte de su equipo!

—Está todo arreglado —murmura Abel, concentrado en meterse en el parking del hotel—. He pagado tu habitación.

—¡Pero yo no voy a poder pagarte esto! —exclamo. Me da igual que estén Eric y Judith delante.

—Es un regalo que te hago —me dice, apartando un momento la vista del frente y clavándola en mí.

—¿Entonces vamos a tener que compartir habitación el pervertido y yo? —pregunta Judith.

—Nena, pero si estás deseándolo —Eric finge que la coge para darle unos besos y ella se echa hacia atrás riéndose.

—No —niega Abel, buscando una plaza libre. ¡Están casi todas ocupadas!—. La firma ha sido muy generosa esta vez y nos ha dado una habitación para cada uno.

—Si es que están forrados —murmura Eric, desabrochándose el cinturón.

—Y nosotros no nos vamos a quejar de ello —Judith ensancha la sonrisa y se apea del coche meneando el trasero. Está muy contenta. ¡Como para no estarlo!

Sin embargo, yo estoy muy nerviosa. ¡No quiero que Abel me pague una habitación en este hotel! Voy a tener que ahorrar durante media vida para poder devolvérselo todo. Joder, ¿en qué lío me he metido? Ahora sí que parezco la protagonista de *Pretty Woman*. Cuando los acompaño a sacar las maletas, Judith me tiende mi mochila y yo observo con desconcierto los maletines que llevan. Dos, tres, hasta cuatro cada uno... Bueno, imagino que entre ellos se encuentra el equipo que necesitan para trabajar. Me ofrezco a ayudarles y Judith me tiende uno de sus maletines, que pesa más de lo que pensaba.

—¿Cuándo es la primera cena? —pregunta mientras nos dirigimos al ascensor.

—Esta noche —responde Abel.

—¿De trabajo o presentación?

—Presentación de todos los integrantes del proyecto.

—Uf, qué rollo. Casi que prefiero trabajar —Judith se mete en el ascensor con la nariz arrugada. Le brilla el pelo bajo la luz eléctrica.

—Cuando estás comiendo ya no te quejas tanto —le pica Eric.

No sé de qué están hablando. ¡No entiendo nada! ¿Una cena? ¿Y qué

voy a hacer yo mientras? ¿Quedarme en la habitación aburrida acabando con el chocolate y el alcohol del mini bar? Si Abel sabía desde un principio que iba a estar tan ocupado, ¿para qué cojones me hace venir?

No me da tiempo a objetar nada porque las puertas del ascensor se abren y aparecemos en la recepción. Dios mío, no he visto tanto lujo en un hotel en mi vida. Vamos, que cuando yo he viajado me he hospedado en hostales baratitos o, como mucho, en hoteles de tres estrellas. Esto es demasiado para mí. Hay brillo por todas partes: en el techo, en el suelo, en las paredes. Tanto lujo me desconcierta y hace que me sienta muy pequeña. Mientras avanzamos por la espaciosa sala echo un vistazo a la gente que está sentada en los sillones forrados de terciopelo: algunos parecen hombres y mujeres de negocio y otros, simplemente, clientes con mucha pasta.

En la mesa de recepción nos espera un señor con una gran sonrisa en la cara. Va vestido de forma muy elegante, con un traje y pajarita, y cuando llegamos hasta él nos saluda con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, señores. ¿En qué les puedo ayudar?

Abel saca unos papeles de uno de sus maletines y se lo tiende al hombre. Este lo coge y, tras echarle un vistazo, se pone a teclear a toda velocidad en el ordenador. Yo miro a Judith y le señalo mi mochila, como diciéndole que me siento como una pobre. ¡Seguro que los demás me están mirando! Ella hace un gesto con la mano para restarle importancia. Mientras tanto, Eric se ha puesto a hojear unos folletos turísticos. Lo más seguro es que ellos ya hayan estado en muchos lugares así, o incluso mejores. Por eso se les ve tan tranquilos.

—Forman parte del equipo de Gabrielle Yvonne, ¿verdad, señores?

Abel asiente con la cabeza y recoge los papeles que el recepcionista le entrega. A ver, espera. ¿Ha dicho Gabrielle Yvonne? ¿La diseñadora de algunos de los perfumes más famosos a nivel mundial? ¿No me digas que la campaña es para una de sus creaciones? ¡Dios, esto es lo más increíble que me ha pasado en la vida!

El hombre le da las cuatro llaves magnéticas de nuestras respectivas habitaciones. ¿Perdona? ¿Cuatro? Yo me había hecho ilusiones de que Abel y yo íbamos a dormir en la misma, pero me imagino que tampoco quiere dar de qué hablar a la prensa. Y en parte, ¡me molesta y mucho! Porque eso significa que no está dispuesto, tal y como me dijo, a exponerse en público. ¿Voy a tener que soportar que vuelva a fingir que está muy enamorado de Nina? Sin darme cuenta, suelto un gruñido de exasperación.

—¿Estás bien? —me pregunta Judith, tomando la llave que Abel le entrega.

—Un poco nerviosa —respondo, forzando una sonrisa.

—Tengo la habitación contigua a la tuya, Judith —le dice Eric con una perfecta sonrisa de galán.

—Maravilloso —contesta ella en tono sarcástico.

Nos dirigimos al ascensor, el cual también me sorprende cuando se abre. Es enorme. Creo que caben unas quince personas en él. Abel aprieta el botón y las puertas se cierran. Eric y Judith no paran de hablar entusiasmados, pero yo me he quedado tan amedrentada ante la situación que me apoyo en una de las paredes del ascensor y me mantengo en silencio. Entonces me doy cuenta de que Abel me está mirando con intensidad. A decir verdad, conozco esa mirada suya: es la que le aparece cuando está caliente. Al pensar en sus caricias, no puedo evitar excitarme y aprieto las piernas para ahogar la cosquilla que amenaza en mi sexo. No puedo apartar la vista de sus ojos: me está comiendo con ellos. Mira de reojo a los otros dos y se acerca a mí, apoyando las manos en el ascensor, a ambos lados de mi cabeza. Me tiene atrapada; su cuerpo está muy cerca y ya puedo sentir las chispas que salen de nuestra piel. Inclina su rostro sobre el mío y cierro los ojos cuando su nariz me roza el cuello.

—Si estuviéramos solos, te follaba ahora mismo —me susurra.

Oh, sí. Una perfecta fantasía sexual: hacerlo de forma salvaje contra la pared de un ascensor. Se me humedecen las braguitas y las cosquillas me ascienden por el vientre. Joder, es que no puede decirme eso con su sensual voz. Me muerdo el labio, intentando controlar la respiración.

—No hagas eso o les echo ahora mismo de aquí —me dice, acariciándome la boca con un dedo.

En ese momento se abren las puertas del ascensor y él se recompone rápidamente, como si nada hubiese pasado. Eric y Judith nos echan unas miradas intencionadas y salen por delante de nosotros. Abel se gira hacia mí, muy serio. Tiene los puños apretados y la nuez se le mueve con rapidez. Yo agacho la cabeza un poco cohibida y salgo tras los otros dos. Cuando paso por su lado, me da un cachete en el culo que me deja anonadada. Y más excitada, por supuesto.

Judith y Eric se detienen ante sus respectivas habitaciones y se nos quedan mirando. Yo me muerdo las uñas sin saber qué hacer o decir. Me da mucha vergüenza que la gente me pille en pleno apogeo de excitación.

—¿Tenemos algo antes de la cena? —pregunta ella.

—Podéis dar una vuelta por la ciudad —responde Abel con voz grave. Vale, entonces está igual de excitado que yo.

—¿A qué hora quedamos?

—Nos vemos en la recepción a las ocho.

Judith asiente con una sonrisa y se mete en su habitación. A continuación, Eric la imita. Abel y yo nos quedamos solos y nos tiramos un par de minutos en silencio. Por fin, él me entrega mi llave y yo me dispongo a buscar mi habitación un poco desilusionada. Pensaba que... Bueno, creía que íbamos a calmarnos de alguna forma. Cuando me detengo ante mi puerta, él pasa de largo. Me quedo observándolo: cómo me gustan los movimientos de su trasero cuando camina. ¿Cuándo me va a dejar recorrer a besos ese cuerpo? De repente se gira y me mira con su sonrisa ladeada, esa de prepotente que no me gusta ni un pelo.

—Pásalo bien —me dice, y se mete en la habitación.

Me deja allí plantada con la cara ardiendo. Oh, vale, eso quiere decir que no va a haber sexo. ¿Pero de qué va? ¿Cómo se atreve a ponerme cachonda en el ascensor y a pasar ahora de mí? Si lo hubiese hecho yo, eso tendría un nombre. Seguro que me lo habría reprochado durante todo el viaje y yo, sin embargo, tengo que aguantarme. No me gusta que juegue de este modo conmigo. Me siento como una peonza dando vueltas de un lado para otro.

—Gilipollas —siseo, intentando abrir la habitación. Lo consigo al cabo de cinco intentos. La modernidad y las nuevas tecnologías no son lo mío.

Cuando entro, la barbilla me roza casi el suelo. Estoy en uno de los lugares más increíbles y maravillosos del mundo. O al menos, a mí me lo parece. Se trata de una habitación lujosísima, totalmente exclusiva, con un encanto especial en sus colores —que alternan el blanco y el negro y los marrones— y con muebles de una elegancia sublime. A la derecha hay tres sofás distribuidos por la espaciosa estancia. Un hermoso escritorio de madera de roble domina el lugar y encima de él hay una tele de plasma. Sin embargo, no me interesa apenas porque mi vista se ha posado en los libros diseminados por la mesa. Me acerco a ellos y me quedo anonadada al descubrir de qué se trata: ¡son obras del poeta Antonio Machado! ¿Qué hacen aquí? Entonces giro la cabeza hacia la izquierda y me topo con una mesa de comedor y una estantería enorme, repleta de más libros. Camino hacia ella con cautela, acariciando la hermosa lámpara que cuelga del techo. No sólo hay libros de Machado, sino también de otros autores que hacen referencia a su trabajo.

¡Pero esto es un sueño hecho realidad! A ojo no podría decir los metros cuadrados de la habitación, pero estoy segura de que son más que el piso en el que vivo.

Vuelvo a girarme a la derecha y atravieso la estancia hasta llegar a unas puertas correderas. Las separo y aparece ante mí una cama de ensueño. Tiene que ser estupendo dormir en ella. En el suelo se extiende una mullida alfombra blanca de pelo. A la derecha de la cama hay otra puerta corredera medio abierta. Estiro el cuello y me llevo una mano a la boca al darme cuenta de lo que se trata: ¡es un ropero! ¡Como en las pelis! Si es tan grande como mi habitación en el piso... No me lo puedo creer. Me observo en el espejo del fondo y contengo la risa porque mi cara es un poema. ¡No sé qué ropa voy a poner aquí, si apenas he traído nada!

Me dirijo al lado opuesto de la habitación, pues hay otra puerta que imagino será el cuarto de baño. Abro con la seguridad de que me voy a encontrar otra maravilla más, pero es que la realidad supera por una vez la ficción. Tiene ducha, dos lavamanos que ocupan toda la pared, tres espejos grandes... ¡Incluso unos taburetes para sentarme mientras me seco el pelo o me maquillo! Y por supuesto, cuenta con una bañera de hidromasaje en la que una sirena se lo pasaría bomba. Cotilleo los paquetitos que se encuentran en el reluciente mármol blanco: son jabones, geles e incluso perfumes. En el borde de la bañera han dejado un saquito que huele a hierbas aromáticas.

No tengo palabras. En serio, me he quedado muda. Alguna vez que otra había soñado con dormir en un lugar así y lo voy a hacer durante unos días. Cuando se lo cuente a Cyn y a Eva no se lo van a creer, así que tengo que tomar fotos de este paraíso antes de marcharme. Salgo del cuarto de baño y regreso a lo que se supone que es el salón. Curioseo los cuadros: son nueve en total y algunos de ellos son fotos, mientras que en otros hay poemas. Cuando me canso, cojo uno de los libros al azar y me siento en uno de los anchos sofás. Cuando mi culo toca el asiento, suelto un suspiro de placer. ¡Madre mía, pero si es como sentarse en una nube!

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escucho que llaman a la puerta. Doy un gruñido porque no me gusta nada que me interrumpen en la lectura. Me levanto del sofá y voy hasta la puerta. Nada más abrirla, una figura enorme se abalanza sobre mí, cerrando de golpe. Estoy a punto de gritar, pero me tapan la boca. Yo me revuelvo como una loca y entonces me encuentro con los ojos de Abel y me tranquilizo. Aparta la mano de mis labios y me dedica una sonrisa.

—¡Me has asustado! ¿Por qué entras así? —Me llevo las manos al corazón, que me palpita con fuerza.

—¿Te gusta la habitación? —Abre los brazos de forma orgullosa.

—Es maravillosa —asiento, mirando de un lado a otro.

—Machado se alojó aquí en 1938. —Me abraza con más fuerza y empieza a balancearnos con suavidad de un lado a otro.

Yo apoyo mis manos en las tuyas para intentar soltarme. ¡Detesto que siempre tengamos los encuentros cuando él quiera! Sin embargo, poco a poco me va ganando porque esto era lo que deseaba desde hace muchos días. Su fresco aroma me inunda las fosas nasales, y noto que mi cuerpo se relaja en cuestión de segundos. Sé que está intentando comprarme con esto, pero estoy a punto de caer como una tonta. A pesar de todo, la sorpresa me parece muy bonita. ¡La pasta que se debe de haber dejado en esta habitación! Lo que me recuerda que...

—No puedo pagar una habitación como esta —le repito una vez más, como ya he hecho en el coche.

—Entonces hazlo de otra forma. —Me une a él y apoya su frente en la mía. Vaya, es el mismo Abel de siempre. No entiendo cómo puede cambiar de humor tan fácilmente, ya que esta mañana se ha mostrado demasiado distante y ahora, sin embargo, aprecio que arde en deseos de tomarme.

—¿Cómo crees que puedo pagar esto? —pregunto, frotando mi nariz contra la suya de manera juguetona.

—No sé, sorpréndeme. —Acerca sus labios a los míos para incitarme, pero los aparta antes de que pueda rozarlos. ¡Será cruel!

—¿Estás seguro de que podré saldar la deuda? —Prosigo con el juego que él ha empezado.

Noto sus manos frotándose la parte baja de la espalda y en cuestión de segundos se me humedece la entrepierna al imaginarlas en otro lugar. Yo también me balanceo de un lado a otro y me intento arrimar un poco más a su cuerpo. Ambos estamos ardiendo; nuestras pieles se queman la una a la otra.

—Bueno —baja un poco más la voz. Nuestros rostros están tan cerca que se nos confunden los alientos y yo no puedo apartar la vista de sus incitantes labios, de cómo se mueven cada vez que pronuncia una palabra—, vas a tener que hacer muchas cosas, pequeña.

No me puedo contener por más tiempo y le muerdo el labio inferior con suavidad. Él responde apretándose los riñones.

—¿Estás juguetona para mí? —Desliza las manos hasta mi trasero y me

lo acaricia trazando círculos en él.

—Lo estoy desde que nos encontramos esta mañana —confieso tímidamente.

No me suele gustar hablar mientras estoy liándome o manteniendo sexo con un tío, pero parece que a él le gusta este tipo de juegucitos y, en cierto modo, a mí también me excita que me haga preguntas o me suelte frases subidas de tono.

—¿Y cómo has podido aguantarte? —Ahora es él quien me muerde el labio, tirando con suavidad. ¡Joder, quiero besarlo!

—He usado la imaginación —respondo en un murmullo.

Suelta un gruñido, me coge de las nalgas con posesión y me alza en vilo. En un abrir y cerrar de ojos me empuja contra la pared y devora mis labios completamente enloquecido. Su lengua explora con impaciencia todos los rincones de mi boca, dejándome sin aliento. Yo enrosco las piernas alrededor de su cintura y me sujeto a su cuello. Al cabo de unos minutos aparta sus labios de los míos y deposita una hilera de besos húmedos en la línea de mi mandíbula, hasta llegar al hueco del cuello. Suelto un gemido de placer cuando su lengua roza el lóbulo de mi oreja y juguetea con él.

—¿Y usas mucho tu imaginación? —me pregunta entre jadeos.

—Últimamente sí. Por tu culpa —respondo de forma entrecortada.

—Eres muy traviesa —me susurra, apretándome más contra la pared.

Su excitación se clava en mi entrepierna, haciéndome daño incluso. Dios, qué dura está. Me muero de ganas por sentirla toda dentro de mí. Como quiero notarle más, arqueo la espalda hacia delante y muevo la cadera en círculos. Él gime y me da un doloroso mordisco en el cuello. Joder, pero también me ha provocado placer. No sé cómo lo hace, pero me tiembla todo el cuerpo. Baja con su boca por mi cuello hasta llegar a la curva del pecho. En ese momento su respiración se acelera y se inclina para besarme los pechos por encima de la camiseta.

—¿Te has tocado mucho pensando en mí? —me mira desde abajo, pasando la lengua por el escote de la camiseta.

Aparta un poco la tela de la camiseta y me da suaves besitos por encima del sujetador. A continuación desliza uno de los tirantes y me baja la copa, librando a mi pecho de su prisión. Me lame el pezón con delicadeza, haciendo circulitos con la lengua. Doy un suspiro de placer y me froto contra él con más ímpetu. Logra que en cuestión de segundos desee tenerlo dentro de mí.

—Contesta, Sara. ¿Te has masturbando pensando en cómo follábamos?  
—repite.

Me da un pellizco en el pezón mientras me clava su mirada. Dios, no puedo ni contestar, estoy demasiado excitada. Sin apartar la vista de mí, acaricia mi pecho lentamente, luego lo estruja en su mano y vuelve a masajearme el pezón.

—Una vez... —acierto a decir, apoyando la cabeza en su hombro.

—Entonces vamos a tener que solucionar eso.

Me clava la erección en la entrepierna y yo suelto un chillido de sorpresa que me tapa con sus besos. Le acaricio el cuello, le revuelvo el pelo y se lo estiro con suavidad mientras nos devoramos el uno al otro. Sin dejar de besarme, me aparta de la pared y me lleva en brazos por la estancia. Como he dejado abierta la puerta que da al dormitorio, va hacia allí directamente. Vuelo por los aires cuando me tira contra la cama. Se me escapa una risa porque la situación parece de película.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, mala? —me pregunta, subiéndose encima de mí.

Me agarra las manos y me las sube por encima de la cabeza. Me muerde y me besa el cuello al tiempo que se frota contra mí. Está tremendamente excitado y me clava toda su erección en la cadera. Le aprieto las manos y giro el rostro intentando besarlo. Sus labios son como una droga para mí. Me encanta su tacto y cómo saben. Enrosca su lengua en la mía y gime en mi boca. Se aparta entonces y me empieza a desanudar los botines. Una vez me ha despojado de ellos y los ha tirado por la habitación, se me queda mirando con una ceja arqueada.

—Veamos... ¿Por dónde empiezo?

Lleva las manos a mi pantalón y me desabrocha el botón, acariciándome la piel que queda al descubierto. A continuación me los baja y los deja caer al suelo como ha hecho ya con mi calzado. Se queda mirando las braguitas con una sonrisa pícara. Yo agacho la barbilla para ver lo qué sucede y me pongo roja como un tomate. Esta vez llevo puestas unas braguitas un poco más sexis.

—Me encanta el encaje —susurra, poniéndose a cuatro patas sobre mí.

—Quítate la camisa —le pido con la voz preñada de deseo.

Se inclina sobre mí y le ayudo a despojarse de la camisa. Una vez con el torso al descubierto, le abrazo con fuerza y le beso el pecho, le lamo los pezones con suavidad y le acaricio el magnífico vientre. Los músculos se le

tensan cuando deslizo mis dedos por el borde de sus pantalones, muy cerca de su excitación.

—Joder, Sara —gruñe, mordiéndome el cuello—. Hoy estás muy juguetona.

La verdad es que a mí me sorprende comportarme de forma tan activa, porque es algo que me da bastante vergüenza, pero con él es todo lo contrario. Porque lo único que deseo es tocar y sentir cada parte de su cuerpo. Quiero descubrir todos los rincones y que él explore cada uno de los míos.

—A ver... ¿Qué es lo que hay aquí? —Desliza su mano hasta mis bragas y me toca por encima de ellas—. Estás muy húmeda.

Se aparta de mí y se baja de la cama. Con una fuerza increíble, me coge de los tobillos y me arrastra por la cama, dejándome el trasero al borde de ella. No le puedo ver, pero doy un brinco al sentir sus labios subiendo desde mis gemelos con mucha suavidad, casi sin apenas rozarme. Se va acercando poco a poco a los muslos y cuando llega, se detiene a escasos centímetros de la ingle. Yo me revuelvo un poco buscando su boca. ¡Joder, le gusta hacerme sufrir! El sexo no deja de palpitarme y de humedecerse. Mantengo la mirada en el techo y me muerdo los labios cuando la punta de su lengua me roza por encima de las braguitas.

—Ah... —gimo, sin poder evitarlo.

Coge los bordes de mi ropa interior y yo alzo la pelvis rápidamente, porque sé lo que quiere y es lo que más deseo. Me desliza las braguitas por las piernas y me las deja colgando de un tobillo. Cuando está a punto de llegar a mi sexo, lo salta y pasa al ombligo. Yo alzo el vientre muriéndome de ganas por que haga algo. Necesito sus dedos o su lengua en mi sexo y lo necesito ya. Me besa y me da lametones por el vientre provocando que mi excitación aumente a cada segundo.

—Dios, por favor... —suplico, apretujando las sábanas.

—Te voy a comer enterita —susurra contra mi vientre.

Le acaricio el pelo y suelto un suspiro de placer en el momento en que noto sus labios en mi pubis. Voy a explotar de un momento a otro, lo sé, y eso que ni siquiera me ha tocado ahí. Me acerca un dedo a la boca.

—Lámelo —me ordena.

Hago lo que me dice. A continuación me abre la vagina con dos dedos y me frota con el que yo he humedecido. Mi sexo está extremadamente sensible a su tacto y gimo una y otra vez mientras recorre el borde de mis abultados labios. Me muevo marcando su ritmo, apoyo una mano en su cabeza y le

acaricio el suave pelo. Entonces noto la punta de su lengua en mi clítoris y arqueo la espalda, presa de un indescriptible placer. Poco a poco va hundiéndose en mi sexo con suaves lametazos. Le estiro del pelo intentando recuperar el control, pero ya me es imposible. Joder, me muero... Jamás había sentido esto con un *cunnilingus*. Es más de lo que puedo soportar, estoy a punto de explotar de placer.

No me da tregua. Su dedo corazón tantea mi húmeda entrada dibujando círculos, al igual que su lengua. Doy un respingo cuando lo noto entrar en mi cavidad, muy despacio, haciéndome sufrir. Yo meneo las caderas con impaciencia y de repente, me da lo que le pido en silencio y mete el dedo hasta el fondo.

—Por favor, Abel... —susurro, clavando las uñas en las sábanas.

Su lengua busca mi abultado clítoris, lo chupa, juega con él, lo atrapa entre sus labios y lo estira con suavidad mientras no cesa de penetrarme con el dedo. Yo vuelvo a cogerlo de la cabeza y a apretarlo contra mí. Mis caderas se mueven enloquecidas. Estoy a punto de irme... Mis paredes se contraen y noto que me humedezco cada vez más.

Y entonces, se detiene. Mis gemidos se cortan. Alzo la cabeza y lo miro entre sorprendida y enfurruñada. Él me observa con un brillo de lujuria en los ojos. Tiene los labios húmedos y rojos, y eso me excita todavía más. Mi sexo todavía palpita a causa del orgasmo interrumpido.

—Pídemelo —me dice, sonriendo con orgullo.

¡Le encanta hacerme sufrir! Pero si sabe que me muero de ganas, que estoy a punto de estallar... Joder, necesito soltarlo ya todo porque si no, me voy a morir. Su dedo todavía se mueve en mi interior y yo muevo las caderas en círculos intentando atrapar el máximo placer.

—Por favor... —susurro.

—Me encanta que me supliques.

Me mete con dureza el dedo y yo grito de placer. Siento una convulsión y me agarro a la cama, clavando las uñas en las sábanas. Echo la cabeza hacia atrás con la boca abierta y gimo una y otra vez mientras me penetra con su dedo.

—¿Qué quieres, pequeña? —pregunta, acercando su cara a mi sexo.

—A ti, por favor, a ti... —suplico.

Me mordisquea el clítoris y a continuación lo lame con lujuria. Me recorre los labios con la lengua y yo alzo las caderas, ofreciéndome entera a él. Gruñe contra mi sexo y me abre con violencia, clavando sus dedos en mis

muslos. Me succiona sin piedad y siento que se me duermen las piernas y que un agradable cosquilleo me asciende desde la planta de los pies.

—¡Me voy a morir, joder! —exclamo, meneando la cabeza de un lado a otro.

Traza círculos cada vez más rápidos con el dedo y con la lengua y le escucho gemir en mi sexo. Se me nubla la vista y el estómago se me contrae. Veo un sinfín de estrellitas ante mis ojos cuando me derrumbo en su boca.

—¡Dios! —gimo, aferrándome a las sábanas.

Él me aprieta con más fuerza contra su boca y bebe de mí hasta que poco a poco mi cuerpo se relaja. Los espasmos desaparecen y tan sólo me queda un agradable cosquilleo en el sexo y una sensación de bienestar absoluta. Se separa de mi pubis y se sitúa a mi lado, apoyado en un codo. Yo le hago cosquillas con la punta de los dedos en el pecho. Estoy tan relajada que me estoy amodorrando. Se inclina sobre mí y me besa con deseo.

—Sabes muy bien —me dice, lamiéndose los labios. Una mezcla de nuestra saliva y de mis jugos.

De repente, empieza a sonar la melodía de un teléfono. Yo me quedo a la escucha, pero no la reconozco. Debe de ser el suyo. Hace caso omiso de la llamada y vuelve a besarme, agarrándome con posesión de las caderas y apretándome contra él. Restriega su erección contra mi sexo desnudo y en cuestión de segundos estoy húmeda de nuevo.

—Voy a follarte muy fuerte, Sara. —Clava sus ojos azules en mí y un escalofrío de placer me recorre el cuerpo—. Y me vas a rogar más.

El móvil suena de nuevo. Joder, qué pesado. ¿Quién será? Él se me queda mirando y yo le hago un gesto con la cabeza para que lo coja o lo apague. Pero que haga algo ya, porque si no se nos va a cortar todo el rollo. Se levanta y se saca el teléfono del bolsillo.

—¡Mierda! —exclama, tras echar un vistazo a la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunto, un poco sobresaltada.

Y entonces la melodía cesa y escucho otra cosa. Una voz de mujer. Y está llamando a Abel a gritos histéricos. Me incorporo con los ojos muy abiertos y le observo ponerse la camisa con rapidez. Parece preocupado.

—¿Sucede algo? —vuelvo a preguntar, mientras busco mis braguitas.

—¿Dónde coño te has metido, Abel? —se escuchan los gritos de la mujer desde afuera. Al parecer, también está aporreando una puerta, quizá la de la habitación donde él se aloja—. ¿Dónde hostias se ha metido? —le ha preguntado a alguien porque escucho voces ahogadas. Si no me equivoco,

creo que son Eric y Judith.

Termino de vestirme y me quedo observándolo una vez más, pidiendo una explicación con la mirada. Él echa un vistazo al móvil, el cual ha empezado a sonar de nuevo. La mujer que está afuera grita como una posesa.

—Es Nina —me dice. Vale, me lo imaginaba. ¿Está loca o qué? —Creo que está un poco enfadada.

—Pues contéstale y dile que estás ocupado. —Me acerco a él con los brazos cruzados en el pecho.

—Creo que es mejor que salga —Camina hacia la puerta. ¿Pero qué le pasa? ¡Si hace unos segundos estaba a punto de darme el mejor polvo de mi vida!

La abre un poco y asoma el cuello por ella. Escucho a Eric decirle algo y en ese momento, Nina suelta un chillido desde fuera. Abel se echa hacia atrás y la puerta se abre de par en par, entrando ella como Pedro por su casa. Lleva puesto un vestido muy corto, semitransparente, que deja ver sus perfectos atributos. Tiene un cuerpo espectacular, la verdad. Y su cara también lo es, a pesar del gesto de enfado que lleva.

—¿Por qué no me cogías el teléfono? ¿Estás loco o qué? —Se encara hacia él, con una mano apoyada en la cadera en un gesto estiloso— ¡Abajo hay unos periodistas que quieren hacernos unas preguntas! —Abre mucho sus grandes ojos grises. Y entonces me ve. Gira su cabeza hacia mí y me mira con mala cara. Podría decirse que con un poco de asco. Me señala con un dedo y pregunta: —¿Y esta quién es?

Voy a contestar, cuando Abel se me adelanta:

—La nueva becaria —dice muy serio.



LA barbilla se me descuelga. Giro con lentitud la cabeza y lo miro con cara de susto. Vamos, que estoy alucinando. ¡¿Qué significa que soy su becaria?! ¡Este tío es un calzonazos! Nina me echa una mirada asqueada de los pies a la cabeza. Estará estudiando cada una de mis imperfecciones. Puedo leer en sus ojos una mezcla de burla y de superioridad. No le gusta mi ropa, ni mis botines, ni tampoco mi pelo. Pues tú tampoco es que seas santo de mi devoción, bonita.

—¿Y no podía ser un becario? —le pregunta a Abel con su chillona e irritante voz. Me fijo en que tiene un leve acento. Su apellido es alemán, aunque no su aspecto. Creo que por sus venas también corre sangre asiática.

—Yo no decido eso. —Aparta los ojos ante la insistente mirada de ella. ¡Conmigo no es para nada así! No conocía a este Abel y la verdad es que no me gusta. Ni un pelo.

—¿Y por qué estáis en la misma habitación? —Nina se acerca un poco más a mí y arquea una ceja perfectamente depilada. No obstante, la pregunta va dirigida a él.

—Estaba explicándole las tareas de hoy.

¡Madre mía! ¡Debe de haber estado ensayando este papelón toda la semana, porque se lo sabe muy bien! Es un maldito mentiroso. Menudo farsante. Me dan ganas de plantarme ante esta mujer superficial y celosa y confesarle que su querido Abel estaba a punto de hacerme suya. ¡Y dejarle claro que no es la primera vez que lo hace! No obstante, a lo único que me atrevo es a aguantar su mirada gris durante unos pocos segundos, y al final la aparto como ya ha hecho él antes. No puedo soportar los ojos burlones de esta mujer. Eric tenía toda la razón: es la abeja reina. Y nada, que no me quita la vista de encima y no puedo evitar ruborizarme. ¿Podrá oler en nuestra piel lo que estábamos haciendo antes de que ella llegara?

—Soy Nina Riedel —dice, inclinándose hacia mí y dándome dos besos para mi sorpresa. Eso sí, son más falsos que una moneda de cuatro euros. Cuando se aparta, una vaharada de perfume me alcanza y estoy a punto de estornudar. Menea su deliciosa melena y añade —Estoy segura de que me habrás visto en la televisión o en las revistas. —Me dedica una sonrisa llena de dientes blancos. Seguro que lleva fundas porque son demasiado perfectos

hasta para ella.

—Sara —respondo, regalándole otra sonrisa tan falsa como la suya.

Nos quedamos calladas y al cabo de unos segundos la tensión es tanta que se puede incluso palpar. Miro de reojo a Abel, el cual no aparta los suyos de Nina. ¿Qué se le estará pasando por la cabeza? Bueno, lo sé: al parecer sólo hay espacio para ella porque no se ha parado a pensar ni por un segundo cómo me podía sentir yo.

—Espero que lo hagas muy bien porque Abel es muy exigente.

Me quedo mirándola con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto en el rostro. ¿Pero qué está diciendo...? Suelta una risita.

—Que espero que seas buena fotógrafa. —Otra vez la sonrisa de diva.

¿Ha usado un doble sentido o sus neuronas no dan para tanto? Bueno, no quiero ser tan prejuiciosa. Todas las modelos no tienen por qué ser tontas. Quizá ella tiene un coeficiente intelectual muy alto. Pero hay algo en su manera de toquetearse el pelo y poner morritos que me dice que el suyo no lo es.

—Me esforzaré por ser una de sus mejores becarias —digo, recalcando la última palabra al tiempo que le dedico a él una mirada cargada de intención.

—Bueno —Se gira hacia Abel con un movimiento de lo más elegante y femenino. Su larguísimo cabello le cae por el hombro en una cascada brillante—, nos esperan bajo. ¿Vienes o qué?

—Quiero terminar de explicarle una cosa —Le sonrío. Yo siento un pinchazo de celos en el corazón. ¡No quiero que le dedique esos gestos a ella! Pero también le noto tenso. ¿Acaso no se da cuenta ella de que le está fastidiando? ¡Bueno, a los dos— ¿Por qué no vas hablándoles de tu nuevo trabajo? Yo bajo enseguida, en serio.

Ella pone los brazos en jarras como si no se fiara. Dirige sus ojos hacia mí una vez más antes de contestar.

—De acuerdo. ¡Pero un minuto nada más! —Se da la vuelta y a punto está de golpearme en toda la cara con su tremendo pelazo. ¡Será gilipollas! Antes de salir, vuelve a sonreírme—. Encantada, Sara. Nos vemos por aquí.

—Lo mismo digo. —Intento hacer lo mismo, pero me tiemblan las comisuras de los labios. ¡A mí se me da fatal ser maja si alguien me cae mal!

La tía se ha hecho la simpática ante Abel. ¡No es lista ni nada! Y lo peor es que él parece tomársela muy en serio. ¿Es que no se ha dado cuenta de cómo es en todo el tiempo que la conoce?

—Sara —De repente vuelve a posar su atención en mí, pero yo ya estoy dirigiéndome a la habitación, dispuesta a coger la mochila para marcharme de allí. Me coge del brazo y me detiene—. Sara, lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? ¿El qué, hacerme quedar como una imbécil ante ella? ¿Hacerme sentir como una mierda? —Tiro del brazo, pero él me aprieta con fuerza—. No tengo por qué aguantar esto —niego con la voz cargada de sentimiento. Mierda, llorar ahora no...

—No lo entiendes —me dice muy serio.

—¡Pues claro que no! ¡Me has hecho venir para presentarme como tu becaria y luego follarme en secreto! —Vuelvo a tirar porque quiero escaparme de él. Sus dedos se aferran a mi carne con ímpetu y hago un gesto de dolor ante el cual reacciona y afloja la presión.

—Eso no es así. Sólo es que me ha pillado de sorpresa la llegada de Nina.

—En serio, vete a la mierda. —Me suelto por fin de su mano y me cuelgo la mochila a la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, con cara de confusión.

—¿Es que no lo ves? Me voy —Empiezo a andar hacia la puerta.

En realidad no tengo dinero para pagarme el billete. Quizá pueda entrar en la página web Blablacar y, si tengo suerte, encontrar un viaje barato para hoy mismo, o hacer autostop. Pero esta segunda opción me da un poco de miedo porque he visto demasiadas películas de terror. Y en ninguna de ellas sale bien parada la chica que se monta en un coche desconocido.

—¡No! —ruge, y se pone delante de la puerta para impedirme el paso.

Yo levanto la cabeza, dispuesta a mandarlo a la mierda por segunda vez en unos minutos, pero me quedo muda al descubrir su semblante. Tiene la mandíbula muy apretada, tanto que los dientes no cesan de rechinarle. Y se le ha oscurecido tanto la mirada que apenas parece la suya. Por no hablar de los temblores que le sacuden todo el cuerpo. Jamás lo había visto así, tan enfadado y al mismo tiempo asustado. Me agarra de la cintura y me atrae hacia él, pero yo lo aparto de un empujón.

—¿Te piensas que soy tu juguete? —le pregunto de forma amarga.

—Sara, no puedes irte —repite, mirándome con sus profundos ojos. Los tiene brillantes. ¿Tendrá ganas de llorar?—. Te lo pido por favor. Dame sólo un par de días —Al escuchar esto, suelto un bufido de impaciencia, pero él hace un gesto para que me calle—. Te juro que antes de que volvamos a Valencia habré dejado las cosas claras.

—No te puedo creer. —Alzo los brazos en señal de exasperación. Cuando me cruzo con su lastimera mirada, no puedo contener el sollozo.

—No, no, no... Por favor, no llores —me suplica, intentando consolarme con un abrazo.

—Me haces daño, Abel —le confieso, mirándole abiertamente—. Nadie me había tratado así antes. A cualquier otro le habría dado puerta hace siglos.

—Yo no quiero hacerte daño. En serio, es lo último que querría. —Me sujeta de los brazos, escrutándome con su profunda mirada. Cierro los ojos en un intento de escapar de ella, pero no puedo. No quiero sentirme así, desearía ser más fuerte y largarme ahora mismo de aquí—. Te prometo que se lo voy a decir —interrumpe mis pensamientos—. Sólo un par de días —repite. Apoya su frente en la mía y me cubre el rostro con las manos, secándome las lágrimas.

Me quedo callada, explorando su rostro: la pequeña marca que tiene cerca de la sien, sus bonitas cejas, la arruga apenas perceptible que se le forma debajo del labio cuando está tan serio como ahora, el diminuto hoyuelo de su barbilla. Regreso a sus ojos, pero no puedo leer en ellos. Una vez más, no sé lo que está pensando ni si me está diciendo la verdad. Me siento como una completa estúpida porque estoy totalmente enganchada. Soy esa mosquita que no tiene ninguna oportunidad de escapar. Sí, tendría que estar saliendo por esa puerta y, sin embargo, no puedo. Necesito sentir su cuerpo cerca del mío, aspirar el olor de su piel, rozar su piel. Pero tan sólo es eso lo que puedo palpar, porque no me permite que lo haga con su mente.

Puede que esté equivocándome por completo al aceptar quedarme. Puede que me haya equivocado del todo desde un principio. Sin embargo, le deseo tanto que sé que podría fallarme una y mil veces y continuaría cayendo. Él suelta un suspiro de alivio cuando me ve asentir con la cabeza. Va a darme un beso, pero yo le giro la cara. Por nada del mundo quiero que ahora me bese, y no lo volverá a hacer hasta que no le confiese la verdad a Nina.

—No es mala chica —dice en ese momento.

Yo le observo con cara de estupor. ¡No, qué va! Sólo es una arpía celosa que me ha mirado como si yo fuese la mayor mierda de la tierra. Sólo es una tía que piensa que todo el mundo le pertenece. Vamos, es una joyita de persona, sí.

—Es sólo que la fama es difícil de llevar —continúa.

Ah, claro. Tener a todos pegados en tu trasero, cumpliendo cada una de

las órdenes que les gritas, debe de ser terrible.

—No me importa cómo es ella —contesto de mala gana. No entiendo por qué me está diciendo esas cosas. Aunque ella lo pase mal, creo que no es excusa para tratar a los demás como si fuesen cucarachas. Eso tan sólo lo hacen las malas personas, así que no me voy a creer el cuento de que era una florecilla hasta que la fama la cambió.

—Lo sé, pero sólo quería que lo tuvieras en cuenta. —Se pasa la mano por el pelo en un gesto nervioso—. Sé que eres una persona comprensiva, Sara.

—Lo soy hasta cierto punto. —Dejo caer la mochila al suelo—. Me parece muy bien si le caigo mal. Ya te digo, ella me importa un pito. Lo que me fastidia es tu actitud, que no es para nada normal.

Se queda callado unos segundos, con la vista fija en la puerta. Todavía quedan restos de pánico en su iris azul. Pero si tanto le duele que yo me enfade, ¿por qué no actúa de forma consecuente? Vale, puedo llegar a entender que su trabajo es muy importante para él, pero entonces que me deje a mí en paz con mi vida. A pesar de todo, creo que se deja llevar por lo que Nina dice. Si tanto miedo le da lo que ella puede hacer, entonces jamás será feliz. Al igual que tampoco lo será si sitúa por encima el plano profesional. Pero allá él si es lo que quiere, ya que no estaré para verlo. Las personas obsesionadas con su trabajo me superan.

—Tengo que irme a...

—Lo sé. Ve, ve. —Hago un gesto con la mano, como si me fuese indiferente. Pero en realidad lo único que quiero es quedarme con él todo el día, que no se acerque ni a un metro de Nina. Por desgracia, sé que es un deseo imposible.

—Intentaré librarme de ella en cuanto antes —me promete.

—Ya.

—¿Qué vas a hacer mientras?

—Pues no sé, la verdad. —Echo un vistazo por la habitación—. Puedo leer algún libro.

—No quiero parecer maleducado, pero... —se calla un momento y yo me encojo de hombros, esperando a que continúe. Señala la mochila a mis pies—. Por casualidad, no tendrás ahí un vestido de noche, ¿verdad? —Esboza una peculiar sonrisa que no sé si es irónica o sincera.

—¿Para qué? —pregunto, un poco aturdida. Evidentemente, no lo tengo. Tampoco es que disponga en mi piso de muchos vestidos de noche. Creo que

ni de uno. Al menos, si se refiere a lo que estoy pensando.

—Te he conseguido una acreditación. Para que puedas acompañarme en los actos oficiales —añade cuando ve mi cara de confusión.

—¿Qué? —Arrugo las cejas y pongo cara de susto—. ¿A qué te refieres con actos oficiales?

A ver, vamos a ver. Yo tengo pánico escénico. Podríamos decir que me entra un poco de ansiedad cuando hay mucha gente a mi alrededor. Y se supone que en esos actos oficiales habrá gente famosa, ¿no? Gente importante, ¿no? Gente con gran talento, ¿no? Y luego, yo. ¿No? Ya me están entrando los nervios. ¡Y no, no tengo ropa apropiada para lo que sea eso a lo que tengo que asistir!

—Cenas, cócteles, fiestas...

—¡No pienso ir a todo eso! —exclamo, dando un paso hacia atrás. Me clavo el pomo en la espalda y suelto un grito de dolor.

—¿Y te vas a quedar sola en la habitación mientras tanto? —pregunta, en tono irónico.

—Puedo salir por Barcelona.

—Ni hablar —niega muy serio. Me mira con los ojos entrecerrados—. No voy a dejar que salgas sola por la noche.

—¿Ahora eres mi padre? Creía que eras mi jefe, ya sabes... becaria... — Le dedico una sonrisa falsa.

Suelta un suspiro y agarra el pomo, dispuesto a salir. Se queda pensativo durante unos segundos y a continuación, se saca la cartera del bolsillo del pantalón. Le veo sacar un fardo de billetes, como aquella vez en la universidad. ¿Por qué cojones está tan forrado? ¿Tan bien le paga esta gente? ¡Si ya con las habitaciones que nos han dado debería de estar cubierto el sueldo! Cuando me doy cuenta, me está entregando dos billetes de cien.

—¿Qué haces? —le pregunto, sin coger el dinero.

Él insiste, pero yo dejo mis manos tan quietas como hace un segundo.

—Quiero que te compres un par de vestidos para los eventos —dice, tratando de meterme el dinero en una mano.

—¡Que no! —chillo, apartándola y poniéndomela en la espalda.

Él pone mala cara y menea la cabeza.

—¿Quieres acudir delante de toda la gente con unos vaqueros?

—¿Y tú te crees Richard Gere o qué? ¡Porque yo no soy tu zorrита! — me quejo, muy molesta por lo que está haciendo.

¿Pero qué se ha creído? Jamás voy a coger ese dinero. Ya me ha costado

bastante aceptar que haya pagado esta habitación. Sólo falta que me compre más cosas. Así me endeudo para toda la vida. Y además, que parece que estoy vendiendo mi cuerpo.

—No quiero que vuelvas a hablar así. —Me da un estirón en los labios—. No eres mi zorrita —inclina la cabeza para acercar su rostro al mío—. Eres mía, pero siendo Sara —Intenta cogerme la mano y abrírmela, pero continuo resistiéndome—. Coge el dinero, joder. Considéralo un regalo porque me he portado fatal contigo.

Niego con la cabeza con los labios muy apretados. Al fin, suelta un suspiro de frustración y cede. Le veo guardar el dinero en el bolsillo y sé que está muy molesto, pero me da igual porque yo lo estoy más.

—Habla con Judith. Quizá ella pueda dejarte algo. —Abre la puerta, pero sigue sin salir. Me mira durante un minuto interminable—. Eres una cabezota —Sonríe y los hoyuelos se le marcan más que nunca. Si no fuera porque estoy muy enfadada, me tiraría a besárselos.

Lo veo marcharse por el pasillo. Como siempre, me quedo atontada con sus andares, con la forma en la que se le mueven los hombros. Estoy siendo demasiado blanda, lo sé, pero no puedo hacer nada por evitarlo. O al menos, si lo hay, no dispongo de la suficiente voluntad para hacerlo. Así que, como ya es costumbre, cumplo con sus órdenes y me acerco con cautela a la habitación de Judith. Por suerte, todavía está en ella porque escucho pasos. Me abre la puerta con una toalla enrollada en la cabeza y otra en el cuerpo. Me dedica una enorme sonrisa. Vamos, qué diferencia con la de Nina un rato antes.

—Hola, cariño —me saluda, posando un beso en mi mejilla—. ¿Necesitas algo?

—Pues... Tengo un problema, la verdad —confieso, restregándome las manos.

—Pasa y hablamos mientras me seco el pelo —Me empuja al interior de su habitación, que es también muy bonita y soleada, aunque no tan grande como la mía. Y por supuesto, no tiene libros de Machado por ninguna parte.

La acompaño al cuarto de baño y me siento en la taza del váter mientras ella trastea con el secador. Pues no sé si vamos a poder hablar con el ruido. Ella me mira a través del espejo instándome a que le cuente. Iba a pedirle un vestido, pero me inspira tanta confianza, que me decido a explicarle lo que me ha ocurrido con Abel. Al fin y al cabo, Cyn no está aquí y no tengo a nadie más con quien desahogarme.

—Le ha dicho que soy su becaria —digo, con la barbilla apoyada en una mano.

—¿Cómo? —pregunta, mientras se desenreda el pelo.

—Abel le ha dicho a Nina que soy una simple becaria. —Alzo la vista y la miro. Ella está con la boca abierta.

—¡Joder! ¿Qué me estás contando? ¿En serio?

Asiento con la cabeza. Qué vergüenza, por favor. Pero ella lo conoce mejor que yo y podrá aconsejarme de todos modos. Enciende el secador y se lo pasa por la cabeza unas cuantas veces. Yo espero impaciente a que diga algo.

—¡Es un gilipollas! —grita, por encima del ruido—. ¡Pero es un gilipollas encantador! —añade. Bueno, sí, tiene razón—: ¡Tú le gustas un montón! —Cada vez grita más.

Yo niego con la cabeza. No creo que le guste tanto, si no, no actuaría de ese modo. Ella asiente una y otra vez con una gran sonrisa en la cara. Apaga el secador y se cepilla el pelo una vez más. A continuación saca un bote de espuma de su neceser y se echa un poco en la mano.

—Hazme caso a mí, que lo conozco desde hace un par de años. —Se pone la espuma en las puntas del pelo y empieza a hacerse un peinado—. Tú eres el tipo de chica con la que Abel se casaría. Bueno, no es de esos, creo. Pero si lo fuera, tú serías la elegida.

—Tú lo has dicho, no lo es. ¿Por qué crees que le ha dicho eso a Nina?

—Tiene miedo. —Se gira hacia mí—. Esa mujer es muy absorbente, en serio. Y dominante. Consigue que todos coman de la palma de su mano. Abel no soportaba eso, para que veas. Pero ya te digo, está asustado. Su trabajo es su pasión y no quiere que nadie se lo arrebate.

—Pero no puede estar así toda su vida. Algún día tendrá que pasar de Nina —me quejo.

—Supongo que será el día en que ella ya no tenga tantos contactos —Se encoge de hombros y termina de arreglarse el pelo. Vuelve a girarse hacia mí, sin borrar su sonrisa—. Pero créeme: desde que cortó con Nina habrá estado con unas cuantas mujeres... Una noche o dos con cada una. Sólo sexo. Lo he visto irse con ellas y al día siguiente actuar como si no las hubiese conocido. En cambio, contigo está un poquito obsesionado, la verdad. —Pone los ojos en blanco, pero sé que es una broma.

Yo dirijo la vista al suelo y me quedo pensando en lo que me ha dicho. Bueno, yo ya había imaginado que había estado con un montón de mujeres,

pero que Judith me lo confirme no me hace mucha gracia. ¿Cuántas habrán besado sus suaves labios? ¿Cuántas habrán acariciado su perfecto torso desnudo? ¡Joder, me estoy poniendo muy celosa!

—Has dicho que tenías un problema. —Se empieza a maquillar con tal gracia que me da un poco de envidia. Yo casi que ni me sé pintar la raya—. ¿Era ese?

—No, qué va. —Observo cada uno de sus movimientos—. Me ha dicho que me ha conseguido acreditación para los eventos...

—¿En serio? ¡Joder, qué mano tiene! —Se echa un poco de colorete en las mejillas pecosas—. ¿Y cuál es el problema? ¿No te apetece ir? ¿Es por Nina?

—No, lo que pasa es que... —Me avergüenza un poco confesarle la verdad. Y encima soy pobre—. No tengo nada que ponerme. Salí de casa sin pensarlo y sólo cogí un poco de ropa. Pero no es nada adecuada.

Ella se está pintando los labios y espera a que yo continúe.

—Abel me ha dicho que quizá podrías prestarme alguna cosa tuya —Me encojo de hombros.

Judith termina de maquillarse y me indica con un gesto que la siga a la habitación. Una vez allí se deshace de la toalla y se queda desnuda ante mí. Yo giro la cabeza porque me siento un poco incómoda, ya que apenas nos conocemos. De reojo la observo y me doy cuenta de que tiene un cuerpo menudo, pero muy bonito. Tiene menos pecho que yo, aunque la forma es perfecta. Su piel parece muy suave y es muy blanca, sin ninguna imperfección. Se da cuenta de que la estoy mirando y sonrío. A continuación rebusca en dos de las maletas y se pone unas braguitas y el sujetador.

—Creo que no te va a servir nada —Saca un par de vestidos y los extiende en la cama, pero enseguida nos damos cuenta de que son demasiado pequeños para mí.

—¿Y qué hago? —le pregunto, con la esperanza de que encuentre una solución. ¡Porque yo estoy demasiado nerviosa para lograrlo!

—¿Tienes pasta?

—Poca. —Sé que con lo que me queda en la cuenta tengo que sobrevivir hasta cobrar el mes siguiente, pero no puedo presentarme a la cena o a cualquier otro evento con unos vaqueros desgastados—: Unos cien euros.

—Bueno, conozco una tienda de segunda mano no muy lejos —me dice, mientras se viste con una falda negra y una camiseta fucsia, a juego con su pelo—. Me vino muy bien alguna vez.

—¿Podrías acompañarme? —Junto las manos en un gesto de súplica.

—Pues me sabe muy mal, pero es que he quedado —tuerce la boca—. Pero podemos hacer una cosa: que vaya contigo Eric.

Automáticamente me pongo roja. Una cosa es que no me atraiga como Abel, y otra que me vaya con él de compras a solas. Últimamente no sé por qué, pero no soy ajena a los chicos como ellos. Judith se da cuenta de mi expresión y me da una palmadita en el hombro.

—¡No te preocupes! Estará encantado de ir. Mientras le dejes ver cómo te queda —se echa a reír.

Yo intento reírme también, pero me sale una carcajada histérica.



ESPERAMOS unos minutos ante la puerta de la habitación de Eric. Nadie nos abre, pero dentro se escucha la televisión. Nos quedamos mirándonos y yo me encojo de hombros. De todos modos, no estoy hecha para asistir a esa cena. Ella no se conforma y vuelve a golpear la puerta con los nudillos, esta vez con mucha más fuerza. Un minuto después nos abre un Eric con el pelo revuelto, ojos somnolientos y torso desnudo. Menudo abdomen tan marcado, debe de estar durísimo. Seguro que será como golpear un muro. Uf, menudos bíceps. Pero no está tan musculado como el hermano de Abel. Es totalmente diferente... Tan diferente que ha conseguido que me quede con la boca abierta. Jo-der. Lleva los vaqueros muy bajos así que puedo ver cómo se le marca la pelvis.

Bueno, ya está bien. Yo no soy de esas mujeres que babean ante un tío bueno. Vale, ahora parece que no haya visto a uno en toda mi vida, pero juro que no es así. No sé qué me pasa últimamente. Sólo puedo decir en mi defensa que, aunque he visto a hombres atractivos en mi vida, no lo han sido tanto como estos. Dios los cría y ellos se juntan. Y yo no puedo ir a probarme ropa con este Adonis.

—Estaba durmiendo una fantástica siesta —dice con voz amodorrada—. Tenéis suerte de ser vosotras las que me habéis despertado.

—¿Has tenido sueños bonitos? —le pregunta Judith con una sonrisa de dientes apretados.

—La verdad es que sí. —Se apoya en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. Tú aparecías desnuda en uno de ellos —se echa a reír.

Judith le intenta dar un manotazo en el brazo, pero él se aparta a tiempo.

—Venga, ¿qué es lo que queréis?

—Sara necesita tu ayuda. —Se mete en la habitación con toda la tranquilidad del mundo.

Eric me mira y se encoge de hombros, indicándome que pase. Yo intento mantenerme muy lejos de él cuando cruzo por su lado. Una vez dentro descubro a Judith escribiendo algo en un papelito pequeño, el cual entrega a Eric. Este lo lee con atención y frunce el ceño.

—Esto no está muy lejos de aquí, ¿no?

—A unos quince minutos andando —responde Judith, poniendo la tapa

al boli y dejándolo en la mesa.

—Vale. —Eric asiente sin dejar de observar el papel—. ¿Y por qué me das esto?

—Tienes que acompañar a Sara a esa tienda —Le señala algo en el papel.

—¿Yo?

—Pues sí. Yo he quedado y no puedo. ¡Sara te necesita!

Él se gira hacia mí, interrogándome con la mirada. Abro la boca sin saber qué decir. Estoy segura de que me he puesto roja, porque noto que me arde la cara.

—No... Eh... Vaya, que si no puedes tampoco pasa nada —logro responder.

—Sí pasa —le dice Judith a Eric, el cual aparta la vista de mí y la deposita de nuevo en ella. Parece un poco confundido—. Abel quiere que vaya a la cena de esta noche y no tiene nada que ponerse.

—Bueno, pues sí, habrá que solucionar eso. —Vuelve a mirarme a mí con una sonrisa abierta. Yo me pongo más roja todavía. No sé por qué, pero me siento ahora mismo como una cría delante de ellos. Y menos mal que son muy amables, porque si no, estaría ya completamente histérica—. Pero... ¿Por qué no la acompaña Abel?

—Mira, mejor no hablemos de ese inútil —Judith se dirige hacia la puerta y nosotros la seguimos, aunque Eric se planta sin intención de salir. Y yo me quedo detrás de él porque no sé qué hacer—. Ya te contará Sara... ¡A ver si despierta ya, coño!

Se pone de puntillas para darle un beso, y aun así él tiene que inclinarse. A continuación me hace un gesto para que me acerque a ella y se despide también de mí. Me da un apretón en el hombro y me dirige una mirada con la que parece querer decirme que esté tranquila. Yo intento mostrarle una sonrisa, pero supongo que me sale una mueca extraña. En fin, que soy un libro abierto. Una vez se ha marchado, Eric y yo nos quedamos solos en la habitación. Él cierra la puerta y se mete en el dormitorio, donde tiene la camiseta encima de la cama.

—¿Dónde está Abel? —me pregunta mientras se la mete por la cabeza. Oh, mierda, mira cómo se le contraen los músculos del estómago. Y tiene un bronceado perfecto.

—Con Nina. —Me entra un nudo en el estómago cuando digo su nombre.

—¿Qué ha ocurrido al final? —Se acerca a mí, y yo instintivamente me echo hacia atrás, aunque él se detiene a un par de metros—. Judith y yo hemos intentado detenerla, pero es como un huracán.

—La verdad es que todo lo que ha sucedido me parece increíble —me dirijo a una de las sillas del saloncito y me siento en ella, porque de recordar lo que he vivido me ha entrado un mareo...

—Supongo que la tienda a la que tenemos que ir no abrirá hasta las cuatro y media o las cinco —me dice él, sentándose en otra de las sillas—. Todavía son las dos y media. ¿Te apetece ir a comer algo? —Tiene una sonrisa muy bonita, la verdad.

No sé si debería ir a comer con él. Es amigo de Abel y se supone que confiarán el uno en el otro, pero no sé por qué, me parece que a él no le hará mucha gracia que esté a solas con este chico. Me saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón y le pregunto a Eric:

—¿Me puedes decir su número?

—¿El de Abel?

Asiento con la cabeza. Él se rasca la barbilla en la que se marca una barbita incipiente y me recita el número. Yo lo apunto en la agenda y a continuación le desbloqueo.

—¿Vas a pedirle permiso para comer conmigo? —me guiña un ojo. Siento que esta vez sí estoy ardiendo. Lo más seguro es que ahora sea un tomate andante.

—No, sólo le voy a decir que no estaré en la habitación —Pero en realidad sí voy a decirle adónde voy. Escribo el mensaje y se lo envío. Sin embargo, no se ha conectado desde esta mañana y no le llega mi wasap. Pues nada, tampoco voy a estar esperando a que me conteste.

—¿Entonces qué...?

—Vale, vamos a comer —asiento, con la cabeza agachada, jugueteando con la pantalla del móvil.

—¿Qué te apetece?

—Me da igual. Lo que sea.

Él se queda pensativo unos segundos y a continuación se levanta. Coge la cartera que está encima de la mesa y se la mete en el bolsillo. Agarra la chaqueta colgada de la silla y se la pone. Yo también me incorporo y le sigo cuando se dirige a la puerta. Una vez fuera, comprueba varias veces si está bien cerrado.

—Es una de mis manías —Me lo dice poniendo cara de niño bueno.

—Yo también tengo algunas —confieso, con una sonrisa en el rostro.

En el ascensor ninguno de los dos habla. Me siento un poco incómoda, a pesar de que él intenta tranquilizarme mirándome un par de veces y dedicándome una amable sonrisa. Pero tan sólo consigue que me fije más en lo guapo que es. Y me hace recordar lo bonita que es Judith, y lo escultural que es Nina. Y me imagino que casi toda la gente que pululará por la cena de esta noche será perfecta y divina. Y yo pareceré una gamba entre tantos pececillos de colores.

Nada más se abren las puertas del ascensor, salgo escopeteada y me choco contra alguien. Ha sido un golpe fuerte, tanto que casi me caigo y Eric me tiene que sostener. Cuando me fijo, abro la boca con expresión de horror. La persona que se encuentra delante de mí es Gabrielle Yvonne. Tendrá unos cincuenta años, pero parece mucho más joven. Todavía tiene una piel tersa y bonita, aunque quizá se haya operado. Lleva el cabello recogido en un peinado muy elegante y va vestida con un traje chaqueta de color melocotón. Me voy a disculpar cuando ella espeta:

—Ve con más cuidado, niña.

Puedo leer en sus ojos la molestia que le he causado. Yo agacho la cabeza, pidiéndole perdón en silencio. No podría estar más avergonzada. Y ella me ha dado un repaso general, tal y como Nina ha hecho un rato antes. Pensar que tengo que asistir a la cena de esta noche y encontrarme con esta mujer me pone mala. ¡Cómo se va a quedar cuando me vea allí! Espero que haya mucha gente y no nos encontremos. Mientras pienso en todo esto, Yvonne me hace un gesto para que me aparte. Cuando lo hago, descubro a un señor gigante con gafas de sol que camina tras ella y al que no había visto antes. Ambos se meten en el ascensor, pero ella continúa mirándome con mala cara. Yo querría expresarle mi aflicción, pero lo cierto es que no me sale ni una palabra y las puertas se cierran antes de que haya conseguido decir algo.

—Me va a odiar. —Consigo abrir la boca al cabo de unos segundos.

—Nada, ella es siempre así. —Eric me coge del brazo y me encamina hacia la salida—. Seguro que ya ni se acuerda de ti. —Sé que lo hace por tranquilizarme. Estoy segura de que la mujer esa me va a recordar toda la vida por ser la chica pobremente vestida que por poco le rompió la nariz.

Él me mira de arriba abajo unos instantes antes de salir y dice:

—No llevas chaqueta. ¿Quieres que subamos a por ella?

—¡No! —exclamo. Sólo faltaba que volviera a encontrarme con

Yvonne. Prefiero pasar frío.

No obstante, cuando salimos a la calle nos encontramos con un día soleado y bastante cálido. Con la camiseta interior y el suéter que llevo voy a tener bastante. Caminamos calle arriba todavía en silencio. Yo no paro de pensar en lo que me ha sucedido. Si es que soy una patosa, ¿por qué nunca miro por dónde voy?

—¿Te gusta Barcelona? —me pregunta en ese momento Eric.

—Mucho —respondo, girándome hacia él. Tengo que guiñar los ojos porque el sol me da de cara.

—Nosotros hemos venido bastantes veces. Me conozco casi todo el centro como la palma de mi mano —me explica. Se me queda mirando unos segundos y me sorprende diciendo—: Tienes pecas. Son graciosas. —Se echa a reír.

Yo me llevo la mano a la nariz y me la tapo, aunque también me echo a reír. Cuando hace sol o en verano, las pecas se me marcan un poco más. No es que tenga muchas, pero ahí están cuando los rayos me dan de frente.

Mientras paseamos por el Paseo de Gracia, me doy cuenta de que es una avenida muy elegante, con muchas tiendas de ropa de las mejores firmas y diversos restaurantes que imagino serán muy caros. Tampoco se me pasa por alto la hermosa arquitectura de los edificios. Me paro unos segundos a observar los balcones de uno de ellos. Eric se sitúa a mi lado y lo estudia también.

—¿Te interesa el arte?

—Es algo raro, pero a veces sucede que descubro un lugar que me llama la atención y necesito observarlo durante un rato —le confieso, un tanto avergonzada.

—No es raro —me asegura, mirándome muy fijamente.

Rompo el contacto visual y continúo caminando. Llegamos a la Casa Batlló de Gaudí y la contemplo con sobrecogimiento. Es una preciosidad, me encanta el contraste de colores.

—¿Quieres que entremos? —me pregunta.

Me encantaría, pero lo cierto es que el estómago lleva rugiéndome un buen rato y no he querido decírselo para no parecer una pesada. Sin embargo, ya no aguanto más, necesito comer algo porque si no, me caeré desmayada.

—Preferiría comer antes —respondo, llevándome una mano al estómago dolorido—. Podemos venir después.

Él asiente y, de repente, me coge de la mano. Me pilla totalmente de

sorpresa, pero no me da tiempo a decir nada porque me arrastra y al final acabamos los dos corriendo por entre la gente que pasea por la avenida. Cuando llegamos a la calle Aragón, se detiene y me echa un vistazo para ver si estoy bien. Yo me echo a reír ante su mirada asustada y se la contagio en cuestión de segundos. Parecemos dos tontos riéndonos en medio de la calle, yo inclinada hacia delante con las manos puestas en las rodillas y él apoyado en una farola. Dos chicas pasan por nuestro lado y se ríen también, aunque lo hacen con la mirada puesta en Eric, por supuesto.

—Ya no queda nada —me dice, echando a andar de nuevo.

Minutos después entramos en un restaurante llamado El Mussol, de aspecto rústico, pero a la vez moderno y agradable. Está bastante lleno, pero por suerte no tenemos que esperar mesa porque hay una libre para dos comensales. Eric no aparta los ojos del trasero de la camarera que nos lleva hasta nuestros asientos. Cuando nos deja la carta, yo me apresuro a echarle un vistazo. ¡Bien! Todo está en español y los precios son asequibles. Aunque... a este paso no sé si voy a poder pagar el vestido.

—Invito yo —me informa Eric, como si me hubiese leído el pensamiento.

—No, yo... —niego con la cabeza bastante angustiada. Ya me avergüenza demasiado que lo haga Abel, como para que ahora su amigo también...

—Insisto. —Se inclina hacia delante, con la barbilla apoyada en el dorso de las manos—. No me voy a quedar pobre por esto.

Al final acepto su invitación, pero no sin antes prometerle que le invitaré a alguna copa cualquier noche de estas que pasemos en Barcelona. Él se echa a reír y asiente con la cabeza mientras lee el menú. Una vez hemos pedido, vuelve a posar sus ojos castaños en mí. Yo jugueteo con el tenedor, un poco nerviosa.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —Bueno, esa no es una pregunta difícil.

—Pareces más joven —dice pensativo—. ¿Y a qué te dedicas?

—Estoy terminando la carrera de Filología y trabajo en una academia dando clases a niños.

—¿Quieres ser profesora?

La camarera nos trae las botellas de agua. A mí me la abre muy seria y a Eric con una gran sonrisa. Me recuerda a la vez en que comí con Abel en el restaurante aquel tan lujoso. Al parecer, estoy destinada a vivir este tipo de

situaciones si me rodeo de hombres como ellos.

—Me gustaría hacer un doctorado —Doy un traguito.

—¿Y qué sueles hacer en tu tiempo libre?

En tan sólo cinco minutos ya me ha preguntado más cosas que Abel. Eso es algo que me pone nerviosa porque las veces que nos hemos visto, lo único que hemos hecho ha sido discutir o practicar sexo. Es indignante y no sé si una relación que empieza así podría funcionar muy bien. Es como si no le interesara saber sobre mí, aunque diga que le gusto. Intento que no se me note el malestar porque sería muy incómodo explicarle a su mejor amigo todo lo que siento:

—Pues... No sé... Me gusta salir con mis amigas, el cine... Me encanta leer.

—Interesante —Bebe de su copa y cuando la aparta se lame las gotas de los labios, los cuales me quedo mirando absorta. Él parece darse cuenta y esboza una pícaro sonrisa.

—¿Y a ti? ¿Te gusta leer? —intento desviar su atención.

—Si te soy sincero, no leo mucho. Hace bastante que no tengo un libro entre las manos —contesta mientras acaricia con un par de dedos su copa. A continuación me mira muy serio y me pregunta—: ¿Me recomiendas alguno?

—Pues... ¿qué tipo de historias te gustan?

Me quedo mirando el panecillo que tengo a la derecha. Me da un poco de vergüenza lo que voy a hacer, pero es que me duele mucho el estómago... Así que me parto un trocito de pan y me lo llevo a la boca. Él me escruta mientras mastico y, para mi sorpresa, muerde también un trozo. Me llevo una mano a la boca para aguantar la risa.

—Lo que más he leído ha sido de suspense. —Coge una bolita de miga y se la traga.

—Quizá podrías leer algo de Carsten Stroud, si no lo has hecho ya.

—¿Me lo apuntas? —Me acerca su servilleta, al tiempo que con la otra mano se saca un pequeño boli del bolsillo.

Yo le apunto el nombre de la autora y se la devuelvo. Él se queda leyéndolo unos segundos y asiente con la cabeza. Lo miro mientras rompe el pedazo de servilleta escrito para guardárselo después en el pantalón, junto con el boli. En ese momento llega la camarera y deposita en la mesa nuestros platos. Eric se queda mirándola unos segundos a los ojos, ante lo que ella se pone muy colorada y parpadea unas cuantas veces.

—¿Me puedes traer otra servilleta? —pide al fin.

—Claro que sí.

Segundos después la chica vuelve con dos, las cuales le entrega con toda la parsimonia del mundo, inclinándose hacia delante mucho más de lo necesario. Yo observo la situación un poco incómoda, sobre todo porque me recuerda tanto a los momentos en los que he estado con Abel, que me da rabia. Me hace pensar en que nunca podré tener una cita normal si lo nuestro fuese más allá. Todas las mujeres le mirarían, se lo comerían con los ojos y le desearían. No sé si estoy preparada para eso...

Una vez se ha marchado la camarera, me quedo observando mi enorme fuente con carne, patatas y verduras. Sin poderlo evitar, el estómago me suelta un enorme rugido. Alzo la cabeza completamente abochornada y me topo con la sonrisa de Eric, el cual me hace un gesto para que empiece a comer. Corto un pedacito de carne y me lo llevo a la boca. ¡Uhm, la verdad es que está mejor de lo que imaginaba! Es fácil hacerme feliz... No es necesario que me lleven a restaurantes exclusivos con comida exótica o afrodisíaca.

—¿Está bueno? —me pregunta.

—Sí, ¿y lo tuyo? —Señalo su emperador con el tenedor. Él asiente con la cabeza.

Durante unos minutos nos dedicamos a comer en silencio, saboreando nuestros platos. Cuando ya hemos devorado la mitad, me decido a continuar con la charla.

—Todavía no me has dicho cuáles son tus aficiones.

Se limpia la barbilla y los labios con la servilleta y me hace un gesto para que espere, porque todavía está masticando. Una vez se lo ha tragado, dice:

—Me encanta hacer deporte. Voy al gimnasio un par de veces a la semana y practico natación.

Me lo imaginaba. Tiene una espalda muy ancha, como las de los nadadores profesionales, además de unos brazos muy fuertes. Supongo que sus piernas también lo serán. Asiento con la cabeza mientras continuo comiéndome el filete.

—Pero como ya te habrás dado cuenta, mi auténtica pasión es la fotografía. —Pincha una patata y la coge con los dientes de delante.

—En el coche no me has dicho cómo llegaste a ser asistente de Abel.

—¿Recuerdas que te dije que durante los estudios nos llevábamos fatal? —Se queda callado y yo asiento con la cabeza. Él esboza una sonrisa al bajar la vista a su plato—. Pues yo salía en esa época con una chica, otra

compañera nuestra de clase. —Juguetea con las patatas que le quedan—. Era muy guapa, pero también un poco... Digamos que fresca. La cuestión es que me engañó con Abel.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Me inclino hacia delante con los ojos muy abiertos. ¡Vaya con Abel! Podía esperarme muchas cosas, pero no que fuese un roba novias...

—De todos modos, en ese momento no éramos amigos, así que tampoco se le puede culpar. No es que sea algo que esté bien, pero puedo llegar a entenderlo —continúa él, alzando los ojos y mirándome un poco serio—. Vamos, que eso no debe suponerte un problema.

—¿Y cómo llegasteis a ser amigos? —Me meto en la boca el último pedazo de carne que me queda y bebo un sorbo de agua para terminar de bajarlo.

—Cuando me enteré, quise partirle la cara. —Clava sus ojos en mí por si voy a decir algo, pero al verme callada y atenta, prosigue con su historia—. Pero la verdad es que yo no estaba muy fuerte por aquel entonces. —Se echa a reír, meneando la cabeza ante el recuerdo—. Intenté darle una paliza, pero al final el que acabó fatal fui yo.

—¿Qué pasó con la chica? —pregunto, limpiándome las manos con la servilleta.

—La dejé. Creo que no merecía la pena. —Deja los cubiertos sobre el plato y los coloca muy juntos, perfectamente unidos—. Perdí una novia, pero gané un amigo. Al año siguiente, Abel empezó a darse a conocer, aunque no fue hasta unos tres años después cuando consiguió abrirse paso en el mundo de la moda. A mí me encantaban todos sus trabajos y me daba cuenta de que en los míos no había la belleza que él conseguía. Así que me pareció que podría ser mi maestro. —Se encoge de hombros—. Y, la verdad, es que cobro bien y trabajo con mi amigo. ¿Qué más puedo pedir?

—A mí me parece de ser una persona muy humilde —respondo, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. Yo soy muy competitiva, así que no sé si llevaría bien ser asistente de una amiga.

—Él no me trata como si fuese sólo un asistente —aclara.

La camarera se acerca para retirar nuestros platos y preguntarnos si queremos postre. Eric le pide un café y yo un helado de chocolate. Él se ríe ante mi petición y yo me encojo en mi asiento porque no sé qué es lo que le parece tan gracioso.

—No contestes a esto si no quieres, pero... ¿Qué es lo que tenéis Abel y

tú exactamente?

Me muerdo los labios en un gesto de nerviosismo. No sabría cómo contestar a esa pregunta porque ni yo misma lo sé. No puedo contestar que tenemos sexo maravilloso porque no es lo único que yo quiero.

—No lo sé —niego con la cabeza y me pongo a hacer pedacitos la servilleta.

—¿No tenéis una relación?

—No —respondo. Y añado—: No al menos tal y como se entiende.

—Bueno, entonces tengo camino libre. —Esboza una gran sonrisa que le achina un poco los ojos y le hace parecer más travieso. Me mira muy fijamente, con esos ojos tan cálidos. Joder, si noto que me arden las orejas. Parece que se da cuenta de mi incomodidad porque se apresura a decir—: Es broma. También lo hago con Judith porque sé que le molesta. —Alarga el brazo y me toca el dorso de la mano con sus dedos. Apenas un roce amable, pero me pongo nerviosa igualmente.

—Vale —respondo únicamente, sin atreverme a apartar la mano.

Por suerte, lo hace él. Se rasca la barbilla sin dejar de mirarme. Quizá haya aprendido a comportarse así por Abel. Dicen que cuando dos personas comparten mucho tiempo juntas, acaban pareciéndose bastante. Y no sería la primera vez que dos amigos actúan de forma similar. Sin embargo, y a pesar de que Eric es muy guapo, no despierta en mí lo que Abel. Y la verdad es que se lo agradezco a mi organismo.

Yo le sonrío, agachando la cabeza con timidez, cuando noto que me vibra el móvil. Aparto la mano para sacarlo del bolso, preguntándome si serán Cyn o Eva. Tengo muchas ganas de contarle a Cyn lo que estoy haciendo. A Eva ya se lo diré cuando vuelva, porque si no, me va a montar un pollo y es lo que menos me apetece ahora. No obstante, al abrirlo me encuentro con que es Abel el que me ha enviado un mensaje. Y está en mayúsculas.

«¿PUEDES EXPLICARME QUÉ HACES COMIENDO CON ERIC?».



VALE, me lo había imaginado. Encima es un celoso. Podría decirse que es como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Y la cuestión es que yo sólo estoy haciendo eso: comer. Con su amigo. Y ya está. ¿Qué problema hay en ello? Le hago un gesto a Eric para informarle de que se trata de Abel, y a continuación le escribo mi respuesta.

«No hay nada que explicar. No tenía nada que hacer y me pareció bien comer con él».

En menos de treinta segundos recibo su acalorada respuesta, que todavía sigue en mayúsculas.

«¿POR QUÉ COÑO NO HAS COMIDO EN EL HOTEL?».

Suelto un suspiro. No me gustan los tíos celosos, joder. Porque además, no tiene ningún motivo para estarlo. Y de todas formas, ¡él se ha ido con Nina a saber dónde y a saber a hacer qué! ¿Por qué tengo que estar dándole explicaciones cuando él no me informa de nada? Escribo mi mensaje con rabia y se lo envío.

«No me apetecía comer sola. Tú estabas con Nina. Estamos a pares, ¿no?».

Esta vez tarda más en contestar. Mantengo la vista fija en la pantalla, observando cómo se pasa casi un minuto escribiendo el mensaje, el cual es larguísimo cuando me llega. Por suerte, ha dejado de usar las mayúsculas. Estaba harta de que me gritara aunque fuese por móvil.

«Yo estaba trabajando, no teniendo un rato de placer. A la próxima, consúltame antes. Me habría gustado comer contigo. Y dile a Eric que mire su puto teléfono».

Alzo la vista y le comento lo que me ha dicho Abel. Eric se encoge de hombros y se saca el móvil del bolsillo. Cuando lee el mensaje que su amigo le ha enviado, suelta una carcajada. Yo me quedo mirándolo con gesto de confusión.

—Ya te habrás dado cuenta de que es un poco celoso, ¿no?

Asiento con la cabeza. No me ha dicho lo que pone en su mensaje, así que tampoco voy a preguntarle. Quizás sean cosas de ellos dos. Vuelvo a centrarme en mi pantalla y le escribo otro wasap en el que irónicamente le digo que si él no come nunca con amigas.

«No tengo amigas, a excepción de Judith».

Bueno, me lo imaginaba. ¿Qué mujer podría querer ser su amiga? Evidentemente, ninguna. Vale, la excepción es Judith, pero ella es rara y tengo que averiguar cómo lo hace. Y él, por supuesto, siendo tal y como es, tampoco buscará amigas. Supongo que para él las mujeres son objetos de usar y tirar. Yo flipo, en serio. Paso de contestarle más porque no es nadie para controlarme. Si ni siquiera somos pareja. Que le den y sufra un poquito. A ver si le gusta que le paguen con su misma moneda.

—Me ha dicho que no tiene amigas —le comento a Eric.

—Tampoco tiene muchos amigos. Tan sólo su hermano y yo. —Se rasca la mejilla, echando un vistazo a su alrededor. Estará buscando a la camarera —. No tiene mucho tiempo libre.

—Para acostarse con mujeres sí lo tiene, ¿no? —Ups, quizá no debería haber dicho algo así, pero es que me ha salido del alma.

Eric sonríe divertido. Menea la cabeza un par de veces y a continuación asiente también un par de ellas.

—Creo que para acostarse con mujeres bonitas siempre hay tiempo. — Le guiña un ojo a la camarera cuando esta llega con nuestros postres. Me imagino que ella ha escuchado parte de lo que ha dicho porque se ha puesto coloradísima.

Mi bola de helado es enorme. La miro con gula, poniéndome casi bizca. Dios, me encanta el chocolate y ahora mismo necesitaba una buena ración. Cojo mi cuchara y lo ataco, llevándome a la boca un buen trozo. Qué bueno está, también tiene pedacitos de almendra. Eric me mira sin borrar la sonrisa, como si disfrutara viéndome comer. De repente, la camarera vuelve y le entrega una notita con una caída de pestañas muy sensual. Y sin decir nada más, se marcha. Yo me quedo a cuadros y me inclino hacia delante para preguntarle qué es. Lo gira hacia mí y leo un nombre femenino y un teléfono. ¡Qué fuerte! La camarera le ha dado su móvil para que la llame.

—Joder, la gente no se corta ni un pelo —murmuro, lamiendo la cuchara con restos de helado—. ¿Y si hubiésemos sido pareja?

—En ese caso le hubiese devuelto la nota. —Clava sus ojazos en mí y los deja unos segundos que a mí se me antojan eternos. Me pregunto si Abel hubiese hecho lo mismo en una situación parecida. Imagino que no, porque en realidad tampoco somos pareja.

Nos terminamos nuestros postres en silencio. Cuando la chica regresa con la cuenta que le ha pedido Eric, ella sonríe y le hace un gesto con los

dedos para que la llame. Él le devuelve la sonrisa, pero no dice nada. Me pregunto si la llamará una de estas noches y si es así, si se acostarán. Nunca me ha pasado algo así y supongo que nunca dejaría una nota con mi teléfono. ¡No me atrevería!

Una vez salimos del restaurante, decidimos dar un pequeño paseo hasta que den las cinco y cuarto. Lo cierto es que me siento cómoda con Eric y es sencillo hablar con él. Y como tengo tantas ganas de saber sobre Abel y él no me cuenta nada... ¿Estará mal lo que voy a hacer?

—Eric —le llamo, porque se ha quedado mirando el escaparate de una tienda de deportes.

—¿Mmm? —murmura, sin apartar la vista de unas zapatillas muy llamativas.

—Ya sé que Abel y tú sois amigos, y que quizá no quieras hablar conmigo sobre esto porque te incomoda pero...

—¿Pero...? —se gira por fin y me observa con su eterna sonrisa.

Yo empiezo a andar porque no quiero mirarle a la cara mientras le pregunto cosas de Abel y él me sigue, situándose a mi altura.

—¿Con cuántas mujeres se ha acostado? —Demasiado brusca, lo sé. Pero a veces me falla el tacto... ¿Y para qué coño quiero saber algo así? ¿Para ponerme más celosa? ¡Soy tonta, en serio!

—Pues... —se pone a pensar unos segundos, caminando con las manos en los bolsillos—. No sé... Con algunas.

—¿Con algunas te refieres a bastantes o a muchas?

—En medio. —Me hace un gesto para que le siga y cruzamos un enorme semáforo. Estoy un poco perdida, aunque supongo que nos dirigimos ya a la tienda—. Pero piensa que continuamente está rodeado de chicas preciosas, y que hay mucho roce y...

—¡Calla, calla! —exclamo, con los puños apretados. Él me mira con los ojos muy abiertos, y al fin se echa a reír. Yo pongo morros un poco malhumorada, pero en realidad ha sido culpa mía—. Me gustaría ser la única —murmuro.

—Eso es difícil hasta para un tío un poco más normalito, ¿eh?

—Me refiero a que me gustaría ser la única a partir de ahora. —Alzo la cara y lo miro con los ojos entrecerrados porque el sol me da de pleno.

—De momento lo eres —dice, señalándome una tiendecita de ropa en la otra acera—. Y te aseguro que Abel es una persona fiel. A ver, él ha estado con algunas mujeres, sí... Pero nunca ha engañado a ninguna. Y de todos

modos, ellas sabían a lo que iban.

—Pues yo no. —Me encojo de hombros con mala cara.

—Desde que te ha conocido no ha estado con otra mujer. —Nos detenemos ante el escaparate de la tienda, donde hay unos bonitos vestidos que yo jamás llevaría puestos. Lo miro con escepticismo y él se echa a reír—. En serio, me lo habría contado. O yo mismo le habría visto. La última vez fue hace ya unos meses y era ella la que no dejaba de mandarle mensajes y llamarle. Pero, en cambio, sé que él te ha seguido a ti.

¿Será eso cierto? Me parece demasiado increíble. ¿Qué tengo yo que no tuvieran ellas para que él vaya detrás de mí? No voy a ponerme a pensar en aquello de las almas gemelas, medias naranjas y todo el rollo... ¡Todo eso no existe! Pero entonces, ¿qué le sucede a Abel conmigo? Me encantaría pensar que en realidad sí he sido un flechazo para él, y que se puede enamorar de mí... Pero sería muy tonta si lo hago, así que prefiero que mi maldita cabeza se quede quietecita por un tiempo y no se ralle con chorradas.

—¿Entramos?

Asiento con la cabeza y él me abre la puerta, permitiéndome que pase yo primero. Entro un poco tímida, porque siempre me ha dado vergüenza meterme en una pequeña tienda en la que no hay gente. Nada más pasar, me quedo sorprendida ante la cantidad de trajes elegantes y hermosos que hay, de todas las formas y colores. Aunque sean de segunda mano, ¡tienen que costar un ojo de la cara porque son preciosos!

Una señora de mediana edad bastante bien vestida se separa del mostrador y se acerca a nosotros con los brazos abiertos. Se queda mirando primero a Eric con admiración —si es que estos tíos agradan hasta a las maduritas...— y, a continuación, gira su cara hacia mí con una sonrisa amable.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudaros en algo? —Tiene una voz también muy simpática.

Yo me quedo callada sin atreverme a decir nada. Me estoy retorciendo las manos como otras veces. ¿Por qué no puedo actuar como una persona normal de mi edad por una puñetera vez? Por suerte, Eric me salva.

—Quiero comprarle un vestido a mi chica —le dice a la señora con toda la tranquilidad del mundo. A mí casi se me escapa una risa nerviosa, pero me contengo—. Esta noche tenemos una cena con gente bastante importante.

La señora vuelve a dirigir su mirada hacia mí con la cabeza ladeada. Me observa durante unos segundos y suelta:

—Necesitarás un vestido de cóctel.

Ah, vale. ¿Y qué se supone que es eso? Únicamente asiento con la cabeza y sonrío a la mujer. Madre mía, se va a pensar que soy estúpida, por favor. O muda. Bueno, pues prefiero que se imagine que no hablo por lo segundo, ya que lo primero realmente es vergonzoso. La mujer nos indica que la acompañemos, y Eric me apoya la mano en la espalda para que avance. Me giro y le agradezco en un susurro silencioso.

—Bueno, echemos un vistazo a esta señorita. —Se detiene, volviéndose hacia mí, y estudia todo mi cuerpo. Para mi sorpresa, se sitúa justo delante de mí y me palpa la cintura y las caderas—. Usas una treinta y ocho, ¿verdad?

Asiento con la cabeza totalmente sorprendida. Ella me sonrío de forma muy amable y se pone a rebuscar entre unas perchas en las que hay vestidos de todos los colores, la mayoría preciosos. Al fin, saca un vestido de color negro con mucho vuelo y cuya parte de arriba es de pedrería y con un escote palabra de honor. Me quedo mirándolo con la boca abierta. La verdad es que es precioso, con mucho estilo. No sé si a mí me va a quedar bien este tipo de ropa.

—Es de satén. Mira, toca y verás qué suave —me dice la señora, acercándose el vestido.

Paso los dedos por él y contengo la respiración. Sí, sí que lo es. Lo cierto es que estoy deseando verlo puesto en mi cuerpo y descubrir cómo me sienta. Ella me lo entrega y yo lo sostengo entre mis manos como si fuese un tesoro. Eric se sitúa a mi lado, mirándolo más de cerca.

—Es bonito, ¿no? —me pregunta, inclinándose hacia delante.

Asiento con la cabeza y la giro para dedicarle una sonrisa. A continuación le pregunto a la señora por el probador y me lleva a un pasillo estrecho en el que hay dos. Le hace un gesto a Eric para que nos acompañe y siento que me pongo colorada. Claro, si es que él ha dicho que soy su novia, así que la mujer esperará que dé el visto bueno. En fin, tendré que hacer un poco el teatro...

—Estaré en el mostrador por si me necesitas —me dice ella. Y antes de correr la cortina, añade—: Por cierto, soy Paulina.

Cuando me deja sola ante el espejo, me quedo un ratito más admirando el vestido, hasta que por fin me decido a despojarme de la ropa. Ya que es palabra de honor, me quito también el sujetador. Con sumo cuidado, me voy metiendo el vestido por la cabeza y dejo que se deslice por mi cuerpo. Cuando termina de caer, suelto una exclamación de sorpresa. ¡Me queda que

ni pintado! Me llega a la altura de las rodillas y se me acopla a la cintura de forma perfecta. Parece que lo hayan hecho para mí, la verdad. Nunca me había visto así; parezco otra persona. Alguien elegante. Y por qué no, bonita. El color negro conjunta con mi cabello y contrasta con mi piel blanca. ¡Si me presento así a la cena, podría dejar a Nina con la boca abierta!

—¿Sara? —pregunta Eric desde fuera.

—Ya salgo —contesto.

Me da bastante vergüenza aparecer con el vestido ante él, ya que nunca he llevado uno así. Descorro la cortina lentamente, asomando primero el cuello. Él me mira con una sonrisa y encoge los hombros para preguntarme qué sucede.

—No te burles, ¿vale?

—Pues claro que no.

Termino de separar la cortina y dejo que me vea. Cuando doy un pasito hacia adelante y salgo del probador, él se levanta de forma automática del pequeño sillón en el que estaba sentado. Yo agacho la cabeza y lo miro de reojo. No sé por qué está tan serio y por qué no dice nada. Me está poniendo nerviosa.

—¡Di algo! —exclamo—. ¿No es adecuado para la cena?

Sacude la cabeza un par de veces, y se lleva la mano a la nuca, manteniéndose aún callado. Yo me cruzo de brazos con la ceja arqueada, un poquito harta de su silencio.

—Estás... —Empieza, abriendo los brazos y señalándome—. Pareces otra.

—Gracias —contesto, sin saber cómo tomarme lo que me ha dicho.

Sonríe, aunque la verdad es que parece un poco nervioso. Yo intento buscar la etiqueta para ver cuánto cuesta. Seguro que un riñón, y no sé si estoy dispuesta a vender uno de los míos sólo por una cena.

—¿Puedes decirme el precio? —le pregunto, intentando coger la etiqueta.

—Sí —se limita a contestar, acercándose a mí cuando me giro y echo el cuello hacia delante. Noto sus manos muy cerca de mi nuca, aunque no me toca. Muevo los hombros, un poco impaciente—. Setenta y cinco euros con noventa y cinco —me dice.

Me quedo pensativa. Bueno, es mucho menos dinero del que esperaba pero, aun así, para mi situación económica actual es un mundo. Si lo compro, tendré que pasar el resto del mes con tan sólo veinticinco euros, a no ser que

consiga algunas clases particulares y las cobre al momento. Si no lo compro, no podré ir a la cena y Abel se enfadará. Y en cierto modo, me apetece ir y ver la cara que pone Nina. Algo me saca de mis pensamientos y resultan ser los dedos de Eric, los cuales me están rozando la vértebra de la nuca y me provocan una cosquilla. No puedo evitar estremecerme porque tengo mucha sensibilidad por esa zona.

—Perdona —musita, apartándose un poco de mí.

Me doy la vuelta y le miro a los ojos, aunque no entiendo muy bien por qué, él los aparta. Se ha establecido un silencio incómodo entre nosotros. Creo que lo mejor será que me meta otra vez en el probador y me cambie. No obstante, en ese momento aparece Paulina y al verme, suelta una exclamación de regocijo. Se acerca y me rodea, mirándome de arriba abajo.

—¡Mírate, señorita! —Me coge de la mano y me hace dar una vuelta. La falda del vestido sube y vuela. Me siento como una princesa—. Menuda hermosura tienes, ¿eh? —le dice a Eric, el cual asiente, un tanto inquieto.

—Me lo voy a llevar —le informo, con una gran sonrisa.

—Vas a ser la envidia de la fiesta —Qué amable es esta señora y cómo sabe subir la moral.

—No lo creo, pero al menos podré estar a la altura —respondo, volviendo al probador.

—¿Tienes unos zapatos adecuados?

Eh... Pues no. La verdad es que no. Me he traído deportivas y botines. Pero vamos, tampoco es que tuviese ninguno. ¿Qué voy a ponerme? ¡Joder, no puedo gastarme más dinero, si no, sí que no como este mes! Con pánico, observo a Paulina irse y volver al cabo de un minuto con unos preciosos zapatos, también negros, abiertos y con un tacón espectacular. Ehm... Yo no voy a saber andar con eso, por favor.

—Usas la treinta y ocho, ¿verdad?

Vaya, esta mujer además es adivina porque lo ha acertado otra vez. Asiento con la cabeza y me siento en el silloncito en el que había estado Eric. Me coloco los zapatos y me levanto para intentar dar un par de pasos. Parezco un pato mareado.

—Es cuestión de acostumbrarse —me anima Paulina con su sonrisa brillante. Se gira hacia Eric y le da unas palmaditas en el brazo—. ¡Dile algo a tu chica, hombre! Se ha quedado de piedra, ¿eh? —vuelve a dirigirse a mí.

Yo sonrío y miro a Eric, el cual por fin clava su vista en mí. Se pasa la lengua por los labios y al fin dice:

—Es que... Nunca había visto a una chica tan preciosa como ella.

Automáticamente me pongo coloradísima. Me arden las mejillas y las orejas y siento que las manos me empiezan a sudar. Me ha parecido como que ya no lo decía en broma como las veces anteriores. Está demasiado serio y me mira de forma extraña.

—Hacéis una pareja estupenda —opina Paulina, echando un vistazo a los zapatos—. ¿Te los quedas? —me pregunta, alzando la cabeza para mirarme.

—¿Cuánto valen?

—Cincuenta y cinco euros.

Madre mía, si cuestan casi lo mismo que el vestido. Vamos, no me llega. Es una pena, pero me quedaré sin ellos. Necesito buscar una tienda con unos zapatos más normales, pero que parezcan un poco glamurosos. Agacho la cabeza y le digo:

—Lo siento, pero no puedo gastarme tanto.

Paulina pone cara de tristeza. Entonces se le ilumina el rostro y le dice a Eric:

—¿Por qué no se los regalas?

Él se la queda mirando con cara rara, como si no la hubiese entendido. Después me mira a mí, observa mi vestido y baja la vista por mis piernas hasta llegar a los zapatos. Asiente muy despacio.

—Claro. Se los compro.

—¡No, Eric! —exclamo, levantando una mano y negando con el dedo.

—Vamos, bonita, deja que te mime un poco. Nos lo merecemos. — Apoya su mano en mi hombro y me dedica un guiño cómplice—. Te dejo cambiarte, ¿vale? —Vuelve a dirigirse a la parte delantera de la tienda.

Cuando la escucho trastear por allí, me acerco a Eric y le digo en un susurro para que ella no nos escuche:

—No puedes comprármelos, Eric. No digas tonterías. ¡Son más de cincuenta euros! Y ya me has invitado a comer.

—Tranquila, ya me lo devolverás, ¿vale? —Levanta las manos como si realmente no le importara.

A ver, puedo aceptar que Abel me invite a un hotel majestuoso en una habitación que costará un ojo de la cara. Puedo permitir que su mejor amigo me invite a comer... ¿Pero que me compre unos zapatos? ¡Eso ya es pasarse de la raya! Vuelvo a negar con la cabeza y me los quito.

—No, en serio. Ya encontraré unos más baratos.

—¿Quieres estar perfecta para la cena, o no? —Me guiña un ojo.

—Pero...

—Venga, cámbiate —me dice, empujándome hacia el probador.

Cuando me cambio y salgo, él ya está en el mostrador junto con Paulina. Ambos están charlando bastante animados y al ver que me acerco, se callan. Ella me coge el vestido y los zapatos; me guarda el primero en una funda con una percha y los zapatos en una caja.

—Espero que os lo paséis muy bien en la fiesta —nos dice.

Yo me quedo mirándola extrañada y me dispongo a sacar la tarjeta para pagar, pero Eric me coge del brazo y niega con la cabeza. Yo lo miro con mala cara.

—Sois una pareja encantadora, en serio —insiste ella, entregándome el vestido y los zapatos.

Cuando nos dirigimos a la puerta, nos despide con una inmensa sonrisa y un agitar de dedos. Yo se la devuelvo y alzo una mano a modo de despedida. Una vez en la calle, camino unos pasos y al final me planto, un poco molesta.

—¡Tenías que pagar sólo los zapatos! —exclamo.

—Te he hecho un favor. Ahora podrás pasar el mes mejor —me dice, agarrándome del codo y obligándome a caminar—. Me lo devuelves el próximo y ya está. En serio, para mí no ha supuesto un sacrificio.

Me siento muy avergonzada. ¿Me van a estar pagando todo? Porque si es así, prefiero volverme a casa. Uf, voy a pasarme todo el viaje con remordimientos. Puede que Nina me fastidie un poco, pero valdrá la pena por lo amables que están siendo los amigos de Abel conmigo. Me detengo y hago que él se pare. Me pongo de puntillas, apoyándome en su antebrazo, y le doy un pequeño beso en la mejilla. Le estoy muy agradecida, la verdad. Está siendo demasiado agradable conmigo y apenas me conoce. Cuando me separo, él se queda aturdido durante unos segundos. Al fin, reacciona diciendo:

—Preferiría que me lo hubieses agradecido dejándome compartir el probador contigo —me guiña un ojo con su divertida sonrisa.

Yo me echo a reír y continúo andando. Menos mal que vuelve a ser el mismo Eric que he conocido esta mañana, porque en la tienda me he asustado un poco. Durante el camino, charlamos un poco más sobre lo que nos gustaría hacer en un futuro y descubro con sorpresa que admira muchísimo a Abel. Esa actitud me enterece. En el fondo, Eric parece un niño grande que no

quiere defraudar a su amigo.

—Voy a tomar algo en el restaurante —me dice una vez que hemos llegado al hotel—. ¿Quieres venir?

—Prefiero ir a la habitación y concienciarme un poco para lo de esta noche —contesto.

—No te pongas nerviosa —sonríe, dándome un apretón de hombros—. Apunta mi número. Así, si necesitas algo, me escribes.

Saco mi móvil y se lo entrego para que lo anote él mismo. Le observo mientras teclea los números y cuando me lo devuelve, asiento con la cabeza y me voy a despedir, pero noto algo por el rabillo del ojo que me resulta familiar. Cuando giro la cabeza, descubro que Abel se acerca a mí a toda velocidad, totalmente serio, con los puños apretados y soltando chispas por los ojos. Oh, mierda. Eric dirige la vista hacia donde estoy mirando y se ríe. ¡Joder, así no me ayuda nada!

—Nos vemos luego —me despido de inmediato y echo a correr hacia el ascensor.

Escucho que Abel me llama, pero no me detengo. Echo una mirada fugaz por encima del hombro y veo que está lanzándole una mirada de odio a Eric. Este se encoge de hombros y se va hacia el restaurante. ¿Pero qué les pasa a estos dos? ¿Y por qué estoy huyendo yo? ¡Ni que hubiese hecho algo malo! Pero es que no me apetece escuchar un sermón ahora. Por suerte, las puertas del ascensor se abren cuando yo llego. Una pareja mayor, vestidos de forma muy elegante, sale y yo me meto dentro como un rayo. Aprieto el botón una y otra vez y suspiro de alivio cuando las puertas empiezan a cerrarse. Pero entonces aparece una mano y se vuelven a abrir.

Los ojos enojados de Abel se me clavan muy dentro. Doy unos pasos hacia atrás y me choco contra el espejo del ascensor. Pongo la funda del vestido por delante de mí, como si me fuera a proteger. Cuando la puerta se cierra, se aproxima a mí sin apartar ni un segundo sus ojos de los míos. Están muy oscuros. Los aprecio nublados de deseo. Oh, ¿pero por qué está excitado? Su cuerpo choca contra el mío con tal violencia que me hago daño con el espejo en la espalda.

—¿Por qué te has ido con Eric? —me pregunta muy enfadado, mordiéndome el cuello. Yo suelto un pequeño grito de sorpresa y dolor—. ¿Te ha gustado comer con él más que conmigo? —Me agarra de la barbilla y me busca la boca, intentando besarme. Yo trato de apartarme porque se supone que estoy enfadada con él por lo de Nina—. Tus labios son míos,

Sara. Recuérdalo. —Consigue llegar a ellos y me besa, aunque yo mantengo la boca cerrada. Me los intenta abrir y al final, lo logra.

—Basta... —me quejo, revolviéndome bajo su abrazo.

—Calla —me ordena, acariciándome los labios y volviéndome a besar a continuación. Y ahora caigo. Los entreabro y dejo que la punta de su lengua toque la mía. Se aparta y me empieza a desabrochar el pantalón. Yo lo miro asustada—. Voy a follarte. Ahora.

—¡No! —exclamo, angustiada.

Pero él aprieta su erección contra mí y me vuelve a empotrar contra el espejo. Me agarro a su espalda mientras noto su mano deslizándose por dentro de mis pantalones. Tan sólo el roce de la punta de sus dedos en mi vientre me hace enloquecer.

—Espera... Para el ascensor... —le susurro contra la boca.

Me sujeta y me lleva junto a él mientras se acerca a los botones. No obstante, el ascensor se para en ese momento y las puertas se abren. Apenas nos da tiempo a separarnos y disimular que no ha sucedido nada. Para colmo, quienes entran son Yvonne y su especie de guardaespaldas. En cuanto Abel se da cuenta de quién es, se acerca y le coge la mano, posando un beso en ella. Joder, qué caballeroso. Cómo se nota quién es su jefa en estos momentos.

—Yvonne, estás magnífica —le halaga.

Ella se baja un poco las gafas y sonrío de forma coqueta. No te digo yo la señora... Pero entonces dirige su vista hacia mí y la sonrisa se le borra de la cara. Mierda, ¿se acuerda del choque de antes o es que simplemente le parezco una basurilla? El ascensor se para en nuestro piso y yo me apresuro a salir, pero Abel me coge del brazo y me para un momento.

—Esta es mi becaria —le dice a Yvonne.

Ella vuelve a mirarme por encima de las gafas y asiente muy seria. Me da miedo. Me analiza con su fría mirada. Pero a continuación, esboza una sonrisa para mi gran sorpresa. ¡Me ha sonreído a mí! No me lo puedo creer.

—Nos vemos esta noche —se despide Abel.

Salimos y nos quedamos mirando en silencio.

Estoy hasta las narices de que me presente a todos como su becaria.

—Que te den —suelto enfadada. Él va a decir algo, pero al final no lo hace. Supongo que en el fondo entiende que me sienta así.

Me marcho a la habitación y en cuanto entro me tiro en la cama muy enfurruñada.

¡Cómo le odio y le deseo al mismo tiempo, joder!



ME paso un ratito hojeando los libros que encuentro por la habitación. En la cama reluce el vestido y, alguna vez que otra, le echo un vistazo de reojo. Es tan maravilloso... Jamás pensé que yo tendría uno así. Y los zapatos... Son tan elegantes y bonitos. Al menos no tendré mal aspecto ante Yvonne, Nina y los demás famosetes.

A las siete y media decido empezar a arreglarme, así que me despojo de la ropa y voy hacia el estupendo y gigantesco cuarto de baño. Pero en cuanto voy a pisar la ducha, escucho que alguien llama a la puerta. Paso de quien sea porque lo único que me apetece es ponerme debajo de ese fantástico chorro. Pero un segundo después, el móvil vibra sobre el lavabo. Me acerco para echarle un ojo y descubro el nombre de Abel en la pantalla. ¿Qué quiere ahora? ¿Más sexo? Pues va a ser que no, que no se lo merece. No soy su juguetito sexual. Y además, no me va a hacer perder el tiempo. En cuanto dejo el teléfono sobre el mármol, vuelve a llamar unas cuantas veces más. Suelto un suspiro y me decido a descubrir qué quiere porque si no, no va a parar.

Nada más abrir la puerta, se mete en la estancia como un rayo, y me echa un vistazo. Sólo llevo una toalla enrollada alrededor del cuerpo, así que entiendo su sonrisa.

—¿Estás esperándome, Sara? —me pregunta, acercándose a mí con un brazo estirado. El otro lo tiene por encima del hombro, ya que sostiene algo.

Apenas le da tiempo a rozarme la cintura porque me aparto con suma rapidez con una cara de fastidio increíble.

—Estaba a punto de ducharme —le explico—. No sé si recuerdas que tenemos una cena.

—Precisamente por eso estoy aquí.

Se dirige a la habitación y descubro que lleva una funda con percha tras la espalda, como la de mi ropa. ¿Pero qué me ha traído? Se detiene ante mi maravilloso vestido negro y observa con seriedad la funda durante unos segundos.

—Así que ahí dentro está el vestido que te ha regalado Eric —me dice con voz grave.

Vale, ya se ha enterado. Bueno, ¿qué esperaba yo? Son amigos, así que

no deben de tener secretos. Yo también le contaría algo así a Cyn o a Eva.

—No me lo ha regalado; es un préstamo —respondo, apoyando los puños en las caderas.

—¿Por qué has dejado que te lo compre? —Se vuelve hacia mí y me traspasa con la mirada. Tiene el ceño arrugado y una sombra de preocupación en el rostro. ¿No me digas que está celoso de su mejor amigo?

—Cuando salí del probador, él ya lo había pagado —le explico, perdiendo a cada segundo una pizca de paciencia—. Y de todos modos, le voy a devolver el dinero.

—¿No te basta con lo que yo te regalo?

Vale, hasta aquí hemos llegado. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué cojones está insinuando? Meneo la cabeza con asombro y me dirijo al baño, dejándolo plantado ante la cama. Pero inmediatamente le escucho seguirme y entra al baño antes de que yo pueda cerrar la puerta.

—¿Prefieres que te haga regalos él? —continúa.

Definitivamente, es imbécil. ¿Pero cómo puede ser tan inseguro? Si tiene a todas las mujeres que quiere. Si sabe que estoy loca por su cuerpo. ¡Si encima fue él el que le quitó la novia a Eric! Abro el grifo y me dispongo a meterme en la ducha, pero me retiene del brazo. Al girar la cara, le noto rabioso y confundido.

—¿Lo prefieres a él?

Me suelto de un estirón y lo miro muy enfadada. Creo que no merezco que me haga ese tipo de preguntas, porque lo único que he hecho ha sido comer con su amigo. Él se ha marchado antes con su supuesta ex novia, la cual no deja de molestar. Pero nada, soy yo la mala, al parecer.

—No me hables así, Abel. —Levanto el dedo índice ante su cara. Me tiembla la voz—. Ya te he dicho que es un préstamo y ni siquiera lo pedí yo. Lo que me preguntas no tiene ningún sentido y es irrespetuoso.

De repente, suelta la funda que lleva a la espalda, la cual cae con un suave ruido sordo al suelo. Yo me la quedo observando confundida, y en cuestión de segundos me veo empujada contra el borde del lavabo por su cuerpo.

—Sara, te lo dije —murmura en el hueco de mi cuello. También hay un matiz tembloroso en su voz—. Te quiero sólo para mí. —Me acaricia la nuca con suavidad mientras me escruta desde muy de cerca—. No soporto pensar que puedas estar en los brazos de otro hombre.

Pero a ver, ¿qué historias se monta este tío en la cabeza? Relaciona una

comida con un amigo con sexo. Vale, seguramente porque las tuyas siempre tendrán ese final. Pero me molesta un poco que sea tan celoso; aunque, por otra parte... el corazón se me ha disparado al escuchar lo de que me quiere sólo para él. No tengo que ser tonta, ya que lo único a lo que se refiere es que desea mi cuerpo y no lo quiere compartir. ¡Y eso no me gusta, en realidad! Porque además, yo no estoy segura de nada... ¿Quiero algo más de él aparte de su estupendo cuerpo y su fantástico sexo?

—Perdóname por lo que he dicho —susurra muy cerca de mi boca, sin dejar de acariciarme la nuca. Va a besarme, pero yo vuelvo a apartar la cara como ya hice en el ascensor. —Vale, allí al final caí, pero ahora no lo haré—. ¿Por qué te apartas? —Me sujeta la barbilla y me roza con sus suaves labios. Me dan ganas de pasarme la lengua por los míos para notar su sabor, pero logro contenerme.

Me aprieta la cadera con la otra mano y me empuja con su cuerpo contra el lavabo. Yo apoyo mis manos en el frío mármol e intento mantenerme impassible, aunque me es sumamente difícil. Hay una fiera en mí que pugna por salir y arrancar la ropa de este fantástico hombre.

Su mano abandona mi cadera y así puede agarrarme de las muñecas. Me lleva las manos hasta su pecho y las apoya en él. Dios, noto sus músculos por debajo de la camisa y son tan deliciosos. Pero no... ¡Que no tengo que caer! ¿Por qué siempre estoy igual? Debo de ser la tía más tonta del universo. No es tan difícil: o sí o no. ¿Por qué siempre estoy debatiéndome en el medio?

—¿Notas mi corazón? —me pregunta.

Yo asiento con la cabeza. Evidentemente que lo siento. Le va a mil por hora. Igual que a mí. Nuestros cuerpos se despiertan cada vez que nuestras miradas se cruzan, pero en cuanto las pieles se rozan, la explosión es inminente. Y yo no puedo aguantar teniéndolo tan cerca de mí, notando su erección en mi muslo desnudo. Casi sin darme cuenta, echo las caderas hacia delante y me aprieto más contra ella. Él se da cuenta de mis intenciones y me coge de las nalgas, estrujándomelas con sus dedos. Aun así, no le permito que me bese porque me parece demasiado íntimo y cada vez que lo hace noto un extraño temblor en el estómago. Así que le pongo la mejilla y me da tiernos besitos en ella hasta que se decide a bajar por mi cuello. Me lo lame y le da un pequeño mordisco que me hace dar un gemido.

Aparto las manos de su pecho porque no quiero notar más su corazón desbocado. Me pone muy nerviosa y me provoca más excitación. Vuelvo a colocar las manos en el mármol, intentando fingir indiferencia. Pero sé que

mi respiración inconstante y mis mejillas ardientes demuestran lo contrario. Además de mi cuerpo, que se empeña en apretarse más contra él. Cuando me quiero dar cuenta, está abriéndome la toalla, la cual cae al suelo dejándome desnuda por completo. Instintivamente, siento ganas de taparme de nuevo, como aquella primera vez, pero él me sujeta una vez más por las muñecas, impidiendo que me las lleve al cuerpo. Me arquea de tal forma que mis pechos apuntan hacia su rostro. Él esboza una sonrisa al contemplarlos, y a continuación me mira con desmedida lujuria.

—Son perfectos. —Me suelta una muñeca y me acaricia con su mano todo el brazo, hasta llegar al hombro, el cual masajea suavemente—. Como tú, Sara —Pasa por mi clavícula y desciende hasta el pecho izquierdo, el cual atrapa con su mano y lo estruja con delicadeza.

Un gemido se me escapa de la garganta cuando sus dedos empiezan a hacer círculos alrededor de mi areola. De inmediato, el pezón responde a sus caricias y se agranda. Él se inclina hacia delante mientras me coge el pecho y lo sube hacia arriba. Dios, no puedo aguantar los calambres que me dan por todo el cuerpo cuando su lengua lame con ternura mi pezón. Poco a poco sus lametones se van haciendo más rápidos y apasionados. Con la otra mano juega con mi otro pezón, provocando que yo me arquee más hacia delante con la intención de notar su miembro excitado contra mi ingle. Deja de lamerme el pecho y alza un poco la vista. Mi respiración se acelera cuando descubro su mirada oscura. Yo estoy tan devastada por el deseo como él.

—¿Quieres tenerla dentro? —me pregunta, incorporándose y mirándome desde arriba.

No digo nada. No asiento. Los temblores en el vientre me han inundado. Estoy tan descontrolada que lo único que hago es llevar las manos a su pantalón y desabrocharle el botón. Él se echa a reír y alza los brazos mientras yo le bajo la bragueta y dejo caer su ropa. Le acaricio el trasero por encima de los *boxers*. Está tan duro. Es increíblemente perfecto. Lo aprieto entre mis dedos. Es lo que quiero hacer mientras él me penetra. Pero primero me apetece saborearlo. Me muero de ganas por saber cómo sabe. Cuando me acucillo ante él y lo miro desde abajo, descubro la sorpresa en su rostro. Y en el momento en que lo beso por encima de la ropa interior, suelta un gruñido y se echa hacia delante.

—Joder, Sara, ¿cómo puedes ser tan maravillosa? —dice de forma entrecortada.

Posa una mano en mi cabeza y me acaricia el pelo mientras yo continúo

dándole besitos a través de la tela. Al mirar hacia arriba me encuentro con sus abdominales, los cuales no dejan de contraerse a causa del placer que le estoy provocando. No sé por qué, pero me siento un poco poderosa... Es como si pudiera hacer lo que quisiera con él ahora mismo. Subo más la vista y la clavo en sus ojos, los cuales se oscurecen cada vez más. Esbozo una pícaro sonrisa mientras meto mis dedos índices por la goma de sus *boxers* y tiro de ellos con suavidad. Se los bajo tan sólo un poco y le acaricio los huesos de la pelvis. Me encantan. Adoro su ingle, tan marcada... Me arrimo a ella y deslizo mi lengua por su piel. Sé que estoy haciéndolo bien porque su respiración es cada vez más profunda y puedo apreciar las palpitaciones de su miembro bajo los calzoncillos.

—Dios, pequeña, si sigues así no podré aguantar mucho más...

¡Y ni siquiera he empezado! Contengo la risa que me sube, pero la verdad es que estoy eufórica. No sé por qué, pero adivino que Nina no le ha causado nunca tanto placer. Estoy casi segura de que jamás le ha excitado tanto como yo. Es lo que él decía: existe algo distinto y maravilloso entre nosotros. Y ahora mismo me apetece aprovecharlo. Termino de bajarle los *boxers* y su enorme excitación rebota y se muestra ante mí en todo su esplendor. Incluso se me escapa un gemido al tenerla frente a mí. Hay una gotita en su glande hinchado y brillante. Paso mi dedo índice por él, extendiendo la humedad, y a continuación me lo llevo a la boca y lo chupo. Abel gime sobre mi cabeza y me agarra un mechón de pelo. Su miembro palpita frente a mí, expectante y ansioso por que me lo lleve a la boca.

Algo vibra en el suelo. Arrugo las cejas y entonces una melodía invade el cuarto de baño. Y ya me la conozco: es la de Abel. Alzo la cabeza de golpe y lo miro con el ceño fruncido, muy seria. Él me devuelve la mirada y nos quedamos así durante unos segundos, hasta que se sube los calzoncillos y yo me tengo que apartar. Mientras lo observo agacharse y coger los pantalones para sacar el móvil, un montón de pensamientos —y ninguno bueno— pasan por mi cabeza.

—Es ella, ¿no? —le pregunto, levantándome y enrollándome de nuevo la toalla.

Abel no aparta los ojos de la pantalla del móvil. Está muy serio y parece un tanto confundido. Cuando la melodía vuelve a sonar, aprieta el botón de aceptar llamada y contesta al tiempo que sale como una centella del cuarto de baño. Le escucho hablar en voz baja en la sala, así que no puedo entender lo que dice. Es evidente que Nina es la que le ha llamado. Está totalmente claro

que es una perra inoportuna. Y está más que demostrado que ni siquiera con sexo puedo lograr que Abel se quede a mi lado cuando ella aparece.

Me quedo plantada en medio del cuarto de baño como una tonta hasta que él vuelve a entrar. A pesar de que intenta mostrarse tranquilo y seguro, estoy empezando a conocerlo, aunque sea muy poco. Puedo apreciar que está nervioso porque tiene las manos dentro de los bolsillos y no para de mover los dedos de una de ellas. Y porque en sus ojos hay una sombra oscura que ya he visto otras veces.

—Bueno, que te está esperando, ¿no? —Me cruzo de brazos y le dedico una sonrisa de indiferencia. Pero por dentro estoy muriéndome de la rabia.

—No era ella —responde. ¡Qué mentiroso! Yo lo creía buen actor, pero en realidad hoy se le nota a la legua la mentira.

—Mira, no hace falta que te excuses. —Me dirijo a la ducha, pero antes de entrar en ella me giro sin dejar de sonreír—. Estoy empezando a entender cómo funciona esto.

Ninguno de los dos decimos nada durante unos minutos. El silencio es demasiado incómodo. Pero siento un regocijo en mi interior cuando el que aparta la vista es él. Esta vez he ganado yo. Sabe que se está portando francamente mal. La cuestión es que no deja de hacerlo.

—La cena empieza a las nueve —me informa, sin sacar las manos de los bolsillos y con la mirada clavada en el suelo.

—¿Y cómo tengo que ir yo, eh? ¿Puedo acudir contigo? ¿O tengo que ir con el resto de becarios? —pregunto de forma maliciosa.

Me siento orgullosa al ver el gesto de dolor que cruza su atractivo rostro. Saca una mano del bolsillo y se revuelve el pelo. Pero continúa sin mirarme. No puede; está avergonzado. Pues que se aguante, porque estas situaciones están minando mi paciencia y no voy a seguir siendo la buena de Sara. Hasta yo tengo un límite a pesar del deseo que siento hacia él.

—Te esperaremos en la puerta de la sala de eventos. Es en la primera planta.

¿Me esperarán? ¿Nina y él? ¿Eric y él? ¿Judith y...? ¡Me importa un pimiento ya todo! Como están a punto de saltárseme las lágrimas, me meto en la ducha y cierro la mampara de golpe. Antes de abrir el grifo, le oigo gritar:

—¡Ponte lo que te he comprado!

Y a continuación la puerta cerrándose. Y yo llorando bajo el grifo de la ducha. Pero lo estoy haciendo de la rabia que siento. Porque no puedo decirle

nada. Tampoco puedo chillarle a Nina. Aquí hay gente de bien, gente famosa, personas con dinero y contactos. ¿Quién soy yo para montar ningún espectáculo? Así que lo que me queda es tragarme el orgullo junto con las lágrimas e intentar pasármelo lo mejor posible. Trataré de estar lo más lejos posible de Nina y él y me juntaré con Eric y Judith si tengo la oportunidad. Sé que con ellos voy a estar bien.

Cuando termino de ducharme, me seco el pelo con el secador que encuentro en uno de los cajones del baño. No sé qué hacer con mi cabello. Quizá debería llamar a Judith y que ella me aconseje. ¡Pero es que ya son las ocho y media cuando me quiero dar cuenta! ¿Cuánto tiempo me he tirado bajo el agua caliente? Así que me mojo el pelo otra vez y me echo un poco de espuma para hacerme unos cuantos rizos a los que doy forma con la plancha que, por casualidad, encuentro en otro de los cajones. Qué maravilla, aquí hay de todo. Por suerte, metí mi pequeño neceser con unas cuantas cosas básicas de maquillaje. Base para el rostro, sombra de ojos, la raya, rímel, un poco de colorete, mi pintalabios de color rojo... ¡Y ya estoy lista! Bueno, no estoy mal, aunque sé que en esa cena todas las mujeres irán divinas. En fin, ¿qué más da? Sólo soy una becaria.

Y llega la peor parte. La de ponerme el vestido. Cuando voy a la habitación y lo saco de la funda, me entra el miedo. Es muy *sexy* y elegante al mismo tiempo. Es demasiado hermoso. Y los zapatos no voy a saber usarlos. Quedaré como el pato mareado de la cena. ¿Qué hago? ¡Tampoco puedo bajar con unos vaqueros y una camiseta! Entonces recuerdo que Abel antes de marcharse ha dicho que me pusiera el suyo... ¿Cómo será? Corro al baño porque todavía está tirado en el suelo. Al coger y palpar la funda, descubro que lleva también unos zapatos colgando. Desabrocho la cremallera y dejo que caigo al suelo. Bueno, no se trata de un vestido, sino de un traje con pantalón de color azul oscuro y una blusa fina de seda blanca. Los zapatos son de color negro, muy sencillos pero bonitos, y con menos tacón que los que me ha comprado Eric. También lleva un bolso negro de mano.

Vale, evidentemente, Abel no me iba a comprar algo *sexy*. Con esto me deja claro que no quiere que vean nada de mi cuerpo. Pero no sé por qué, creo que me puedo sentir más segura que con el vestido negro. Yo misma me siento mejor si no voy enseñando muchas partes de mí. Así que de inmediato me pongo los pantalones, me meto la blusa por la cabeza y me echo la chaqueta por encima. Vaya, es muy elegante. No luce tan bonito como el vestido negro, pero parezco una chica sofisticada y me hace parecer un

poquito mayor. Cojo el bolso y lo sostengo ante el abdomen mientras me echo un vistazo al espejo. Por fin, me calzo los zapatos y empiezo a andar hacia la habitación. Meto lo imprescindible en el bolso: el pintalabios, el móvil, el monedero y un paquete de pañuelos de papel. Antes de salir, me miro una vez más en el espejo del ropero.

Una vez he cerrado la puerta, meto la llave magnética en el bolso y a continuación levanto la cabeza y miro el largo pasillo un poco asustada. Esperanzada, llamo a la puerta de Judith, pero nadie me contesta. Ya debe de haber bajado. Hago lo mismo en la de Eric, pero tampoco está. Así que nada, me toca armarme de valor y bajar yo solita. Espero que Abel cumpla su promesa y me espere en la puerta de la sala. Mientras espero el ascensor y doy golpecitos con el tacón en el suelo, rezo para que no haya nadie en él. Pero para mi desgracia, cuando se abren las puertas me encuentro con dos Barbies que se me quedan mirando con los ojos muy abiertos. Yo entro con la cabeza gacha y murmuro un saludo al que ellas ni siquiera responden. No me atrevo a mirarlas porque sé que irán al mismo lugar que yo. Son demasiado perfectas, así que tienen que ser modelos. Las escucho cuchichear y soltar risitas tontas a mi espalda. ¿Acaso se están burlando de mí? No tienen motivos pero, ¿quién sabe? Es lo que siempre me imagino cuando alguien se ríe cerca de mí.

Respiro con alivio cuando el ascensor se detiene en la primera planta. Tal y como había imaginado, ellas también se bajan. Las dejo pasar por delante de mí porque no sé exactamente adónde tengo que ir. Mientras camino, observo sus cuerpos por detrás. Son muy altas y delgadas, con unas piernas esbeltísimas. No sé cómo pueden mover el trasero de esa forma al caminar. Parece que se vayan a romper. Llevan unos vestidos muy sofisticados y atrevidos, pues la espalda de ambas se muestra en todo su esplendor. Al girar la esquina del pasillo, aparece una enorme puerta doble en cuya entrada hay un montón de personas. Hombres con trajes y corbatas y mujeres con vestidos preciosos. ¿Voy a ser la única con este traje chaqueta y pantalón? Espero que no.

Entonces veo que alguien me está llamando con la mano en alto y sonrío al descubrir que es Judith. A su lado están una mujer y un hombre que no conozco, pero imagino que serán Graciella y Damián. Un poco más allá se encuentran Eric y Abel charlando con una chica. Cómo no, es Nina. Las simpaticísimas muchachas del ascensor sueltan unos grititos en ese instante. Las veo correr hacia Nina y Abel y darles muchos besos y abrazos. Claro, si

estaba cantado. Tendría que haber imaginado que eran amigas de la estupendísima.

—¡Sara! —me llama Judith, cuando me acerco a ella. Me coge de las manos y me observa de arriba abajo—. ¡Estás muy guapa, chica! Pero... Eric me ha dicho que te había comprado un vestido, no un traje.

—Este es otro —respondo, con una sonrisa nerviosa.

—Bueno, igualmente es muy bonito. Y el color azul queda muy bien con tu piel —Me aprieta la mano para transmitirme tranquilidad. Entonces se gira hacia el hombre y la mujer y me los presenta—. Estos son Damián y Graciella. ¿Te acuerdas que te hablé de ellos?

Yo asiento con la cabeza y les doy un par de besos a cada uno. La mujer tendrá unos treinta y cinco años y lleva un moño fantástico. ¿Se lo habrá hecho ella? No sé hasta qué punto las peluqueras se peinan a sí mismas. Tiene el pelo rubio oscuro y unos ojos marrones verdosos muy brillantes. Por suerte, lleva también un traje como yo, así que no seré la única. Damián lleva uno de color verde chillón con una corbata roja y unas gafas muy *chic*. No sé cuántos años tendrá porque aparenta ser bastante joven, hay algo en él que me dice que habrá pasado la treintena. Pero es que tiene una piel muy tersa...

—Abel está ahí. ¿Lo has visto? —me pregunta Judith.

Yo asiento con la cabeza, pero no digo nada. La verdad es que estoy muy nerviosa porque cada vez acude más gente y todos parecen maravillosos. Se les ve muy seguros de sí mismos y demasiado estilosos para mí. Todos ríen y hablan entre ellos como si se conocieran de toda la vida. ¿Cómo puede ser que se necesite tanta gente para unas simples fotos? ¿Habrá más fotógrafos además de Abel y Eric?

En ese momento, los allí presentes empiezan a entrar en la sala. Cuando nosotros pasamos, me quedo con la boca abierta. Todo está muy bonito: las mesas con sus manteles blancos y con los jarrones de flores encima, los asientos de color verde claro que parecen muy cómodos, los camareros con su esmoquin... Yo sigo a Judith y los demás. ¿Dónde me habrán sentado? ¿Estaré en la misma mesa que Abel? El estómago me hace un ruido y no es por el apetito, sino por los nervios. Somos los primeros en llegar a la mesa que nos han asignado. En cada asiento hay un cartelito con los nombres. Busco y... efectivamente, ¡encuentro el mío! No me lo puedo creer, ahí está, como si yo fuese tan importante como toda esta gente. Judith se sienta a mi lado y me dedica una amable sonrisa.

—Estate tranquila, ¿vale? —me dice, volviendo a cogerme de la mano.

Asiento con la cabeza. Tengo la boca muy seca. Espero que traigan pronto el agua.

Al levantar la mirada, descubro a Eric acercándose a nuestra mesa. Nos saluda con la mano y se me queda mirando con cara de confusión. Yo agacho la cabeza un tanto avergonzada. Seguro que se está preguntando por qué no me he puesto el vestido.

—Cada vez son más horrorosas las mesas.

Conozco esa voz. Y ese acento. Nadie dice nada. Levanto la cabeza y me topo con la desagradable mirada de Nina. A su lado se encuentra Abel, agarrándola de la cintura.

Bueno, pues vale. Ya va a empezar el juego. ¿Voy a aguantar hasta el final?



AMBOS se sientan enfrente de mí. Abel con el rostro más serio e impenetrable que de costumbre. Nina con esa sonrisa falsa llena de dientes blancos y postizos que ya empieza a cansarme. Y sólo han pasado cinco minutos. Por suerte, tengo a mi derecha a Judith y a mi izquierda a Eric. No podría estar mejor acompañada. Lo malo es que los dos están hablando con los otros comensales y yo no sé hacia dónde mirar, ya que noto las pupilas de la parejita maravillosa clavadas en mí. Al cabo de un minuto que se me antoja eterno, me atrevo a dirigir la mía hacia ella, y de reojo observo a Abel. No sé cómo lo estoy haciendo. Puede que parezca bizca o tonta.

—Qué bien que estés invitada a la cena, ¿eh, Sandra? —Mientras habla con su sonrisa de pegote, se toquetea un poco el pelo. Dios, si hiciesen una muñeca de cera en su honor, sería más auténtica que ella.

—Me llamo Sara —le recuerdo.

Abel se remueve en su asiento, sin saber muy bien adónde mirar. Sí, también se siente incómodo pero no tanto como yo. Tiene suerte de que yo no sea tan cruel como para confesar ante toda esta gente que somos amantes. ¡Todos sabrían que es un gilipollas! ¿Y cuál sería la cara de Nina ante mi comentario? Sin quererlo, se me escapa una sonrisa al pensar en ello.

—Chica, ¿me escuchas?

Otra vez Nina. Pero qué pesada que es. Yo alzo la cabeza y parpadeo para que vuelva a decirme lo que fuese. Ella apoya los codos desnudos en la mesa y se echa hacia delante, cayéndole un par de bucles por la clavícula.

—Llevas una ropa bonita —repite.

Sé que no lo dice en serio. Lo único que quiere es mostrarse simpática porque está Abel delante. ¿Son aquí todos tan falsos como ella? Espero que no. Y también espero que él no se deje llevar por esa amabilidad falsa.

—Gracias, Nina. Tú también —coincido.

Yvonne camina hacia nuestra mesa. Va acompañada de un hombre que tendrá más o menos su misma edad. Oh, no, ¿se va a sentar con nosotros? ¡Dios mío, me pondré nerviosísima! No sé por qué, pero esta señora me impone. Lleva también un traje chaqueta de color rosa palo muy bonito y le queda genial. El señor que va con ella tiene una barba muy larga pero bien cuidada. En cuanto ve a Abel, esboza una enorme sonrisa y este se levanta

como movido por un resorte. Se dan la mano, un abrazo y unas cuantas palmaditas en la espalda. Después va saludando al resto de miembros de la mesa hasta que se detiene ante mí. Yo me quedo con la boca abierta, muy tiesa en mi asiento, sin saber qué hacer. Él se gira hacia Abel y le dice:

—Yvonne me ha dicho que este año tienes una nueva becaria. ¿Es ella?

Abel asiente. Veo que su nuez baja y sube deprisa como cuando está nervioso o excitado. Pero creo que ahora no debe de ser por lo segundo. Me levanto con las piernas temblorosas y le doy dos besos al hombre.

—Estoy encantado. Así esta noche no hablaré de fotografía únicamente con estos dos galanes —señala a Eric y a Abel.

Yo esbozo una sonrisa paranoica. ¿Hablar de fotografía? ¿Conmigo? ¡Pero si no tengo ni puñetera idea! Cuando hago una foto, siempre sale mal. El hombre se sienta al lado de Abel, e Yvonne al de Nina. El resto vuelve a tomar asiento y me apresuro a hacerlo también. Eric se inclina sobre mí y me susurra al oído:

—Es Philip Fischer, uno de los fotógrafos más famosos a nivel mundial —me explica. Su aliento cálido me roza la oreja pero estoy tan nerviosa que ni me importa—. Ha sido maestro de Abel durante bastante tiempo. Él le ha enseñado muchas cosas de las que sabe —se aparta y me mira a los ojos, muy serio—. Finge que sabes quién es. Y espero que tengas algunos conocimientos de fotografía —frunce el ceño y echa un rápido vistazo a Abel—. Aunque en realidad es él quien tiene la culpa.

—No sé nada sobre fotografía —cuchicheo, con el corazón a mil por hora.

Eric se encoge de hombros y apoya su mano sobre la mía dándome un apretón. A pesar de que Yvonne está charlando con Nina y Abel, él tan sólo tiene ojos para su amigo y para mí. Apuesto lo que sea a que ahora mismo se está muriendo de celos, pero realmente ni me importa porque estoy demasiado nerviosa. Sin embargo, consigo relajarme cuando el tal Philip se une a la conversación de aquellos. Yo aprovecho para ponerme a charlar con Judith y así dejar atrás toda la inquietud. Eric se inclina hacia nosotras para unirse también. Al cabo de unos diez minutos, los camareros empiezan a desfilan con unas enormes bandejas. A nuestra mesa se acercan dos y van dejando ante nosotros unos modernos platitos con algo que imagino que es un cóctel de marisco a juzgar por el aspecto. A continuación nos preguntan lo que queremos beber. Voy a elegir sólo agua pero, animada por Eric y Judith, pido también una copa de vino blanco.

—Está buenísimo, ¿no? —dice Judith, atacando su plato.

—Muy soso —interviene Nina, a pesar de que nadie le ha pedido su opinión y ni siquiera estábamos hablando con ella.

—Sí, hay mucha sosería esta noche por aquí —suelta Judith, masticando su cóctel.

Eric se echa hacia delante y le lanza una mirada asustada. Incluso Abel pone mala cara. Yo miro de reojo a Yvonne para saber qué piensa, pero tiene una media sonrisa en la cara a pesar de todo. ¿No lo habrán pillado? Porque ha sido un *zasca* en toda regla. Por suerte, Nina se pone a hablar de nuevo con su querida jefa. No me entero de lo que dicen porque hay más conversaciones en nuestra mesa y en las otras, pero no me hace ninguna gracia que coja la mano de Abel y se la ponga sobre el hombro, como si fuesen un matrimonio acaramelado. Y lo peor es la cara de adoración de Yvonne.

Sé que no está bien lo que voy a hacer, pero tampoco creo que a él le importe y creo que me ayudará bastante.

—Quería agradecerte lo que has hecho hoy por mí —me giro hacia Eric y pongo mi mejor cara de coqueta. Bueno, no me la puedo ver, así que quizá sea de tonta o algo por el estilo.

Eric sonríe mientras deja su tenedor en el plato. Me mira fijamente y a continuación tan sólo sacude la cabeza para restarle importancia al asunto. Yo aprovecho para apoyar mi mano en su antebrazo. Son pequeños gestos que he visto hacer a Nina... y a ella parece que le funcionan muy bien.

—No, en serio, has sido muy amable. —Me echo hacia delante con una caída de pestañas. Entonces le susurro al oído—: Por favor, sígueme el rollo. —Me aparto y le miro con ojos suplicantes.

Él frunce el ceño sin entenderme muy bien hasta que le hago un gesto con el hombro en dirección a la feliz parejita. Asiente con la cabeza y esboza una sonrisa. Aunque... ¿me lo he imaginado yo o parecía algo decepcionado de repente? No... No puede ser porque Abel es su amigo, y yo no soy el tipo de chica que le gustaría y porque él es el tipo de chico que suele ser amable con todos y tontear con todas. Pero sólo eso, y nada más. Así que... No hay nada de malo en que lo utilice un poquito, ¿no?

Los camareros retornan a la mesa para llevarse los platos vacíos y depositar unos nuevos con unos *Vol au vent* que tienen una pinta estupenda. No puedo evitar manifestar todo el placer que me produce su sabor. Está buenísimo. Sin embargo, Nina no toca los suyos. Claro, es modelo... No

puede engordar. ¡Pero que deje de mirarme con esa cara de asco! ¿Y por qué ahora se vuelve a girar hacia Abel y le habla tan de cerca? Pues no voy a quedarme atrás. Me inclino de nuevo hacia Eric y finjo hablarle muy cariñosa.

—¿Pero qué hacéis? —nos pregunta Judith, que casi se ha puesto sobre mi espalda para hacerse escuchar.

—Sara me está usando —dice Eric. Yo lo miro con cara de susto, pero él sonríe y añade—: Aunque me encanta que lo haga. —Me guiña un ojo y yo suspiro un poco más tranquila.

—Esto es como ver una peli de esas de Julia Roberts —opina Judith, retornando a su puesto.

Pues sí. Yo también lo he pensado más de una vez. Cada vez me siento más como si estuviera en una película. Es todo demasiado surrealista: Nina hablando al oído de Abel con la mano apoyada en su pecho; Yvonne y el otro fotógrafo mirándolos con fascinación; Graciella y Damián hablando sobre los tíos buenos de la cena; Judith pidiendo una copa de vino tras otra y yo tonteando con Eric de la forma más ridícula posible. En serio, podría pasar perfectamente por una peli de Almodóvar.

—¿Tú estás bien, Sara? —me pregunta él de repente. Me está observando con preocupación—. Deja de mirarlos de reojo y céntrate en mí. —Chasquea los dedos ante mi cara y se ríe debido a mi cara de circunstancias—. Pasa de ellos, en serio. Simplemente están fingiendo para agradar a Yvonne.

—No entiendo por qué la gente se empeña en vivir una historia falsa —susurro. Jugueteo con la comida en mi plato. Se me está quitando el hambre.

—Sólo necesita un poco más de tiempo —me asegura Eric.

—Me ha dicho que se lo dirá antes de que nos vayamos de Barcelona, pero no le creo...

—Lo único que tienes que hacer ahora es disfrutar de la cena. —Señala mi comida a medio terminar.

Al cabo de un ratito, vuelven los camareros con el plato principal: lomo a la naranja con una guarnición a base de patatas, tomate y judías. La verdad es que está delicioso. Echo un vistazo a Judith, la cual a cada momento que pasa parece más ebria.

—No deberías beber más —le digo cuando se lleva la copa de vino a los labios.

—No sé cómo puedes aguantar sobria. —Pone morritos y suelta un

suspiro.

No entiendo nada. ¿Tanto le molesta a ella también que Abel y Nina estén en plan recién casados? ¿O es que en realidad Eric sí le gusta y...? ¡Oh, no! ¿Y si es eso y yo estoy aquí tonteando con él —aunque sea de mentira— con todo el descaro del mundo?

—Judith no tendría que beber tanto. Le va a sentar mal —le informo a Eric, el cual echa un vistazo a su compañera por encima de mi cabeza.

—Déjala. Cada vez que tenemos un evento con todo el equipo lo pasa muy mal —Una arruga de preocupación le cruza la frente—. En realidad la entiendo. Saber que nunca vas a poder estar con la persona que amas es algo muy doloroso.

—¿Qué? ¿Pero ella...? ¿A ti...? —A punto estoy de tirar mi copa de vino de la sorpresa, pero Eric la sujeta a tiempo.

—¡Pues claro que no! —lanza una carcajada. Por el rabillo del ojo percibo que Abel se pone tenso allá al otro lado de la mesa...—. A Judith le gustan las mujeres —baja la voz—. Está enamorada de Graciella, pero está casada.

Abro la boca como una tonta. ¡Vaya, yo no me había dado cuenta de nada! Pobrecita... Lo cierto es que es verdad que lleva toda la noche mirándola con ojos de cordero degollado y la otra pasa de ella. No sé por qué, pero esa situación me resulta familiar...

—¿Con otra mujer? —pregunto, un poco cotilla.

—Graciella no es lesbiana —niega Eric, masticando su carne—. Pero antes de casarse, sé que pasaron una noche juntas... Aunque no sé realmente qué pasó pero, desde entonces, Judith está mal.

Pues no se le notaba nada. Siempre está sonriendo y de buen humor. Pero ahora sé por qué ha sido tan amable conmigo: me entiende. La verdad es que me siento identificada totalmente con ella. Es terrible saber que la persona a la que deseas está con otro u otra. Bueno, en mi caso se supone que él no está con Nina, pero ya ni siquiera tengo claro eso. No puedo quejarme porque Judith debe de estar pasándolo peor que yo. Me encantaría darle un abrazo, pero se preguntaría los motivos.

—Bueno, Sara —una estridente voz interrumpe mis pensamientos.

Se trata del fotógrafo famoso, el cual tiene las manos cruzadas ante su plato y me mira con una gran sonrisa. Yo intento devolvérsela, pero lo cierto es que ni siquiera me sale. Debo de parecer la tía más seria del mundo. ¿No me digas que vamos a hablar de fotografía?

—Me parece fantástico que hayas elegido a Abel como tutor para tus prácticas —continúa el hombre—. Serás muy buena para que él haya querido escogerte. Desde hace un par de años que no tiene becarios.

¿Por qué extraña razón todos han detenido sus conversaciones y están siguiendo la nuestra? En especial Yvonne y Nina. Esta última me mira con la cabeza ladeada y una sonrisa de burla en el rostro. ¡Dios, pero qué ganas me dan de tirarle el vino por encima de ese magnífico vestido!

—Bueno... —Me sale un gallo. ¡Madre mía, estoy nerviosísima! Carraspeo para aclararme la voz—. Soy una persona que pone mucho empeño en aprender —Le lanzó una mirada a Abel, el cual se frota de forma compulsiva las manos—. Pero no crea, le costó lo suyo decidirse por mí.

¡Toma esa! Philip suelta una carcajada y le da unas cuantas palmadas a Abel en la espalda. Los demás también se ríen, excepto Nina, que tan sólo esboza una sonrisita falsa.

—Es cierto. Siempre quiere estar seguro de todo. —Le da un apretón en el hombro. A continuación vuelve a dirigirse a mí—. Y dime, Sara, ¿qué cámara usas tú?

Todos giran sus rostros hacia mí. Oh mierda, esta es una pregunta trampa, ¿no? ¿Y yo qué cojones sé qué cámara uso? Miro de reojo a Abel suplicándole con la mirada. Se muerde los labios al tiempo que no aparta los ojos del plato.

—Pues... —No tengo ni idea de lo que decir. Incluso Eric se ha puesto tenso a mi lado.

El hombre asiente con la cabeza animándome a contestar. Yo siento un nudo impresionante en la garganta. Tengo la boca seca pero no queda vino en mi copa y no hay ningún camarero cerca.

—Una Canon, como yo —interviene Abel.

Uf, menos mal que me ha salvado. Philip asiente complacido y me dedica una sonrisa. Yo esta vez logro devolvérsela. Nina se está toqueteando el pelo y me observa con mala cara.

—Eso es perfecto, así estaréis mucho más sincronizados —dice Philip.

Yo vuelvo a asentir, a pesar de que no tengo ni idea. Busco con la mirada a un camarero con la esperanza de que así el hombre deje de conversar conmigo. Y porque ahora mismo estoy como Judith: necesito una copa. Sin embargo, no hay ninguno. ¡Joder, pero si antes había un montón rondando por aquí!

—¿Y qué tipo de fotografía prefieres?

Vaya. Pues no se ha cansado. Vuelvo a girarme hacia él y contesto, sin mucho pensar:

—De moda.

—Ah, apuntas a lo alto. Sabes lo difícil que es meterse en este mundo, ¿no?

Asiento una vez más. Bueno, esta pregunta no ha sido demasiado difícil. Por favor, que las siguientes sean similares.

—¿Qué *software* utilizas para retocar tus fotos, Sara?

Oh, no, no. Esta no me la sé. Esto es peor que un test psicológico o de inteligencia. Es mucho peor que un interrogatorio en la comisaria.

—Usaba el Bridge, pero le he recomendado Photoshop —interrumpe de nuevo Abel.

—Bueno, el Bridge no está mal, pero hay que saber utilizarlo muy bien —dice Philip, rascándose la barbilla—. Qué interesante, muchacha.

Murmuro un tímido «gracias». Por suerte, los demás han retornado a sus conversaciones. A excepción de Yvonne y Nina. ¿Por qué están tan interesadas, joder? ¡Tranquilas, que no voy a participar en ninguna de vuestras sesiones!

—¿Y quién ha sido tu inspiración, Sara?

Esto no se va a acabar nunca. Que traigan ya los postres o que alguien se desmaye por haber ingerido demasiado alcohol, pero que me dejen en paz.

—Usted —respondo, con toda mi cara.

Veo que Abel se lleva la mano a la cara y se la palpa de forma compulsiva. Debo de haber quedado como una pelota, pero realmente no me importa porque nunca voy a trabajar como fotógrafa.

—Pues vas a tener que trabajar mucho para llegar a ser como Philip —interviene Nina, lanzándome una mirada que podría atravesarme.

—Las nuevas generaciones saben mucho más que los viejos como yo —dice él, soltando una carcajada—. Pero a eso voy, Sara. ¿No hay ningún fotógrafo joven, aparte de Abel, que te haya inspirado?

—Eh, claro... Yo... —la lengua se me traba. Joder, no conozco a ninguno. ¿Por qué no me preguntan sobre literatura? ¡Seguro que ninguno de los aquí presentes me ganaba!

—Adora a Lindsay Adler —Una vez más, Abel me salva el culo.

—Es una mujer encantadora —responde Philip, pensativo—. Y una gran profesional, sí.

—Abel, ¿es que Sara no sabe hablar? —suelta Nina, de repente. Yvonne

se tapa la boca para reírse—. Deja que conteste ella, ¿no?

Me pongo roja como un tomate. Abel aparta la mirada de mí y se disculpa diciendo que tiene que ir al baño. Para mi suerte, Philip me echa un cable señalando que debo de estar nerviosa. Pues sí, claro que lo estoy, aunque no por lo que él imagina. Y entonces llega el maravilloso postre compuesto por una tarta de chocolate y otros ingredientes que no sé cuáles son y el hombre se centra en ella. Por fin me deja estar y yo respiro tranquila, uniéndome a la conversación de Eric y Damián. Bueno, quizá he quedado como una tontita, pero la cara de rabiosa de Nina no se la quita nadie. Mientras Yvonne y ella hablan, no aparta los ojos de mí. Apuesto lo que sea a que me odia, a pesar de no tener auténticos motivos.

Tras el café se abre la barra libre y allá que te va Judith como una loca. Damián también se levanta de la mesa y se acerca a un grupito de jovencitos con pinta de ser modelos. Están todos tremendos, para qué negarlo. En realidad, todo el mundo aquí tiene un aspecto genial. Nina vuelve a estar demasiado pegajosa con Abel, el cual agacha la mirada cada vez que yo clavo la mía en él. Al final me canso y le pido a Eric que me acompañe a la barra a tomar algo. Tras un par de cubatas, me siento rendida. El grupito de tres —Abel, Nina e Yvonne— nos informan de que se van a sus habitaciones para estar frescos al día siguiente.

—Recordad que a las diez en punto tenéis que estar allí —Yvonne nos da un par de besos a cada uno. A continuación le toca el turno a Nina y cuando posa su mejilla en la mía, siento el resquemor que me tiene.

Al darse ella la vuelta para salir, Abel aprovecha para mirarme y hacerme con un gesto que le acompañe. Pero yo niego con la cabeza y me agarro al brazo de Eric. Puedo notar sus celos por la forma en la que se muerde los labios. Por fin se marcha dejándonos allí. Al cabo de media hora decido que tengo demasiado sueño. Eric y yo tenemos que ayudar a Judith a subir a su habitación porque apenas se tiene en pie.

—¿Pero cómo va a trabajar mañana? —pregunto, tras tumbarla en la cama. Ha caído KO.

—No te preocupes. Estará levantada antes que todos nosotros.

Se detiene ante la puerta de su habitación y sin que yo me lo espere, me acaricia la barbilla de forma cariñosa. Inmediatamente me pongo roja hasta las orejas.

—En algún momento tendrá que dar su brazo a torcer —me dice, en voz bajita—. Y si no, él se lo pierde.

Yo no digo nada y me marcho a la habitación con la cabeza un tanto embotada y un poco mareada a causa del alcohol ingerido. Nada más quitarme el traje y tirarme a la cama, caigo dormida. A las ocho y media me suena el despertador a pesar de que no me lo había puesto. Menos mal que tengo una alarma fija a esa hora para ir a la universidad, por si me quedo dormida. Con un leve dolor de cabeza voy al cuarto de baño y me ducho. No sé si yo tengo que ir con ellos o me quedo en la habitación, pero por si acaso prefiero estar preparada. Al cabo de quince minutos de ducha me encuentro mucho mejor y como me ruge el estómago, me visto a toda prisa con unos vaqueros gastados y una camisa y salgo en busca de la cafetería para desayunar.

Cinco minutos después estoy ante un enorme bufé compuesto por un sinfín de alimentos. No puedo decidirme por uno sólo, quiero probarlo todo. Me lleno el plato hasta arriba y cuando estoy sirviéndome un vaso de zumo, alguien me hace cosquillas en la cintura por detrás y casi lo tiro. Al girarme me encuentro con la bonita cara de Judith. ¿Pero cómo lo hace? ¡Si está fresquísima!

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco. ¿Y tú?

—Genial. ¿Cómo llegué a la habitación?

—Te llevamos Eric y yo.

Nos dirigimos a una mesa vacía. Yo con mi súper almuerzo y ella con una infusión y unas tostadas. A decir verdad, casi nadie tiene los platos llenos. Ups, ahora me siento un poco avergonzada, pero es que todo está buenísimo.

—¿Sabes si yo tengo que ir con vosotros? —le pregunto, mordiendo mi cruasán.

—Claro que sí. Si eres la becaria... Tendrás que hacer algo.

—¡No me jodas! —exclamo. Una señora gorda que pasa por nuestro lado se me queda mirando con mala cara—. No tengo ni puñetera idea de nada.

—Ya nos dimos cuenta anoche.

—¿Se notó mucho?

—Nada... Nosotros porque sabemos quién eres, pero Philip se ha tragado totalmente que eres su becaria.

—¿Y Nina?

Se encoge de hombros. Cuando terminamos el desayuno, nos dirigimos

al vestíbulo, donde ya nos esperan Eric y Abel, el cual se me queda mirando con mala cara, como si estuviese enfadado. Bueno, imagino que lo estará porque me quedé bebiendo con su amigo, pero me da igual. Él se marchó con Nina y realmente no sé lo que sucedió. Una vez en el coche el ambiente es cada vez más tenso, así que Judith aprovecha para rajarse un rato de Yvonne. Al parecer, es muy exigente con todo. Media hora después llegamos a una zona verde con un hermoso lago. Hay un montón de gente corriendo de aquí para allá, con focos y otros instrumentos que no sé para qué sirven. Bajo un enorme toldo se encuentra sentada Nina, a la cual está peinando Graciella. Nos acercamos a ella en silencio y yo me dedico a mirar a todo el mundo. Entonces, Nina se gira y dice señalándome:

—No quiero que ella esté aquí.



TODAS las miradas se clavan en mí. Como ya es habitual, me arden las orejas y las mejillas, aunque esta vez es de pura rabia. ¿Pero qué está diciendo esta tipa? Me la quedo mirando con cautela: ella dobla el labio superior hacia arriba con cara de disgusto.

—¿No me habéis oído? —pregunta a los que están a su alrededor.

Una chica que parece haberse quedado de forma permanente en la pubertad debido a su cara granujienta, sale corriendo hacia una de las caravanas del fondo del lago. Mientras tanto, Eric y Judith me observan con pánico. Y especialmente Abel, que no para de morderse los labios. Si continúa así hasta se hará sangre. Bueno, ¿y qué? Debería de darme igual porque ni siquiera dice nada para defenderme.

—Vamos, chica, acaba el peinado —le grita Nina a Graciella.

—Dios, qué hartura —murmura Judith a mi lado.

Noto algo que me roza la mano. Son los dedos de Abel. No obstante, la aparto disgustada y lo miro fijamente, para que se dé cuenta de lo maja que es su querida Nina y de cómo trata a los demás. En ese momento regresa la chica de la pubertad y se detiene ante nosotros intentando recuperar la respiración.

—Yvonne dice que vamos retrasados, que ahora viene.

Graciella nos mira de reojo mientras continúa peinando a la perfectísima. Tiene que estar pasándolo fatal. Debe de ser horrible peinar a una persona que no te agradece nada y te trata como a basura. Yo no sé qué hacer ni lo qué decir, así que me empiezo a comer las uñas. Pero entonces Nina gira su cabeza hacia mí una vez más y con voz melosa me dice:

—No es nada personal, bonita. Es que los becarios me ponen nerviosa cuando hay un gran evento.

¿Que no es nada personal? Apuesto lo que sea a que si yo fuera un tío no le importaría para nada que me quedase. Pero como soy una chica y se supone que comparto tiempo con su querido Abel, me ha cogido manía. ¡Y está claro que es la niña mimada de aquí! Sobro en este lugar y sigo sin entender los motivos por los que él me ha traído.

—Ella se queda —dice de repente para mi sorpresa.

El corazón me empieza a trastabillar. Se ha lanzado a mil por hora por

un barranco y no puedo detenerlo. Alzo mis ojos hacia él y escruto los suyos con detenimiento. ¿Va a confesarlo? ¿Va a terminar con esta farsa de una vez por todas? Cuando Nina se levanta de su silla, los que están a su alrededor dan un paso hacia atrás, como asustados. Se acerca a Abel con sus andares de gata salvaje y se detiene a tan sólo unos centímetros, con un gesto tremendamente serio.

—¿Es que no lo entiendes, cariño? Me pone nerviosa.

¡Cariño! ¿Será posible? Y tiene la poca vergüenza de decir que le pongo nerviosa cuando ni siquiera he abierto la boca. Será mi presencia la que le pone histérica.

—¿Y si no lo hace bien? —Me dedica una de sus hipócritas sonrisitas—. Esto es muy importante...

—Sara es muy profesional —dice él.

Oh, ya, claro. Continuamos con la historia fraudulenta de que soy su becaria. Pero en cierto modo, está dando la cara por mí y me alegra un poco. Y en especial me satisfacen las mejillas sonrosadas de Nina a causa de la vergüenza y los ojos que echan chispas.

—Abel, por favor, si ella está aquí no haré bien mi trabajo. ¿Es eso lo que quieres?

¡Qué cerda es! La odio, la odio y la odio mucho. Ojalá hiciese su trabajo tremendamente mal. Horripilantemente mal. Abel no abre la boca, sino que me agarra de la mano por respuesta y me acerca a él. Mi corazón se desboca cada vez más y más. Nina aprieta los dientes y nos mira a uno y a otro alternativamente. A continuación echa un vistazo a su alrededor en busca de ayuda. En el momento en que se fija en Yvonne, la cual viene hacia nosotros, una sonrisa le ilumina el rostro bronceado.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Por qué no hemos empezado ya? —pregunta con las manos cruzadas en el pecho.

—Yvonne —Nina la mira con ojos de cachorrillo—. Es que quiero que todo salga bien y con ella aquí me pongo un poco nerviosa —hace un mohín mientras me señala con el dedo.

La jefa desliza su mirada de acero hacia mí y frunce el ceño. ¿Qué estará pensando? A continuación, responde:

—Puedes esperar en mi caravana. En un par de horas habremos terminado.

¿Qué? ¡Otra bruja!

—Pero... —interrumpe Abel una vez más.

Yvonne le lanza una mirada cargada de reproche y automáticamente me suelta la mano.

—¡Venga, quiero que todo esté listo en cinco minutos! —grita la bruja cincuentona.

Nina me ofrece una sonrisa triunfal y se vuelve a sentar en la silla, dispuesta a que Judith la maquille. Sé que mi nueva amiga estaría dispuesta a jugarse su empleo por mí, pero le hago un gesto para restar importancia a la situación y que no haga una locura. Miro por última vez a Abel, el cual niega con la cabeza en completo silencio. Sus ojos me escrutan suplicantes, pero yo lo único que le dedico es un gesto de asco. Un rayo de dolor atraviesa su rostro y alarga una mano para agarrarme de nuevo, aunque consigo escaparme.

Salgo corriendo de allí sin mirar hacia atrás. Estoy aguantando las lágrimas con tanta fuerza que se me ha creado un nudo muy doloroso en la garganta. Por nada del mundo voy a meterme en la caravana de Yvonne. Lo que hago es dirigirme hacia otra situada un poco más allá y la rodeo. Cuando no puedo más, me dejo caer en el suelo, apoyándome contra una de las ruedas. Lo suelto todo. Lloro como una niña pequeña. Por suerte nadie me puede ver aquí. He conseguido aguantar y no darle a Nina la satisfacción de verme llorar. Escucho cómo empiezan a trabajar, pero yo lo único que hago es hipar y limpiarme los mocos con un pañuelo viejo que he encontrado en el bolsillo.

—Será zorra... —murmuro con la cabeza apoyada entre las rodillas—. Y tú eres un maldito calzonazos, Abel Ruiz. No mereces la pena.

Suelto una retahíla de insultos dedicados a los dos y me quedo mucho mejor. Cuando por fin me calmo, me asomo para ver lo que hacen. Todos se hallan alrededor del río, a excepción de Nina y otro modelo masculino, los cuales se encuentran sentados en una barca justo en medio del lago. Ambos posan entrelazados de una manera muy sensual. Abel les está dando órdenes, les indica cómo quiere que se sitúen o las caras que deben poner. Parece muy profesional. Sin embargo, observo que Yvonne no cesa de negar con la cabeza. Alguna que otra vez le dice algo mientras hace aspavientos con los brazos. ¿Le está regañando? ¿Y si él están pensando en mí y se siente tan culpable que no puede hacer bien las fotos? ¡Pues ala, que se joda! ¡Se lo tiene bien merecido!

Al cabo de una hora hacen un descanso y Judith me trae un café con leche en un vasito de plástico y un *muffin* que tiene un aspecto delicioso. Se

lo agradezco en silencio con la mirada. Ella se marcha unos segundos después sin preguntarme nada. Me comprende perfectamente. Cuando me termino la fantástica magdalena, decido dar una vuelta por el lugar. No hay nadie más excepto nosotros, así que me imagino que lo han alquilado durante el día de hoy. Se trata de un parque bastante grande, con un espacio para hacer picnics y un bosque al fondo. Pero prefiero no meterme en él porque mi sentido de la orientación es nulo; así que al cabo de unos diez minutos de paseo regreso adonde estaba.

Cuando termina la sesión son casi las dos. Yvonne había dicho que no tardaría más de dos horas, pero al parecer han tenido una serie de problemas. No puedo evitar alegrarme en mi interior. La gente comienza a recoger los equipos a la vez que Nina e Yvonne se marchan a sus respectivas caravanas. Míralas, qué bien viven. Y mientras, los demás haciendo todo el trabajo sucio. Ya no me está gustando nada este mundillo, aunque imagino que la mayoría son así. Aprovecho la ausencia de las brujas para acercarme a la zona de trabajo. Abel está guardando sus utensilios y cuando paso por su lado alza la cabeza, creyendo que le voy a decir algo. Sin embargo, cruzo sin siquiera mirarlo. Me imagino la cara de estúpido que estará poniendo ahora mismo. Les ruego a Damián y a Graciella que me acerquen al hotel en su coche, a lo que acceden sin problemas. Cuando él se entera, pone una mala cara terrible, aunque no dice nada.

Según dice Damián, hay una comida para todo el equipo. No obstante, me disculpo y me dirijo rauda al dormitorio. En cuanto entro escarbo en el mini bar y saco todos los dulces y chocolatinas que hay en él, así como las botellitas de licor. Me lanzo a la cama y me los zampo mientras veo una comedia romántica. Lloro en el final porque la pareja protagonista acaba siendo muy feliz. ¿Por qué yo no? ¿Por qué nos meten por los ojos esos finales falsos? Tras la peli me quedo tumbada boca arriba observando el techo. Llego a la conclusión de que Nina es una maldita víbora y no se merece nada de lo que tiene. Y también que Abel es el mayor cabrón del universo. Nunca he pensado tan mal de nadie, pero esta vez no puedo evitarlo. Se me llena la cabeza de ideas horribles.

Lloro una vez más durante un rato y se ve que me quedo dormida porque la melodía del móvil me despierta con un sobresalto. Cuando consigo fijar la mirada descubro que es Abel. Y una mierda, no se lo voy a coger. Lo silencio para que no me moleste. Al mirarlo cinco minutos después, tengo una docena de llamadas tuyas. Decido activar los datos por si me ha

mandado algún mensaje. Cómo no, tengo unos cuantos.

«¿Por qué no has venido a la comida? ¿Dónde estás?».

Pues chico, cualquiera con un poco de inteligencia sabría por qué no he asistido.

«Siento lo que ha pasado. ¿Estás muy enfadada?».

Qué va, estoy dando saltos de alegría aquí en mi habitación.

«Te prometo que no va a ocurrir más».

Esa me la sé. La he escuchado muchas veces y en primer lugar, de la boca de mi padre.

«Se lo voy a decir a Nina en cuanto acabe la comida».

Pues, chato, no te creo. Y si al final lo haces, bien por ti. Pero no te creas que me podrás conseguir otra vez tan fácilmente. Tu actitud me ha cansado.

«En serio, ¿dónde estás? ¿En tu habitación? Cuando termine todo esto voy por ti. Tenemos que hablar».

No hay nada de qué hablar; todo está hecho. No necesito palabras. Tan sólo quería una muestra de verdad por tu parte...

«CÓGEME EL TELÉFONO».

«¿POR QUÉ NO ME LO COGES? ESTOY SUBIENDO».

Miro la hora a la que me ha enviado este último. ¡Hace un minuto! Salto de la cama y me acerco a la puerta. Justo en ese momento escucho que alguien llama. No muevo ni un pelo porque no quiero que sepa que estoy aquí. Lo único que quiero es que se marche. Golpea con más fuerza la puerta.

—¡Sara! Graciella me ha dicho que te ibas a tu habitación. ¡Ábreme! — grita desde fuera.

Oh no, ahora se pone a dar un espectáculo como el que dio Nina ayer. Ni por todo el oro del mundo voy a abrir. No me va a avergonzar más. Él continúa aporreando la puerta mientras yo me apoyo en ella con unas tremendas ganas de llorar otra vez.

—¡Ábreme de una vez, joder! —chilla con desesperación.

Espero que no esté borracho, porque sólo faltaba eso.

—Sólo quiero que hablemos. Lo necesitamos —dice, bajando la voz—. Quiero verte, Sara.

Pero como sigo sin contestar, vuelve a golpear la fuerza con rabia. Joder, a este paso la tira. Menos mal que debe de ser súper blindada. Al cabo de unos segundos escucho otras voces. Las reconozco enseguida: son Eric y Judith. Le dicen algo en susurros, así que no puedo llegar a oír lo que hablan. No obstante, deben de haber sido muy persuasivos porque en cuestión de

minutos todo se queda en silencio. Suspiro con alivio y me acerco al sofá para sentarme y descansar un poco más. No puedo creerme todo esto. ¿Por qué se enfada tanto si soy yo la que tiene motivos para ello? No quiero pensar más, tan sólo deseo marcharme de aquí, por lo que espero que el viaje no dure mucho más. El móvil pita otra vez con la llegada de un wasap. Pero esta vez no se trata de Abel, sino de Eric.

«Estoy en tu puerta. ¿Quieres que hablemos?».

Realmente no lo sé, pero me siento tan sola y triste... Y él es un nuevo amigo que me cae muy bien, con el que puedo hablar y desahogarme. Al final me levanto del sofá y acudo a la puerta. Nada más abrirla y mirarlo, me echo a llorar. Cierra y me abraza con suavidad, sin tocarme apenas, como si tuviese miedo. En cambio, yo me aferro a él con todas mis fuerzas. Pronto le empapo la camiseta y eso me recuerda a la noche en que me torcí el tobillo y Abel me cogió en brazos mientras yo lloraba como una chiquilla. La cuestión es que me pongo peor y sollozo con pena.

—Eh, eh, tranquila. —Me acaricia el pelo y a continuación me lleva al sofá. Cuando nos sentamos, me pregunta—. ¿Quieres que te pida una tila o algo?

Niego con la cabeza y me seco las lágrimas con las manos. Me siento un poco avergonzada por este arrebato. No me gusta nada llorar ante la gente. Sin embargo, Eric me observa con una mezcla de cariño y preocupación.

—¿Qué ha pasado con Abel? —pregunto con voz pastosa.

—Judith ha conseguido que se fuera con ella a tomar algo para que se calmara —esboza una sonrisa a la par que me aparta un mechón húmedo—. Pero la cuestión es qué pasa contigo.

—¿Qué?

—¿Por qué no le dices nada y aguantas que te trate así?

No sé qué responder. Yo misma no sé los motivos por los que lo hago. Con cualquier otra persona habría sido diferente. Ya le habría mandado al quinto pino. Sin embargo, con Abel me callo como una tonta, es verdad. Me encojo de hombros y un par de lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas.

—No sé. Supongo que soy tonta —respondo.

—No digas eso —me regaña Eric—. No quería molestarte.

—No, si es que tienes razón.

—Es mi amigo, pero tengo ojos en la cara y odio las injusticias. —Se arrima un poco más y me coge de las manos—. He intentado hablar con él, aunque no he conseguido nada. Pensaba que contigo iba a cambiar.

—Las personas como él no lo hacen nunca —digo, un tanto malhumorada.

—No es mala persona, sólo que...

—No hace falta que lo excuses más, yo ya entiendo todo esto. —Me echo hacia atrás en el sofá y miro hacia delante con el corazón arrugado—. No soy tan carismática como Nina.

—Sara, pienso que no es por ti. —Otro movimiento hacia mí y yo que empiezo a inquietarme—. Tú eres estupenda. —Me dedica una deslumbrante sonrisa.

—¿De verdad? —pregunto, como una tonta. ¿Qué estoy haciendo? Pero es que huele tan bien, y tiene unos ojos tan bonitos y una mirada tan limpia y una sonrisa tan abierta y unos músculos tan... ¡No, joder, que así empecé con Abel!

—El problema es que tú no te das cuenta de cómo eres y de lo que provocas en los demás. —Acerca su rostro al mío. ¿Por qué no me estoy apartando, por dios? ¿Y qué cojones es lo que provocho en los demás?

Enrosca sus dedos en los míos y la otra mano me la apoya en la mejilla. No se siente como con Abel, pero no es desagradable. Todo lo contrario: es bastante placentero. Cierro los ojos cuando me acaricia el pómulo con delicadeza. Lo hace de forma muy suave, no con la posesión de Abel. Una agradable cosquilla me asciende por las piernas. Entonces, abro los ojos y me encuentro con sus labios a un par de centímetros de los míos. ¡Mierda, no, no tengo que hacer esto! Me levanto de golpe del sofá, provocando que él dé un brinco del susto. Se me queda mirando con sorpresa y un poco de vergüenza. Me disculpo diciendo que tengo que ir al baño. Me quedo allí unos diez minutos con el corazón a mil por hora y la cabeza hecha un lío. Cuando me doy cuenta de que estoy pasando demasiado rato allí, vuelvo a salir y me acerco a él con nerviosismo.

—¿Sabes que esta noche hay una fiesta, no? —me pregunta de repente.

Yo niego con la cabeza. Qué va, si Abel no me informa de nada...

—No creo que vaya. No tengo ganas de ver a nadie.

Eric se levanta y se arrima a mí, aunque dejando un espacio entre nosotros. Bueno, al menos se ha dado cuenta de que la situación es un poco incómoda y no es insistente como Abel.

—Ven por mí —me pide, con su sonrisa habitual—. Ponte ese vestido que te queda genial y déjalos a todos con la boca abierta.

Me guiña un ojo y se da la vuelta, dirigiéndose hacia la salida. Antes de

salir se gira y me mira con intensidad. Vuelvo a sentirme avergonzada.

—Piénsalo. Seguro que nos lo pasamos muy bien.

Cuando se marcha, me tiro un buen rato pensando en qué hacer. ¿Ir o no ir? Esa es la cuestión. ¡Yo sí que tengo un dilema, no Hamlet! Me muerdo las uñas, vuelvo a beber licores, me ducho y al fin, decido que voy a ir para dejar a Abel con la boca abierta. Basta de ser la tontita y empollona de Sara. Voy a convertirme en una gata como Nina. No, mejor... ¡Voy a ser una pantera! Salgo de la habitación con tan sólo la toalla enrollada en el cuerpo y llamo como una histérica a la puerta de Judith. Suspiro con alivio cuando ella abre la puerta y se me queda mirando con los ojos muy abiertos. Incluso se pone roja.

—Tienes que hacer que esté estupenda —le pido.

Esboza una enorme sonrisa y me empuja hacia mi habitación. Unos diez minutos después aparece Graciella. Ambas me llevan al cuarto de baño y se ponen a hablar entre ellas. Me tocan la cara, el pelo, los ojos... No entiendo nada de lo que dicen acerca de mis rasgos y mi color de piel. Mientras Judith mira, Graciella empieza a peinarme. Media hora después tengo una especie de recogido hermosísimo que me convierte en una mujer elegante. Entonces toma el relevo Judith y abre su estuche de maquillaje, que es enorme. Me extiende la base por el rostro, me lo ilumina, me riza las pestañas, me pone colorete... En fin, hace todo lo que quiere. Y cuando se aparta y deja que me mire al espejo, este me devuelve la imagen de una chica preciosa. ¿En serio esa soy yo? Pero si estoy deslumbrante. No me lo puedo creer. Ambas me miran muy orgullosas de su trabajo. Entonces Judith sale del baño y unos segundos después vuelve con el vestido, el cual me ayuda a ponerme con cuidado. Graciella trae los zapatos. Me siento como la Cenicienta, para qué mentir. Y al fin, me dirigen corriendo al espejo de cuerpo entero del ropero y extienden los brazos ante mí.

—¡Tachán! ¡La nueva Sara que se va a comer el mundo en esa fiesta! — exclama Judith con alegría.

Estoy tan hermosa y elegante. Bueno, en realidad creo que soy bonita, sólo que nunca me lo había planteado ni me había arreglado mucho. Me encanta cómo me queda el vestido, cómo se ciñe a mi cuerpo y se ensancha en la parte de la falda. Y los zapatos me hacen unas piernas muy estilizadas y bonitas. El maquillaje de Judith es ideal: es llamativo, pero al mismo tiempo correcto. La sombra de ojos oscura y difuminada queda genial con el color del vestido y de mi pelo y contrasta con la blancura de mi piel.

Ellas se despiden y se marchan a sus respectivas habitaciones con la intención de prepararse para la fiesta. Empieza a las once, pero antes hay un pequeño cóctel al que no pienso asistir. Es más, acudiré a la fiesta cuando ya haya empezado. Quiero que todos se queden con la boca abierta al verme entrar. Pido cena al servicio de habitaciones y me como el sándwich viendo la televisión, con cuidado de no mancharme el vestido. Estoy nerviosísima y apenas puedo acabármelo. No puedo dejar de pensar en la cara de Abel cuando vea que llevo el vestido de su amigo. A las once y media decido que ya va siendo hora de bajar. Es en el mismo piso que la cena de ayer, aunque en una sala distinta.

Intento practicar con los tacones un par de veces antes de salir de la habitación. Más o menos creo que lo tengo controlado. A las doce menos veinte me echo un último vistazo, me pongo mi mejor perfume y dejo la habitación. Ya en el ascensor me encuentro con un par de hombres muy atractivos. Creo que los vi en la cena y que son modelos. No me han pasado por alto las miradas que me han echado cuando he entrado. Y aunque estoy de espaldas, sé que no me quitan el ojo de encima. Sonrío para mis adentros. Cuando se abren las puertas giro la cabeza hacia ellos y les dedico mi mejor caída de pestañas. Me devuelven una sonrisa de galanes. ¡He sabido coquetear y les he gustado!

Me dirijo a la sala con resolución y con ellos pegados a mi espalda. Jamás había tenido a unos tíos babeando por mí. Me detengo ante la puerta y aguanto la respiración. Se escucha la música desde fuera. Tengo un poco de miedo, pero ahora no hay marcha atrás. Los chicos llegan hasta mí y casi se pelean por abrirme las puertas.

Y entonces entro a la sala, la cual está a oscuras a excepción de las luces de colores que se deslizan por el techo, las paredes y el suelo. Doy un paso, luego otro, y me meto en la fiesta. Me muerdo los labios unos segundos y a continuación, me armo de valor y alzo decidida la cabeza.

Unas cuantas cabezas se giran hacia mí cuando comienzo a andar, seguida de los modelazos.



ATRAVIESO la sala con toda la elegancia y la seguridad que puedo. Me doy cuenta de que la gente detiene sus charlas y bailes cuando paso por delante de ellos. Los hombres me miran con curiosidad y quizá deseo, y ellas me observan con una mezcla de envidia y desconfianza. Bueno, quizás no sea la más perfecta de aquí, puede que no esté operada ni tenga un cuerpo perfecto, pero ahora mismo soy la que está atrayendo más miradas. Incluso se levantan cuchicheos a mi espalda. Seguramente muchos se están preguntando quién soy. ¿Llegarán a pensar que trabajo de modelo? Jamás había sido el centro de atención y lo cierto es que tampoco está tan mal. Cuando paso por delante de tres chicos guapísimos, les regalo una tímida sonrisa y a continuación bajo los ojos. Uno de ellos me impide avanzar al colocarse delante de mí.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta gritando. Lo cierto es que la música está muy alta.

—Sara —respondo al tiempo que él se inclina y me da dos besos.

Tiene una piel muy tostada, el pelo oscuro, unos ojazos verdes y una ligera barba.

—Yo soy Iván —dice. Se acerca un poco más—. Nunca te había visto antes. ¿Eres nueva en esto?

¡Vaya! ¡Toma ya! Sí que se ha pensado que soy modelo. Pero no voy a mentirle, no se me da bien. Niego con la cabeza y únicamente respondo:

—He venido con el equipo de Abel.

—¿Quieres que te traiga una copa?

Asiento con la cabeza y cuando él se marcha, me separo un poco para no estar en el centro del pasillo. La gente continúa entrando y la sala se va llenando cada vez más. Casi todos bailan, beben y ríen. No reconozco a nadie y no entiendo muy bien por qué hay tanta gente. Quizá son invitados que han trabajado anteriormente para o con Yvonne. Cuatro chicas pasan por delante de mí y se sitúan en unas mesas a mi lado. Aguzo el oído para intentar escucharlas: al parecer charlan sobre sus trabajos en diferentes revistas de moda.

—Nina tiene tanta suerte de repetir cada año con Yvonne —dice una de ellas, una muy rubia con cara de muñeca de porcelana.

—Es una mala perra. A saber a quién se ha trabajado esta vez para

conseguir tantos trabajos —señala otra, la que lleva una larguísima trenza y un escote de vértigo.

Vaya, no soy la única a la que Nina le cae mal. Si no fuera porque no las conozco de nada y me mirarían como una loca, les diría que estoy muy de acuerdo con ellas. Un par de minutos después regresa el chico de antes con un par de copas. La mía tiene un ligero color verdoso.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Un margarita —me grita al oído.

Bebo y me relamo los labios. Nunca lo había probado antes, pero está muy bueno. Una de las chicas de antes se levanta de un salto y se echa en los brazos de Iván, el cual la saluda muy contento. Ambos hablan durante unos minutos y a continuación me la presenta. Tras las preguntas de rigor, se despiden y él vuelve a centrarse en mí. Vaya, nunca me había pasado que me prefieran antes que a una modelo. Al principio parece interesante, pero al cabo de unos quince minutos de un monólogo por su parte en el que me cuenta todos sus trabajos, se me empieza a hacer insoportable.

—Perdona... —le digo, en un momento dado—, es que he visto a alguien.

Y me voy dejándolo con un palmo de narices. ¡Uf, pero qué pesado! ¿Acaso todos los modelos son así de egocéntricos? Paseo por la sala con mi copa casi vacía en busca de Judith o los demás, pero no los veo. Unos cuantos hombres más me regalan sonrisas cuando paso por su lado, aunque yo me muestro indiferente. Busco a Abel con la mirada. ¿Dónde se habrá metido? Un pinchazo de inquietud me atraviesa el corazón. Intento encontrar el bar para pedir otra bebida cuando alguien me sujeta de la cintura. El corazón me da un vuelco.

—Te encontré —me susurra al oído.

Me giro y la franca sonrisa de Eric se muestra en todo su esplendor. Yo se la devuelvo, aunque un tanto decepcionada.

—Estaba buscando el bar —le digo, alzando mi copa vacía.

—¿Quieres que te traiga otra?

Asiento con la cabeza y me pide que le espere. Yo me quedo mirando a los demás mientras me empiezo a sentir un poquito mareada. Sólo he tomado un mísero sándwich y quizá no debería beber más. Pero qué leches, está buenísimo y yo necesito soltarme un poco la melena. Me apetece disfrutar de esta noche como nunca. Eric vuelve cinco minutos después con otra copa distinta. Ups, no está bien mezclar...

—Un cosmopolitan para la chica más bonita de la fiesta —dice a mi oído.

Observo el color rojo de mi bebida con una sonrisa en el rostro. Uf, qué calor me está entrando y qué ligera comienzo a sentirme.

—¿Has llegado hace mucho? —Se inclina de nuevo hacia mí.

Niego con la cabeza al tiempo que doy un sorbo de mi cóctel. Uhm, tiene un ligero toque a fruta ácida. ¡Me encanta! A cada minuto que pasa me siento más tranquila y me apetece mucho bailar, así que cojo a Eric de la mano y empiezo a moverme frente a él. Creo que es una canción de Bruno Mars la que suena ahora mismo. «I know that you don't know it, but you're fine, so fine. Oh, oh, oh! Oh, girl! I'm gonna show you when you're mine».

—*Treasure, that is what you are* —canto, cuando llega el estribillo.

Alzo mi copa y brindo con Eric. Él se echa a reír y se pone a menearse también.

—¡Bailas muy bien! —grita a mi oído.

—¡Tú también! —me río.

Entonces, cuando más me estoy divirtiendo, se aparta una pequeña muchedumbre que está al fondo de la sala y aparecen ellos. Sí, claro, Abel y Nina. Ella baila con unos movimientos de lo más sugerentes, aunque él apenas parece prestarle atención. Doy otro trago a mi copa y aprieto los dientes mientras me muevo un poquito para situarme de modo que él pueda verme. Cuando termina la canción de Mars, empieza a sonar *Drive* de Miley Cyrus. Esta la puedo bailar más *sexy* si cabe. Y al mismo tiempo me provoca rabia porque parece que está hablando de mi situación. «Drive my heart into the night... You can drop the keys off in the morning, 'cause I don't wanna leave home without your love...». En ese momento Abel gira la cara y mira hacia donde estamos Eric y yo. ¡Sí, sí, nos ha visto! Aprovecho para arrimarme más a mi compañero de baile. «You told me that you wanted this; I told you it was all yours. If you're done with it, then what'd you say forever for, If forever is out the door». Lo miro fijamente mientras Miley canta esa frase. Pone una cara terrible al darse cuenta de cómo me contoneo ante su amigo.

Joder, no sé si estoy siendo demasiado mala persona. No sé si a Eric le molestará lo que estoy haciendo, pero no lo puedo evitar. Quiero que Abel se muera de celos, que tome de su propia medicina.

—Te dije que podías usarme siempre que quisieras —me dice de repente Eric. Sus labios me rozan el lóbulo de la oreja y me río a causa de las

cosquillas.

—No te enfades conmigo —le suplico, con la lengua un poco pastosa. Mierda, estoy un poco borracha.

—Nunca lo haría. —Me coge de la cintura y me atrae hacia él.

Nuestros cuerpos están muy juntos pero, ¿qué importa? Si de lo que se trata es de molestar a Abel, esta será la mejor forma. «You promised it was real and I believed that. But if I fall for it again, I would be a fool...». No paro de lanzarle miradas mientras bailo de la forma más provocativa posible con Eric. Desde aquí me doy cuenta de que está formando un «no» silencioso con los labios. ¡Ja! ¡Que te lo has creído! Para colmo, Nina le agarra de la cara y se la gira, porque al parecer está contándole algo muy importante. Yo contraataco dándole la vuelta y meneando mis posaderas ante Eric, el cual me sujeta de las caderas y se amolda a mi ritmo.

—Me encanta tu perfume. ¿Cuál es? —me pregunta, con su rostro medio enterrado en mi pelo.

—*Loverdose* de Diesel —respondo, acercando mis labios a su oído.

—Es muy sensual... —dice, al tiempo que me olfatea el cuello. Yo le intento apartar porque me está haciendo cada vez más cosquillas.

Miro de reojo a Abel, el cual echa chispas por los ojos. Incluso tiene las mejillas encendidas. ¡Toma, toma, está rabiando! ¿Ahora entiendes cómo me he sentido yo todos estos días, eh? Vuelvo a girarme y deslizo las manos por los hombros de Eric para aferrarme a su cuello. Coloco una pierna entre las suyas y me muevo de una forma casi pornográfica. ¡Madre mía, si no estuviese tan borracha jamás lo haría! Se me cae un poco de la bebida en el brazo y echo la cabeza hacia atrás riéndome. «I always knew I never wanted this, I never thought it could happen. You acted like you wanted this, but then you lead me on...». Eric me observa de una forma un tanto extraña y me acerca cada vez más a él, pero no me importa. Todo me da vueltas y me siento eufórica al ver la cara de estupefacción de Abel. Nina no para de darle golpecitos en el hombro para atraer su atención, pero él no aparta la mirada de nosotros. Entonces ella se da cuenta de a quién está mirando y pone una cara de asco tremenda. ¡Que les den a los dos!

—Sara, si sigues bailando de esta forma, yo... —pero no le dejo terminar, sino que le tapo la cara y a continuación voy bajando ante su cuerpo, contoneándome sin parar.

Cuando giro la cara hacia Abel, descubro que este hace un movimiento para venir, pero Nina lo coge y lo retiene. Le dice algo al oído mientras él no

para de negar con la cabeza. Logra soltarse de ella, que pone una cara de demonio terrible, y se dirige hacia nosotros. Lo veo acercarse con la cabeza dándome vueltas, pero prosigo con mi baile. Tan sólo me detengo cuando él se planta ante nosotros y me mira furioso. «But all the broken promises I won't miss, I'm finished. Underneath, all I know are the facts. When I look in your eyes all I see are the lies, been there, done that», canta Miley a todo volumen. Y a mí me dan ganas de gritárselo a la cara, pero me contengo.

—¿Quieres algo? —le pregunto, soltándome de Eric y tambaleándome un poco.

—Estás borracha —dice, mirándome con mala cara.

Eric está muy serio y callado, aunque lo noto un poco a la defensiva. ¿No me digas que hasta su amigo se va a poner de mi parte? ¡Qué maravilla!

—¿Y qué? —Apoyo las manos en la cintura y me inclino hacia delante mostrándole una sonrisa.

—Nos vamos. —Me agarra del brazo con fuerza.

—¡Ni hablar! —grito, empujándole a un lado—. Eric y yo nos estamos divirtiendo, ¿verdad? —Me giro hacia él.

No le da tiempo a decir nada porque Abel lo coge del cuello de la camisa en actitud violenta. A pesar de lo bebida que estoy, me doy cuenta de que algunas personas nos están mirando.

—¡Eh, eh! ¿Qué estás haciendo? —Consigo ponerme en medio de los dos intentando apaciguarlos. Mierda, si es que me lo he buscado.

—No bailes así con él. Es vergonzoso. —Me vuelve a agarrar de la muñeca y yo una vez más me suelto.

—¡No te arrimes tanto tú a Nina! —me quejo. Parezco una niña pequeña.

—Estabas restregándote con él como una...

Antes de que pueda decir la palabra, le propino una bofetada. Se lleva la mano a la mejilla con expresión de desconcierto. Yo lo miro asustada. Él no dice nada, tan sólo me dedica una mirada angustiada. Me giro hacia Eric, el cual tampoco sabe muy bien cómo actuar. Dios, me están entrando usa ganas de vomitar tremendas. Sin decirles nada, echo a correr buscando el baño. Pregunto a unas chicas y me dicen que se encuentra fuera de la sala, justo al salir a la derecha. Corro como una loca, a punto de chocarme con la gente. Cuando salgo al exterior me siento mejor porque dentro hacía mucho calor. En cuanto piso el baño y me meto en uno de los retretes, intento calmarme. Al final no vomito, pero me quedo un ratito sentada en la taza, esperando a

que se me pase el mareo. Unos minutos después escucho que abren la puerta del baño y unos tacones resuenan en el linóleo.

—¿Entonces esa es su becaria? —dice una chica con voz de repipi.

—Pues la verdad es que es bastante mona —suelta otra.

¡Están hablando de mí, no me lo puedo creer!

—¿Crees que se la estará tirando? —vuelve a preguntar la primera.

—¡Pues claro que no! —Oh, mierda. La insoportable voz de Nina. Justo tenía que ser ella.

—¿Pero por qué ha ido a buscarla de esa forma?

—A veces eres muy cortita —le dice Nina a la chica—. ¿No ves el espectáculo que estaba dando con Eric? Le estaba dejando muy mal. Es normal que se preocupe por tener una becaria un poco más decente.

¿Perdona? ¡Aquí la única indecente es ella! Escucho que están trajinando con algo, aunque no sé muy bien con qué. Entonces se oye un ruido extraño, como cuando alguien aspira por la nariz. Luego otros dos más y un par de suspiros. Joder, ¿no me digas que...? Sólo he visto y escuchado eso en películas, pero...

—Esta mierda es fantástica —dice la segunda.

—Pero tía, ya sabes cómo es Abel... —retoma el tema la repipi—. Quizá hay algo más entre ellos que una simple relación profesional...

—¡Pues claro que no lo hay! —exclama molesta Nina.

—Pero tú y él no...

Oh, estas deben de ser muy amigas si saben de la mentira de estos dos. ¿Y cómo nadie cuenta la verdad de forma disimulada? Admirarán mucho a Nina como para protegerla así. Serán otros de sus perritos falderos.

—Pues quizá sí —dice ella en ese momento. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso?— En este viaje ha estado muy atento conmigo.

—Pues te ha dejado hablando sola —malmete la repipi.

—Mira, bonita, esa chica no es nadie. ¿No lo entiendes? Abel jamás se fijaría en ella. A él le gusta el *glamour*, el lujo, el dinero, la fama, las mujeres hermosas... ¿Y quién es ella? Una becaria con ropa cutre que intenta parecerse a nosotras.

¿Parecerme a ellas? ¡Ni de coña! Se ha pasado, y mucho. ¿Pero quién se ha creído? Y si a Abel le gusta tanto todo eso que ha dicho, pues que se quede con ella porque yo soy una chica demasiado sencilla. Pero que se merece un hombre mejor que la sepa apreciar por lo que es. Me doy cuenta de que me he traído la copa al baño, la cual descansa en el suelo.

Envalentonada por los efectos del alcohol, me levanto muy decidida y abro la puerta. Cuando ellas me ven aparecer, les cambia la cara. Nina se ha puesto blanca, aunque enseguida se repone y dice:

—Vaya, Sara, ¿estabas ahí?

Le sonrío. Y entonces lanzo lo que me queda de la bebida en su fantástico vestido de color azul celeste. Una enorme mancha se dibuja en su pechera. Ella levanta las manos y suelta un grito. Las otras dos la imitan y me miran con gesto de pánico. Le doy la copa vacía a Nina y salgo del cuarto de baño.

—¡Eh, tú, guarra! —escucho a mi espalda. Por supuesto, es Nina—. ¿Quién coño te has creído que eres?

No me molesto en contestarle. Abro la puerta de la sala dispuesta a continuar bailando con Eric. Estoy hasta los ovarios de la gente como Nina, que se creen con todos los derechos del mundo. Cuando entro, las miradas vuelven a posarse en mí, aunque yo les reto y al final las apartan. Y cuando empiezo a andar, siento que alguien me pone la zancadilla desde atrás de forma disimulada. Como estoy un poco mareada, no puedo hacer nada. Todo parece suceder a cámara lenta. Estoy cayéndome, ¿verdad? ¡Joder, estoy cayendo al suelo delante de todas estas personas! Y aunque apoyo las manos, me doy un buen golpe en las rodillas. Me quedo unos segundos mirando el suelo, hasta que por fin me atrevo a alzar la mirada. Ante mí se encuentran Nina y sus dos amiguitas. Ella le dice algo a unos cuantos chicos y chicas que están a su lado y se echan a reír. Y así unos a otros van contándose algo que parece ser muy gracioso. Con un nudo en el estómago, intento levantarme, pero las piernas me fallan porque no paran de temblarme. Hay un montón de gente riéndose de mí. ¿Cómo he podido llegar a pensar, siquiera por un momento, que yo podía encajar aquí? Veo a Eric y Judith intentando abrirse paso entre el público, pero antes de que puedan llegar aparece alguien. Se trata de Abel, el cual se agacha ante mí y me intenta poner de pie. Yo niego con la cabeza y me deshago de sus brazos a manotazos.

—¡Vete! —le grito, a punto de echarme a llorar—. ¡O te doy otra bofetada! —exclamo como una cría.

Pero él se niega a marcharse, me coge con fuerza de los brazos, me levanta y entonces sucede algo que me deja estupefacta.

Me estrecha entre sus brazos y me besa delante de todos.



¿ESTOY soñando? ¿Realmente lo está haciendo? ¿Ante todos? ¿O es que voy demasiado bebida y estoy inconsciente en la cama? Pero no; sus labios son demasiado reales, al igual que el enfado que siento ahora mismo. ¿Y qué son esas luces y esos chasquidos que nos rodean...? Dios, estoy muy confundida. Por fin, logro apartarlo y le pregunto:

—¿Quién cojones nos está haciendo fotos y por qué? —Me giro al expectante público y un *flash* me deslumbra, provocando que me tenga que tapar la cara.

—En esta fiesta también hay fotógrafos de prensa.

—¿¿Qué?! —exclamo como una loca. Me dispongo a salir corriendo, pero no me lo permite—. ¿Puedes dejar de avergonzarme de una vez? —le grito a la cara.

¡Auch! Más fotos, y un murmullo de voces que incluso se alzan por encima de la música. Miro a mi alrededor con cara de susto y me topo con una Nina en primer plano. Tiene la cara desencajada. Sus amigas se tapan la boca con la mano, aunque no sé si es porque se están riendo de ella o porque realmente están demasiado sorprendidas. Detrás se encuentran Eric, Judith y los demás miembros del equipo. Ella sonrío de oreja a oreja, pero él tiene el ceño fruncido. ¡Aunque lo peor son todos esos *paparazzi* que nos rodean! Bueno, en realidad son sólo tres, pero el alcohol me los multiplica.

Me cercioro de que Abel me está llamando.

—¿No es esto lo que querías?

—¡Pues claro que no! —chillo, rozando casi la histeria. ¡Ya podía haberme puesto así antes para haberle cantado las cuarenta como se merecía! —. Sólo tenías que contarle a Nina la verdad. No era necesario besarme ante todos. ¿Qué van a pensar?

—Eso me da igual —niega con la cabeza y me pasa una mano por la nuca. Logra arrimarme a él, con lo que su rostro queda muy cerca del mío. Ah, ese olor a hierba salvaje... Joder, no, no, corazón, quédate quietecito...— Sentía que si no hacía cualquier cosa, te ibas a cansar de mí.

Pues creo que lo he hecho ya. Bueno, no lo sé. ¡No puedo pensar con claridad teniendo esos labios carnosos tan cerca!

—Estás loco —le recrimino, todavía en tensión bajo sus manos—. Era

mucho más sencillo que esto —murmuro disgustada.

—Cuando te he visto en el suelo...

—No necesito un héroe que me salve —gruño.

Entonces alguien se acerca a nosotros. Cuando me giro, descubro a una Nina borrosa.

—Abel, por favor, ¿qué haces? —le pregunta, fingiéndose educada. ¡Ja, seguro que tiene ganas de gritarle también!

—No puedo seguir con esto —responde. A continuación me echa un vistazo a mí, que me he quedado con la boca abierta. ¡Por fin se lo ha dicho!

—¿Qué dices? Venga, deja de bromear. No tiene ninguna gracia —prosigue ella, lanzando miradas y sonrisitas nerviosas a los fotógrafos que nos devoran con los ojos.

—No es una broma. Hemos ido demasiado lejos y tú y yo...

—¡Calla! —le corta ella, llevándose las manos a los oídos. Se queda en silencio unos segundos y después dirige su furibunda mirada a mí—. ¿Quieres estar con una becaria? ¿Sabes lo que significa eso, Abel? ¿Has olvidado quiénes somos tú y yo?

—Unos amigos que trabajan juntos —responde él. Yo cada vez estoy más sorprendida y eufórica. Incluso se me escapa una risita tonta al ver la gigantesca y ridícula mancha del vestido de Nina.

—¡Ella no es buena para ti! —continúa. Me señala con la mano abierta—. ¡Mírala, ni siquiera es elegante! —pone los ojos en blanco. Yo creo que está a punto de echarse a llorar.

Oh, vale. Como si la elegancia lo fuera todo. Ella podrá serlo en cuanto a vestimenta, pero de modales está suspendida. Evidentemente, no se lo digo. Y total, Abel me ha cogido de la mano y tira de mí.

—¿Adónde vas? —chilla una Nina desquiciada.

Abel no responde. Me lleva hacia la puerta mientras los *clicks* de las fotos suenan una y otra vez y los *flashes* iluminan la estancia. Los murmullos aumentan a nuestras espaldas, pero abandonamos la fiesta sin mirar atrás y sin soltarnos las manos. Hemos dejado a la divina con un palmo de narices. ¡Sí! Corremos por el pasillo riéndonos como tontos, hasta que nos detenemos en el ascensor. Se gira hacia mí y nos quedamos mirándonos un buen rato.

—Estás preciosa —dice, acariciándome la mejilla—. Eras la chica más elegante de esa fiesta, diga lo que diga ella. —Está muy serio, como si realmente lo creyera. Quizá sea así.

—Tú tampoco estás nada mal —consigo decir con voz pastosa mientras

me echo hacia atrás para admirar ese maravilloso cuerpo embutido en unos pantalones negros, una camisa blanca y una americana.

Nos echamos a reír una vez más. Él llama al ascensor y las puertas se abren de inmediato. Una vez dentro, nos mantenemos en silencio, contemplándonos el uno al otro. Y no sé cómo, pero de repente estamos besándonos con pasión. Me apoyo en sus hombros y le beso, le beso con todo el ardor que desprenden mis labios.

—¿Estás demasiado borracha para...? —pregunta cuando logramos separarnos.

—¡No!

Se ríe contra mi boca y me besa otra vez. Me dejo llevar por el sabor de su lengua hasta que el ascensor se detiene. Bajamos con prisas, trastabillamos por el pasillo presionados por el deseo. Nos detenemos ante mi habitación y me tiene que ayudar a abrir de lo que me tiemblan las manos. Ni siquiera encendemos la luz al entrar, ya que la luna se filtra por el enorme ventanal de la terraza. Nos paramos en el centro de la estancia para mirarnos de nuevo. Los rayos de la luna bañan sus hombros y su silueta se me antoja casi irreal. ¿Cómo puede ser tan perfecto y al mismo tiempo inquietante? Es como un ángel oscuro.

A medida que desliza su mirada por mi cuerpo, se le va oscureciendo. La respiración se le acelera al repasar mis piernas desnudas. Entonces me sorprende apoyándose las manos en la cintura y dándome la vuelta. Me toca los omóplatos y yo suelto un suspiro ante ese simple roce. A continuación me baja la cremallera del vestido. No llevo sujetador, así que puede abarcar con sus manos toda la piel de mi espalda. Cuando se inclina para besármela, un estremecimiento me recorre de pies a cabeza. No es igual que otras veces, sino mucho más tierno y cálido. ¿Qué puede significar?

Me gira hacia él y me coge de la barbilla para que lo mire. Me va a hipnotizar con esos ojos seductores. Estoy perdiendo el control una vez más. Pero, ¿importa algo? Al levantarme los brazos por encima de la cabeza, me los acaricia con suavidad.

—Mueve un poco las caderas.

Sin apartar la vista de la suya, meneo el cuerpo de un lado a otro y el vestido se desliza hacia debajo de forma sensual, dejándome los pechos al descubierto. Abel contiene la respiración al descubrir las braguitas negras de encaje. Me suelta los brazos para recorrer mi silueta hasta llegar a la cintura. El deseo me muerde las entrañas.

—Eres perfecta así. No necesitas nada más.

Acaricia con admiración los encajes de la ropa interior, regocijándose en la suavidad de la tela. Uno de sus dedos apenas me rozan unos segundos el vientre, pero la electricidad me desboca.

—Quítate la ropa. Quiero verte —murmuro.

Sonríe y se despoja de la americana con un movimiento elegante. A continuación se desabotona la camisa, deteniéndose unos segundos en cada botón. Por fin se la abre y me permite contemplar ese torso perfectamente cincelado. Cuando se baja la cremallera de los pantalones, ya estoy cardíaca. Me muerdo los labios al tiempo que se inclina hacia delante para bajárselos. No puedo aguantar más, así que me acerco hacia él y le acaricio los huesos de la pelvis, le toco las ingles que me vuelven loca por lo marcadas que están. ¿Cómo conseguirá este cuerpo? Nunca me ha dicho que fuera al gimnasio.

—¿Estoy perdonado?

—No lo vas a tener tan fácil —respondo, con el ceño fruncido. ¿Por qué me pregunta eso ahora? Es evidente que se me ha pasado el enfado, pero aún estoy un poco molesta por todo lo que me ha hecho pasar—. Vas a tener que currártelo mucho, chico —respondo juguetona. Observo con gula la excitación que apunta hacia mí. Se la rozo por encima de los *boxers* y noto la humedad incluso por encima de ellos.

Suelta un gruñido y me aprieta contra él, lanzándose a devorar mi boca. Su sabrosa lengua recorre todos los rincones, pero aunque siento la urgencia en él, es diferente. Hay deseo y pasión, pero también algo más. Me recorre el trasero con los dedos mientras muerde mis labios. Yo me junto más a él para sentir su magnífica erección en mis braguitas, que por supuesto están también mojadas. El contacto de su pecho desnudo contra el mío es sencillamente estremecedor. Tiene la piel ardiendo y su corazón late desbocado.

—Voy a hacerte el amor, Sara.

Es la primera vez que me dice algo así y ha sonado demasiado bien. Escuchar mi nombre en su boca me ha provocado un calambre en la entrepierna. Me coge en brazos y me lleva a la habitación. Una vez allí, me deposita en la cama con suavidad.

—Espera. —Alza el dedo índice.

Arqueo las cejas cuando vuelve al saloncito y se agacha para coger el móvil. Lo veo trastear en él con el corazón encogido. Pero entonces vuelve y se sube a la cama, colocándose encima de mí y apoyando las manos a los lados de mi cabeza.

—Lo he apagado. No quiero que nadie nos moleste.

Y yo me echo a llorar como una tonta. Abre mucho los ojos un poco asustado y se aparta de encima para tumbarse a mi lado. Me coge de la cintura con cautela.

—¿Te encuentras mal?

Niego con la cabeza. Es sólo que todo me parece increíble, pero estoy tan emocionada que ni siquiera puedo hablar. Me observa durante unos segundos y a continuación me besa en la frente, en los párpados, en la nariz, en las mejillas. Yo me atrevo a cogerle por la nuca y le obligo a hacerlo en mis labios. Bajo con las manos hasta sus caderas y tiro de él para que se coloque una vez más sobre mí. Cuando lo hace, dedico unos segundos a observar su atractivo rostro. Es en ese momento cuando sé que estoy cayendo en algo que no quería. Pero no puedo evitarlo; no quiero desprenderme de lo que se despierta en mi interior cuando estoy con él.

Se desliza hacia abajo y me besa los pechos. Se detiene en uno de los pezones y lo lame, lo muerde y lo succiona. Arqueo la espalda al tiempo que se me escapa un gemido. Mi piel se convierte en lava cuando apoya la mano por encima de mis braguitas y presiona contra el pubis. Se baja un poco más y enseguida noto su boca besando la tela del encaje. Oh, dios, yo sólo puedo mirar el techo.

—Me encanta que estés tan húmeda para mí. —Me quita las bragas y pasa la mano por la zona rasurada—. Qué suave —murmura, un tanto sorprendido—. Toda tú lo eres —me mira muy serio, tanto que incluso me excito más.

Extiendo los brazos hacia él, pero hace caso omiso y me abre los labios pasando un dedo por ellos. Cuando lo alza veo que está muy mojado. Se lo lleva a la boca y lo lame con ganas. Madre mía, qué *sexy* está así, mirándome de ese modo. Yo lo único que hago es separar más las piernas y permitir que sus dedos jueguen conmigo. Introduce uno y hace círculos al tiempo que con otro me roza el clítoris. Me agarro a la almohada intentando no perder el control, pero es demasiado experto y en cuestión de segundos siento que voy a explotar.

—No, no... —meneo la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué pasa?

—Quiero tenerte dentro de mí.

—¿Ya?

—¡Ya! —exclamo entre suspiros, ya que no ha parado de masturbarme

y su dedo entra y sale de mí cada vez más deprisa.

Vuelvo a alargar los brazos y por fin obedece. Se baja de la cama para quitarse los calcetines y los calzoncillos y yo no puedo evitar volver a sorprenderme ante lo que se muestra en todo su esplendor. Me encantaría lamerlo y jugar con él, pero mi vientre tiembla por el deseo de sentirlo en mi interior. Se tumba a mi lado y yo le miro impaciente.

—Ponte encima de mí. Quiero ver tu cara mientras te penetro.

Me ruborizo. Pero mi sexo se humedece todavía más con esas palabras tan calientes. Con un movimiento de felina, me coloco a horcajadas sobre él e inmediatamente me agarra del culo con una mano y lo acaricia con ganas. Con la otra me recorre desde el ombligo hasta el cuello al tiempo que observa mi cuerpo. Veo en sus ojos el deseo que siente por mí y eso hace que arda más, así que cojo su miembro y lo acerco a la entrada de mi vagina. Me muevo en círculos rozándome los labios. Tras hacerle sufrir un poquito, por fin me deslizo hacia abajo con lentitud, regocijándome en los gestos que hace. Se muerde los labios y ahoga un gemido cuando me dejo caer de golpe, introduciéndome todo su sexo.

—Joder, Sara... Qué bien entra. Estás mojadísima —susurra. Sus dedos se clavan en mis nalgas y a continuación los desliza hasta mis caderas.

Me hace subir y bajar apretándomelas; yo me apoyo en su pecho para darme más impulso. Me excita terriblemente ver sus músculos contraídos a causa del esfuerzo y del placer. Muevo en círculos las caderas, notando toda su dureza en las paredes de mi interior.

—Dios, cariño. Me vuelves loco —gruñe.

Nunca me había llamado así y la verdad es que es fabuloso. No sé qué significa, pero no me importa. Me da igual que sea sólo a causa del placer, ya que yo también estoy embriagada por el deseo y cada vez me meneo más rápidamente. Echo la cabeza hacia atrás y gimo con desesperación cuando me atrapa los pechos y me los masajea.

—Mírame, Sara.

Dirijo mi vista a la suya. Tiene las pupilas muy dilatadas y la boca entreabierta. Me pellizca un pezón al tiempo que da unos golpes de cadera hacia arriba, con lo que me clava todo su miembro, tan profundo que incluso me duelen los ovarios. Parece darse cuenta de mi gesto, ya que reduce las acometidas, pero yo las hago más violentas.

—¡Joder! —grita.

Entonces se incorpora y me rodea con los brazos. Estamos cara a cara;

nuestros cuerpos se golpean, mis pechos chocan con el suyo. Es demasiado maravilloso sentirme arropada por él al tiempo que me devora la boca. Sudamos tanto que mis intentos por sujetarme a su espalda son en vano, así que las apoyo en el pecho y le clavo las uñas. Él me responde deshaciéndome el recogido de Graciella, y un par de mechones rebeldes caen por mi rostro. Me dobla la cabeza hacia atrás, con lo que me quedo observando el techo, y apoya el rostro en mi cuello.

—No puedo más —me informa.

Cabalgo con más salvajismo. Su miembro entra y sale de mí a una velocidad vertiginosa. El vientre me tiembla y sé que estoy a punto de tocar el cielo.

—Ya, ya... —jadeo.

En ese momento el pene se le contrae, palpita, y a continuación Abel se derrama en mi interior con un gemido ahogado contra mi cuello. Notar esa calidez me hace terminar de explotar. Aprieto mi cuerpo contra el suyo con todas mis fuerzas y gimo sin parar, deshaciéndome entre sus brazos. No quiero que esto acabe nunca: es el mayor placer que he sentido en mi vida. Por fin, logro abrir los ojos, aunque estoy agotada. Me toca con suavidad la cara, me besa muy despacio mientras intento recuperar el aliento. No puedo mantenerme despierta por más tiempo... Me está diciendo algo, pero las palabras suenan muy lejanas. Lo último que veo antes de quedarme dormida son sus hermosos ojos azules, contemplándome con ternura.

Algo me despierta. Palpo el otro lado de la cama para buscar su cuerpo, pero sólo agarro vacío. ¿Dónde está? Me incorporo sobresaltada. Echo un vistazo a mi móvil: son las cinco y media de la mañana. Voy al cuarto de baño, pero tampoco lo encuentro. ¿Se ha arrepentido y ha ido a pedirle perdón a Nina? Como no encuentro las bragas de antes, saco unas blancas de la mochila y me las pongo. Entonces descubro su ropa en el saloncito. Me agacho para coger la camisa y me la coloco mientras aspiro su aroma con el corazón encogido.

Las cortinas de la terraza están descorridas. Me acerco y al asomarme lo veo de espaldas, apoyado en la barandilla y contemplando el horizonte. Continúa desnudo, con lo que puedo disfrutar un ratito de las maravillosas vistas. ¿Es realmente este hombre para mí? Me acerco a la terraza sin hacer ruido, empapándome de su belleza. En ese momento me doy cuenta de que tiene algo en la parte inferior de la espalda, justo en el nacimiento del trasero. No me había dado cuenta antes, pero se asemeja a la marca que se te queda

tras quitarte un tatuaje.

—¿Qué es lo que tenías aquí? —le pregunto, rozándole con la punta de los dedos la zona. Se gira sobresaltado y me aparta la mano con brusquedad. Parece inquieto y un poco asustado. ¿Qué he hecho ahora? Vale que haya venido a hurtadillas, pero tampoco es para tanto.

—Nada. Es una marca de nacimiento.

Sé distinguir perfectamente una cosa de la otra, y esto es claramente una especie de cicatriz. ¿Por qué está mintiéndome? Creía que lo de antes había significado algo. No digo nada y me coloco a su lado, observando la bella Barcelona, sus múltiples lucecillas de colores titilando en la oscuridad. Quizá tenía grabado el nombre de Nina, quién sabe. Al cabo de unos minutos me doy cuenta de que me está mirando con tanta intensidad que me pongo hasta colorada, así que me giro hacia él para saber qué sucede.

—Irradias inocencia —dice de repente, para mi sorpresa.

—No es verdad —respondo con una risa.

Le encuentro serio y un poco triste. No entiendo nada. ¿No le ha gustado lo de antes? Me arrimo a él y apoyo la mano en su mejilla. Inspira con los ojos cerrados y después me la coge y me besa el dorso. Hace frío aquí, sin embargo su cuerpo arde.

—No estoy seguro de que... —Se para.

Le insto con la mirada a que continúe. Me estremezco a causa del vientecillo helado y él me hace un gesto para que entremos, pero estoy bien aquí. Es hermoso observar las estrellas junto a su cuerpo desnudo. Es la belleza en estado puro.

—No quiero...

—¿Qué es lo que no quieres? —pregunto, perdiendo la paciencia.

—Eres buena persona, Sara —contesta. Vuelve a besarme la mano cuando le correspondo con una mirada confusa—. No soy el hombre adecuado para ti.

¿Qué? ¿Pero qué está diciendo ahora? ¿Después de lo que me ha hecho? ¿De todo lo que he pasado por él? ¡Ni hablar! ¡No voy a dejarlo escapar, a pesar de que aún no tenga claro lo que tenemos!

—Yo seré la que decida eso —digo, apoyando la otra mano en su pecho. El corazón le palpita con intensidad.

—No quiero hacerte daño. Y creo que ya te lo he hecho...

—Correré ese riesgo.

—No soy nada fácil...

—Me gusta lo difícil.

—Mi vida no ha sido sencilla. Mi pasado no es perfecto.

—El mío tampoco —Acaricio sus pectorales y el corazón se le dispara aún más—. En realidad, yo soy muy imperfecta.

He conseguido sacarle una sonrisa. Me abrazo a él, apoyando la cabeza en su pecho. Escucho los latidos y cierro los ojos abandonándome en ellos. Me besa en la cabeza.

—Tú también estás muy loca, Sara. De otro modo, ya habrías salido corriendo.

—Entonces simplemente hagamos locuras —murmuro contra su piel, oliéndola y rozándola con mis labios. Alzo la cabeza y lo miro muy seria—. Intenta abrirte a mí, Abel.

Aprieta los dientes y suspira con gravedad. Le mantengo la mirada, mostrándole que estoy dispuesta a hacer todo lo posible por romper sus muros y saber más de él. No he llegado hasta aquí para irme con las manos vacías.

Tarda unos minutos en contestar.

—Si hay alguien que puede salvarme, Sara, esa eres tú.

No entiendo lo que quiere decir, pero no me da tiempo a preguntárselo porque me coge de las caderas y me sienta sobre la mesa de la terraza. Nos besamos durante mucho tiempo, tanto que me duelen los labios al separarnos. Se aparta de mí y me observa con detenimiento un buen rato. Yo tengo las piernas un poco separadas, y su camisa me cubre la mitad de los muslos.

—Espera. No te muevas —dice de súbito. Se mete en la habitación. Lo veo ponerse los pantalones y salir de ella. ¿Pero adónde va? Me quedo como una tonta sentada sobre la mesa, congelándome.

Al cabo de unos minutos vuelve con algo entre las manos. Cuando se acerca me doy cuenta de que es su cámara. ¿Qué? ¿Por qué cojones se la ha traído?

—Quiero fotografiarte así —dice.

Me pongo tan nerviosa que el corazón salta de mi pecho y aterriza en el suelo.



—NO... YO no salgo bien en las fotos —Me dispongo a bajar de la mesa, pero él alza una mano para detenerme.

—No te las había hecho yo —Se coloca delante de mí con la cámara a la altura del pecho—. Sólo sé tú misma.

Sonrío con nerviosismo. No me gusta que me hagan fotos, pero en realidad ahora siento curiosidad por saber cómo saldré en las tuyas. Me parece algo muy íntimo, porque además es su trabajo y, sobre todo, su pasión. Ladeo el rostro y me echo a reír. Entonces el flash ilumina la noche.

—¡No! —me quejo, girándome hacia él.

Otra foto. Arqueo una ceja y alzo los brazos hacia delante para que no me haga más.

—La naturalidad es uno de los puntos fuertes de las mejores modelos.

—Ya, pero yo no lo soy. No sé cómo posar natural.

—No poses. Imagina que no está la cámara y lo que harías entonces.

—Eso es bien difícil. —Pongo morritos y en ese momento me echa otra.

—¡Eh!

—Intenta seducirme —me propone.

Lo que faltaba. Soy una de las personas menos seductoras del mundo. Le respondo con un bufido. Se ríe al tiempo que se acerca con sus elegantes y *sexys* andares.

—Tiéntame, Sara —me dice con voz grave. Baja la cámara y me clava su intensa mirada: deseosa, ardiente, juguetona. Penetra en mi alma en cuestión de segundos—. Vamos, tiéntame.

Y al verme reflejada en sus ojos, sé que puedo hacerlo. Sé que quiero hacerlo. En realidad, me muero de ganas de que quiera hacer conmigo lo que mejor sabe —aparte de... bueno, eso. Así que me echo hacia atrás con las manos apoyadas en la mesa y alzo el rostro al cielo que se va aclarando. Noto que la camisa se me abre un poco y le escucho suspirar a causa de la visión de mi vientre desnudo. Ha quitado el flash, por lo que no tengo constancia de si ya he hecho la foto. Pero como me ha dicho que sea natural, me bajo de la mesa de un saltito y voy a la barandilla, para apoyar los codos en ella. Le oigo acercarse, así que imagino que continúa con su trabajo, si es que se le puede llamar así a esto. Decido girarme y lo descubro moviéndose con

lentitud de aquí para allá con la cámara ante el rostro. Yo camino lentamente por la terraza con la vista clavada en el suelo. Cuando entro en la habitación se me ocurre coger uno de los libros de Machado. Poso con él de pie, luego sentada con las piernas cruzadas en el sillón, como si estuviera leyendo tranquilamente. Abel me saca una foto tras otra. Me levanto y voy hacia el dormitorio, aunque lo paso y acudo al ropero, deteniéndome ante el espejo. Me contemplo unos segundos y lo descubro a mi espalda a través del reflejo. Dirijo mi mirada al objetivo de la cámara mientras me muerdo el labio inferior con vergüenza. Observo que hay un bulto en sus pantalones, así que no puedo evitar sonreír, con lo que él me lanza una foto más. Al cabo de unos segundos me giro y salgo del ropero, pasando por su lado justo en el momento en que me inmortaliza de nuevo.

Me detengo ante la cama y la observo un instante. Entonces me subo en ella y me sitúo de espaldas a Abel. Con mucha lentitud, deslizo la camisa por mi piel hasta dejarla caer sobre la cama. Sé que está fotografiándome la espalda porque lo escucho moverse tras de mí. Giro la cabeza sobre mi hombro y le dedico una tímida sonrisa. Tras hacerme un par de fotos más, él me la devuelve. Pero aún no he acabado. Me sitúo de cara a él, tapándome los pechos con su camisa. A continuación la dejo caer y me muestro tan sólo con las braguitas. Cuando bajo la mirada a su bragueta, la descubro más abultada y un pinchazo recorre mi ingle. Quiero mostrarle que puedo ser *sexy*, así que me tumbo boca arriba, con las rodillas flexionadas y la cabeza al borde de la cama. Él me fotografía primero desde arriba, pero después se acuclilla colocándose a la altura de mi rostro, con lo que la cámara está cerquísima. Me limito a sonreír cabeza abajo, casi sin parpadear.

Al cabo de unos segundos se levanta, deja la Canon en la mesilla y vuelve a mí, desabrochándose los pantalones. Cuando se los quita, descubro una gota de excitación en su glande y la boca se me seca a causa del deseo. Incluso me llevo una mano a la entrepierna, la cual tengo apretada para guardar el placer que me inunda. Estoy igual de lista que él.

—Te deseo siempre —me susurra, deshaciéndose de mis braguitas.

Se coloca sobre mí y sin darme tiempo a reaccionar, me penetra con brusquedad. Yo dejo caer la cabeza fuera de la cama y le rodeo con las piernas con todas mis fuerzas. Nuestros sexos húmedos se acoplan a la perfección. Me muerde el cuello sin disminuir las acometidas.

—¿Más rápido, Sara? —me pregunta entre jadeos.

—Sí, sí —gimo.

Lo quiero todo. Deseo que se introduzca en mí más y más. Por favor, quiero morir de placer entre sus brazos. Apoya las manos en la cama para darse impulso y es cuando noto sus embestidas salvajes, arrollando sin piedad mi interior. Pero es así como lo quiero, todo para mí, de nadie más. Alzo la cabeza para mirarlo. Tiene el rostro contraído por el placer y los ojos cerrados, pero cuando los abre y los posa en los míos, hay algo que me desboca por completo. Me aferro a su espalda perdiendo la poca razón que me queda y se la arañó. Bajo por ella hasta sus espléndidas nalgas y se las aprieto, clavo las uñas en ellas y lo atraigo más a mí mientras echo las caderas hacia arriba. ¡Joder, me va a romper! Vuelvo a dejar caer la cabeza por el borde de la cama. Contemplo la habitación del revés mientras él bombea en mi interior.

—Dámelo, Sara —gruñe, agarrándome un pecho.

Y así exploto en un nuevo *big bang* de estrellas hechas de placer y gritos. El orgasmo es tan fuerte que hace que me maree y tenga que cerrar los ojos mientras no dejo de gritar. Segundos después, su pene se contrae en mi interior y se abandona también. Me busca la boca para silenciar mis gemidos y le muerdo los labios completamente perdida en el placer.

—Me muero —murmuro jadeante.

—Morirás muchas más veces —responde él con una sonrisa.

Despierto de golpe. La luz entra a raudales por la ventana. Parpadeo confundida. Abel ha vuelto a dejar la cama. Echo un vistazo a la hora: ¡las doce del mediodía! ¿Cómo es que no he escuchado la alarma? La puerta corredera está cerrada, así que aprovecho para activar los datos. Inmediatamente me llegan tropecientos wassaps, todos ellos de Cyn y Eva. La primera me pregunta preocupada si estoy bien; todos los mensajes son casi iguales. Los de Eva son más bruscos: se ha enterado de que me he venido con Abel a Barcelona y está un poco picada porque no se lo he dicho. Eso sí, me aconseja que intente follar todo lo que pueda, si no es con él, con otro. ¡Será posible! ¡Menudas amigas más cabronas tengo! Durante un buen rato me dedico a escribirles mensajes tranquilizadores, hasta que ambas me contestan suplicando noticias. Les cuento que ahora mismo estoy desnuda en una cama enorme de un excepcional hotel... ¡Quieren fotos y saber más, pero las dejo con la miel en la boca! Ahora lo que me apetece es encontrar a Abel.

La camisa reposa a los pies de la cama, así que me la vuelvo a poner. Ya le he cogido el gustillo y me hace sentir más cerca de él. Pero decido no colocarme las braguitas... No sé cómo ni por qué, pero vuelvo a tener ganas

de hacer el amor. Descorro la gigantesca puerta y lo encuentro de espaldas a mí, trabajando con su ordenador en la mesa de enfrente de la estantería.

—Hola —digo en voz bajita.

Se gira y me dedica una espléndida sonrisa que provoca un parón de unos segundos en mi corazón. Ya está vestido, aunque con ropa diferente a la de anoche: unos sencillos vaqueros y un simple suéter fino de color azul oscuro.

—Buenos días, dormilona.

Me pongo a su lado sin saber muy bien qué hacer. Por suerte, me atrae a su cuerpo y me acaricia la piernas y a continuación los muslos. Cuando mete las manos por debajo de la camisa y roza mis nalgas desnudas, abre mucho los ojos con sorpresa.

—¿No llevas ropa interior?

Niego con timidez. La mirada se le nubla y lleva la mano hacia delante. Me roza el pubis y me toca los labios. Un pinchazo de placer se extiende por todo mi cuerpo.

—¿Por qué estás así? —me pregunta, enseñándome sus dedos mojados con mis flujos.

—Por ti... —susurro.

—Me encanta excitarte de este modo. —Me coge del culo con posesión y me aprieta contra él. Abre la camisa y me besa en el vientre—. ¿No tuviste bastante anoche?

Niego con la cabeza. Lo cierto es que podría estar haciéndolo a todas horas con él. Aunque si me detengo a pensarlo, noto un poco de dolor en la entrepierna. Sin soltarme, se vuelve hacia el ordenador y me insta a que lo haga yo también.

—Estaba trabajando en algo que quiero que veas.

Abre una carpeta con el nombre de «Sara». Eh... ¿Yo? Y entonces veo un montón de fotos en miniatura. ¡Oh, sí! ¡Las que me hizo anoche! Ni siquiera me acordaba de ellas. Me tapo la boca avergonzada.

—No sé si quiero verlas.

—Te aseguro que sí quieres.

Hace doble clic en una de ellas y de repente aparezco en la pantalla, sentada en la mesa de la terraza, como si estuviese mirando las estrellas. Sí, la recuerdo, y lo cierto es que es más bonita de lo que me imaginaba. Pasa a otra, aquella en la que me apoyé en la barandilla y me giré para mirarlo. No sé por qué, pero salgo diferente. ¿Es la magia que él deja caer en sus

trabajos? Y pasa a otra, y a otra, y a otra más. Aquella en la que estoy leyendo en el sillón la ha hecho en blanco y negro y parezco una chica de otra época. ¡Me encanta! Y luego estoy de espaldas sobre la cama, un primer plano de mi nuca con un rizo de pelo en ella. Es hermoso. Y en la que giro el rostro hacia la cámara y sonrío con timidez hay mucha ternura. Vaya, no sabía que tenía una espalda bonita, aunque creo que las ha retocado al menos un poco.

—Mírate —Me saca de mi ensueño. Acaricia mi cuerpo en la pantalla —. Eres una preciosidad. Tan inocente y clara. Tienes una mirada muy expresiva —Señala mis ojos.

Hace clic y aparece la foto en la que me tapo los pechos con la camisa y por fin, en la que sale todo mi torso desnudo. ¡Qué vergüenza, por Dios! Aunque tengo que reconocer que son bonitos. O es que él los convierte en bellos, no lo tengo muy claro. Pero en la foto aparezco *sexy*, tengo una mirada sensual. Las braguitas blancas destacan en mi cuerpo, aunque creo que es un efecto que ha puesto él, ya que las mías no son tan luminosas. Y al fin pone las dos últimas fotos: una ha sido tomada desde arriba y aparece mi cuerpo desnudo sobre la cama en una postura seductora y a la par inocente, tal y como él dice. Si al final va a llevar razón. La última foto es un gran primer plano de mi rostro, en el que destacan los ojos. Es una maravilla. ¿Cómo me ha logrado sacar así?

—¿Qué te parecen?

—Son hermosas, Abel.

Me sienta sobre su regazo y me coloca un mechón rebelde tras la oreja. Me mira durante unos segundos en silencio.

—Tú lo eres, Sara. Yo sólo te he ayudado a sacar lo que llevas dentro.

Se me encoge el estómago. No sé muy bien qué decir, me he quedado en blanco. Me inclino hacia delante para besarlo, pero en ese momento llaman a la puerta. Me levanto de un salto y corro a la habitación para ponerme algo más de ropa. Abel se dirige a la puerta y cuando la abre escucho la jovial voz de Judith.

—¿Cómo están mis bombones?

—Genial.

Con una rapidez increíble me pongo la ropa interior, unos vaqueros y una camisa de las mías y salgo a saludarla. Ella me abraza con fuerza y me mira con los ojos brillantes, aunque no dice nada.

—¿Bajáis a desayunar?

—He pedido que nos trajeran aquí el almuerzo.

—¿Luego bajaréis a despediros?

Abel asiente. ¿Cómo? ¿Despedirnos? ¿De quién? Judith vuelve a abrazarme y sale agitando la mano. Yo arqueo una ceja en señal de interrogación.

—Todos se marchan esta tarde, pero nosotros nos quedamos unos días más —me explica.

¿Qué? ¡Entonces sí que me arruino!

—Sé lo que estás pensando, así que cállate. Sólo pagaré esta habitación. ¿No tendrás nada importante en la universidad, no?

Niego con la cabeza. No me lo puedo creer. ¿Entonces mis expectativas se van a cumplir? Me lanzo a sus brazos como una niña pequeña y él se echa a reír, contagiado de mi alegría. Nos traen un estupendo almuerzo a base de café, zumo de naranja natural, croissants, magdalenas, galletas, mermelada, mantequilla y todo tipo de bollos. Yo me lo zampo como una loca mientras él me observa complacido. A mediodía no tenemos hambre, así que nos quedamos en la habitación leyendo los libros de Machado. Abel me confiesa que su poeta favorito es Ángel González y me recita aquellos fantásticos versos que dicen:

Si yo fuese Dios  
y tuviese el secreto  
haría un ser exacto a ti.

Hablamos de Lorca, de Gil de Biedma, de Dámaso Alonso, de Luis Rosales, de Carmen Conde, de Ángela Figuera, de Gloria Fuertes y de un sinfín más. Charlamos también de narrativa desde los grecorromanos hasta casi la actualidad. Tan ensimismados y cómodos estamos que no nos cercioramos de que las horas vuelan y cuando nos queremos dar cuenta es hora de despedirnos del equipo. Mientras esperamos el ascensor, yo le observo en silencio y caigo en la cuenta de lo inteligente y sensible que es. Imagino que fue su madre la que le contagió el amor por la lectura. A cada minuto que pasa, creo que siento más por él y tengo miedo. Ya en el ascensor le pregunto cómo se marchan Judith y Eric y me responde que en el coche de Graciella. Una vez en el enorme vestíbulo diviso unas cuantas personas en él, entre las que se encuentran mis cuatro nuevos amigos. Me abrazan con calidez, en especial Judith.

—Cielo, dime que nos vamos a ver pronto —me suplica.

—En Valencia nos podemos ver cuando quieras.

A continuación le toca el turno a Eric. Me siento un poco avergonzada, la verdad. Lo utilicé un poco y yo no soy así. Intento actuar de forma normal, pero me tiemblan las manos. Sin embargo, él me mira con su sonrisa de siempre y me tranquiliza un poco.

—Te digo lo mismo que Judith —Me da un beso en una mejilla—. Si necesitas cualquier cosa, tienes mi número —Luego en la otra. Se detiene más tiempo en ella. Noto la mirada de Abel clavada en nosotros.

—Gracias —es mi única respuesta.

Los acompañamos hasta el garaje, donde encontramos al resto del equipo metiendo maletas. Una vez nos despedimos, Abel me propone ir a tomar algo al restaurante porque le ha entrado hambre. Pero cuando nos dirigimos hacia allí, la sonrisa se me congela. Nina, el modelazo que posaba con ella en el lago e Yvonne caminan hacia nosotros. El corazón me empieza a palpar con fuerza y noto que Abel se pone tenso. Sin embargo, no nos dicen nada cuando pasan por nuestro lado. Yvonne mantiene la vista fija en el frente con la cabeza muy erguida. Nina, no obstante, ladea el rostro para lanzarnos una mirada de odio. Mierda, ¡joder! ¿Nos va a hacer la vida imposible? No sé realmente de lo que es capaz, pero puedo leer en sus ojos que puede ser una mala perra.

En el restaurante no hablamos del encuentro. Al día siguiente lo hemos intentado olvidar. Nos pasamos la mañana explorando nuestros cuerpos: en la cama, en la ducha, en la mesa, en el sillón... Le concede a mi piel todo el placer que anhela. Por la tarde salimos a pasear por Barcelona. Me lleva a la Sagrada Familia y después nos comemos un helado en una terraza, ya que hace un tiempo estupendo. Al caer la noche me invita a cenar en un coqueto restaurante, aunque esta vez el menú está en español y me deja elegir a mí. Luego se lo agradezco en la habitación dándole yo placer.

Pasamos dos días de ensueño visitando todos los lugares hermosos de la ciudad. Charlamos sobre todo lo que se nos ocurre. Nos besamos con pasión en el Parque Güell y hacemos el amor en la terraza, bajo las estrellas. Siento que todo esto no me está pasando a mí, pero es real, es real...

El último día dejo la habitación con melancolía. Voy a echarla de menos, al igual que todos los libros. Le ayudo con las maletas y trastos del equipo. Cuando subimos al coche, me pregunta:

—¿Te lo has pasado bien?

—Han sido los mejores días de mi vida —reconozco.

Se inclina hacia mí y me besa con suavidad. A continuación arranca el

coche y al cabo de unos quince minutos nos encontramos en la autopista. Pongo la radio y tarareo la canción, aunque no la conozco. Pero estoy feliz. Entonces me llega un mensaje al móvil. Es Eva:

«NENA, ACABO DE IR AL KIOSKO A POR TABACO Y ADIVINA LO QUE HE VISTO. Compra la revista HEART. ¡Y explícame lo que pasa porque flipo!»

Lo releo extrañada y le pido a Abel que se detenga en la próxima gasolinera. Media hora después paramos en una y aprovecho para ir a los servicios mientras él repostea. Cuando termino, entro a la tienda y rebusco entre las revistas. Al fin, doy con la que me ha dicho Eva y la mandíbula casi se me desencaja. Leo con horror el titular: «Abel Ruiz me engañó con su becaria», y debajo una foto de la divina Nina, mirando con tristeza a la cámara. Sin pensarlo más la compro y corro al coche. Abel me espera ya en él. Cuando entro, se me queda mirando con extrañeza.

—¿Qué pasa?

Le enseño la portada de la revista. Él me la arranca de las manos y busca la página del reportaje. Hay una foto en la que se les ve a ellos muy felices, aunque parecen más jóvenes. Lo peor es que también salgo yo en una de las que tomaron en la fiesta. Menos mal que no se me ve mucho la cara. El articulista explica un poco lo ocurrido y a continuación se incluye una entrevista a Nina. Todo es surrealista, en especial las frases resaltadas. «Abel me ha roto el corazón». «Creí que estábamos bien juntos». «Espero que sean felices y les vaya bien». ¡Y una mierda! Esto es una venganza personal con la que se habrá embolsado unos cuantos miles de euros.

—No importa —dice Abel, intentando restar importancia—. Estaba claro que iba a ocurrir algo así. Pronto me llamarán a mí. No concederé ninguna entrevista —me asegura.

Yo me acurruco en el asiento. Apenas hablamos durante el viaje de vuelta a Valencia. Paramos a comer en un restaurante de comida rápida y charlamos de otros temas. Pero tengo miedo. ¿Y si se arrepiente de esto? ¿Y si se da cuenta de que le voy a traer problemas? Bueno, en realidad yo también los voy a tener.

Cuando se detiene en la puerta de mi casa, tengo los ojos llorosos. Pero no, ahora no puedo mostrarme débil otra vez. Hemos pasado unos días maravillosos y no los voy a olvidar. Creo que él siente algo por mí, así que... Espero que luche.

—Sara, todo va a ir bien —susurra, inclinándose sobre mí para besarme

en la frente.

Quiero preguntarle qué es lo que tenemos, pero no lo hago. Hay algo que me lo impide. Es el temor a su respuesta. Tan sólo asiento con la cabeza y le dedico una sonrisa inquieta. Él baja por mi nariz y me besa en los labios lentamente, saboreándome. Cuando se aparta, está serio y pensativo.

—Te llamaré.

Sí, por favor, hazlo. No permitas que todo haya sido un sueño.



—NENA, ¿me estás escuchando o qué?

—Claro...

—No es verdad —Eva me arrebató el teléfono y se lo guarda en el bolsillo—. Llevas todo el rato mirando a saber qué y no me haces ni puñetero caso.

—¡Que sí te lo hago! —protesto, mirando la cafetería como si acabase de despertar.

Vale, lleva razón en que estoy echando un vistazo al móvil cada cinco minutos. Abel lleva un día sin llamarme. Bueno, exactamente son veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos. Tampoco me ha enviado un mensaje. Ni un saludo por el Facebook, aunque por lo que he podido comprobar, no lo usa nunca. Su última conexión al WhatsApp fue anoche, después de dejarme en casa.

—No quiero parecer borde... —me dice mi amiga—, pero si por el capullo buenorro suspendemos, te juro que le parto las piernas. —Pone su mejor cara de niña buena.

—Eso no va a pasar porque me voy a poner las pilas —le aseguro.

—Ya sabes cómo es Gutiérrez: no nos pasa ni una. Y todavía nos queda el análisis de personajes. ¿Por qué elegiste la novela más difícil? —Menea ante mi cara *Niebla*, de Miguel de Unamuno. A continuación, me deja los apuntes que tenemos de momento y añade—. Eres una cabrona, te pasas el día jodiendo y a los demás también nos joden, aunque de otra forma.

—¡No me paso el día haciendo eso! —exclamo, con los ojos muy abiertos. Tan sólo fue un finde. A todas horas, eso sí—. Aún falta una semana para la entrega.

No tiene motivos para quejarse. Durante estos cinco años he cumplido con todos los plazos, y siempre entregando antes mis trabajos. ¡Trabajo mucho! Sólo necesito aclarar mi cabeza.

—Nena, es que con todo lo que me has contado es para volverse loca.

Unos compañeros pasan por nuestro lado y nos saludan con las manos.

—La verdad es que Nina me da un poco de miedo. —Apoyo el codo en la mesa y mi mejilla en la mano—. ¿Y si consigue llevárselo otra vez a su terreno?

—A ver, de normal los tíos jamelgos no tienen mucho cerebro...

—No seas superficial.

—... pero Abel no parece de esos, por lo que me has dicho. ¡Si es que no me dejas terminar!

—Ya, pues lleva un día sin llamarme —me quejo mientras juego con la anilla de mi lata de refresco. Al final lo único que consigo es hacerme daño en la uña—. ¡Mierda!

—¿No me digas que ahora eres de las que necesitan que sus churris las llamen cada diez minutos?

—No es mi churri —contesto entre dientes—. Y no quiero eso, pero al menos sí que dé señales de vida.

—Joder, pues llámalo tú y nos dejamos de tanta chorrada.

—Con eso pensaría que voy detrás de él y lo que quiero es que parezca que no lo necesito.

—¿A quién pretendes engañar? —Me señala con la mano abierta.

La fulmino con la mirada. Gutiérrez entra a la cafetería acompañado de un par de profesores más. De inmediato, Eva y yo fingimos que estamos enfrascadas en su trabajo. Cuando nos ve con el libro, asiente con la cabeza. Creo que este hombre jamás ha sonreído, pero es uno de mis profesores favoritos.

—¿Y cómo le va a Cyn? —me pregunta mi amiga una vez Gutiérrez se marcha.

—Está preocupada porque dice que nota a Kurt un poco raro —respondo al tiempo que tomo notas sobre uno de los personajes de *Niebla*—. No veas lo histérica que está porque piensa que la va a dejar.

El móvil suena y casi la tiro de la silla al intentar recuperarlo.

—¿Qué haces, tarada? —grita.

Al final resulta ser mi madre, la cual me tiene al aparato durante quince eternos preguntas con las preguntas de rigor.

Cuarenta y ocho horas después, estoy más nerviosa. Continúa sin conectarse al WhatsApp; pero yo tampoco le envío nada. Intento distraerme haciendo el trabajo y no hay manera. A las setenta y dos horas imagino dos cosas: o le ha pasado algo o me ha bloqueado y ha vuelto con Nina. Tiro más por lo segundo. Me doy cuenta con cada hora que pasa de que el trabajo no me sale, tengo la cabeza enmarañada. Así que acabo suplicándole a Eva que se quede conmigo en las horas libres para ir a la biblioteca. Lo terminamos el viernes y quedamos en que yo lo imprimiré. Por las tardes voy a trabajar a la

academia, y hasta los niños se dan cuenta de que me pasa algo. Una de las niñas a las que aconsejé hace un tiempo me consuela diciéndome que hay más chicos, a pesar de que yo no le he comentado nada. ¡Mira que somos intuitivas las mujeres desde chiquititas!

Acabé sucumbiendo y le envié unos cuantos wasaps, pero no ha contestado a ninguno. Ni siquiera los ha leído. Entre mordiscos de uñas, rascones de cuerpo —me hago hasta arañazos— y miradas al teléfono, llega el fin de semana y me siento más y más deprimida y furiosa. No he podido hablar apenas con Cyn porque se pasa el día quedando con Kurt para ver si soluciona las cosas. Y además, también está fatal. El ambiente en el piso es terrible, hay una nube negra revoloteando por encima de nuestras cabezas.

El sábado por la tarde ella se marcha a tomar un café con él y yo me quedo solita, algo que puede llegar a ser muy malo. Como el tiempo pasa lentísimo, decido bajar al supermercado y comprarme chocolatinas. Al final acabo gastándome diez euros y me traigo a casa una bolsa llena de croissants de chocolate, napolitanas de chocolate, chocolatinas y más chocolate en todas sus variedades. Paso por el kiosco y no puedo evitar sentir una mano negra que tira de mí. Entro con mi bolsa gigante del Mercadona y me pongo a mirar las revistas. Que si *Heart*, que si *Beauty Girls*, otra que se llama *Fame!* Y un sinfín más. Me pongo a hojear alguna en busca de señales.

—Oye, chica, ¿vas a comprar algo? —me pregunta la dependienta tras unos diez minutos.

—Eh... Sí, sí.

Agarro todas las que me parece que pueden ofrecer información sobre Nina y Abel. Menos mal que mi madre me hizo una transferencia ayer, porque si no, me quedaba sin nada. Y menos mal que en unos días cobraré. De camino a casa me tropiezo un par de veces por ir leyendo las revistas. No imaginaba que pudiesen ser tan interesantes. Y lo mejor es que he encontrado unas cuantas referencias a la modelísima. En cuanto cierro la puerta, agarro las provisiones de chocolate y me lanzo al sofá para leer. Vaya, por dios, qué tía más mentirosa. ¡En todas las entrevistas asegura que Abel y ella continuaban juntos! Tal vez se lo creía... Hay gente que se monta una historia imaginaria y la vive como si fuese real. Cinco minutos después estoy rabiando porque en casi todas se dedica a hablar mal de mí, a pesar de que afirma que no quiere entrar al trapo. Bueno, ¿pues entonces para qué dice que no debo de ser una buena persona si robo los novios a las demás? Al menos no hay ningún comentario de Abel, aunque no sé si sería mejor que él dejara

claro lo que ha sucedido. No sé por qué, me parece que no lo va a hacer... Quizá sea lo adecuado... ¡Ay, no lo sé! Lanzo las revistas a la mesa y me las quedo mirando mientras mastico otra chocolatina. Si fuera de otra forma, llamaría a unos de esos programas del corazón y pondría verde a Nina... pero yo sí que no quiero formar parte de esto. Y además, posiblemente sería mucho peor para a Abel... ¡Aunque el cabrón me haya dado de lado otra vez!

A lo mejor puedo llamar a Eric, dijo que si quería hablar... ¡No, no y no! ¿Estoy loca o qué? Parezco una de esas despechadas que se dedican a liarse con todo bicho viviente. Aunque he de reconocer que el chico no está nada mal. Para ser sinceros, está que te mueres. Y es muy majo. Y bueno, es el amigo de Abel y no es cuestión de meternos en líos... ¡Bah! ¿Qué líos? ¡Si tampoco tengo nada con él, puedo hacer lo que me dé la real gana! Así que al final termino enviándole un wasap. Cinco minutos después tengo su respuesta. Hablamos sobre cómo nos va y no puedo evitar preguntarle si sabe algo de Abel, a lo que me contesta que no y quiere saber si ha sucedido algo. Le digo que no y, aunque no añade nada más, me imagino que está con la mosca en la oreja. Mejor, porque así puede que le diga algo a Abel y que este se comunique conmigo si siente remordimientos.

En ese momento escucho unos tacones en la puerta. Son los de Cyn, puedo reconocerlos a metros de distancia. Cuando abre la puerta y entra, me doy cuenta de que está llorando. Se lanza a mis brazos como una poseída. Lleva todo el maquillaje corrido y el cabello enmarañado, ella que siempre lo cuida tanto. La abrazo con fuerza e intento calmarla para saber lo que le ocurre.

—Kurt... Kurt... ¡Me ha dejado! —grita entre sollozos.

—¿Quéééé? —pregunto, totalmente desconcertada.

Trato de que me cuente más, pero está muy nerviosa, así que la dejo en el sofá y corro a prepararle una tila. Por suerte tenemos en casa, ya que yo necesito beber unas cinco al día en época de exámenes y se están acercando. El móvil empieza a sonar, pero hago caso omiso de él hasta que Cyn me llama gimoteando. Segundos después, tocan al timbre.

—¡Kurt! —exclama, levantándose del sofá y acudiendo a la puerta como una bala.

Yo chasqueo la lengua desde la cocina. Jamás la había visto así con ningún tío. Madre mía, tenemos más en común de lo que pensaba. Pongo un poco de azúcar en su tila y me preparo para soltarle algún insultillo a Kurt, pero el silencio de Cyn me preocupa, así que salgo corriendo de la cocina.

—Sara.

Su voz, tan sensual y grave. Cuánto la echaba de menos. Y qué guapo está con esos Levi's y esa camisa de color azul claro. Queda tan bien con su cremosa piel.

—¡Imbécil! —le grito de repente, lanzándole lo primero que tengo a mano. Es la servilleta que le llevaba a Cyn, así que cae al suelo antes de llegar a él, el cual me mira con asombro. Incluso ella ha parado de llorar y me observa con una mezcla de incredulidad e incompreensión.

Trato de explicarme:

—¿Te crees que puedes aparecer cuando quieras? ¡Estoy harta de que esto sea así!

—Sara, ¿puedes bajar la voz y permitir que entre en tu casa?

Aunque me lo ha preguntado a mí, es Cyn la que asiente y se aparta para que pase. Él le da las gracias con la cabeza y se mete en nuestro piso, pasando por delante de mí hasta el comedor. ¡Tendrá morro! De todos modos, tengo que calmarme, no quiero parecer una demente.

—¿Qué es lo que te pasa? —le pregunta de repente a Cyn.

Y basta eso para que ella se eche a llorar de nuevo. Para mi sorpresa, Abel la atrae hacia él y la abraza. Yo le miro con los ojos muy abiertos y me hace un gesto para que me calle.

—Su novio la ha dejado —contesto por ella.

—¿No estabais bien?

—Ya no. —Y llora con más fuerza. Cuando se calma, nos cuenta—: Dice que somos muy diferentes, que a veces le gustaría que yo fuese más punk, que me hiciera un tatuaje o supiera más de música... —hipa en el hombro de Abel, y él le da unas palmaditas en la espalda—. ¡Le he dicho que podía cambiar!

—Cyn, ese chico es un capullo —dice él de repente.

—Tú no estás para decir mucho, ¿eh? —aprovecho para recriminarle. Me mira con el ceño fruncido.

—No tienes que cambiar por nadie. Si te quisiera, lo haría tal y como eres —continúa. Qué discursito más majo, pero la cuestión es que está haciendo efecto en Cyn. Apenas llora ya.

—Sé que soy un poco pija y que no conozco nada de Nirvana, pero lo estaba intentando... —Se suelta del abrazo y se gira hacia mí—. Hoy he ido a otro de sus conciertos, a pesar de que la música no me gusta mucho. ¡Siempre le apoyo en todo lo concerniente al grupo!

—Entonces tú ya has hecho todo lo posible —Abel sonríe—. Es un capullo y punto. Mírate, pero si eres preciosa. No sé cómo será él, pero seguro que no podrá aspirar nunca más a una chica como tú.

—¡Y encima es inteligente! —Añado yo, para que no sea él el único que defiende a mi amiga—. ¡Estudia Derecho!

—Vaya, pero si eres un partidazo —Le acaricia la barbilla y a Cyn los ojos le hacen chiribitas. Bueno, ya. Hasta aquí. Con mi amiga no.

—Ha cortado conmigo delante de todos sus amigos —nos dice, haciendo pucheros—. Creo que se estaban burlando de mí.

—¿Y dónde dices que es ese concierto?

Quince minutos después nos encontramos ante *Disaster*, el *pub* donde el grupo de Kurt está tocando. Cuando entramos, el olor a sudor y alcohol casi me ahoga. Hay un montón de gente y todos gritan y saltan. Algunas chicas se giran a mirar a Abel. Sí, esas reacciones ya me las conozco, pero continuo sin acostumbrarme. Cyn parece nerviosa, así que la cojo de la mano para tranquilizarla. En el escenario se encuentra Kurt, todo emocionado tocando... ¡Será posible! No ha sentido nada dejar a Cyn. Nos situamos cerca del escenario para que nos vea. Como mi amiga parece estar a punto de llorar otra vez, le pido a Abel que nos traiga unas copas. Nos pasamos el resto del concierto bebiendo y observando fijamente al capullo, aunque él finge no vernos. Cuando termina, trata de escaquearse con el resto de los miembros del grupo, pero Abel logra abrirse paso —bueno, en realidad se lo dejan— y llegar hasta él.

—¡Eh! —le llama. Y Kurt no tiene más que pararse. Se gira con los ojos como platos—. ¿Qué tal, tío? Mi amiga Cyn me dijo que teníais un grupo y me apetecía escucharos.

¿Qué se propondrá? Yo la miro confundida y ella lo que hace es morderse los labios.

—En general me ha gustado, pero creo que tu solo de batería ha estado muy flojo.

¡Ala! El otro pone una mala cara terrible. Más que nada porque una chica con un montón de tatuajes en el brazo se ha acercado, y pregunta:

—¿Qué pasa, cariño? —Masca que te masca un chicle.

—¿Cariño? —pregunta Cyn, muy asombrada. Mierda, que va a llorar otra vez.

—¿Quién eres tú? —Se va a romper los dientes de lo fuerte que mastica.

—Una amiga de Kurt —se adelanta Abel.

—Ah, claro —responde ella, mirándola de arriba abajo, como si fuese un bicho raro. Me está dando rabia la situación—. Bueno, ¿vienes ya?

Kurt asiente con la cabeza, pero Abel insiste:

—Creo que deberías practicar un poco más la de *Lithium*. Has estado un poco desafinado.

Los ojos de Kurt se van a salir de sus órbitas.

—Tronco, ¿de qué vas? ¿Acaso puedes hacerlo tú mejor?

—Apuesto que sí. Eso no es algo muy difícil. —La sonrisa burlona de Abel acentúa sus irresistibles hoyuelos. Oh, joder, ¿por qué me estoy excitando...?

—Oye, tía, llévate a este gilipollas —le dice Kurt a Cyn—. ¿Esto es una especie de venganza o qué?

—No, yo...

—Colega, me parece genial si te la quieres tirar —Ale, ya se ha enfadado y ataca con lo más infantil. Me mira a mí—. Es más, podríais hacer un trío. Según tengo entendido, es lo que te va.

Cyn me mira sorprendida y yo me quedo con la boca abierta. Abel sigue sonriendo.

—¿Qué dices? —pregunto.

Mira que yo sabía que era gilipollas, pero tanto... Con lo bueno que parecía al principio.

—¿Este tío no es el fotógrafo ese al que te follabas? ¿El que tenía novia?

Abel frunce el ceño. Veo que se adelanta un paso con los brazos en tensión, pero yo apoyo una mano en su pecho para calmarlo. Y entonces me giro hacia Kurt y le arreo un puñetazo en la jeta con todas mis fuerzas. ¡Jooooooder, cómo duele!

—¡Cerdo! —le grito, ante la sorpresa de la gente que se ha acercado. Su nuevo rollito lo sostiene mirándome con cara de susto—. ¡No vuelvas a acercarte a mi amiga nunca más! ¡Un mierda como tú no le llega ni a la suela de los zapatos! —grito, histérica, sujetándome la mano.

A punto están de echarnos a patadas los de seguridad. Una vez fuera, Abel y Cyn se empiezan a reír mientras yo me agacho y doy saltitos del dolor. Él nos lleva a una tienda veinticuatro horas y compra hielo. Cuando me lo pone en el puño, siento un gran alivio.

—Sara, me das miedo —dice entre risas. Cyn también está soltando carcajadas.

—Ya conoces a la auténtica Sara —dice ella sin poder casi hablar.

—No iba a permitir que se metiera más contigo —le digo a mi amiga—. Ni con ninguno de nosotros. Es un auténtico gilipollas. En serio, ¿qué hacías con él?

Por el camino hablan sobre mi alucinante gancho de derecha y lo imitan. Abel nos acompaña a casa y Cyn dice que se sube a dormir, no sin asegurarme antes que se encuentra bien. Realmente estaba tan preocupada por ella que hasta me he olvidado un poco del enfado con Abel. Hasta que mi amiga desaparece escaleras arriba y él y yo nos quedamos en la calle, mirándonos. Yo tengo los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No me irás a soltar a mí también un puñetazo, ¿no?

—Créeme que en ocasiones no me faltan ganas.

—Sé por qué estás así —asiente, agarrándome de la muñeca y atrayéndome a él. Humm, hoy huele a vainilla... Es tan excitante. Roza sus labios con los míos y la entrepierna se me humedece inmediatamente—. Debería haberte llamado, pero he tenido el móvil apagado todos estos días. No paraba de acosarme la prensa. —Me besa con suavidad y yo me dejo.

—Existen más teléfonos o formas de comunicarse... —le recrimino cuando se aparta.

—Necesitaba pensar —me confiesa.

Bueno, esta es de las pocas veces que se sincera... Vamos por buen camino. Y no lo veo algo descabellado. Entiendo que su vida ahora está tomando un camino muy diferente. Pero vamos, ¡la mía también!

—¿Qué es lo que pensabas?

—En ti y en mí —me susurra, acariciándome el cuello con los labios—. En una cama de sábanas muy blancas... Tú desnuda para mí, seduciéndome, tentándome...

—En serio, Abel, ¿sólo has pensado en eso? —Le aparto, poniéndome muy seria. Aunque estoy completamente excitada.

—Claro que no. Aunque parezca lo contrario, también tengo pensamientos coherentes —sonríe y cuando se le marca el hoyuelo yo se lo acaricio—. Pensaba lo que debería hacer contigo, aparte del sexo, claro.

—Y... ¿has llegado a alguna conclusión?

Mierda, me daba miedo hacer esta pregunta, pero ya no hay marcha atrás. Tenía que soltarla y este es el mejor momento. Él se pone muy serio y asiente con la cabeza, sin soltarme la cintura. Me aprieta más contra su cuerpo, de esa forma tan fuerte que me excita tanto... Me palpita el corazón como un poseso.

—Sabes lo grande que es mi casa.

Asiento. En ella fue nuestra primera vez. Pero, ¿a qué viene eso ahora?

—Y está muy vacía, apenas la utilizo —continúa.

Vuelvo a asentir. Doy unos taconazos en el suelo muriéndome de la impaciencia.

—Voy a dejarte pensar esto. Aunque tampoco mucho, ¿eh?

—¡Di ya qué pasa!

—Sara, vente a vivir conmigo.



DESPIERTO y lo primero que veo es el atractivo rostro de Abel junto a mí, con un rayo de luz. Duerme tranquilamente, la respiración pausada. No me puedo contener y le acaricio la mejilla, la nariz, la frente. Dibujo con mis dedos la curva de sus labios y el pequeño hoyuelo de la barbilla. Él tuerce el gesto y abre los ojos poco a poco, clavándome su límpida mirada. Me sonrío y yo se la devuelvo. Me viene una hermosa frase de Jane Eyre a la cabeza: «Me sentí arrastrada por su dulce persuasión, y sin saber cómo me entró el deseo de comprometerme a todo lo que él me pedía». Así es... Haría lo que fuese cuando me mira y sonrío de esa forma.

—Buenos días, pequeña —me susurra, acercándose más a su cuerpo. Noto su piel desnuda contra la mía—. ¿Has dormido bien?

Asiento con la cabeza y permito que me dé el primer beso del día. Le rodeo con las piernas y a punto estamos de caernos de la cama. Es la mía, y es muy pequeña. Es la primera noche que se queda en mi piso y estoy que me muero de la alegría. En realidad, no me he ido a vivir con él. Me parecía demasiado precipitado, a pesar de que me aseguró que era la mejor forma de vernos. Pero quería comprobar si esto iba a algún lugar antes de dar ese gran paso. Hemos pasado la Semana Santa juntos en su piso para que yo me acostumbrara a él. Y la verdad es que la convivencia ha sido fantástica. Y por eso, este fin de semana le he pedido que se quedara en mi casa.

En estas semanas he descubierto más sobre él: los cuentos que su madre le contaba de pequeño, todos inventados por ella; lo pequeño que era cuando Laura murió, aunque todavía no sé los motivos; lo mucho que la amaba; la depresión en la que cayó su padre tras la desgracia y cómo tuvo que dejar el trabajo, por lo que perdieron el piso donde vivían y tuvieron que mudarse a Italia, donde su padre tenía algún que otro amigo que le podía ayudar. Cuando me explicó todo eso, sentí que una sombra le oscurecía la mirada. Sin embargo, a pesar de que se ha abierto un poco más a mí, cuando yo le he hecho alguna pregunta no me ha querido responder. Es como si sólo quisiese contarme lo superficial. Quizá aún no esté preparado para confesarse tanto. Me parece que es una persona a la que le cuesta expresar sus sentimientos y tampoco quiero atosigarle.

Y, de todos modos, ¡todo esto me parece un sueño! Es muchísimo más

de lo que había esperado. Creo que me estoy enamorando. No sé si es bueno o malo, pero ahora mismo me parece estar flotando. Aparto la sábana de encima de su cuerpo y lo contemplo con una risita. Está boca abajo y me encanta admirar su piel. Le acaricio la espalda con suavidad y él cierra los ojos mientras bajo lentamente por ella hasta llegar a la marca de la rabadilla. En cuanto nota mis dedos, da un respingo y se pone tenso.

—En serio, ¿qué cosita tenías aquí? —le pregunto con voz cantarina—. Esto no es de nacimiento, Abel.

—Era un tatuaje —confiesa al fin, colocándose boca arriba. Me hace un gesto para que me ponga sobre él.

—¿Muy feo? —me burlo, sentándome a horcajadas.

—Menos que tú —me dice de broma.

Le doy un cachetito juguetón en el pecho, y a continuación me balanceo hacia delante y hacia atrás. En cuestión de segundos me pongo húmeda y su sexo se endurece bajo mi carne. Suelto un gemido cuando me roza la entrada con su punta.

—¡Chsss! Nos va a oír Cyn —me dice.

Me inclino hacia delante y le beso con pasión. Sus labios saben fenomenal y su lengua es tan cálida que me provoca el batir de mil alas de mariposa en el estómago. Me aparta con suavidad y se me queda mirando, un tanto serio.

—Queda una semana —le digo.

—Lo sé... De eso quería hablarte.

Pongo cara de confusión y me aparto de golpe, colocándome de lado con un codo apoyado en la cama.

—Voy a estar toda esa semana fuera, y no creo que llegue a tiempo para tu graduación.

Suelto un suspiro y lo miro con tristeza. Me hacía muchísima ilusión que viniera. Iba a ponerme el vestido negro que Eric me compró —aún tengo que devolverle el dinero...—, pero Abel se empeñó en comprarme otro para que lo luciera en un día que según él es tan especial para mí. Y sí, en realidad lo es, ¡por eso me molesta un montón que no pueda venir!

—¿Adónde tienes que ir? —le pregunto.

Desde que terminó la sesión en Barcelona, no había tenido que viajar durante mucho tiempo. Como mucho, un fin de semana. No sé si voy a aguantar estar separada de él siete días.

—Es la presentación en público del anuncio —me informa. Se da cuenta

de que me cambia la cara y me intenta tranquilizar—. Primero será en Madrid, y luego iremos hasta París.

—Estará ella, ¿no?

—¿Qué temes todavía, Sara?

Me encojo de hombros y me abrazo a él, aspirando el aroma de su piel.

—No te he dicho de venir por lo de tu graduación, pero si quieres, puedo comprarte un billete de vuelta antes. —Me da un beso en el pelo revuelto.

—No, no puedo. Tengo que estudiar. A principios de junio empiezo los exámenes.

—Prometo que te compensaré. —Me inunda con sus ojazos azules.

Desliza una de sus manos hacia mis piernas y me acaricia el interior de los muslos. Suspiro contra su boca y muerdo su labio inferior. ¡Uf, está tan delicioso!

—¿Cuándo es tu último examen?

—El quince de junio.

—Pues no vas a olvidar esa noche, Sara.

Me penetra con ímpetu mientras sus palabras se repiten como un eco en mi cabeza.

Unas semanas después, en concreto un viernes, me hallo ante el espejo, observando el vestido de color rosa pálido que me ha regalado Abel. Una vez más, no puedo evitar acordarme de él y se me hace un nudo en el estómago. Como me ha crecido el pelo un poco, Cyn me ha podido hacer un maravilloso recogido con la ayuda de Eva. Ambas me están mirando con una mezcla de orgullo y felicidad. Cyn se abalanza sobre mí y me abraza, rompiéndome casi todos los huesos del cuerpo.

—Tía, ¿tú te lo crees? Es nuestro último año —me dice. Su graduación fue la semana anterior y ya lloré mientras la observaba subir al escenario, así que ahora le toca a ella sufrir.

—Bueno, en teoría no lo es. Vamos a tener que estudiar mucho más... —la contradice Eva.

—Ya me entiendes. —Pone los ojos en blanco—. ¡Vamos a hacerte una foto para que Abel te vea! —exclama, sacando el móvil.

—¿Ya? Pero si queda mucha noche por delante —protesto.

Me hace señales para que me coloque. Poso ante la cámara con una gran sonrisa. Cinco minutos después bajamos las escaleras, yo intentando no tropezar con los tacones. En la esquina nos espera el coche de Eva. Mis padres acudirán directos a la facultad, al igual que la familia de ella. Dios, la

verdad es que estoy nerviosísima, me duele hasta la tripa. Los actos públicos no son lo mío, aunque después de lo de la fiesta, debería de estar acostumbrada.

Al llegar, se me cierra el estómago. Camino como una autómatas. Veo a todos mis compañeros y compañeras con sus trajes y vestidos, todos ellos con sonrisas radiantes. Hay un montón de padres, hermanos y demás familia y amigos que han venido a verlos. Entre la multitud distingo a mis padres y corro hacia ellos como un pato mareado. En cuanto mi madre me ve, se lleva una mano a la boca intentando contener las lágrimas. Mi padre está tan serio como siempre, aunque tampoco esperaba que fuese a cambiar para esta ocasión, por muy especial que sea.

—Hija, qué guapa estás —me dice mi madre, mirándome de arriba abajo.

—Pues es gracias a ellas, eh —Señalo a mis amigas, las cuales saludan a mis padres entre abrazos y besos. Segundos después aparecen los de Eva y hay más besos y abrazos y sonrisas y felicitaciones. Eso sí, aunque yo sonrío, me tiembla todo.

Diez minutos después nos abren el Salón de Actos y todos los estudiantes nos dirigimos allí. Veo a algunos profesores y les saludo, muy emocionada. Cyn y mi madre me dan un último abrazo antes de que me marche a ocupar mi puesto. Eva y yo buscamos las sillas: nos toca separadas por los apellidos. Y al final tengo a mi lado a Patri... Lo que faltaba, seguro que me hace llorar porque ella es demasiado emocional. Al fin, el Decano pide silencio y empieza su discurso. Tras él toma la palabra la Jefa de Estudios de Filología. Cuando uno de los representantes, que no es otro que el profesor de Sintaxis, habla, ya hay unas cuantas compañeras que dejan caer sus lágrimas. Yo miro hacia delante sin parpadear, intentando no unirme a ellas. Busco a Eva con la mirada, pero también tiene la vista clavada en el frente. Patri me coge de la mano mientras se limpia con un pañuelo de tela.

—No me puedo creer que esto haya acabado —gimotea.

E irremediabilmente se me escapan las lágrimas porque es el turno de nuestro Padrino, el profesor de Literatura Latinoamericana, con quien he disfrutado de muchos buenos momentos. Mientras le escucho, cada uno de los profesores que he tenido en esos cinco años pasan por mi cabeza; recuerdo los buenos y los malos momentos. Pienso en que no voy a vivir una época igual en mi vida y se me hace un nudo en el estómago.

—Se cierra esta etapa, queridos alumnos, pero empieza una nueva... —

dice nuestro profesor—. Y nos vemos en el camino.

Todos prorrumpen en un aplauso fervoroso. Algunos silban. Yo lloro como una tonta, agarrada a la mano de Patri. Al final nos soltamos para unirnos a los demás en los vítores. Cuando nos calmamos, el Decano y los profesores se ponen en fila para llamarnos. Nos toca recoger la banda y un título provisional. Observo en una especie de nube borrosa cómo suben mis compañeros. Cada vez está más cerca mi turno. Tres... Dos... Uno...

—Sara Fernández —me llaman.

Me levanto e intento caminar muy recta, con la cabeza alta. La gente empieza a aplaudir. Estoy segurísima de que mi madre está llorando y tengo una pequeña esperanza de que mi padre esté un poco conmovido. Cuando paso por delante de Eva, me lanza un vítor y yo le sonrío. Subo con lentitud las escaleras para mantener el equilibrio. Beso a todos los presentes cuando llego arriba, la Directora me pone la banda y el Padrino me da el papel enrollado en el que dice que soy Filóloga. Me felicitan uno tras otro, y me siento especial, aunque sé que a los demás les están diciendo lo mismo. Es el día de todos.

Unos aplausos se alzan por encima de los otros. Cuando me acerco a la parte opuesta del escenario dispuesta a bajar, no puedo evitar dirigir la mirada al público, ya que me imagino que es Cyn la que me anima con tanto fervor. Sin embargo, el corazón me da un vuelco al descubrirlos de pie, casi al fondo: Judith y Abel, aplaudiendo como locos. Me dirijo a mi asiento con la cabeza gacha, casi sin creermelo que he visto, y con el corazón golpeándome el pecho en una danza frenética. En mi sillón me quedo muy quieta, observando la cinta y el papel. No me puedo creer que hayan venido... ¡Los dos! Pero, ¿y Eric?

Por fin acaban todos de subir y la gente empieza a levantarse y a unirse a los demás. Yo todavía estoy temblorosa, pero entonces alguien me toca el hombro. Al girarme descubro a Gutiérrez, y es la primera vez que le veo sonreír. Me felicita y me da la mano, todo muy profesional, aunque su mirada también es cálida.

—Señorita Fernández, quería hablar con usted sobre un tema importante.

Asiento con la cabeza, sin entender nada. No me digas que Eva y yo hemos suspendido el trabajo. ¡Pero si me esforcé!

—¿Va a hacer el Máster el próximo curso académico?

Vuelvo a asentir. Las manos me sudan. Hace mucho calor con este

vestido.

—Usted ya sabe que no se puede acceder a las becas de doctorado sin haber cursado el Máster. No obstante, existe la posibilidad de trabajar en un proyecto mientras lo realiza...

Trago saliva. No, no puede ser...

—Quería proponerle que trabaje conmigo mientras lo cursa. Y después, que forme parte de mis doctorandos.

Casi se me cae el papel de las manos. No me lo puedo creer. Me ha propuesto que directamente me una a él sin haber hecho el máster. Me ha elegido. Cree que soy buena.

—De todos modos, piénselo. Puede acudir a mi despacho en el horario de tutoría para hablarlo tranquilamente —Me vuelve a dar un apretón de manos—. Que tenga una buena noche.

Yo me quedo allí plantada, con la boca abierta y los ojos como platos, sin poder reaccionar. Eva, Cyn y mis padres acuden a mí preguntándose qué sucede.

—Nena, no me jodas que hemos suspend...

Niego una y otra vez, pero no puedo hablar. Les miro como si fueran imágenes ilusorias.

—Me ha propuesto formar parte de su equipo de investigación.

Mi madre llora. Será ya la cuarta o quinta vez en lo que lleva de tarde-noche. Eva suelta unos gritos de júbilo y Cyn da saltitos mientras me abraza. Mi padre asiente con la cabeza, pero eso me vale.

—¿Sara?

Es Judith, junto con Abel. Se han acercado a nosotros en silencio. Patri se encuentra muy cerca de él con gesto de babosa, a pesar de que está acompañada de su novio. ¡No tiene cara ni nada! Pero él sólo tiene ojos para mí. Yo le sonrío de forma tímida.

—Queríamos estar contigo en este día tan especial —me dice Judith, dándome dos besos y un abrazo cálido. Ya se me escapa otra lagrimilla—. Y hemos oído lo del profesor. ¡Es estupendo! —Yo vuelvo a mirar a Abel.

Mi madre, como es tan lista, se ha dado cuenta y pregunta:

—¿Y quién es este chico tan guapo? —se dirige directamente a él—. Yo no te conozco.

Él me lanza una mirada y yo abro la boca, aunque no sé qué decir. No sé cómo presentarlo ante mi madre.

—Es un amigo que... —empiezo.

—Soy el novio de su preciosa hija —se inclina y le da dos besos a mi madre. A continuación le da la mano a mi padre.

A mí se me pone la cara como una ciruela. En serio, esto no puede ser. ¿Ha dicho que es mi novio? Entonces... ¿lo somos? Me dan ganas de dar saltos de la alegría. Cuando vuelvo a la realidad, descubro que mi madre y él están hablando como si se conocieran de toda la vida. ¡Esto es alucinante!

—Pero... a ver, ¿tú no eres el fotógrafo ese que ha engañado a la modelo esa tan delgaducha?

Mi madre metiendo la pata desde siempre. ¿Cómo he podido olvidar que conoce todos los programas del corazón?

—Mamá, es una historia muy larga, pero desde ya te digo que no la ha engañado.

Se le queda mirando muy seria, sosteniendo el bolsito entre las manos. Me da miedo lo que pueda decir.

—Bueno, con que quieras a mi hija, me basta.

Las chicas se echan a reír y yo vuelvo a ponerme más roja que una cereza. Menos mal que Abel también está sonriendo. Nos pasamos un rato más charlando, incluso vamos a un bar cercano a tomar un refresco. En media hora tengo la cena de graduación, pero lo cierto es que no me apetece nada. Me disculpo y salgo fuera para tomar aire. Está siendo el mejor día de mi vida y no quiero que acabe nunca. Noto una presencia a mi lado. Es Eva, con un cigarro.

—Nena, sabes que voy a la cena por ti, pero... Creo que tú quieres otra cosa.

La miro con los ojos muy abiertos.

—¿En serio no te enfadas?

—Pues claro que no. Pero me debes unas *birras*.

Me tiro a sus brazos riendo. Cuando entramos, mi madre continúa haciéndole preguntas a Abel mientras mi padre lo mira muy serio. Al cabo de unos minutos se levantan porque tienen que coger el tren de vuelta a casa. Me despido de mi madre con muchos abrazos y de mi padre con dos besos. Ella me dice que soy una lista, que por qué no le había dicho antes que tenía un novio guapo y famoso. Se van al cabo de diez minutos de despedidas más, y también mis amigas se marchan —Judith ha hecho muy buenas migas con Eva— y nos dejan solos. Abel y yo caminamos hacia su coche. No sé por qué, pero estoy tímida.

—Tu madre es genial —me dice. Le sonrío agradecida.

Al llegar a su coche, me dice que espere en el capó mientras él va al maletero. Cuando regresa, me tiende un hermoso ramo de rosas azules que me traen a la memoria los primeros días.

Nos perdemos en la noche.



—NO mires aún.

—Si me es imposible.

No sólo me tapa los ojos con las manos, sino que también llevo un pañuelo anudado. Vamos, que no veo nada. Pero sé que ya estamos en su casa porque distingo el inconfundible olor del mar a lo lejos.

He terminado mi último examen hace tres horas, y en cuanto he salido por la puerta de la facultad, él me esperaba con su coche. Me ha traído aquí por una sencilla razón: voy a vivir con él. Aunque de momento, tan sólo durante el verano. En cuanto empiece el curso, Cyn y yo compartiremos piso de nuevo. Me sabía mal alejarme de ella, pero me ha asegurado que estará bien, y además se pasará todos los fines de semana en el pueblo porque su hermana está embarazada.

Mientras ayer hacía las maletas, me preguntaba si estoy haciendo bien. En realidad no he podido evitarlo: no hay momentos más vívidos que los que paso con él. Debería tomármelo con más calma, ser menos pasional, pero sus ojos no me lo permiten. Por otra parte, no me gusta el hecho de vivir bastante alejada de la capital, aunque él me haya asegurado que su coche está a mi disponibilidad siempre que yo quiera. Según me ha dicho, la parada de autobús más cercana se encuentra a quince minutos andando por la carretera. Así que para no agobiarme, creo que me tomaré esto como unas relajantes vacaciones.

Me saca de mis pensamientos al quitar las manos de mis ojos, y a continuación me desanuda el pañuelo. Nos encontramos en la terraza, donde ha dispuesto una mesa con un precioso mantel, unas velas y lo que parece ser su mejor cubertería. Me sorprende que sea tan romántico. Me giro hacia él y le abrazo. Me da un beso en la punta de la nariz.

—¿Te gusta?

—Claro que sí.

—He cocinado para ti.

—Ah, ¿pero sabes? —me burlo. Los otros días que pasé aquí con él, cociné yo o pedimos comida para llevar.

—Recuerda que vivo solo, pequeña. —Me da un cachete en el culo.

Me acompaña a la mesa y me hace tomar asiento. Contemplo las velitas

rojas con una sonrisa.

—Voy a meter las maletas y enseguida traigo la cena, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Le espero toqueteando los cubiertos. Cinco minutos después aparece de nuevo con una botella de vino. La descorcha y me sirve un poco en una copa. Me invita a probarla mientras va a por la cena. Dos minutos después regresa con dos platos llenos de pasta. Cuando me pone el mío delante, se me hace la boca agua. Huele genial.

—No es muy elaborado, pero mi padre me lo preparaba cuando vivíamos en Italia —me informa— Lleva una salsa de quesos con nueces.

Sin esperar a que diga nada más, lo pruebo. Mástico con deleitación mientras él me observa.

—Está delicioso —le digo con la boca llena.

Veinte minutos después y tras tres copas de vino, empiezo a notar que se me está subiendo a la cabeza. Desde que volvió del viaje no hemos vuelto a tocar el tema por unas cosas u otras, así que decido preguntarle.

—¿Qué tal fue en Madrid?

Deja en el plato el bocado que se iba a meter en la boca y se limpia con la servilleta.

—Bien —se limita a contestar.

—¿Cómo está Eric?

Frunce el ceño y se remueve en la silla.

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Como Judith y tú vinisteis a la graduación y él no...

—Le interesaba más quedarse con los demás —tuerce el gesto.

—¿Ha habido algún problema? —quiero saber, un tanto preocupada.

—No. Tan sólo muchos *paparazzi* y una Yvonne muy cabreada.

—¿Y qué pasa con Nina?

—Hablamos. —Da un trago a su vino.

—¿En serio? —Yo doy otro, completamente incrédula. ¿No se lanzó la modelísima a arañarle la cara?

—Sí.

—¿Qué pasó, Abel? —Ya me vuelve a ocultar algo, lo sé.

—Ya no está enfadada.

—¿Ah, no? ¿Y qué significa que se haya pasado las últimas semanas despotricando en la prensa rosa?

—Ya tiene lo que quiere.

—¿Te ha dicho ella que no está enfadada?

—No exactamente.

—¿Entonces?

Chasquea la lengua y se me queda mirando con mala cara. Al fin, me dice:

—Yvonne no quiere trabajar más conmigo. —Aparta sus ojos de los míos.

—¿Quééé? —exclamo, anonadada—. ¡No puede hacer eso!

—Es lo que quiere Nina. Y en realidad el rostro de la firma es ella, así que...

—¡Pero nadie hace las fotos como tú!

—Nina ha convencido a Yvonne de que ya no serán igual. Además, si vieras su Twitter, hay un montón de seguidoras defendiéndola.

—Se comporta como una cría —grito, dando una palmada en la mesa.

—Sara, basta ya —dice, muy serio, provocando que me calle de golpe—. No hablemos más de ella. Esta es una noche especial para los dos. Disfrutémosla.

—Lo siento. —Me levanto y me acerco a él —Es que me preocupa tu trabajo.

—Sara, soy bueno. No sólo fotografío moda, aunque sea lo que me dé más ganancias. —Me dedica una mirada que no puedo entender... en la que se cruzan sombras—. Soy un hombre con ases en la manga. Así que me las apañaré. Siempre lo he hecho.

—Vale —asiento, aunque hay algo en sus ojos que me inquieta—. Sólo quiero que estés bien.

—Lo estoy —me asegura—. Y ahora lo que yo quiero es que seas mía.

Se levanta y me toma de la cintura con su habitual posesión. Me dejo envolver por esos fuertes brazos, apoyando las manos en su pecho. Con un gesto me indica que espere, y se marcha al interior de la casa. Unos segundos después una suave melodía vibra en el ambiente. En cuanto vuelve, me agarra de la nuca y sus labios me besan con pasión.

—Hagámoslo allí —gira la cabeza hacia la derecha, donde se encuentra la piscina.

—¿Y si alguien nos ve?

Niega con la cabeza.

—¿No estará muy fría?

Se echa a reír.

—Sara, a veces está muy bien hacerlo de forma menos convencional —

deposita un beso en la comisura de mis labios—. ¿No te apetece?

Vale, él directamente ha llegado a la conclusión de que nunca lo he hecho en una piscina. Bueno, es cierto, pero eso no quiere decir que sea una sosa... así que asiento con la cabeza y le muerdo los labios. Su lengua sabe a excitación y vino y esa combinación me vuelve loca. En cuestión de segundos nos encontramos en el borde de la piscina, él subiéndome el vestido con lentitud, acariciándome los brazos y los hombros. Un escalofrío me recorre por completo cuando me baja las braguitas. Alzo un pie y el otro y las empujo a un lado. Dirijo las manos a su pecho y le desabotono la camisa y cuando se la abro, me lanzo a besar y lamer su pecho. Mientras tanto, le desabrocho el pantalón y se lo bajo, descubriendo su sexo duro y erguido. Lo tomo con una mano acariciádoselo por encima del calzoncillo. Se humedece la tela en cuestión de segundos y le despojo de ella. Se quita los zapatos y, sin apartar la mirada de mí, se tira a la piscina. Yo me cubro el cuerpo con los brazos porque me ha entrado un poco de frío.

—¡Venga, tírate!

Para que no piense que soy una cobarde, me lanzo de golpe. ¡Joder, está helada! Cuando salgo a la superficie, suelto una exclamación furiosa y le busco con la mirada. Él me coge desde atrás y me besa la nuca y el cuello. Me gira la cara y me lame las gotas que hay en mis labios.

—Me encanta tu culito, nena —me susurra con voz grave, mordiéndome la nuca.

Yo me echo hacia atrás y presiono mi trasero contra su pene. Me sujeta de las caderas, buscando la entrada.

—¡Eh! —exclamo, dándome la vuelta un poco asustada.

—¿No te gustaría, Sara?

—¡No!

Lanza una carcajada y me coge de las mejillas, obligándome a besarlo. Me coge en brazos y flotamos por el agua lentamente. A mis oídos llega el suave oleaje que provocamos y las notas de una canción que me encanta.

—*Wicked game* —murmuro.

—Es una de mis canciones preferidas —dice, al tiempo que me lleva hacia las escaleras de la piscina—: Es muy sensual. Como tú.

«The world was on fire and no one could save me but you. It's strange what desire will make foolish people do». Me mira a los ojos de forma muy seria, logra excitarme en cuestión de segundos más que con cualquier caricia. Y cuando me canta al oído, me derrito en sus brazos:

—*I never dreamed that I'd love somebody like you...*

Paso los brazos por su cuello y me abrazo a él con fuerza, al tiempo que le rodeo la cintura con las piernas.

—Te dije un par de veces que serías mía, Sara. —Su mano se mueve por debajo del agua hasta detenerse en mi vientre. Me lo acaricia con suavidad—. ¿Quieres que yo sea tuyo?

Asiento con la cabeza y me lanzo a besarle en la boca. Él suelta un gemido y presiona mi pubis, provocándome un relámpago de placer en las piernas. Me echo hacia adelante con la intención de que me acaricie con sus magníficos dedos. Se da cuenta de mis deseos y los cumple de inmediato. Su dedo índice recorre los pliegues de mi sexo, húmedo a causa del agua y de mi excitación. «What a wicked game to play, to make me feel this way. What a wicked thing to do, to let me dream of you...». Me sujeto a su espalda mientras introduce el dedo en mi interior. Echo la cabeza hacia atrás y observo las estrellas en el cielo. Estoy aquí, en esta estupenda piscina de esta maravillosa casa con este hombre perfecto. Y me está haciendo tocar esas estrellas desde aquí. Me siento como una de ellas. El deseo arde en mi cuerpo, por mis venas, por cada terminación nerviosa.

—Esta noche voy a hacer que grites mucho, Sara —susurra en mi cuello.

Entonces me introduce otro dedo mientras con el pulgar juega con mi clítoris hinchado y palpitante. Me clava la erección en el muslo y no puedo evitar soltar un gemido de placer cada vez que sus dedos entran y salen de mí.

—Esta la primera.

Me pellizca el clítoris y en cuestión de segundos los músculos de la vagina se me contraen. Me corro en su mano durante un rato larguísimo y cuando termino me tiemblan las piernas y apenas puedo respirar. Sin embargo, no me da tregua. Me gira de sopetón, de cara a las escaleras y de espaldas a él. Recorre con sus manos mi culo, me separa las nalgas y me las junta haciendo círculos en ellas con su durísimo pene. Estoy excitadísima, pero no puedo evitar ponerme tensa cuando noto su punta en mi agujero.

—Tranquila... Hoy tampoco va a ser... Estoy demasiado excitado como para esperar a que se dilate.

Me agarra de un pecho y me acaricia el pezón con dos dedos, lo pellizca, tira de él, vuelve a tocarlo con suavidad. La sensual voz de Chris Isaak se clava en mis oídos y se mezcla con sus gruñidos a mi espalda. «I never

dreamed that I'd love somebody like you...». Oh, por favor, le deseo tanto.

—Ya vuelves a estar lista para mí, Sara.

Introduce su pene en mi sexo. Por fin, no podía aguantar más. Me clavo el acero de las escaleras en el vientre, pero no me importa. Las embestidas que me da son lo único que domina ahora mi mente. Me penetra con ímpetu, con pasión, incluso casi con violencia. Sus dientes muerden el lóbulo de mi oreja y me apoyo en su pecho, poseída por el deseo y por él.

—No... Échate hacia delante.

Me agarro a los bordes de la escalera y él se aleja un poco, sin sacar su miembro de mí. Me sujeta de las caderas con fuerza al tiempo que acelera las embestidas, tanto que me parece que me va a romper.

—¡Dios! —exclamo, cerrando los ojos y mordiéndome los labios.

Le deseo tanto. Me enloquece como nadie. Me folla como ninguno. Ahora mismo esto es sexo carnal, duro, demasiado excitante. Pero es lo que yo también quiero. Me encanta que me lo haga así. De repente, reduce la velocidad de sus movimientos, a lo que yo protesto. Se inclina sobre mí y me besa en el cuello, haciendo que el agua se menee ante mi rostro.

—¿Alguna vez has jugado con algo, Sara? —me pregunta, jadeante.

—¿Qué? —No entiendo la pregunta, estoy demasiado excitada. ¡Estaba a punto de irme otra vez! Empiezo a mover el culo, para que continúe penetrándome.

—Que si has utilizado juguetes sexuales.

Detengo mis movimientos y me quedo pensando.

—No, nunca he usado nada.

—Me gustaría jugar con ellos y contigo.

Me da un cachetito en el culo y me besa el oído. A continuación sale de mí y me empuja para que me aparte de la escalera, ocupando él mi lugar.

—Quizá más adelante, cuando tú y yo ya lo hayamos probado todo —sonríe y un brillo malicioso destella en sus ojos. Me coge de la cintura y me sitúa ante él—. Fóllame tú, Sara.

Me quedo mirándolo con deseo. Su pecho y cuello húmedos por las gotitas... ¡Claro que voy a hacerle de todo! Me coloco delante de él, rodeándolo con mis piernas. Me coge del trasero y me sube un poco, para que pueda introducirme su sexo. Se desliza en mi interior fácilmente, y yo me dejo caer de forma brusca, provocando que abra mucho los ojos y suelte un gruñido de placer.

—Muévete, Sara. Dámelo todo —jadea, cogiéndome un pecho con la

mano y masajeándomelo.

Yo empiezo a menear las caderas en círculos. Notarlo tan dentro de mí hace que me vuelva loca. Me echo hacia atrás, apoyándome en su pecho, rozando casi el agua con el pelo. Él me sujeta con sus brazos y se mueve a mi ritmo. Cabalgo violenta y salvajemente, mirándole a los ojos. Mis entrañas se contraen cuando me aprieta las nalgas. Está a punto de correrse, su excitación no para de palpitar en mis paredes. Le clavo las uñas en el pecho y aumento las sacudidas de mis caderas. Entra y sale de mí a tanta velocidad que me estoy quedando sin respiración. La mirada de sorpresa que me dedica me libera por completo. Vuelvo a mirar el cielo gritando de placer, al tiempo que él se une. Me ha excitado demasiado que se sorprendiera de mí. He sido yo la que le ha dominado, y la sensación ha sido genial. Me deshago en sus brazos en ondas de placer mientras me llena toda de él. Cuando nos tranquilizamos, apoyo la cabeza en su pecho mojado y suspiro. Estoy rendida.

—Ya no está el agua tan fría, ¿verdad?

Me echo a reír.

—Creo que un poco más y la hacemos hervir.

Me alza la barbilla y me mira profundamente con esos ojazos azules. Joder, es tan atractivo. Esos hoyuelos en sus mejillas cuando sonrío son mi perdición. Parece que va a decir algo, pero me adelanto y casi sin quererlo, susurro:

—Te quiero.

Se le borra la sonrisa de la cara. Oh, mierda. No, no, no quería decirlo. Bueno, sí, pero... Ha sido demasiado pronto, ¿verdad? He sido una estúpida, no parece haberle hecho gracia. Joder, ¿le he asustado? Se queda callado, observándome de forma extraña. Una vez más, no puedo leer en sus pupilas. Me besa en la mejilla y me saca de la piscina con la excusa de que no quiere que me enfríe.

Y yo me quedo muy quieta, con la cabeza dándome vueltas, porque su «te quiero» no ha llegado.

## Epílogo



LOS rayos de sol me dan en toda la cara. Abro los ojos como puedo, parpadeando un par de veces hasta que me acostumbro. Estiro el cuerpo en las sábanas suaves y frescas y giro la cabeza. Esta aquí, conmigo. Duerme tranquilo. Adoro sus largas pestañas. Me encanta la curva de sus labios carnosos. La marca de su sien me parece perfecta.

Sin embargo, no he dormido nada bien. Me he tirado casi toda la noche despertándome a causa de las pesadillas. En ellas yo le decía que le quería y él se reía de mí una y otra vez, sus carcajadas llenaban mis oídos y a ellas se unían las de Nina, que no sé por qué, aparecía de repente. Y luego, llegaba más y más gente. Todos los que estuvieron en la campaña. Los que me vieron caer en la fiesta. Incluso Judith y Eric se burlaban de mí. Ha sido terrible. La verdad es que soy bastante tonta porque, desde que se confesó en la fiesta, se ha portado conmigo fenomenal.

Pero no sé si la he cagado o qué. Supongo que ha sido demasiado pronto para soltar esas dos palabras, pero no he podido evitarlo, me estaban quemando en la garganta. Nunca me he enamorado tan rápido de nadie, y sé que de él lo estoy. Tengo miedo a no ser correspondida. No sé si podría soportarlo. Pero, al fin y al cabo, ¿qué esperaba yo? No hace ni tres meses que dio la cara por mí ante Nina. Creo que eso ya fue una gran muestra de... ¿amor? Y luego, le dijo a mi madre que yo era su novia, cuando pensaba que jamás pronunciaría esa palabra. Así que algo sentirá por mí, aunque quizá él sea una persona que necesita más tiempo para habituarse. Yo antes era así, muy fría y calculadora... Ha sido él quien me ha cambiado. Y, posiblemente, sólo podría serlo con él.

Le doy un suave besito en la frente y le acaricio el pelo tan suave. Él ronronea de placer y alarga un brazo con el que me cubre por completo.

—Voy a ir a ducharme, ¿vale? Y luego prepararé el desayuno.

—No, tú eres la invitada aquí... —murmura con voz somnolienta, los ojos aún cerrados. Se los beso.

—Quiero traértelo a la cama. Me hace ilusión.

Se rasca los ojos y los abre un poco. Me dedica una radiante sonrisa.

—De acuerdo —acepta al fin.

Me levanto de la cama. Estoy desnuda y sé que él me sigue con la

mirada. Giro la cabeza y le tiro un beso. Él me lo devuelve. Bueno, al menos no está raro. Me había asustado imaginando que después de lo de anoche me iba a tratar diferente.

En la ducha me convengo de que sólo necesita tiempo. Estoy dispuesta a dárselo, aunque me gustaría que este amor fuese rápido, vivirlo intensamente, tal y como hacemos con el sexo. Me pregunto si soy capaz de darle lo que busca. No tengo dinero. No he vivido la vida locamente y tampoco sé hacerlo. No soy tan bonita como las mujeres con las que se ha rodeado hasta que me ha conocido. Tan sólo tengo mi alma para ofrecerle, y espero que sea suficiente.

Cuando salgo de la ducha me digo que todo va a ir bien porque me lo merezco. Acudo a la cocina y trasteo en la nevera y en los estantes. Tiene de todo. Supongo que fue a comprar sabiendo que yo iba a estar aquí. Saco unas naranjas para preparar un zumo natural. Saco la leche y también pan para tostarlo. No encuentro mantequilla. Saco un exprimidor que encuentro en uno de los estantes bajos.

—¡Buh!

Doy un brinco cuando me coge de las caderas. Joder, no le había escuchado. Me giro hacia él, intentando mostrarle una sonrisa, pero lo cierto es que de repente me siento rara. Yo... no puedo dejar de pensar en lo que hice anoche y me siento tan ridícula. Me coge de la barbilla para besarme, y yo ni siquiera separo los labios. No puedo mirarlo a los ojos.

—¿Te pasa algo?

—¿Qué tendría que pasarme? —ladeo la cabeza.

—No lo sé, dímelo tú. Estás muy seria.

—Estoy como siempre —intento exprimir las naranjas, pero no tengo suficiente fuerza. Me aparta y se pone a hacerlo él.

—Sara, que no soy tonto. A ti te pasa algo —dice, llevando las naranjas exprimidas a la papelera.

—Yo tampoco soy tonta. —No venía a cuento, pero me ha salido.

—Ya lo sé. Si fueras tonta no me gustarías —se ríe, un tanto confundido.

Observo el anaranjado zumo en silencio. Él trata de agarrarme, pero me aparto un poco. Desiste y se da la vuelta. Como tan solo va vestido con la ropa interior, puedo ver la marca de su coxis a la perfección. A mí no puede engañarme. Eso es la cicatriz de un tatuaje, y sigo sin comprender que me mienta.

—Voy a la ducha —me anuncia, aún de espaldas. Da unos toquecitos en la encimera con los nudillos. Parece nervioso. Yo me quedo muy parada. Entonces se gira y me sonrío. Y esa sonrisa puede iluminarme todo el día—. Mira, Sara, tú me importas. No soy hombre de muchas palabras pero puedo intentarlo contigo. Sé que estaremos bien. Buscaré otro trabajo, y quizá podamos hacer un viaje juntos y disfrutar. ¿No te gustaría que nos marcháramos a alguna playa paradisíaca nosotros dos solos? Tú, desnuda en el agua, solo para mí... —Esta vez, cuando me abraza, no me aparto. Necesito su contacto casi como el aire que respiro.

Suspiro, con los ojos cerrados. Asiento. Sí, sé que todo va a ir bien. Los dos lo lograremos juntos. Yo voy a luchar por lo que podemos llegar a tener, que sé que será muy grande. Me aprieto contra él con fuerza, aspirando su aroma matutino.

Puede que vengan otras mujeres con las que ha compartido cama en el pasado. Pero él me aseguró que no eran como yo. Y le creo.

Puede que todavía me esté ocultando algo, pero lograré sacárselo. Estoy decidida: rebuscaré en su alma y haré que se abra, ofreciéndose entero a mí, dándome todo de él.

Cuando alzo los ojos y me encuentro con los suyos, no puedo evitar sonreír. Me mira de una forma mucho más sincera. Antes solo podía leer en sus ojos pasión y deseo; sin embargo, ahora hay más. Ahora me puedo ver reflejada en sus ojos. Me devuelve la sonrisa: ancha, bonita, luminosa.

—Me encantaría hacer ese viaje —murmuro.

Él desliza una mano hasta mi mejilla y me la acaricia. Después se inclina y me besa suavemente, hasta que me agarro con ímpetu a sus brazos y lo hace con más ganas. Hay un sabor distinto en su lengua, un sabor que me acerca a la esperanza.

—No sabes lo contento que estoy por saber que pasaremos juntos el verano —susurra, contra mis labios.

—Lo sé. —Cierro los ojos, apoyada en su frente.

Queda mucho por delante. Muchos días para compartir caricias, besos y abrazos, para enrollarme en sus sábanas, para contemplar su rostro al amanecer, para ir acercándome a su alma.

Ahora mismo, no tengo tantas dudas. Ahora mismo, solo quiero vivir abrazada a él.

En el mundo de la moda, nada es lo que parece.  
A Sara le han denegado la beca a mitad del último año de carrera, así que decide trabajar como modelo para pagarse los estudios.  
Entonces conocerá a Abel Ruiz, un famoso y misterioso fotógrafo. Un hombre muy seductor que enseguida mostrará su interés por ella. Junto a él, Sara descubrirá los placeres del sexo y se dejará llevar por un torbellino de sensaciones que nunca antes había experimentado. Pero Abel es un hombre perseguido por el pasado y Sara deberá lidiar con esos fantasmas y con varias rivales por ocupar el corazón del atormentado fotógrafo. ¿Conseguirá Sara su objetivo?

Nadie dijo que el mundo de la fotografía fuera sencillo...

t [twitter.com/tombooktu](https://twitter.com/tombooktu)  
f [facebook.com/tombooktu](https://facebook.com/tombooktu)  
e [tombooktu.blogspot.com](mailto:tombooktu.blogspot.com)

